



# El tesoro de Morgan

**Sobrecubierta**

None

**Tags:** General Interest

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

# El tesoro de Morgan

**Sobrecubierta**

None

**Tags:** General Interest

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

**Robert Margerit**  
**El tesoro de Morgan**

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

# **LIBRO I LOS CABALLEROS DE FORTUNA CAPÍTULO I EL PASO DEL ASNO**

**-¡Eh, Antoine! Ya es de día.**

**Como todas las mañanas, apenas rompía el alba, así me sacaba de mis sueños el maestro de postas Laribois. Con los ojos legañosos, aún medio dormido, me aferré al jergón. Mis pies buscaron a tientas los travesaños de la escalera de mano que bajaba del henil a la caballeriza. El olor de las bestias flotaba en el ambiente y, paso a paso, me iba sumergiendo en esas cálidas emanaciones, como si fueran una prolongación de mi sueño. A través de las lágrimas provocadas por mis bostezos, la linterna oscilante en la mano del amo poblaba con mil estrellas el aire viciado en el que relucían vagamente las poderosas grupas. Los caballos relincharon cuando olieron el pienso. Unos criados roncaban entre las pajas mientras ya restallaban los chanclos de las sirvientas en el embaldosado de la sala, donde encendían el fuego soplando las brasas cubiertas por la ceniza.**

**Cuando salí afuera el relente del amanecer me cubrió el rostro acabando de despabilarme. Fui a lavarme en la fuente helada, junto con los postillones que pernoctaban en nuestra venta y cuyos cabellos se erizaban con el heno arrancado al lecho de paja.**

**-¡Quien buena cama tiene, buenos sueños tiene! – dijo Pierre Cornillon, el palafrenero.**

**¡El bueno de Pierre! Siempre tenía algún refrán para cualquier ocasión, y creía en ellos a pie juntillas.**

**En cuanto a mi cama, fue el azar (al que también llaman destino) el que me la otorgó como mejor le vino en gana. Incluso cuando creí ser dueño de mi vida, capaz de forjarla a mi antojo, lo ineluctable la inclinó en una u otra dirección. El azar puso a Marion en mi camino. Y cuando empecé a cortejarla, de nuevo ese hado, bajo la apariencia del amor, me condujo al baile en el ventorrillo de la tía Cathy, donde cada domingo encontraba a Marion.**

**Aquel día, cuando la diligencia de Toulouse, después de haber mudado los tiros en nuestra posta a eso de las cuatro de la tarde, desapareció por la esquina en medio de un estruendo de cristales,**

cascabeles y latigazos, el amo nos pagó a cada uno tres perras chicas. Con ese viático, nuestro salario de la semana, nos fuimos de juerga al granero de la tía Cathy. Tras enviudar, la vieja había vendido las bestias, vaciado los pajares, abierto ventanas y nivelado el suelo del establo. Llegábamos de dos leguas a la redonda para bailar en aquel rústico bodegón al son de un violín desafinado, una vihuela y una zanfónia.

Los tres criados y yo salimos de allí apoyándonos en las sirvientas. Con nuestro zigzag cubríamos el camino a todo lo ancho, íbamos cantando, cortando por los atajos y corriendo cuesta abajo por los prados. Las faldas se hinchaban, las alas de las cofias volaban al viento. Al atravesar el bosque de los Ahorcados, los gritos y las risas suscitaron misteriosos ecos allí donde un sendero apenas trazado serpentea en la penumbra de los matorrales.

Adelanté a los demás. Tenía que estar solo cuando a lo lejos, entre los últimos árboles, apareciera Marion esperándome en la linde del bosque, etérea bajo un rayo de luz. Levantó la mano y, recogiendo un poco la larga falda, corrió a mi encuentro abriéndose paso a través de un oleaje de helechos. Yo también corrí gritando su nombre atesorado durante toda una semana en el secreto de mi corazón. Ella se precipitó sobre mi pecho, jadeando y palpitante.

El baile no era sino un pretexto. Durante una hora nos mezclábamos con los bailarines que daban vueltas, separándose, saludándose, enlazándose otra vez, al ritmo estridente de la zanfónia, en un revuelo de cofias, cintas, volantes y faldones; en un martilleo de chanclos acompasado por el vocerío de los mozos. Luego, cuando la embriaguez de la danza y los vapores del clarete empezaban a aturdir a todos los presentes, nosotros dos nos escabullíamos del ventorrillo con mil precauciones, porque la gente se va de la lengua muy fácilmente, y la tía Cathy no quería un marido como yo para su sobrina.

Nos internamos corriendo en el bosque. Empezaba a anochecer. A veces el frío viento hacía tiritar a Marion; yo la calentaba exhalando mi aliento en sus manos. Otras, al contrario, la serenidad de la noche impregnaba la bóveda vegetal que nos cubría. Caminábamos en silencio, mi brazo estrechándole su cintura, henchidos de la pura alegría de estar juntos y solos. Sin embargo, el ardor de la juventud y el

apetito de la carne no tardaban en hacernos rodar, boca contra boca, sobre un lecho de hierba, enlazados en unos tímidos abrazos en los que ni yo me atrevía a coger demasiado, ni ella a darme más de la cuenta.

¡Pero cómo no apetecer más si sentía estremecerse entre mis brazos la voluptuosidad de su cuerpo!

-Marion, amiga mía, ¿me permites besar las dulces palomas cuyos picos siento a través de tu blusa?

Se negó con delicadeza, los ojos llenos de lágrimas.

-¡Oh, te quiero tanto, Marion!

Poco a poco cedió, pobre presa jadeante. Me avergonzaba acosarla, pero yo era un hombre.

Una de aquellas noches, en medio de una caricia apasionada, ella se puso rígida entre mis brazos. Al cabo de un rato me susurró:

-Deja que me vaya. Tengo que regresar; mi tía se preocupará mucho si no me encuentra en la casa. Espérame en el Paso del Asno. Acudiré a la primera hora de la luna, cuando mi tía se haya dormido.

El Paso del Asno era una laguna en un apartado claro del bosque. En verano las muchachas iban a bañarse allí, ocultas tras una cortina de juncos que llegaban hasta las ramas bajas de los plátanos.

Cuando estuve cerca del lago, me tumbé boca arriba sobre el musgo. La sangre latía en mis sienes; una fiebre opresiva, pero exquisita, ardía en la palma de mis manos. Encima de mí, a través de una claraboya abierta en el follaje, veía el lucero del alba. Un autillo vino a posarse a mi lado.

Enseguida, una sombra más densa dibujando mi silueta en el suelo me indicó que la luna se elevaba. Fui hasta la orilla del lago y caminé con precaución por la frágil ribera que se desmoronaba bajo mis pasos. La superficie del agua semejaba un manto de plomo salpicado en el centro por una gran limpidez argentada que se difuminaba en las profundidades de la frondosidad circundante, escarchándose en los tallos de los juncos. Una rana rompió el macilento reflejo lunar, dejando caer sobre él las tres gotas de su canto que rebotaron acompañadas por otro batracio, y después fue todo un concierto.

Una llamada y una leve carrera interrumpieron la sinfonía. Marion aún lucía su vestido de baile. El rocío empapaba los vuelos de su falda

**tornándolos más pesados. Extendí mi chaqueta sobre la hierba, donde hice que mi amada se sentara a mis pies.**

**Las estrellas palidecían en un cielo menos opaco cuando la dejé. Tenía que estar en la venta a la hora en que el amo me**

**despertaba. Marion era mía, pero eso no había cambiado lo más mínimo la rueda del mundo. Mi amiga no conseguía** desprender sus brazos de mi cuello, ni yo separarme de sus labios. – No te vayas, quédate un poco más... un momento más. Por fin me aparté de ella, que volvió a tumbarse en la hierba, inmersa en el oleaje de sus cabellos. – ¿No vas a regresar a tu casa? – Voy a quedarme un rato -respondió-. Aquí podré pensar mejor en ti. No dejes de venir a verme esta noche. Le di mi palabra. Nos besamos una vez más, ¡por última vez!; un beso salado de lágrimas.

–No llores, cariño. Nos veremos de nuevo esta noche. Ella me dedicó una triste sonrisa. Yo me fui, mirando hacia atrás, hacia ella. La oscuridad de la noche agonizante me privó muy pronto de su imagen. La vi una última vez, pálida en una alfombra de flores blancas. Le envié todo mi fervor en un beso silencioso; un último beso, por última vez.

---

–¡Ah, por fin estás aquí, pilluelo! – me espetó Laribois cuando entré furtivamente en la cuadra.

Por mucho que corrí, el alba ya recortaba en la puerta un descolorido rectángulo. Pensé en Marion que estaría pasando frío, allá lejos, envuelta en la bruma que brotaba del lago.

–¿Qué horas son estas de llegar, de dónde vienes? – gruñó el patrón levantando su fanal-. ¡Y qué facha traes! Sin chaqueta, acalorado y... ¡alabado sea Dios!, tienes sangre en las calzas.

¡Sangre! Una tenue mancha en la tela, una gota que había rodado lentamente entre los pliegues, formando una oscura red que un roce había extendido en diversos puntos: la sangre de Marion.

–Una zarza me desgarró la piel -dije, mas cerré los ojos, de emoción y ternura.

–Pobre muchacho, te caes de sueño. Eso te pasa por irte de picos pardos y por hacerte el gallito. Peor para ti; ya aprenderás que el placer es bueno si no perjudica el trabajo. Ve a buscar tu horca y dale forraje a las bestias, y también de beber.

El maestro de postas se alejó, mientras yo lavaba la sangre de mis calzas en el abrevadero de los caballos, y lo oí murmurar:

—¡Igualito que su difunto padre, genio y figura hasta la sepultura!

El amo Laribois me quería mucho. No tenía hijos y me trataba como si yo lo fuera. Era el hijo de Thibault, del Breuilh, a quien llamaban el Pelirrojo: el hermano mayor de mi madre. Ésta me había dejado en su casa como criado porque éramos pobres, pero él quiso que yo aprendiera a leer y a escribir y todos los días me mandaba adonde el cura, ora con unos pollos, ora con una botella de vino; a cambio, el párroco Cibot me enseñaba la letra de molde, los números y hasta un poco de latín.

¡Igualito que mi padre! Así que él también se había llevado a una muchacha a los bosques preñados por el silencio nocturno; él también había conocido esa ola que atrae a los cuerpos, enroscándolos y confundiéndolos en apasionada embriaguez. ¡Luego entonces yo había nacido de un abrazo semejante al nuestro de aquella noche! Marion... El mango de la horca se me escapó de las manos y caí de rodillas en la pajaza. ¡Marion, mi querida Marion!

Balbuceé su nombre; creía estrecharla todavía contra mí, y ya estaba muerta. Allá, en el lago de aguas estancadas y misteriosas, sus cabellos se enredaban con los tallos de los nenúfares.

El sol no había llegado a su ocaso; las frutas maduraban en las ramas; el viento agitaba las hierbas, reflejando el agua la mentira del cielo, y Marion estaba muerta. Y con ella, todo lo que yo más quería porque daba sentido a mi vida: su risa, el destello nacarado en sus ojos, aquel ademán suyo de tocarse la mejilla separando los dedos, el movimiento de su cuello cuando se volvía hacia mí, el sonido de mi nombre en sus labios, hasta su silencio, su quietud, exuberancia de vida truncada; de todo eso, polvo desparramado al viento, no quedaba nada, ninguna huella, ningún vestigio; nada.

Me enteré de mi desgracia por un buhonero ambulante que había pasado junto al lago esa mañana. Jeantou era un buenazo; una noticia tan siniestra no le sentaba bien a su cara regordeta iluminada por una sonrisa ni a su noble mirada de perro fiel. Sentado en el jergón, rodeado por un corro de palafreneros y sirvientes, cortaba con su cuchillo unos trozos de queso que engullía sin ceremonias y luego masticaba lentamente mientras hablaba.

—La encontraron los hijos de Japet cuando fueron a segar su prado en el Paso del Asno. Bajo los árboles, entre los juncos, descubrieron un bulto

blanco en el agua y lo engancharon con sus horcas. Era Marion, como pudieron comprobar cuando la sacaron a la orilla. Estaba hinchada y despeinada. El mayor de los Japet corrió a dar la noticia. Cuando la tía Cathy llegó, se deshizo en gritos y llantos. Luego acudió el capitán preboste con sus hombres; y descubrieron un lugar, cerca de la laguna, donde dijeron que había rastros de lucha y la hierba permanecía aplastada. Allí encontraron la chaqueta de un hombre.

Jeantou se calló, masticó plácidamente y bebió un trago de vino.

—Había manchas de sangre en la chaqueta. Afirmaron que habían violado a la pobre muchacha antes de arrojarla al agua. Ahora que tienen la chaqueta, seguro que encontrarán al chico que lo hizo. A mí estas cosas no me gustan. ¡No hay piedad en este mundo! Las jovencitas han de andarse con mucho cuidado. Allá ellas si no quieren seguir mi consejo. Hay muchas que se lo buscan... ¿verdad, Pecosa? —dijo dándole una palmada en la nalga a una rolliza sirvienta, que se apartó de él largándole un puntapié.

Todos rieron un poco, pero aun así, una sombra pasó sobre los rostros. Al tiempo que los oía y veía sus gestos, un torbellino se abría paso dentro de mí, llevándose mis fuerzas; ya no sentía la tierra bajo mis pies.

—Caramba, Antoine -exclamó uno de los criados-; ¿qué diablos te pasa?

—Pobrecito -dijo la Pecosa-, es que Marion era muy amiga suya.

—¡Es verdad! Bailaron juntos ayer por la noche...

—¡Dejadlo en paz, al pobre! Ven conmigo, muchacho.

La mujer me acompañó al henil donde estaba mi jergón; y por fin pude llorar contra su pecho maternal.

—Vosotros erais *novios*\* ¡Tú la llevaste a la laguna, pobrecito! ¿Es tu chaqueta la que han encontrado allí?

\* En castellano en el original. (N. del T.) Asentí con la cabeza. — ¿Era la primera vez? Volví a asentir en silencio. — Se caería al agua al ir a lavarse. El frío la habrá matado enseguida. Vamos, llora, pequeño mío. Ella también lloró; sentí sus lágrimas calientes en mis cabellos. Al cabo de un rato, me dijo: -Tienes que marcharte, Antoine. En efecto, quizá debería irme, pero eso sería como acusarme. Nadie me creería cuando contara lo que había pasado. La

verdad de los acontecimientos casi nunca resulta fácilmente creíble. No tiene en cuenta ni la lógica ni la razón, estas grandes anteojeras del espíritu. Incluso mi dolor, independientemente de las pruebas abrumadoras, se

volvería contra mí. Pero marcharme era traicionar el recuerdo de nuestro amor al desaparecer como un culpable que huye de su crimen. No podía dejar que creyeran... ¡Dios mío, la gente iba por los caminos con esa idea atroz en la cabeza... que yo había asesinado a Marion!

Intuí todo eso oscuramente, y dije:

—No, Catherine, no quiero irme. — Te encarcelarán. — Mala suerte. ¡Oh, mil veces ingenuo! En el fondo de mí mismo creía candorosamente en la fuerza de la verdad, una verdad que

consideré que era mi obligación compartir con mis seres queridos. Por eso fui a ver al amo Laribois y le conté lo

sucedido. Me escuchó en silencio. Estábamos solos en la cocina, debajo de la campana de la chimenea. Maquinalmente, nuestro amo seguía dándole vueltas a una salsa. Yo hablaba con la cabeza entre las manos.

—¡Mi pobre Antoine, en qué lío te has metido! Si me lo hubieras explicado a tiempo...

No lo dejaron acabar. Se oyó un gran ruido en el patio y empujaron la puerta. El capitán preboste entró seguido de dos soldados de la gendarmería. Tenía mi chaqueta en la mano. — ¡Demasiado tarde! — se lamentó Laribois. En su emoción dejó caer la cacerola de barro, que se hizo añicos en las baldosas. — Señor maestro de postas, nos han dicho que esta chaqueta pertenece a uno de sus criados; ¿la reconocéis? — Sí -confesé saliendo de detrás de la chimenea con los ojos enrojecidos y el rostro abotargado por las lágrimas-. Es

mía. — ¡Ah, vaya! — profirió el capitán-. ¿Sabes dónde la hemos encontrado? — Sí. — Pues bien, amigo mío, tienes que acompañarnos ante el juez. — ¡Espere -exclamó el amo-, el chico va a explicar lo que pasó! Me lo ha contado todo... no ha hecho nada malo. — Mi misión no consiste en escuchar nada, sea lo que sea, sino únicamente en llevarme al propietario de esta chaqueta.

Adiós, señor Laribois.

Me ataron las manos y tuve que ir detrás de los caballos, tirado de una cuerda. La gente gritaba al verme pasar de esa manera infamante. De todo lo que ocurrió después, sólo recuerdo ese largo camino, atado a la cuerda; trayecto que tan corto me resultara

cuando me dirigía hacia mi amor. En cuanto a la confrontación inhumana (me ordenaron que cogiera la mano de Marion, y me acusaron de

haberla asesinado porque temblaba y no me desmayé), en cuanto al horror de los interrogatorios, únicamente conservo algunas imágenes inconexas. Vuelvo a ver el rostro descompuesto de la tía Cathy cuando le grité que si su avaricia y su vanidad no nos hubieran obligado a escondernos, mi pobre Marion estaría con vida.

Echó espumarajos de rabia.

—¡Maldito seas! ¿Lo oís, señor juez? Como si mi sobrina hubiera sido capaz de frecuentar a este miserable perro de cuadra. ¡Sólo montar su casa te hubiera costado cinco mil escudos! ¡Escudos! Y la voz del juez: - ¿Alguien puede confirmar vuestras relaciones con la víctima? ¿Quién podía hacerlo... si nos habíamos visto obligados a ocultarnos?

A pesar de todo, alguien acudió a hacer esa declaración tratando de salvarme al precio de una mentira. Se trataba de Catherine, la Pecosa. Afirmó que nos había visto varias veces, de noche, en el bosque, cogidos del brazo. Mintió con audacia, aunque resultó en vano; lloró al mirarme y la acusaron de ser mi amante.

Recuerdo la expresión enojada del juez cuando reiteré, por última vez, mi inocencia, y también a un perro callejero que durante todo un día siguió al retortero la carreta a la que me ataron para llevarme al tribunal de primera instancia; un perro pelón al que le habían cortado dos dedos de cola. Uno de los soldados lo mató por la noche porque le robó su pan.

Asimismo me acuerdo de la espantosa duda reflejada en los ojos del amo Laribois cuando me miró antes de declarar ante el tribunal. Él tampoco podía sustraerse a la apariencia de verdad que mostraban las pruebas.

Lo interrogaron a propósito de la versión de los hechos que yo le había dado antes de la llegada del capitán. Respondió que me había creído.

—¿Y ahora?

Alzó la mirada al Cristo clavado en el madero que extendía sus brazos encima del juez. Vi cómo juntaba las manos y agachaba la cabeza.

—No puedo creer que mienta.

Por último, puesto que tengo que borrar de mi mente hasta el más nimio vestigio de ese pasado, recuerdo la sala donde, tras amarrarme con correas a un macizo sillón empotrado en las baldosas, un hombre y su ayudante con estampa de herreros me aprisionaron las piernas entre unas tablas. La sala semejaba un taller, de no ser porque toda una pared chorreaba humedad, despidiendo un olor a moho. Por lo demás, estaba limpia, con el desorden

habitual de un lugar donde se trabaja; el verdugo manipulaba sus instrumentos con la pericia de un artesano que sabe lo que hace; el magistrado que presidía la escena no demostraba tenerme ninguna ojeriza. Debía de sufrir una indigestión, porque eructaba cada dos por tres, pero sus palabras no traslucían animadversión hacia mí, a lo sumo un matiz de indiferencia en su voz. Cumplía con su oficio; un oficio que ya no le deparaba ninguna sorpresa.

Se trataba de llegar al convencimiento absoluto de que yo había cometido el crimen. Los hombres necesitan comprender, estar seguros. Con tal de satisfacer ese instinto, todas las atrocidades les parecen pocas.

El ayudante puso una cuña de madera entre mis carnes y las tablas, a la altura de las rodillas.

—Como de costumbre —dijo el juez.

El verdugo levantó el mazo. Me preguntaron si tenía algo que declarar. Me encogí de hombros, sólo querían una confesión. El juez hizo un gesto, y me preparé para resistir el dolor. El mazo se abatió; se me escapó un alarido. No había previsto que la dentellada de la madera produjera ese desgarramiento en la carne, ni el hormigueo de la sangre cristalizada en mis venas que se hinchaban. ¡El segundo golpe, de prisa, de prisa! La espera era peor que el mazazo. Pero el verdugo me examinó, como un médico escudriña pacientemente el resultado de un fármaco. Una gota de sudor rodó por mi sien y rodeó la oreja. Todavía siento su lento cosquilleo.

—¿Tenéis algo que decir?

Cerré los ojos y, de nuevo, el mazo cayó. La sangre salpicó las tablas. Me sacudí furiosamente para zafarme y saltar sobre aquellos hombres, estrangularlos o degollarlos a dentelladas. Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza. Aullé como un perro enloquecido. A la tercera cuña, vomité; a la quinta, confesé. Eso no le bastó a aquella gente que tanto afán de saber mostraba. Entonces, a toda prisa, inventé las circunstancias de mi crimen. Me hicieron firmar un papel, luego me desataron y por fin pude desmayarme.

La Pecos vino a verme al calabozo. Me besó en la boca y sentí que con la lengua empujaba algo duro entre mis labios. Al mismo tiempo, con los ojos me daba a entender que debía callarme. Cuando se fue con el carcelero, me saqué de la boca una delgada lámina de acero dentado. Con eso pude

serrar los barrotes de la ventana. Me escapé por la noche, la víspera del día en que iban a ahorcarme.

Arrastrando una pierna, conseguí llegar al bosque. Acosado por los gendarmes, caminando de noche y durmiendo de día en escondites precarios, alimentándome de zanahorias crudas, frutas y huevos, avancé lentamente hacia el oeste, evitando las aldeas y ciudades.

Un hombre me disparó con un mosquete, una noche, cuando robaba huevos. En otra ocasión, me persiguió un perro que me mordió la pierna sana. Padecía unos cólicos terribles. A menudo me acostaba en lo profundo de un matorral para morir, pero siempre volvía a incorporarme y echaba a andar; sin embargo, estaba demasiado débil, las únicas fuerzas que me quedaban eran las que produce el odio. Aborrecía la crueldad y la injusticia de un mundo que me había reducido a una condición tan miserable. Me detestaba a mí mismo por haberme rendido ante el dolor y por traicionar a mi amor. ¡Para qué me había fugado, si ya había hecho lo peor confesando un crimen que no había cometido! Lloré pensando en Marion.

Hubo días lluviosos, soleados, borrascosos, temporadas de un calor agobiante en que los insectos zumbaban en la maleza. Luego las hojas enrojecieron y, desde mi escondrijo, vi a los labriegos aguijoneando a sus bueyes en la llanura. Mi cuerpo empezaba a acostumbrarse al extraño régimen a que estaba sometido; poco a poco recuperé las fuerzas. Alargué las etapas. Los paisajes cambiaron. Las aldeas eran cada vez más escasas; los pinos y los alcornoques sustituían a los castaños, los nogales y los abedules. Un atardecer, a finales de otoño, trepé a un árbol, y al ponerse el sol columbré en el horizonte un leve espejo: el mar.

A partir de aquel día me acerqué a la costa y la recorrí hacia el sur, sin saber a ciencia cierta dónde estaba ni adónde iba. Confiaba vagamente en que de un momento al otro llegaría a la frontera de España. En la venta había oído hablar de ese país, y pensé que allí estaría a salvo y podría vivir tranquilo. ¿Cómo? Ni siquiera me lo preguntaba, lo único que me importaba era el presente.

Una noche, cuando la luna brillaba con un destello magnífico, bajé hasta la orilla del mar en busca de esos pequeños moluscos que viven adheridos a las rocas. Para despegarlos, hay que arrancarlos muy deprisa, con un golpe

del pulgar, cuando los bordes de la concha no están unidos a la piedra. Si uno falla, se aferran a la roca tan tenazmente que es imposible arrancarlos sin un instrumento de hierro, y yo no tenía más herramienta que mis manos. Me enfraqué en esa faena. De pronto un estruendo estalló en mis oídos.

—¡Eh, tú! — gritaron. Pegué un salto. Una pistola me encañonaba la sien. El resplandor de una lámpara sorda me deslumbró. — ¿Qué diantres haces aquí, gandul? — me increpó el hombre de la pistola. — ¿Es que acaso sois gendarmes? Un vendaval de risas y gruñidos se levantó a mi alrededor. — No precisamente, pipiolo. No parece que te gusten mucho los gendarmes, ¿eh? ¿Qué delito has cometido? — ¿Y eso qué os importa? Si no sois gendarmes, seguid vuestro camino y dejad que me busque en paz la comida. — ¡Vaya, hombre! Fíjate qué casualidad que nuestro camino acaba aquí. Tenernos algo que hacer en esta cala y no nos

gustan los curiosos. — Eh, patrón -dijo uno-, mire, allí está la señal. A lo lejos, en el mar, una luz subía y bajaba. — ¡Todos a vuestros puestos -ordenó el hombre-, eh, los vigías, ojo avizor! — ¿Qué hacemos con este gilipollas, lo despachamos? — ¿Tendríais estómago para hacerle daño a un pazguato que teme a los gendarmes? Amarradlo, que no se mueva de

aquí. Cuando hayamos terminado, lo dejaremos marchar. Pasó el tiempo. Nada perturbaba el fragor de las olas. Sentado, atado de pies y manos, contemplé el mar.

—Ahí vienen -dijo alguien.

Se oyó un chapoteo. Buscando en esa dirección, vi dos barcos (más tarde supe que esas embarcaciones se llaman pinaza y chalupa, respectivamente) saltando entre las olas. Los hombres se pusieron a descargar unos bultos y desaparecieron en la noche llevándolos a cuestras. Cuando terminaron, el patrón sacó de su cinturón dos bolsas y se las alargó a uno de los marinos, que iba vestido con un extravagante atuendo: calzones con grandes vuelos, camisa holgada con mangas abombadas, una chaqueta muy corta y una especie de gorro rojo.

Una idea se abrió paso poco a poco en mi cabeza empujándome hacia aquellos dos hombres. Me acerqué a ellos dando saltitos.

—Patrón, me gustaría irme en ese barco.

Me miró meneando la cabeza.

—No es mala idea, pipiolo. Así no podrás denunciarnos. ¿Qué te parece, Bill?

—¿Quién es?

—Un zángano muerto de hambre que le tiene miedo a los gendarmes.

—¿De dónde sales?

—Vengo de allá -indiqué señalando el norte, y añadí-: Querían ahorcarme.

—Embarca. Si el viejo te acepta, no hay problemas. Si no, te arrojarán al agua. De todas maneras, saldrás bien del apuro.

Me metieron en uno de los barcos y luego el tal Bill subió detrás de mí.

—Adiós, Piarille.

—Hasta la próxima, Bill.

—Eso no tardará mucho, nos vamos al sur. Aquí y ahora esto huele mal para nosotros... ¡Vosotros, a remar, hala!

El barco empezó a subir y a bajar, yo me balanceaba con él. íbamos en silencio a través del cabrilleo y el rugido de las olas hacia la luz que danzaba, un punto minúsculo en la noche. A medida que se precisaba, se distinguía en la oscuridad una gran masa borrosa, negra, coronada por el encaje de los mástiles y los aparejos. El fanal, a ras de agua, iluminaba una escala oscilante por la que trepé con mis compañeros. Una vez arriba, el que llamaban Bill me cogió por el brazo y me empujó hacia la popa del navío. Tropecé con unos rollos de cuerdas, abrieron una puerta, tropecé una vez más con el umbral sobrealzado que impide que el agua de la cubierta entre en los camarotes, y me encontré en una vasta cámara con paredes y techo de madera. Una lámpara se balanceaba en la viga maestra, su resplandor destacaba en fuerte contraste la armazón de la nave, cuyo esqueleto se hacía aquí más evidente. La luz se concentraba en la casaca escarlata que lucía un hombre corpulento apoltronado detrás de una mesa.

—*What's it?* -gruñó al vernos.

Bill le respondió en la misma lengua.

Además de su reluciente casaca, el hombre sentado vestía unas calzas blancas tirantes en los muslos. Un pañuelo de seda negra ceñido a la cabeza no dejaba ver ni uno solo de sus cabellos. La cara larga, colorada, estaba perforada por dos ojillos de un gris pálido y una boca cuyo labio superior se hundía hasta desaparecer a la sombra de la nariz cubierta de fibras violetas, mientras que el inferior, mucho más grueso, avanzaba por encima de la barbilla, como un belfo. La mano poderosa, chorreando encajes, empuñaba un vaso del que el hombre bebió un trago con ademanes bruscos. En la

mesa de oscura madera había una botella en una funda de mimbre junto a un par de pistolas, un tricornio con una cinta donde estaba metida una pipa y un instrumento de cobre que más tarde supe era un cuadrante. Atravesada en la mesa, una espada mantenía desplegado un rollo de cartas náuticas.

De aquel hombretón, arrellanado con los muslos abiertos, un brazo colgando por encima del respaldo del sillón, la mirada opaca, emanaba una singular sensación de majestuosa fuerza maléfica. Sentí un malestar cuando su mirada helada se posó sobre mí. Me dio miedo, aunque no había dicho nada amenazador en particular. A decir verdad, con sus mejillas mofletudas y aquellos morros, parecía infinitamente más bonachón que el magistrado cuyo interrogatorio había padecido en la prisión. Pero me parecía intuir en él, a través de su carne y su grasa, un alma seca, una capacidad de disfrutar con la crueldad.

Le dije algo más a Bill al tiempo que me calibraba con la mirada. Sus ojos clavados en mí se animaron. Pestañeó, lo cual le dio a sus pupilas un brillo más agradable. Entonces me di cuenta de que eran azules, de un azul verdoso pálido, como el mar al amanecer, y no tuve ante mí más que a un hombre obeso y condescendiente que me miraba con indulgencia. Volvió a llenar su vaso y me lo ofreció.

—Bebe, chaval -dijo en francés-. ¿Así que quieres venir con nosotros? — Sí, señor. — Llámame capitán. ¿Nunca has oído hablar del viejo Flint? — No, capitán. Vengo de muy lejos, de tierra adentro, de un lugar donde apenas saben que existen los barcos. — *God damn!* Tú sí que sabes hablar. ¡Así que hay gente que todavía no conoce el nombre de Flint! — ¡Bah! — exclamó Bill-. Ya son muchos los que lo conocen para desgracia y desvelo de sus noches toledanas. Los dos se echaron a reír. Devolví el vaso a la mesa. — ¡Me parece que te gustan los tragos, chaval! ¿Qué me dices de ese ron? — Es tan bueno como nuestro aguardiente de ciruela. De nuevo rieron a carcajadas. — ¿Habéis oído a este pazguato? — se burló Bill. Un sopor y un ligero mareo empezaron a invadirme. Al fin y al cabo, después de tantos días, esos eran los primeros

hombres que se mostraban buenos conmigo; por fin podía relajarme un poco. Sentí que mis labios dibujaron una forma desde hacía mucho olvidada; la de una sonrisa. — *Well* -dijo Flint-, si sabes hacer algo, te quedarás con nosotros. ¿Cuántos años tienes?

—Cumplí veintidós años la noche de San Juan; sé leer, escribir, contar...  
-Bien, bien. Llevarás el diario de a bordo y, mientras, aprenderás a correr por el marchapié y a hacer un ajuste como si fueras uno de los condenados hijos del viejo gaviero. Todo el mundo tiene derecho a vivir. Cuando estés desocupado, te ocuparás de las cuentas, y participarás en el tiroteo con los demás cuando atacemos a los soldados del rey, si estamos de suerte. Este es ahora tu destino, ¿te gusta?

No esperó mi respuesta. Sus ojos se habían apagado. Nos echó con un ademán, se ladeó en su sillón y bebió un gran trago de ron.

## **CAPÍTULO II HACIA EL SUR**

**El *Walrus* era un hermoso bricbarca cuya quilla debió de construirse sobre alguna grada bretona, entre Paimpol y Saint-Nazaire, mucho antes de que surcara con un nuevo nombre los mares que ahora trazaban su azaroso destino. Acodado en la borda, bajo un cielo imponente, escuché en numerosas ocasiones el gemido de sus cuadernas chocando contra las olas que me contaban alguna triste historia de nuestro terruño entre campanadas y revuelos de cofias. Entonces Brice Coquelle, el *bossman*\* solía tocarme el hombro.**

**\* Se denominaba *bossman* a un personaje que hacía de intermediario entre el capitán y la tripulación. Desempeñaba las funciones de segundo capitán sin ostentar el título.**

**-Estás soñando -decía.**

**Mas todos soñábamos. Con la mar haciendo desaparecer nuestras preocupaciones y la vida que llevábamos, que nos volvía tan feroces como ingenuos, nos quedaba tiempo suficiente para soñar indefinidamente.**

**Si dos años atrás, cuando Bill Burke, el contramaestre, me hizo salir de la cámara de Flint para que firmara el contrato de fletamento (que era la ley del navío), me hubieran descrito la clase de vida que me aguardaba, no lo habría creído. Pero, a excepción de las sobrias palabras del capitán designando mis funciones, nadie se encargó de decirme en qué consistía la rutina del mar. Bill me instruyó sin orden ni concierto sobre los rudimentos del oficio. Brice Coquelle me enseñó sus normas esenciales y así aprendí a determinar la altura de una estrella con el cuadrante y a trazar el derrotero en la carta de marear. El resto,**

lo aprendí yo solo mirando cómo lo hacían los demás. Imitaba sus gestos para agarrar los brandales que forman las escalas de viento. Ellos las subían corriendo, como si fueran escaleras. Yo remedaba la crispación de los dedos de sus pies para aferrarme al marchapié, es decir, un cabo afirmado al palo horizontal en el que se enverga la vela por el grátil, y que pende a lo largo de las vergas a manera de festón. El día que los vi empuñar las hachas de abordaje para asaltar la cubierta de un barco al que dábamos caza desde por la mañana, también los imité. Me batí como ellos porque ellos se batían. Le cogí el gusto a la lucha. Cada vez que asestaba una estocada con mi acero reluciente, pensaba en la tía Cathy, en la gente que necesitaba saberme culpable y en el verdugo que tan a conciencia cumplía con su oficio. Después de ese primer combate, redacté el inventario del botín y calculé las partes que tocaban según las reglas estipuladas en el contrato de fletamento. Por lo general, esa era mi función como cronista de a bordo entre los caballeros de fortuna.

Lo que atañía a la lucha podía haberlo imaginado. Lo que sobrepasaba cualquier previsión era la monótona vacuidad de los días transcurridos en una rutina cuyos detalles se borraban en un perpetuo retorno; ese eterno vagar sobre una mar casi inmutablemente serena, a ratos con alguna turbonada, que se iba tan de repente como venía, donde de pronto parecía que el viento y las olas habían decidido suprimir nuestro impertinente cascarón de nuez, o, las más de las veces, en medio de la calma chicha de los tórridos mares ecuatoriales, con el navío abandonado a su propia suerte, inmóvil sobre su reflejo como una casa en medio de un lago. Nuestra vida era un débil rescoldo entre las cenizas; se consumía sin pena ni gloria en la repetición de los mismos gestos, arrastrándose lentamente entre el zafiro del cielo y el esmeralda de las aguas.

-¿Y ésta es la vida de aventuras? – le dije un día a Brice Coquelle mientras lo miraba afilar un punzón indolentemente.

-Ya ves. ¿Qué más se puede pedir?

Me apoyé contra la borda y observé las diestras manos del boss que se entregaban a su trabajo prolongándolo con una sensualidad placentera, perezosa. Brice Coquelle había ejercido sobre mí una irresistible seducción desde el primer momento. Sincero hasta la

brutalidad, a la menor contrariedad soltaba un puñetazo clavándole a uno su mirada de basilisco; pero sus ojos negros, siempre en alerta, enseguida recuperaban aquel risueño fulgor donde resplandecía una alegría a la vez infantil e irónica. Había en él algo superior, en modo alguno una autoridad opresiva ni ambigua, como la de Flint, sino una elegancia, una seguridad que se ganaba la confianza de uno y la aceptaba con generosidad. Su rostro estaba bien dibujado, con una nariz un poco grande, llena de insolencia, la boca y el mentón sensuales, nada robustos; tenía la frente despejada, lo que realzaba recogiendo los largos cabellos en la nuca con una cinta de raso. Sabía leer y escribir, como yo, y eso fue lo que nos acercó; era muy instruido. ¿De dónde le venían esa ciencia infusa y la nobleza innata? La vida de todos y cada uno de nosotros no existía sino a partir del momento en que habíamos firmado el contrato de los caballeros de fortuna. Esa vida nos liberaba del pasado, y su monotonía nos libraba de nosotros mismos. ¿Qué más se podía pedir?

Sin embargo, a veces, por la noche, Jak Groove cantaba acompañándose de un instrumento muy raro compuesto por una caja de resonancia en forma de pandereta con un mástil de guitarra, conocido en el mar de las Antillas por el nombre de banjo. Cantaba en el castillo de proa, que es donde está la tripulación, mientras que el alcázar (también llamado castillo de popa) sirve de alojamiento y terraza a los oficiales.

Entre los jóvenes acunados y arrullados en la red del bauprés o tumbados en la cubierta, se elevaba un murmullo coreando la nostálgica canción. También cantaban Bill Burke, Michel Pantaragat y Dan Law, a no ser que Frémin Cotard, Will Whale, Tom Hawkins o Michault Cul d'Oue contaran alguna fantasía, infantil o bucólica, al alcance de nuestras mentes adormecidas por la monotonía cotidiana.

Desde que yo subiera a bordo, navegábamos rumbo hacia el sur, tocando tierra muy de vez en cuando. Nuestra última escala había sido Savannah. Hacía cinco meses que barloventeábamos por el mar de las Antillas probando fortuna, casi siempre con resultados favorables para nuestras malas artes. Casi todos estábamos obsesionados con los placeres de la tierra. El recuerdo de las mozas de Savannah: la pequeña Macé, Guillemette, Margot, Jehanne-la-Raillarde, Babet, todo ese

mujerío, aquella pandilla de zorras vivarachas en cuyos labios habíamos paladeado por última vez el sabor de la tierra, se difuminaba magnificándose en una confusión de francachelas y chanzas, en un remolino de faldas levantadas, carnes húmedas y ardientes, y perezosa voluptuosidad en la hierba esponjosa.

De entonces a esta parte, algunos de nuestros hombres habían muerto; quizá nuestro turno llegaría mañana. Nos invadía la nostalgia de estrechar una vez más esa fantasmagoría del amor, de conocer ese paraíso, probablemente banal, pero bueno para satisfacer los apetitos acumulados en la travesía por el árido mar. ¡De qué nos servían nuestros bolsillos llenos de un dinero duramente ganado, si nunca teníamos ocasión de gastarlo!

Flint intuyó esa fiebre que se manifestaba por medio de una molicie generalizada. Nuestros hombres eran lentos en sus maniobras; se arrastraban al anochecer por la cubierta para oír las canciones quejumbrosas. Al capitán no le faltó agudeza: reunió al Consejo y yo consigné en mi diario la decisión adoptada por unanimidad de subir una cuarta al oeste en dirección a Galapas.

Tres días más tarde entramos en la bahía, enarbolando los colores de la bandera española. Flint tenía en su cámara patentes de navegación de todas las nacionalidades.

Echamos anclas en un fondeadero del viejo puerto, con las portañolas enmascaradas por una franja de tela pintada y el navío bien despejado por delante para poder zarpar a cualquier hora, si fuera necesario.

-¿Adónde vamos? – preguntó Brice cuando desembarcamos en el muelle-. Es la primera vez que estoy en este poblacho.

-Conozco una taberna -dijo Flint- un *bodegón*\* como le llaman aquí los isleños.

\* Toda la novela está salpicada de vocablos castellanos, amén de frases en inglés y locuciones en lengua de oc -sobre todo en su dialecto, el gascón-; o incluso voces del habla regional del Poitou. Se trata de una mezcolanza habitual en la jerga de los bucaneros, pues cada barco pirata era una Torre de Babel por la diversidad de naciones representadas en sus tripulaciones. Para no abrumar al lector con tantas notas, y con tal de traducir esta ensalada filológica sin

adulterarla, he dejado en cursiva aquellas frases o palabras que se explican contextualmente, limitándome a verter las expresiones que podían suscitar confusión. (*N. del T.*)

Brice y yo lo seguimos, dejando a los que habían bajado con nosotros irse cada cual por su lado.

Alrededor del puerto se extendían los barrios bajos de la ciudad, cuyas tristes casas permanecían sumergidas en la penumbra. Pero a medida que subíamos, el sol resbalaba sobre las fachadas de columnatas simuladas donde a veces se descubría, a través de un soportal, un secreto jardín, rutilante de flores bajo el balanceo de las palmas. Sombras de un azul intenso reptaban al pie de las paredes cortando en dos, con su latigazo de cobalto, a los transeúntes: artesanos portuarios, mestizos, propietarios de plantaciones, *caballeros* corriendo a la aventura, marineros. Separadas de sus cuerpos, las cabezas parecían deslizarse sobre un oleaje oscuro.

Seguimos subiendo. Por una empinada *calle*, como le llaman en la isla, desembocamos en una plaza en cuyo centro se alzaba el garrote encima de una tarima. Es un aro de cuero sujeto a un palo fijo que de un solo golpe de mano permite estrangular a los condenados a muerte. Manera elegante, aunque menos espectacular que la horca, de ejecutar los fallos de la justicia. Esa tarima me heló el corazón y aparté la vista, recreándome en el paisaje de la ciudad. La dominábamos casi por completo. Se extendía en un sistema de terrazas alrededor del seno de la inmensa bahía, acostada como un bollo de hojaldre en forma de media luna al borde del agua verde donde se reflejaba. Una gran serenidad emanaba de aquel armonioso amontonamiento de tranquilos tejados, jardines y verdores, arcos de medio punto y ventanas ojivales dentadas al estilo mudéjar. Cuando volví sobre mis pasos, mi mirada topó otra vez con el poste erigido sobre la tarima. Siempre la falsedad de la dulzura, de la benevolencia, de la vida... Brice, que me observaba, se echó a reír sin decir nada, una risa sin alegría.

En cuanto a Flint, la belleza del lugar le era tan indiferente como el horror del garrote. Con su paso imponente y brutal, se dirigió a una esquina de la plaza. Seguimos su espalda roja a través de un portal y desembocamos en un patio mal embaldosado, pero fresco gracias a un reciente riego. Debajo de la galería prolongada por un colgadizo de

tejas azules barnizadas, unos marineros mestizos bebían mientras ahumaban *tortillas* de maíz. Las blancas paredes encaladas devolvían la luz hacia un estanque de donde brotaba espasmódicamente el agua de una fuente. Una marejada de plantas trepadoras desprendidas del muro colgaba echando al agua flores azules y rosadas en forma de estrellas.

El peso de Flint hizo crujir la escalera que conducía a la galería. Subimos, detrás de él, los gastados peldaños de madera. Golpeó rudamente una puerta, que se abrió. Por encima del hombro del capitán vi un cuarto con paredes de argamasa, unos taburetes desvencijados, una cómoda taraceada con adornos de nácar y perlas barrocas en la que reposaba un crucifijo confeccionado con conchas; al lado, un espléndido sillón tapizado, con las patas y los brazos exquisitamente tallados; y, por último, en medio del embaldosado, una masa negra. Se trataba de una vieja mujer deforme. Su rostro desaparecía a medias bajo lo que probablemente había sido una mantilla. Fumaba un puro y lloraba plácidamente, con los ojos cerrados y apretando en una mano el cuello de una damajuana de ron mientras con la otra pasaba las cuentas de un rosario.

Flint la empujó de un puntapié gritando como si estuviera en cubierta:

-¡Hala, señora Encarnación! ¡Hala, señora, huy, habráse visto mujer más condenada! ¡Huyuyui, viejo adefesio!

Esos modales arrancaron a la vieja de su ensimismamiento, pero sólo para inundar la habitación con sus gemidos y quejas que ahogaron la voz del capitán. Adiviné vagamente el nombre de Mañuela mezclado con el nombre del Señor, el de la Madona y una retahíla de santos, la mayor parte de los cuales, debo confesarlo, me eran del todo desconocidos. De nuestros tales como hijo de perra, marrano y otros cuadrúpedos más o menos domésticos se discernían también en aquella letanía.

Arrebatándole a la jorobada el rosario y la damajuana que enarbolaba, Flint la obligó a alzar la cabeza. Enseguida, con inesperada agilidad, la mujer saltó y se puso de pie. Dejando caer su breva, se arrojó sobre Flint, quien tuvo que levantar la vaina de la espada para evitar el abrazo. La vieja se deshizo en exclamaciones de fervor. El

bravo capitán estaba de regreso... El querido señor regresaba a ver a su buena amiga Encarnación.

-Voy a encenderle una vela a...

-Está bien, está bien, *señora* -la interrumpió Flint-. Detenga su maldita cascada de palabras. Si quiere encender algo en nuestro honor, que sea un fogón para hacernos un buen asado.

Al oírle decir eso, el llanto de la anfitriona se incrementó. Se secaba las lágrimas con su mantilla y, como era de un mal tinte, cada vez que se la pasaba por el rostro mofletudo dejaba unos churretes que se mezclaban con el maquillaje que embadurnaba sus mejillas.

-Vamos, muchachos -dijo Flint-, no molestemos más a esta respetable señora devorada por su tristeza. Vamos a gastar nuestras piastras en otra parte.

Poco después, y calmada como por ensalmo, la señora Encarnación nos servía una pierna de puerco asado acompañada de ensaladas, todo ello bien regado con vino de Madeira y de Canarias.

Mientras comíamos nos enteramos de la causa de tantas lágrimas y lamentaciones: esa misma mañana la hija de nuestra anfitriona había sido raptada por un monje franciscano, un tal Oliveiro.

-¡Que me lleve el diablo si entiendo algo! – exclamé yo cuando oí la historia-. ¡Cuándo se ha visto que los franciscanos raptan a las jovencitas!

Flint y Brice empezaron a reírse.

-¡Ay, muchacho -se burló el *boss*-, tú sigues creyendo que estás en tu país!

-¡Fijaos en este pardillo! – dijo Flint-. ¿Dónde has oído decir que los *frailes* de las Antillas sean monjes tan modosos como sus colegas de Europa? Estos de aquí son más diestros con el cuchillo que rezando el Padrenuestro.

-Escucha -añadió Brice- y grábate la lección en la cabeza, te lo digo para tu interés. Después de los conquistadores vinieron, a todas las posesiones españolas y portuguesas del sur, unos curas predicadores trayéndoles a los nativos la palabra de Cristo. Fundaron conventos para tener auxiliares en su misión piadosa, pero cometieron el error de aceptar a todo el que venía de Europa, con tal de que tuviera un aspecto humilde y mucha labia. Ahora bien, cuando tú te estabas

muriendo de hambre, cuando tomaste las de Villadiego jugando al escondite con los gendarmes, ¿no te hubiera alegrado encontrarte en un convento donde te dieran techo y comida, y además, amparado en el prestigio de un hábito que es un asilo inviolable?

-Sí, está bien -acepté, evocando mis agonías de vagabundo a raíz de mi evasión.

-Pues todos los delincuentes *callejeros*, es decir esa hampa que pulula en los puertos, aquellos que no tienen tantas agallas como nosotros para declararle la guerra a los hombres de la buena sociedad, pensaron como tú lo habrías hecho. De forma que hoy, al amparo de un hábito e invocando las órdenes religiosas, y con el título secreto de los cofrades de la fe, se alistan los bandidos más viles de las Antillas. Reinan en Galapas y en todas las ciudades de estos países, como la uña en un cuero cabelludo mal lavado. La Inquisición, que necesita hombres enérgicos, los defiende de la guardia de los virreyes con su manto protector. Es la más abominable escoria del mundo. Sin dejar de murmurar sus oraciones, lanzan el cuchillo al tiempo que hacen la señal de la cruz y mandan al auto de fe a todo el que les molesta. Los verás salmodiando en las procesiones mientras llevan a hombros las estatuas de los santos y, por la noche, merodeando alrededor de las tabernas, donde hacen fullerías con los dados, les meten mano a las mozas, arrojan su *navaja* a la espalda de un intruso cuando les estorba. De vez en cuando le dan garrote a alguno de ellos, pero eso no es nada. Habría que clausurar los conventos y despedir desde el portero hasta el abad; pero la Inquisición se quedaría sin ejecutores, lo que, por lo demás, no nos importa. Grábate solamente una cosa en la cabeza: franciscano, capuchino, o lo que sea, un *fraile* es una víbora rastrera de la peor ralea que se puede encontrar. El fuego de San Telmo arde menos que esa caterva de degenerados. Te lo digo yo, Antoine, no olvides ponerte en guardia si caes en manos de un tonsurado.

-Hum, toma una copa, boss. No tienes pelos en la lengua y has dicho una verdad como un templo -concluyó Flint.

Se volvió pesadamente hacia la señora Encarnación que pasaba las cuentas del rosario, sentada en el suelo.

-Recuerdo haber visto en esta casa a doncellas encantadoras, señora... Mis amigos y yo compartimos su dolor, pero...

La vieja le interrumpió con una sonrisa abúlica que se trocó en mueca. Movi6 las manos con ademán desconsolado.

¡Qué lástima! ¡Qué lástima! Había despedido a sus pupilas.

-Ya no las necesitaba para atraer a los clientes desde que mi Mañuela se convirtió en una bella muchacha.

-¡Mañuela! – exclamó Flint-. ¡Si es una chiquilla!

-¡Despacito, señor capitán! Hacía cinco años que usted no venía por aquí. Ella echó cuerpo, la muy mona. Ahora tiene diecinueve abriles.

¡Es la chica más guapa de la isla, unos ojos de diamante negro, una boca como una granada, y qué cintura! ¡Y qué pechos! ¡Y qué piernas! ¡Dios mío! Hay que verla bailar; es capaz de levantar a un muerto. ¡Y encima, juiciosa: ni un solo hombre la había tocado! ¡Oh, *virgen santísima!* ¡Mi Mañuelita, mi paloma, mi corazón!

Otra vez empezó a lloriquear dando rienda suelta a sus jeremiadas. Flint se calló, con la mirada apagada, persiguiendo dentro de sí mismo secretas imágenes. Su labio equino se movía lentamente. El capitán mostraba un aspecto almibarado, frustrado y goloso.

-Well -dijo finalmente-, nos vamos.

-Pero, ¿y esa chiquilla? – protesté.

Flint levantó la mano, ancha como un codillo de cordero, y la dejó caer dándose una palmada en el muslo.

-Una yegüita. Si el *fraile* no se la hubiera llevado, se la habrían vendido a cualquier rico *caballero*. ¿Qué podemos hacer nosotros? Vamos. Lo que sobra en este afortunado país son mocitas. ¡Suélteme las piernas, señora!

Estas últimas palabras se dirigían a la señora Encarnación. Indiferente al cinismo del capitán, abrazaba sus rodillas suplicándole que no la abandonara en su desgracia. Él la empujó al levantarse. Entonces, agotados los argumentos, ella fue hacia la cómoda, la abrió y regresó con una tablilla de marfil. Nos la extendió sin decir una palabra, con un gesto que me pareció francamente patético. Nos inclinamos, Flint con condescendencia, Brice y yo, con curiosidad.

Encuadrado en unas columnitas jaspeadas y entrelazadas con perlas, en las manos de la vieja destellaba un pequeño cuadro primorosamente pintado. Sobre un fondo verde azulado, el artista había representado amorosamente el busto de la criatura más radiante

que mis ojos hubiesen contemplado jamás. Su tez transparente y dorada rodeaba con su aterciopelado melocotón una boca demasiado bella para no exhalar el aliento más embriagador, unos inmensos ojos negros, profundos, llenos de luz. Su candor, ese azul que tiñe de inocencia el cristalino de los ojos infantiles, contrastaba con las formas muy femeninas del rostro y del cuello cuyo resplandor se adivinaba a través de la guedeja de unos bucles que se desenroscaban en su pecho. Una mano aniñada, de dedos delicados, sujetaba esos racimos de pelo a la altura del escote, en un gesto púdico y encantador que, no obstante, no conseguía disimular las ondulaciones enfatizadas por las curvas de su blusa.

Nos quedamos inclinados sobre el cuadro; sólo se oían los resoplidos de la madre. Yo estaba boquiabierto de admiración. Los ojillos de Flint se habían achicado más todavía; brillaban y perforaban. Brice respiró entrecortadamente.

Salimos del *bodegón* sumidos en nuestros pensamientos, enfrentados a lo mejor y a lo peor de nosotros mismos. Anduvimos un rato en silencio. Por muy deslumbrado que yo estuviera, intuía que Brice y Flint también se parapetaban tras la ardiente soledad de sus sueños y sus deseos. Flint permanecía ensimismado, rodeado de un halo de misterio. Por fin, menos dueño de sí mismo, Brice fue el primero en hablar.

-Y bien, ¿qué hacemos?

-Hum, ¿qué piensas tú, *boss*?

-¿Qué tal si hacemos una visita a los hermanos de la fe?

-¡Ah, sigues soñando con esa chiquilla!

Brice lo miró un poco irritado.

-¡Pues claro! ¡Igual que tú, capitán!

Flint empezó a reírse burlonamente.

-Bueno -dijo-. Entonces, ¿quieres asaltar el convento?

-No, pero iré a ver al jefe de esos falsos monjes, abad, prior o capitán, y le diré que busque la manera de devolvernos a esa *señorita* dentro de una hora, o de lo contrario bombardearemos el convento hasta que no quede piedra sobre piedra. ¿Quién nos lo va a impedir? No hay un solo buque de guerra en la bahía.

-Eso sería prestarle un grandísimo servicio a los insulares, pero no te lo agradecerán. Si en lo más secreto de su corazón el virrey te tuviera por su benefactor, de todas maneras estaría obligado, de cara al gran inquisidor, a hacer que nos persiguieran por estos mares. Y por una zorra que se reirá en nuestras narices. Tonterías, muchacho. Olvídate de ese plan, y escucha el mío.

El plan del capitán era excelente; por lo menos así nos lo pareció. En consecuencia, regresamos al *Walrus* en el acto. Eran alrededor de las cuatro de la tarde; la brigada comandada por Bill Burke esperaba nuestro regreso para bajar a tierra. Flint no se lo permitió.

-Seguidme a mi cámara, pandilla de zánganos -gritó tan pronto puso el pie en el portalón-. Vamos a divertirnos un poco.

Éramos unos quince a bordo. Cada uno recibió su misión. Uno de nuestros hombres, que hablaba correctamente el español, se encaminó al convento de los franciscanos. Will Whale, el carpintero de ribera, se puso a hacer una larga caja. Brice Coquelle procedió a la confección de un traje de capitán de barco mercante de la región. Se engalanó con una casaca de terciopelo negro galoneada de oro, se anudó al cuello una muselina, se colgó una cadena de oro de grandes eslabones, y terminó de arreglarse empolvándose la cara con harina. Entonces arriaron a media asta el pabellón español, y luego, al pie del árbol mayor,\* alzamos rápidamente sobre un catafalco la caja hecha por Will Whale. Para disimular su tosquedad, la cubrimos con telas de la India procedentes de nuestro último botín. Brice Coquelle se metió adentro, ocultando debajo de los faldones de su disfraz dos pares de pistolas y la espada desenvainada, sin contar un cuchillo de ancha hoja. El silbato de oro, insignia de mando, reposaba sobre su pecho.

\* Se trata del mástil central del velero, llamado palo mayor. En el lenguaje coloquial, donde se advierte la influencia del argot de las galeras, los hermanos de la costa llamaban «árboles» a los mástiles, «parihuelas» a las vergas, y «entenas» a las velas latinas.

-¡Pareces un muerto de verdad, boss! – bromeé asomado a la caja.

De hecho, cualquiera hubiera dicho que había pasado a mejor vida. Los hombres, descubiertos, con sus bicornios de paño rojo en la mano, se pusieron en fila a ambos lados del ataúd.

Así nos encontraron los monjes que trajo nuestro enviado. El segundo contramaestre los recibió en el portalón, muy cortésmente. Vestía el chaleco, el gorro y los calzones bombachos que identifican a un sobrecargo de navío castellano.\* Hizo una reverencia ante los hermanos, les dijo que estábamos sumidos en el dolor y la aflicción, porque nuestro querido capitán había muerto poco después de arribar a puerto de una enfermedad que le atacara en alta mar. Antes de fallecer, había expresado formalmente su voluntad de ser sepultado en suelo consagrado, disponiendo que se otorgaran importantes donaciones para la celebración de misas por su alma.

\* Representante del armador a bordo de una nave.

Los monjes deploraron con diplomacia el fallecimiento de tan piadoso marino. Los dejamos ver sus restos mortales para que los asperjaran con agua bendita, luego clavamos la tapa del ataúd con resonantes martillazos; pero Will Whale había tenido la precaución de limar las puntas de los clavos para que cedieran fácilmente. Acordamos que el capitán sería transportado antes del anochecer al convento, donde tendría lugar el velatorio en la capilla de la Virgen, patrona de la nave (en efecto, de repente el *Walrus* había pasado a llamarse *Santa María Madre de Dios*). El entierro se efectuaría al día siguiente después de un solemne oficio de difuntos. Uno de los *frailes* volvió al convento para encargarse de los funerales mientras los otros rezaban al pie del catafalco.

Pronto vimos llegar un largo cortejo de hábitos negros, con velas, cruces y ciriales. Una multitud de curiosos los seguía. El ataúd, descendido al muelle con mil precauciones, fue llevado en hombros por seis de los nuestros. Dos filas de monjes nos flanquearon y se pusieron a salmodiar en un tono tan lúgubre que, a pesar mío, me sobrecogió. Nuestros caballeros iban detrás, descubiertos; Flint se ocultaba entre ellos vestido de marinero.

Por el camino nos encontramos a Michault Cul d'Oue que se paseaba por las calles cantando acompañado por toda la brigada bajada a tierra por la mañana con nosotros. Se quedaron pasmados cuando nos vieron en esa tesitura. Flint me hizo una seña, yo me reuní con ellos y los puse al corriente. Tenían que volver a bordo, levar anclas por la noche, dar bordadas en la bocana de la bahía, no lejos del

convento, y enviar las chalupas para que nos esperasen en la orilla. La consigna era que nada de violencia y ningún ruido.

Alcancé al cortejo en el momento en que se disponía a entrar en el convento en medio de una muchedumbre de curiosos. Nos detuvimos frente a un muro cerrado por una enorme puerta acorazada de hierro, que se abrió cuando un hermano la golpeó levantando con las dos manos la descomunal aldaba. Enseguida empezaron a tañer las campanas.

Otra procesión esperaba al difunto en la plaza de la iglesia, que se alzaba en un cuadrilátero de edificios rodeados de bellos jardines. El ataúd cruzó el porche entre los cantos litúrgicos, en medio de la humareda de los incensarios. Las telas de la India con las que habíamos envuelto la caja cubrían a los portadores arrastrándose por el suelo. Al llegar a la capilla, depositaron el ataúd con gran pompa en un catafalco adornado de cirios. Flint, el gran Georges Nightingale, el segundo contramaestre con su traje de sobrecargo y yo nos quedamos al lado del «muerto» para velarlo, empuñando las pistolas y los cuchillos piadosamente disimulados debajo de nuestra ropa.

Cayó la noche. Los monjes se retiraron, dejando a cuatro de los suyos rezando sus padrenuestros, de rodillas sobre las baldosas. Sus caras lucían unas expresiones más patibularias que devotas y eran muy anchos de espaldas. Escondían las manos obstinadamente en unas mangas capaces de ocultar todo un arsenal. La oscuridad reinaba en la nave de la iglesia, lo único iluminado por las llamas parpadeantes de los cirios era el catafalco. Encima se alzaba una gran virgen de cera con los ojos esmaltados, las mejillas pálidas y los labios pintados de bermellón, que parecía estar viva bajo el manto de seda y encajes que esculpía las formas de su cuerpo. Por debajo de su mantilla se vislumbraba una auténtica cabellera de mujer. Su dulce sonrisa flotaba sobre nosotros en medio de las tinieblas. El reflejo rojo de la lámpara del altar que la iluminaba se multiplicaba por toda la nave, lo que le daba el aspecto de una inmensa arca de noche poblada de ruidos furtivos entre las cabezas ensangrentadas del resto de las estatuas, en las demás capillas, encima de las cuales reverberaba débilmente el centelleo de innumerables mariposas de aceite.

**Me sentía invadido por una opresiva impresión de grandeza, soledad y misterio. Estaba nervioso, presa de terrores y veneraciones infantiles. ¿Acaso esa dulce figura encima de mí no conocía nuestro secreto de sangre? ¿Qué fuerzas gravitaban en la nave? Una silla del coro crujió con el ruido seco de una pistola que alguien hubiera montado. Pensé en nuestros caballeros, que a esa hora ya debían estar esperando al pie de los muros a que les abrieran el postigo por donde entrarían al convento.**

**A eso de las once, los religiosos se levantaron, se persignaron y desaparecieron en la oscuridad del templo. Flint había contado con eso. Apenas oyó cerrarse una puerta a lo lejos, tocó con los nudillos el ataúd. Un crujido le respondió. Las tablas de la tapa se levantaron; Brice Coquelle se incorporó poniéndose de pie, se estiró y saltó al suelo. Mientras nosotros reajustábamos rápidamente las tablas, se deslizó en la noche de la iglesia. Cuando el nuevo turno de monjes llegó, todo estaba en orden; nada hacía suponer que un muerto rondaba por el convento. Como supimos más tarde, Brice apenas tuvo dificultad para reconocer el lugar y llegar al recinto. Deambuló algún tiempo por el claustro antes de encontrar por fin una pequeña puerta a través de la cual hizo entrar a nuestros hombres. Ante todo, tuvo la precaución de colocar a un centinela en las cuerdas de las campanas, y además apostó vigilantes en las salidas.**

**Todo esto se ejecutó sin hacer el menor ruido. Hasta que un pisoteo y unos jadeos se oyeron detrás de nosotros, no supimos si Brice lo había conseguido o no. Ni cortos ni perezosos nos echamos sobre nuestros compañeros de velatorio. Ya todo estaba hecho: amordazados, maniatados, con la cabeza envuelta en sus capuchones, los monjes que se habían dejado sorprender al pie del ataúd vacío se encontraban en poder de Brice. Los acontecimientos, hasta entonces tan lentos, enseguida se precipitaron en una fiebre colectiva de acción.**

**-De prisa -me dijo Brice echándose a la espalda uno de los prisioneros.**

**Corrió descalzo (todos nos habíamos quitado los zapatos para evitar el ruido) hasta el claustro. Allí cortó las ataduras del monje, le puso el puñal en la garganta y le ordenó que nos condujera a la celda del hermano Oliveiro. El hombre obedeció.**

**-Llamad despacio a la puerta -dijo Brice.**

**El otro volvió a obedecer.**

**-Decidle que salga enseguida.**

**Un pestillo se descorrió. La mano de Brice, que me había confiado al primer prisionero, se aferró a una garganta de donde brotó un vago gorgoteo. Con el brazo estirado, Brice sacó de la sombra a un individuo larguirucho medio dormido. Se trataba del raptor de damiselas.**

**-¿Dónde tenéis escondida a la hija de la señora Encarnación? Voy a contar hasta diez -le amenazó Brice pinchándole la barriga- y si no contestáis, las empulgueras. Uno... dos... tres... cuatro... cinco...**

**-Señor, yo...**

**-Llévanos hasta allí. Antoine, deja ese monje a Jim, que está vigilando aquella esquina de ahí, y ven conmigo. Vamos, tú, camina o te destrippo.**

**Aturdido por la sorpresa, Oliveiro obedeció al instante. Nos condujo por la galería del claustro hasta una puerta muy parecida a las demás y alargó la mano hacia la cerradura.**

**-Stop! -lo interrumpió Brice-. ¡Arriba las manos! No le quites el ojo de encima, Antoine. Voy a ver.**

**Abrió despacio al picaporte, asomó la cabeza y luego desapareció por el vano. Yo había juntado las muñecas del hombre en una mano, mientras con la otra le hacía sentir el filo de mi cuchillo en la garganta. Se portaba juiciosamente.**

**Brice reapareció trayendo en sus brazos un bulto blanco. De pronto, sentí algo que reptaba fulminantemente en una de las manos que mantenía aferradas. Con el pie empujé a Brice a un lado, mientras le asestaba al monje un golpe en el mentón con el mango de mi cuchillo. En el preciso instante en que Oliveiro se desplomó, la navaja que había lanzado se clavó en el marco de la puerta.**

**Entonces los movimientos, de suyo ya rápidos, se aceleraron más todavía. Un hombre medio desnudo apareció en la galería como una exhalación empujándome al pasar. Los gritos y las pisadas resonaron en la noche. Una cuadrilla de los nuestros, con Flint a la cabeza, llegó corriendo al claustro.**

**-¡Demasiado tarde! ¡Todos al postigo! – gritó Flint.**

Se oyó un disparo; luego, por encima de nuestras cabezas, se desencadenó el ruido acelerado de las campanas tocadas a rebato. Una voz potente restalló en medio de ese tumulto:

-A las celdas. Los *frailes* van a salir. Detenedlos y quitadles la ropa. No perdáis la cabeza, tenemos tiempo.

Era Brice; había calculado el pro y el contra de la situación. Corrimos a las puertas de las celdas. Todavía medio dormidos y enloquecidos por la campana de alarma, los monjes que salían precipitadamente se arrojaron ellos mismos en nuestros brazos.

Poco después, un cortejo de veinte franciscanos, con los capuchones inclinados hacia adelante, salió en medio de la noche agonizante y avanzó dejando sus huellas en la arena de la playa. Nos cruzamos con un pelotón de dragones amarillos que acudía a galope tendido. El oficial se detuvo para preguntarnos qué había pasado en el convento.

-¡*El fuego, el fuego!* -gritamos a coro, mostrándole las llamas que empezaban a enrojecer el cielo.

-¿Pero adónde vais, hermanos, en vez de combatir el incendio?

-Trasladamos las reliquias -respondió Brice, que llevaba a hombros un bulto alargado envuelto en el mantel de un altar.

Flint no dijo nada. Sin embargo, él también llevaba algo: una bolsa que dejó escapar un tintineo de oro cuando chocó con el fondo de la chalupa. Tuve la impresión de que Flint y Brice se habían sacado las castañas del fuego mutuamente, como suele decirse entre nosotros.

### **CAPÍTULO III ESPEJISMO**

Mientras el *Walrus*, después de habernos recogido, navegaba en alta mar, Brice Coquelle bajó su fardo al camarote que compartía conmigo en la popa. Desató el mantel donde había envuelto una forma esbelta. Primero se desparramó sinuosamente una marejada de cabellos negros sobre la blancura de la tela; luego apareció un brazo colgado, y por último, el mismo rostro cuyo retrato ya nos había seducido. Seducción que, como pudimos comprobar, no se debía al talento del pintor. La modelo era más perturbadora al natural, más impetuosa aún, lo que en aquel momento se acrecentaba por la confusión que la embargaba. Casi desnuda, despeinada, parecía infinitamente frágil. Yo estaba

emocionado, tanto de compasión como de admiración, y las manos de Brice temblaban mientras la acostaba cómodamente sobre su litera.

-Vinagre -dijo-. Ve a buscar vinagre.

-Vinagre -repitió alguien a mi espalda.

No estábamos solos. Con un gesto posesivo, Brice cubrió a Mañuela con la tela. Yo me volví. De pronto no cabíamos en el pequeño camarote; a través de la puerta distinguí unas formas en cuclillas en la escalera de la escotilla.

-¿Qué hacéis vosotros aquí, pandilla de gallinas?

-Miramos el botín -respondió George Merry alargando el cuello, cuya nuez saltaba como la quilla de un ave de presa.

George Merry y Darby Mac Graw eran los instrumentos ciegos de Flint. A pesar de ser simples marineros, gozaban de ciertos privilegios, contrariamente a los principios igualitarios que regían las asociaciones de los caballeros de fortuna. Medio criados, medio espías, encarnaban en la tripulación el pensamiento secreto del capitán. Yo había advertido en diversas ocasiones que sus designios personales no siempre coincidían con los nuestros, como hubiera querido nuestra ley. Detrás de su apariencia de buenazo, su comportamiento dejaba traslucir una necesidad de tiránica autoridad. No sólo ejercía por completo el poder que nuestro reglamento le otorgaba, sino que gracias a las maniobras de Merry y de Mac Graw, gracias al apoyo de Bill Burke, quien sentía por el capitán una confianza y una admiración sin límites, había convertido el buque en su auténtico reino. Hasta entonces, por falta de interés, nadie se había enfrentado a aquella tiranía disfrazada. Por otra parte, Flint era demasiado sutil para no salvar las apariencias convocando cada vez que le hacía falta lo que llamábamos el «Consejo del castillo», es decir, las deliberaciones de la tripulación; decisiones que luego se llenaba la boca proclamándolas leyes supremas. Pero gracias a George y a Mac Graw, con el voto influyente de Bill, hacía que el Consejo dictara su propia voluntad. El *bossman*, Tom Hawkins, el segundo contraestre; Will Whale, el carpintero de ribera; Michel Pantaragat, el decano de a bordo (que había surcado todos los mares del globo terráqueo), y yo mismo, no siempre compartíamos los puntos de vista de esa mayoría amañada, pero siempre hacíamos la vista gorda porque no nos importaba mucho.

Vi brillar la cólera en los ojos de Brice al oír la respuesta de George Merry y pensé que el tiempo de la indiferencia había pasado. Saltando sobre Merry, el boss esgrimió un puño amenazador, pero en ese preciso instante Michault Cul d'Oue, tendiéndole un botijo que había pasado de mano en mano, paró el intento convirtiéndolo en amago:

-Dejadlo en paz, aquí está el vinagre.

Brice se dispuso a humedecer la frente y las sienes de la muchacha, que pronto se estremeció y pestañeó. Hubo un rumor en el camarote donde el corro de curiosos se apretujó más.

La primera reacción de Mañuela fue un movimiento de pudor. Al ver todos aquellos rostros violentos inclinados sobre ella, no dio muestra alguna de miedo, sino que, con el mismo gesto que observáramos en su retrato, recogió sobre su pecho a la vez sus cabellos y el mantel que la envolvía. Alzó de nuevo sus párpados y nos desafió con ese rayo de luz tan puro. Algo insoportable se nos atravesó en la garganta. Alguien tosió, se oyó caer un cuchillo. Jim, el grumete, se arrodilló delante de la litera. Nos sentíamos idiotizados. Una extraña revolución tenía lugar en nosotros, dejándonos desorientados.

Michel Pantaragat nos liberó.

-Pienso que podríamos subir a cubierta -dijo.

El camarote se vació en un instante, ni siquiera Brice se atrevió a quedarse allí. Salió andando para atrás, como los cangrejos, y nos siguió por la cubierta del puente, donde nos echamos, por aquí y por allá, sin decir esta boca es mía.

Sosegadamente, siguiendo su rumbo, el barco cortaba las aguas apenas rizadas; una brisa muy débil, moderada, hinchaba las velas. Todavía no había amanecido. El mar en bonanza reflejaba las últimas estrellas. Otras estrellas respunteaban el litoral.

La imagen de las vidas iluminadas en tierra por las lámparas que brillaban en las ventanas nos imponía. Por primera vez desde hacía mucho tiempo éramos sensibles a la perfección de esa hora suspendida entre la noche y el día; por primera vez lo imprevisto ya no nos seducía con sus encantos. ¿Quién fue el primero en hablar? No lo sé. Tan sólo recuerdo a Michel Pantaragat apoyado en la serviola, murmurando palabras confusas. No nos miraba, volvía su chato perfil hacia el arrullador oleaje de la mar. En el silencio de la alta noche, apenas

perturbado por el crujido de seda del tajarar rajando con las olas (como dicen los marinos), las palabras de nuestro hermano suscitaban extrañas resonancias.

-... Detrás de nuestra casa -decía- había un gran cerezo que daba unos frutos redondos y duros, pero no tan rojos ni pulposos como sus labios. Cuando yo lanzaba puñados de cerezas en su delantal extendido, ella miraba hacia arriba para gritarme: «¿Otra vez?». A través del follaje, yo veía la risa en sus ojos, cómo se dilataba su cuello... De sus orejas colgaban racimos de frutos, debajo de los racimos de sus cabellos, y yo ya no sabía si lo que mordía eran las cerezas o su carne... Ella me cogía de la mano, íbamos a la orilla del lago, entre las hierbas, para contemplar nuestros semblantes unidos mejilla con mejilla... ella me sonreía desde el agua. Yo la coronaba de nenúfares... ¡Anne-Marie...! – Se calló, suspiró, y añadió algo más-: Nos echaron porque el padre no podía pagar el diezmo, la gabela, el censo...

No lo seguimos escuchando, cada uno de nosotros evocaba sus recuerdos, que creía muertos pero que ahora nos subían a la garganta en marejadas apretadas e incoherentes. Georges Nightingale habló de una joven prostituta de Picadilly. Ella le había negado su cuerpo porque lo amaba, y él, que había poseído a tantas mujeres ya olvidadas, recordaba el nombre de Jenny. Rupert von Narwitz, gentilhombre en su país, intercambió en una lengua desconocida con Peter Lytton, alias Peter del Norte, unas confidencias que sus ojos pálidos perseguían en la noche. Y yo pensaba en Marion. Tom Hawkins callaba, pero su pata de marfil, mientras recorría a paso largo la cubierta, marcaba una cadencia llena de inquietud. De repente, lo vi dar saltitos hasta el lugar donde guardaba su cofre. Regresó con un elegante vestido de encaje que le arrojó al grumete diciéndole que se lo llevara a la muchacha. Entonces nos dimos cuenta de que habíamos olvidado a Mañuela, y cada uno se abalanzó hacia sus tesoros para ofrecerle un presente, a cual más bello que el otro. Ni siquiera pensamos que ella ignoraría el nombre del que le hacía el regalo. Eso no tenía importancia. No era a Mañuela, sino a Anne-Marie, a Jenny, a Rose, a Marion, a Katjie, a las que cada uno quería cubrir con lo más precioso que tenía. Por eso Peter del Norte estuvo a punto de cortarse en una operación de limpieza,

porque quería obsequiarle una pulsera a la que ninguna lava pudo quitarle una salpicadura ocre.

Al amanecer, Brice Coquelle, Tom Hawkins y Michel Pantaragat fueron a comunicarle a Flint que el Consejo del castillo había decidido por unanimidad dar media vuelta para volver a Galapas.

Poco después, vimos llegar al capitán; estaba del color de su casaca.

-¿Es verdad? – dijo con una violencia contenida-. ¿Es verdad que queréis regresar a la bahía?

Asentimos con la cabeza.

-¿Estáis cansados de la vida? ¿Acaso creéis que no nos descubrirán? ¿Creéis que el *corregidor* os encontrará inocentes como mirlos blancos porque de repente os habéis convertido en unos angelitos de Dios? *God damn!* ¿Y el asalto de anoche, pensáis que os trenzarán coronas de honor por haber incendiado el convento?

Nadie podía ir en contra de nuestra decisión.

-*Well* -aceptó Flint viendo que estábamos decididos a todo-. ¿Qué dice el Consejo acerca de la forma en que llevaremos a cabo esta dichosa empresa?

-Dice -respondió Brice- que hay que izar hasta el tope la vela del mastelero de sobremesana, acortar los foques del botalón, convertirnos en un auténtico bricbarca de guerra de Su Majestad el rey Jorge, abrir las portañolas y soltar unas buenas andanadas de nuestros cañones del calibre ocho, para luego entrar orgullosamente en el puerto anunciando que acabamos de hundir en alta mar un buque pirata que salía de la bahía con el pabellón español. Veníamos dándole caza desde hacía varios días y anteayer lo perdimos de vista. – Hizo una pausa y luego, clavando su mirada en los ojos de Flint, agregó-: Para corroborar esta versión de los hechos, podemos llevarle a las autoridades competentes una bolsa de oro que el capitán de esos piratas había robado del convento. Evidentemente no tuvo tiempo de compartirlo con su dotación, porque la bolsa fue hallada en el bote de dicho capitán, debajo del banco donde está escondida.

Tuve miedo, lo confieso, pero Flint estalló en una carcajada que hizo bailar sus poderosos hombros.

-Bien dicho, muchacho -dijo-. ¡Ajá, oh, te lo digo de todo corazón, boss, eres un gran compañero! ¡Ajá, hum! ¡Viejo zorro! ¡Sí, *damn!*

Necesitó un buen rato para calmar su panza agitada por las sacudidas de la risa. Finalmente volvió a ponerse serio, reflexionó un instante y añadió con cautela, como si entrara a tientas en unas aguas traicioneras:

-De todas maneras, ¿qué pasaría si no me diera la gana de ir a hacer el papel de marino del rey de Inglaterra en las mismas narices de esos insulares, eh?

-En ese caso -replicó Brice fríamente-, el Consejo os mandará la marca negra, capitán.

¡La marca negra! Un movimiento de terror y, a la vez, de secreta satisfacción se produjo en la cubierta al oír una amenaza tan directa que ponía a Flint en su lugar, en su verdadera condición de capitán elegido, responsable ante nosotros y susceptible de ser sancionado. Instintivamente todas las manos empuñaron las pistolas metidas en los cintos. Todos esperábamos oír un disparo. Flint miró a Brice, pálido y resuelto, arqueó la espalda, se cruzó de brazos.

-¡Bah, la marca negra! ¿Y después qué? ¡Enseguida recurrís al voto decisivo! – El capitán sonrió con aire bonachón-. ¡Condenados pazguatos, habrá que tolerar todos vuestros caprichos! ¡Vamos-ordenó-, moveos! ¡Zafarrancho! ¡Los artilleros a sus piezas! Fuego a discreción. Will, listo para desarbolar al enemigo a cañonazos. Bill, pon a tus hombres a bracear las vergas. ¡Vamos, vamos, el Consejo del castillo no admite que le demos largas a este asunto!

-Vas por un camino peligroso -le dije a Brice.

-¡Bah -respondió-, me da lo mismo!

Estoy cansado de la vida que  
llevamos.

Pese a estar anclado en el antepuerto de Galapas y listo para huir en cualquier instante, el *Walrus* no parecía dispuesto a volver a largar las velas jamás. La situación nos presionaba para partir. Nuestra seguridad era demasiado precaria y no podíamos conseguir en Galapas otra cosa que no fuera un collar de cuero alrededor del cuello en cuanto nos reconociera algún cofrade de la fe.

Sin embargo, la idea de zarpar no nos pasaba por la cabeza; estábamos bajo el embrujo de Mañuela o, mejor dicho, de los

fantasmas que ella hacía revivir en nuestros corazones. Si Flint hubiera levado anclas, habríamos dejado alejarse ese velero (nuestro único refugio en el mundo) sin dedicarle ni una mirada. A decir verdad, el *Walrus* no amenazaba con irse; a bordo sólo quedaban Flint, George Merry, Darby Mac Graw, Israel Hands, el tuerto, y unos cuantos ingleses que evidentemente hacían causa común con ellos. Hasta Bill Burke había desertado.

Cuando tenía tiempo para ello, y no sin terror, imaginaba la rabia que debía de estarse incubando bajo la aparente bondad del capitán. Pero ahogaba esas preocupaciones en la quietud del momento, en la vibrante temperatura que nos envolvía, incapaces de concebir cualquier designio, como si convencidos de la fragilidad de nuestro sueño tuviéramos miedo de que un gesto demasiado definitivo lo disipara para siempre. Ya no subíamos a bordo; cada cuaderna, cada cabo del *Walrus*, nos recordaba una condición que se nos había hecho odiosa. Nos alojábamos cerca de la casa de la señora Encarnación, en una posada atestada de cucarachas, chinches y ratas.

Todos los días veíamos a Mañuela. Sentados en el patio, a la sombra del colgadizo, gozábamos de la pureza de su mirada, su sonrisa, sus hermosos ademanes en los que se mezclaban la dulzura de la mujer y la espontaneidad de la niña. Excepto Brice Coquelle, los demás nos conformábamos con eso. Ella nos recibía a todos por igual con las mismas muestras de amistad; ninguno parecía conquistar su corazón, ni siquiera Brice, principal artífice de su salvación.

Brice la amaba, era el único que verdaderamente la amaba, el único que no amaba en ella otra cosa que no fuera ella misma. Nosotros sólo amábamos en ella nuestros recuerdos, y también esos viejos emblemas inventados para engañarnos: la inocencia, el candor, la pureza. La habíamos salvado de nuestra propia avidez y éramos prisioneros de las consecuencias de ese acto, lo que nos confería algo parecido al sentimiento de nuestra propia dignidad. Así son las cosas del alma humana, una buena acción ata más al benefactor que al que está en deuda de gratitud. La tía Encarnación aprovechaba para cobrarnos su ron y su Amor Perfecto a un precio oprobioso, sin dejar de abrumarnos con las efusiones de su agradecimiento.

En cuanto a Flint, los encantos de Mañuela parecían hacerle tanto efecto como el que produciría un emplasto en la pata de marfil de Tom Hawkins. No le prestaba ninguna atención a la adolescente, y la trataba como si todavía fuera la chiquilla de otros tiempos.

-¡*Muchachita* -gritaba aposentado en un banco del patio-, tráeme un ponche, y date prisa si no quieres que te tire de las orejas, potranquita!

Cada vez que la trataba así, yo veía a Brice apretar sus mandíbulas.

Flint acudía todas las noches, con una moza en cada brazo, flanqueado por George Merry, Mac Graw, Israel Hands, Ballater y algunos otros representantes del hampa de Picadilly. Jugaban al treinta y cuarenta vaciando los vasos de ron, y nos flagelaban con sus indirectas cargadas de ironía mientras nosotros escuchábamos a Mañuela lanzando al crepúsculo sus desgarradoras *saetas* que Jak Groove acompañaba con el banjo. El capitán nunca hablaba de zarpar, ni aludía a nuestra deserción; y tan grande era su prestigio que nos sentíamos vagamente avergonzados en su presencia. Al cabo de un par de horas, cuando la tía Encarnación, con mil zalamerías, pero con firmeza, nos hacía salir de la casa («señores, la *niña* tiene que dormir -decía-, no querrán que mañana tenga sus bellos ojos enrojecidos»), él regresaba al *Walrus* con sus acólitos, o bien se iba a una especie de serrallo al que acudían forasteros de distintas nacionalidades, un sitio lleno de mozas de cascos ligeros donde había establecido su cuartel general en tierra. Lo conocían por *el señor Rojo*, tanto por su casaca de color fuego como por sus accesos de violencia y sus exigencias con las mujeres.

-Mac Graw se jactó -le comenté a Brice- de que ayer por la noche encendieron cien velas y obligaron a las mozas a desnudarse para que bailaran ante ellos en medio de esa iluminación. Hubo una que se negó; Flint la persiguió a latigazos hasta que se quitó las ropas y danzó con las demás. Es una mala bestia, ándate con cuidado.

-No hago otra cosa desde que lo conozco. ¡Bah, ya no nos puede hacer nada; y que me lleve el diablo si vuelvo a poner un pie en ese maldito velero! Mira, Antoine, lo que me gustaría es quedarme aquí, comprarme un lugre para vivir como un honesto capitán, con mi mujer esperándome en casa. Recuerdo, de niño, las veladas a la luz de la lámpara. Mi madre ponía en marcha el huso y la rueca al pie de la gran

chimenea, mientras nosotros, reunidos alrededor de su falda, reíamos oyendo las crepitaciones de las piñas que enterrábamos en la ceniza para hacerlas estallar y luego coger los piñones. Sentado en un banco, en la otra esquina del hogar, mi padre leía. De vez en cuando alzaba la cabeza, posaba las manos sobre el libro y nos contemplaba risueño. Luego miraba a mi madre, y ella le devolvía la sonrisa con su rostro dulce y sereno. ¡Esa sonrisa, Antoine, la confianza de aquella mirada... somos tan miserables que no somos dignos de ella! ¿Acaso los crímenes que hemos podido cometer no incluían ya en su propio horror un castigo lo bastante terrible? En el cielo hay más compasión para un pecador que se arrepiente que para un justo que persevera. Eso es lo que dice el Evangelio. Yo soy un pecador, ¿qué puede hacer Flint contra eso?

Como cada noche cuando el *bodegón* cerraba, Brice Coquelle y yo deambulábamos por las calles. A esas horas, Mañuela dormía. Emocionado por la confidencia de Brice, evocando la época en que yo acariciaba proyectos similares con Marion, deprimido por la tristeza de esa esperanza extinguida y sustituida por el horror de la ferocidad, yo caminaba en silencio junto a mi amigo. Iba a preguntarle si había obtenido de Mañuela alguna señal favorable a sus deseos, cuando, bruscamente, algo pasó silbando entre nosotros. Un crujido que conocíamos bien. Nos paramos en seco. En un santiamén corrí hacia el lugar donde había resonado el crujido. Un cuchillo vibraba todavía en el tronco de un zapote que agitaba su follaje transparente bajo la pálida claridad de la luna.

-Un cuchillo de marinero -dijo Brice.

-Sí. Ya te lo dije, que te anduvieras con cuidado. Querían clavarte esto en la espalda.

-¿Tú crees? – dijo con ironía-. ¿Y erraron el blanco por seis pies de diferencia! ¿Tú crees...? ¡Chist! Escucha.

Unas piedras rodaron, luego oímos el ruido de pasos apresurados.

-Vamos -dijo Brice-, muévete, muchacho.

Seguimos el ruido. Por momentos, cuando la oscuridad era menos compacta, me parecía distinguir una silueta huyendo a lo lejos y rozando las murallas. Poco a poco nos acercamos a ella. Frente a la

tarima del garrote, abandonó la protección de los muros para atravesar la plaza en diagonal en medio de la luz difusa.

-¡Que me lleve el diablo si ese no es George Merry!

Corría directamente hacia el *bodegón*.

-Aquí hay gato encerrado -dije-. Si quieres, persigue a ese miedica, pero yo no me aventuro hasta que no vengan los demás. Voy a buscarlos. Ese tipo no se esconde mucho, fíjate, parece que nos espera. Es un señuelo.

Cuando volví con nuestros amigos, Brice ya no estaba donde lo había dejado. Prudentemente dimos la vuelta a la casa y, trepando por la tapia puesto que la verja del portal estaba cerrada, avanzamos sin hacer ruido por el patio. El eco de una música muy acompañada parecía venir del piso de arriba. Una luz pasaba a través de los listoncillos de una celosía donde una sombra arrimada a la ventana se recortaba contra la pared. Cuando estuve más cerca, reconocí a Brice. Le toqué el hombro; no se movió. La música discurría, más estridente, a través del enrejado de madera. Imitando a Brice, asomé el ojo por la rendija de un listoncillo roto.

No podía dar crédito a mis ojos. Ante mí tenía la sala principal donde, servidos por la tía Encarnación y alrededor de la exquisita Mañuela, tantas veces nos habían agasajado. Ahora la estancia estaba brillantemente iluminada, y encima de la enorme mesa donde se reflejaba su forma, Mañuela, poco menos que desnuda, danzaba ante seis oficiales de los dragones amarillos, que la aplaudían.

Bailaba una *jota* endemoniada, con unos estremecimientos de cadera y unas ondulaciones que hubieran sacado de quicio a un santo. Los zapatos de piel que le había regalado Georges Nightingale martilleaban la mesa en un taconeo histérico; las medias de seda purpúreas incrustadas de encajes que Michel Pantaragat había sacado de su cofre trepaban a lo largo de sus impúdicos muslos. El abanico de Brice Coquelle revoloteaba en sus dedos, cubriendo y descubriendo sus ojos, sus senos, su vientre. La mantilla de Bill Burke se arremolinaba como una aureola negra alrededor de la transparencia de su cintura, y entre los pechos sacudidos por la danza saltaba mi cruz de zafiros.

Peor que si estuviera totalmente desnuda, mucho más impúdica, entregaba cada fragmento de su carne a aquellos hombres que

gritaban, con los ojos enloquecidos, marcando el compás de su danza con palmadas, mientras la vieja Encarnación, sentada en las baldosas y fumando un puro, hacía girar el manubrio de un organillo sin dejar de tocar las castañuelas con la otra mano.

Me separé de la ventana para respirar una bocanada de aire puro. Nuestros amigos estaban asomados a la celosía como un enjambre de abejas, atiborrándose con ese veneno. La pata postiza de Tom Hawkins, quien se había deslizado boca abajo por entre las piernas del gran Georges, se alargaba hacia el cielo como si fuera el mástil roto de ese naufragio donde zozobraba la última ilusión.

Todos permanecemos jadeantes, contemplando los restos de ese hundimiento esparcidos en la sala vibrante. Nos parecía que aquel salón no era de este mundo, como esas estancias pobladas de fantasmas que vemos confusamente en sueños. ¿Y qué recibía de la realidad aquella mujer desnuda con sus serpenteos? Ni siquiera la apariencia de Mañuela, porque sus pupilas en llamas girando en sus órbitas, los labios retorcidos en un rictus de depravación, ese cuerpo tizado de púrpura y carbón, no pertenecían a la que nosotros habíamos amado.

Mientras bailaba, Mañuela se rozaba con los oficiales, huyendo de uno al otro, dejando que cada cual oliese el perfume exasperado de su carne. Ellos alargaban las manos. Uno la cogió por la cintura. Brice, clavando su puñal en la juntura de la celosía, la desencajó del marco. Bill Burke ya había roto otro listoncillo, y con el mismo ímpetu, cayó sobre el hombre. Cuando el soldado se puso de pie, con la espada desenvainada, el cuchillo de nuestro compinche fulguró en el aire.

-¡Déjame a mí! – gritó Brice.

Otro dragón lo atacó. Georges Nightingale lo apresó, y luego a un tercero, entre sus brazos gigantescos, les quitó las espadas como si fueran mondadientes y los proyectó aturridos contra la pared por encima de la señora Encarnación, que consideró oportuno desmayarse. Los otros tres no tuvieron tiempo de desenvainar; acorralados en una esquina, llamaban a la guardia a voz en cuello. Tras cubrirla con la capa de uno de los soldados, Brice agarró a Mañuela por las muñecas, probablemente oscilando entre la cólera y la desesperanza. Con las aletas de la nariz palpitantes, ella forcejeó con la mano que la sujetaba, empujándose para ver a Bill y al oficial batiéndose.

**Bill había cogido un taburete que esgrimía a modo de escudo. Avanzando contra viento y marea, se descuidó y recibió varios tajos que hicieron manar su sangre; pero el oficial quedó al alcance de su cuchillo. A golpes limpios, la faca le hizo saltar una oreja, luego la otra, y después le cortó la nariz. Pero a su vez la punta de la espada, traspasando el pecho de nuestro contramaestre, fulguró en su espalda. Se desplomó al mismo tiempo que el desorejado, nos miró con dignidad y murió.**

## **CAPÍTULO IV EL ESPÍRITU DEL MAL**

**Bill Burke se había llevado la mejor parte. Nos dimos cuenta cuando nos hicimos a la vela, llevándonos a Mañuela. ¡Qué curiosa coincidencia. Precisamente aquella noche Flint y todos sus acólitos se encontraban a bordo; todo estaba dispuesto para salir del puerto, sólo había que darle vueltas al cabrestante para levar anclas y alzar velas!**

**-¡Otra vez esa yegüita! – exclamó el capitán cuando nos vio llegar desde lo alto de su castillo de popa, que recorría dando estruendosas zancadas-. ¿Y ahora qué queréis?**

**-Zarpar -respondió Brice Coquelle por todos.**

**-¡Ajá, muchachos, conquese eso es lo que ahora decide el Consejo del castillo! ¿Me otorgará la marca negra si me niego, eh, pandilla de haraganes?**

**-Ya vale -zanjó Brice-. Evidentemente nos equivocamos.**

**-Está bien, está bien. Soy un buen hombre. Quisisteis comportaros como novatos, y habéis pagado el precio. ¡Supongo que ahora creeréis al viejo Flint! ¿Qué es lo que quiere el viejo Flint? Que disfrutéis la verdadera vida de los caballeros de fortuna que somos, muchachos; llevaros adonde hay dinero para coger a manos llenas y muchos abordajes que realizar. Esa es nuestra vida, y no andar suspirando en el regazo de las mujeres. Dejad esos devaneos para los miserables tenderos que nunca salen de sus casas. Vamos, está bien, está bien; a las barras del cabrestante, mis corderitos. Bill, tus hombres a las drizas. ¡Bill! ¿Dónde está ese maldito...?**

**-Ha muerto -informé pausadamente.**

**-¿Muerto?**

Flint titubeó un instante. Darby Mac Graw dio un paso al frente; desde hacía mucho tiempo codiciaba el puesto de contramaestre, del mismo modo que George Merry ambicionaba el de *bossman*.

-*De profundis* -dijo Flint tocándose el tricornio-, era una buena persona. Tú serás el primer contramaestre, Antoine, porque los muchachos te tienen mucho aprecio. A la hora de repartir el botín, te tocará la parte del cronista de a bordo más la de tu nuevo cargo. *Well*, venga, pon a esos hombres a maniobrar en las drizas! *Boss*, que leven anclas! El timón una cuarta al suroeste. Cuando nos hayamos puesto en marcha, ya veremos qué hacemos con esa zorra.

Ya habíamos largado velas y Mañuela, sentada encima de los pliegues de una lona encerada, esperaba. Indiferente, apoyando contra el mástil su cabeza vuelta hacia las estrellas, no dejaba traslucir ningún sentimiento. Consciente del poder que seguía ejerciendo sobre nosotros, probablemente nos despreciaba. No podíamos decidir su suerte. Habíamos tardado demasiado en vengarnos; hubiéramos tenido que aporrearla en la misma sala donde la sorprendimos bailando. Bill había preferido morir. Ya que no fuimos capaces de perdonarla, ni tampoco castigarla, cobardemente decidimos llevárnosla. ¿Cuál era su merecido?

-Ella no nos engañó con falsas promesas -dijo Michel Pantaragat mientras la contemplaba con tristeza-. Nosotros mismos nos engatusamos.

Tom Hawkins propuso, por principio y sin convicción, violarla hasta matarla. Esa hubiera sido una buena manera de enmendar nuestra necedad; pero por muy arruinado que estuviera nuestro sueño, no nos sentíamos con fuerzas para profanar sus vestigios con nuestras manos sacrílegas.

Brice Coquelle, a quien un vaivén maquinal le hacía dar vueltas alrededor de la cautiva, sacó su cuchillo. Era lo mejor; nadie movió un dedo para detenerlo. Pero deslizó la hoja detrás de ella, cortando tan sólo las cuerdas que ataban sus manos. Michault Cul d'Oue soltó un suspiro. En cuanto a ella, no dijo nada y se limitó a frotarse las muñecas adoloridas. Luego, echando la cabeza hacia atrás, se puso a cantar una *saeta* cuyas prístinas notas brotaban de su garganta elevándose y girando suavemente alrededor de la arboladura hasta

alcanzar el gallardete negro del tope de mastelero, desde donde volvían a caer sobre nosotros en una llovizna disolvente. Con la cabeza entre las manos, Jim, el grumete, lloraba.

-Cállate, condenada hija de puta -aulló Flint bajando precipitadamente de su cámara-. George, ven aquí. Lánzame una soga por la parihuela del palo mayor, y que la ahorquen. Con mis propias manos le pondré el lazo al pescuezo porque...

-No -atajó Brice con frialdad-, es nuestra. Déjanosla a nosotros, capitán.

-Muy bien, muchachos, no digo que no sea vuestra. ¡Pero si mañana, cuando la campana anuncie la primera guardia, encuentro aún a esta encantadora damisela en mi buque, sea vuestra o del diablo, carajo, la ahorco! ¿Me oís? ¡La ahorco con mis propias manos, y también a cualquiera de vosotros que quiera acompañarla! Tenéis seis horas para decidir. Buenas noches.

Nos dio la espalda roja y regresó a su cámara. Mañuela había escuchado su sentencia de muerte con los ojos cerrados. Cuando Flint se fue, los abrió, lo siguió con mirada atenta y luego sonrió enigmáticamente. Se volvió hacia nosotros con expresión burlona. Siempre semidesnuda debajo de la capa del dragón que Brice había arrojado sobre ella, se arrebujo con cuidado; con un pedazo de rizo se confeccionó un cinturón; con un faldón de su mantilla, la bufanda que se enroscó al cuello.

-Yo no estoy de guardia; yo bajo -dijo de pronto Georges Nightingale-. Podéis decidir sin mí.

-¡A fe mía -dijo Frémin Cotard-, yo hago lo mismo, ya me he cansado! Es mejor que me vaya de aquí.

Peter del Norte se levantó sin decir nada y desapareció. Tom Hawkins le siguió los pasos. Todos se fueron, uno tras otro, algunos tirando un mechón de sus cabellos (saludo de los marineros a aquellos cuyo destino iba a decidirse, o a sus jueces), otros murmurando como una vaga excusa:

-La decisión es vuestra. O bien: -Cualquier cosa que hagáis estará bien hecha. Aparte del vigía de la serviola, perdido en la sombra del bauprés, y del timonel abismado en la soledad del alcázar, muy

pronto no quedó nadie en cubierta, excepto Brice, a quien le correspondía juzgar, y yo. Entonces me levanté y le dije a mi amigo:

—Eres dueño y señor de hacer lo que quieras. — Y añadí: Cualquier cosa que hagas estará bien hecha. Un poco más tarde, cuando daba vueltas y más vueltas en mi litera sin poder conciliar el sueño, Brice entró. Se sentó a mi lado, y dijo:

—Antoine, te equivocaste al confiar en mí. Me he portado como un cobarde. Tenía que haberla matado o irme con ella. — ¿Y...? Descargó un puñetazo tan fuerte en el larguero de mi litera que sus falanges crujieron. — La bajé al bote del capitán. La besé. Corté las amarras y la abandoné llorando como un repugnante manatí. ¡No sé por

qué no me he saltado la tapa de los sesos! — No podías matarla; la amabas demasiado. — ¡No lo bastante! Dejé a Brice y subí a cubierta. A lo lejos, por nuestro través, se divisaba una minúscula vela cangreja. De modo que

Brice había arbolado el bote. O era demasiado cruel o muy torpe, porque la fuerte brisa que soplabla de tierra la empujaba mar adentro. Tornando en cuenta los pocos víveres y el agua que podía llevar consigo, si no se dirigía a la costa, moriría irremediablemente de sed o de hambre. A la velocidad que iba, cuando amaneciera estaría lejos del litoral, lejos también de nosotros que nos dirigíamos hacia el este recibiendo el viento por la aleta de popa. Pensé que, al fin y al cabo, era ese alejamiento lo que quería Brice, por miedo a que si Flint la veía al clarear ni siquiera le dejara la escasa posibilidad que le quedaba de salir con vida del apuro. Ordené que subiera la brigada de marinos de guardia para poner un grado más rumbo al este.

—Boss -dijo Flint cuando Brice apareció para la guardia de la mañana-, la chica era vuestra, pero el bote era mío. Si en el próximo abordaje no me consigues otro igual de bueno, probarás los grilletes, muchacho.

Brice haló de su cabo sin decir nada y se colocó detrás del timonel. Y transcurrieron las horas, desapacibles, reflejando la vacuidad de nuestra existencia de condenados de forma más abrumadora que antes.

Cuando Brice acudió a proa, y porque el asunto me preocupaba a pesar de todo, le pregunté: -¿Le aconsejaste que bajara la vela cuando se perdiera de vista? Me miró sorprendido. — ¿A quién? ¿Qué vela? — La vela del bote. Siguió mirándome intrigado, como si no entendiera nada.

—El bote... esta mañana cuando subí a cubierta, después de haberte dejado en el camarote, estaba arbolado, con la vela izada.

—¡Hostias! ¿Pero qué me dices? La vela estaba sin aparejar, en el cofre de popa, yo no la toqué. Con semejante viento, no la hubiera izado, porque la marea bastaba para llevarla a tierra. ¡Dios mío! ¿Y adónde se dirigía cuando la viste?

—Directamente hacia el sur.

Se apretó las manos con nerviosismo.

—A estas alturas -le dije-, no se puede hacer nada. ¡Que sea lo que Dios quiera! Su suerte ya no depende de los hombres.

Hacia el final de la tarde retumbaron unos estruendos en el castillo. Vi a George Merry bajar precipitadamente la escalera del entrepuente; me hizo señas.

—El viejo está furioso -me cuchicheó mientras se acercaba-. Dice que ha mandado a buscar cuatro veces al grumete esta mañana, y que no le ha visto el pelo.

—Debe de estar donde Michault -Michault Cul d'Oue era el cocinero de a bordo-, durmiendo detrás de los fogones.

Pero por más que lo buscamos allí y en otras partes, ya no estaba en el *Walrus*. En cuanto a saber dónde se encontraba, no cabía duda alguna. Ni siquiera Flint, que no disponía como nosotros del dato de esa vela misteriosamente izada, lo dudó un instante. Con lo mejor de su repertorio de imprecaciones, nos mandó a todos al diablo por haber subido a bordo a esa potranca, aquella *drabs*, aquella *queent's Caroline daugh'er* a la que no supimos meter en cintura, hasta que al final se fue con su bote y su grumete. Era un insulto a su persona. ¡Y ya que no sabíamos tratar a las condenadas mujeres, si por casualidad volvía a encontrársela en su camino, él nos enseñaría cómo un digno caballero ponía a bailar del extremo de una cuerda a las princesas!

Aullaba todos esos exabruptos descargando puñetazos en la balaustrada del castillo, con el tricornio inclinado hacia adelante, casi resbalando sobre el pañuelo que le cubría la cabeza. Estaba rojo de ira, y sin embargo, en sus pequeños ojos hundidos debajo de las cejas entre grises y rubias, a la sombra del sombrero, me pareció ver brillar un destello de alegría, y en su belfo adiviné el rictus de una especie de regocijo sardónico. Todos nos sentíamos timados, nos habían estado engañando hasta el último momento.

Versado en triquiñuelas, intuí la admiración de Flint ante el maléfico talento de una criatura tan astuta como él. En cierto sentido, ella lo había vengado. Y pensé que si alguna vez la encontraba, lo más probable era que, en vez de ahorcarla, como decía, se entendieran. Aunque, a decir verdad, en aquel momento no pensé que nadie volviera a verla jamás.

Un grito de Ballater, que estaba de vigía en la cofa del mastelero de juanete, interrumpió mis reflexiones:

—¡Ojo ahí abajo; dos velas al este nordeste!

Flint pidió su catalejo.

—¡Es el diablo que nos la devuelve, pandilla de gandules! Vamos a divertirnos un poco, esto nos distraerá.

Pero cuando miró a través del tubo de cobre, después de haberse arreglado el tricornio, hizo una mueca. Sin decir nada, le pasó el antejo a Brice Coquelle, el cual lo dirigió al este, observó un momento y finalmente se lo devolvió al capitán confirmando, como si le diera lo mismo:

—Fragatas de guerra navegando en conserva.

—¡Hombre, exactamente! Se me ocurre que si nos largamos viento en popa y a toda vela, no sería mala idea. ¡Manos a la obra, boss!

Brice moduló con su silbato tres prolongados trinos y nuestros hombres se abalanzaron a la gavia\* para cambiar el rumbo a estribor. Al pie del palo mayor, desde donde yo observaba la maniobra, vi cómo los puños de los foques emprendían una nueva singladura, y el velamen del palo trinquete se orientaba flameando. Trazando un elegante semicírculo de espuma, el *Walrus* escurrió el bulto en un ángulo de cincuenta grados con respecto a la ruta que hasta entonces habíamos seguido, impelido hacia ese horizonte del sur donde quince horas antes había desaparecido el bote.

\* Conjunto de la vela y la verga del mastelero mayor y, por extensión, de las velas correspondientes en los otros dos masteleros.

Cuando la campana picó señalando el último turno de guardia, las fragatas ya casi se nos echaban encima. Con el catalejo se podía ver la grímpola de guerra inglesa ondeando en el tope del mastelero. Nos habíamos dejado sorprender con la oriflama negra y era demasiado tarde para arriarla. Además, ¿para qué? Seguramente estábamos perdidos.

Una hora después no cabía ninguna duda en tal sentido. La fragata que iba delante nos tiró un cañonazo con una de sus piezas del calibre ocho, de las que poseían ochenta entre las dos, para invitarnos a detenernos, lo cual

nos abstuvimos de hacer, porque un viaje colgando de una sogá en la gavia de esas esbeltas naves no nos seducía lo más mínimo. En respuesta (personalmente me pareció una bravata temeraria), Flint izó su bandera negra con el corazón ensangrentado, subrayando el gesto con una andanada de los trabucos naranjeros emplazados entre los candeleros de la batayola del castillo de popa. Ni ellos ni nosotros estábamos al alcance de los cañonazos; las balas de cañón rebotaban rompiendo las crestas de las olas como cuando los niños juegan al tejo. No había otra cosa que hacer que desplegar al máximo las velas y huir a todo trapo, y fue lo que hicimos: el *Walrus* se escoraba bajo el peso de todas sus velas, incluyendo las bonetas.

Mantuvimos nuestra ventaja sobre los pesados buques. En más de una ocasión, al caer la noche, Flint trató de engañar a nuestros perseguidores cambiando de rumbo bruscamente. Tiempo perdido, la noche tachonada de estrellas era demasiado clara y nos delataba. Apenas habíamos virado, una señal brillante en la arboladura de cualquiera de las dos fragatas denunciaba nuestra tentativa. Cuando salió el sol, la luz ascendente destacó en el mar las pirámides gemelas cuyos velajes, a menos de tres millas con viento favorable, se difuminaban entre tenues vapores irisándose como un arcoiris.

Acodado en los coyotes recogidos en el empalletado, Brice Coquelle contemplaba aquella serenidad.

—Observa cómo la muerte puede adoptar un aspecto agradable -me dijo-. Ella nos tiende esa ilusión del mismo modo que un sastrezuelo de mala muerte oculta la delgadez de un droguete debajo de la pasamanería de plata. Pero no caigas en la trampa de esa mascarada, es siniestra. Esos palos levemente inclinados, esas entenas blandamente encorvadas, esas olas que ondulan con morosidad en la luz como si todo no fuera más que voluptuosidad de vivir, es siempre la misma mentira. El mundo no puede ser honesto.

Impetuoso e irritado, se volvió para mostrarme la bandera negra ondeando encima del peto de popa, custodiada por un pedrero.

—Por lo menos esto es sincero -dijo.

—Y, no obstante, habías jurado que lo abandonarías.

—Me equivoqué y he sido castigado. Las cosas hay que tomarlas como vienen. Hay sueños que no podemos realizar. — Se quedó callado un instante, luego agregó con voz quebrada: — No somos libres, ni siquiera aquí, en el mar, bajo esta bandera; no somos libres de perdonar a quienes

amamos, cautivos hasta el final de nuestra intolerancia, de nuestro orgullo, de nuestras ilusiones.

—Pierre Cornillon, un viejo palafrenero de mi pueblo, decía que «quien buena cama tiene, buenos sueños tiene». En realidad yo creo que es el destino el que nos prepara la cama; para unos es un miserable jergón, para otros un colchón de plumas. ¿Qué podemos hacer contra eso? Si el destino lo hubiera querido, nosotros estaríamos en esas fragatas, seríamos marineros del rey. Allí ganaríamos grados y seríamos respetados.

—Ni los grados ni la consideración me hacen feliz. Te aseguro que entre esos marineros del rey los hay que cambiarían su puesto por el nuestro.

—Sin embargo -dije-, es mejor estar del lado del rey. La honestidad, la virtud: eso es lo que representa un rey.

—Escucha -dijo Brice volviéndose hacia mí-, voy a contarte una historia. Fue mucho antes de que subieras a bordo. Habíamos capturado un bergantín español en el golfo de Vizcaya, un guardacostas. Mientras transbordábamos algunos barriles de pólvora de los que ya empezábamos a tener necesidad, y nuestros caballeros registraban la crujía y los camarotes, tuve tiempo de hablar un poco con uno de los prisioneros. Era un mozo enjuto, con unos bigotes de gato, negros como el culo de una marmita, que bostezaba a las gaviotas esperando con resignación a que lo ahorcáramos o no, según se nos antojara.

»-¿Eh, amigo, qué me cuentas? – le pregunté-. ¿Quién diablos te manda a luchar contra nosotros?

»-Nadie, lo juro por la Virgen, como no sea el estar al servicio del rey.

»-Bien, bien, ¿pero conoces a ese rey?

»-Dios y el rey carecen de rostro.

»-¡A fe mía, bonita respuesta! – le dije-. Tendremos que ahorcarte. ¿No preferirías cambiar de opinión, dejar aquí tu uniforme y venirte con nosotros?

»Entonces mi arenque ahumado se quedó perplejo, agachó la cabeza y replicó:

»-Vale, vale, pero si lo hago me excomulgarán, y le tengo demasiado miedo al infierno. Prefiero que me ahorquen.

»-Ahí lo tienes -concluyó Brice-. Era un verdadero sabio; le tenía miedo al infierno. Para él también el rey era la honestidad en persona, la virtud a

fuerza de miedo, pero de todas maneras la virtud; él no se preguntaba si su rey podía tener otro rostro que no fuera aquél.

—Yo era así hasta que... hasta que un día conocí el rostro de la injusticia, de la crueldad más despiadada. Pero -añadí meditabundo- para un hombre imparcial, ¿a qué se parece un rey exactamente?

—Yo vi un rey -dijo Brice-: el padre de aquel en cuyo nombre me condenaron a las galeras por haber dejado maltrecho al subdelegado de uno de sus intendentes, a quien sorprendí manoseando a mi hermana más de la cuenta. Lo vi como los catetos de nuestra clase ven a su rey.

Y mi amigo me contó que una noche, cuando era niño, el caserío donde él vivía con sus padres se despertó con un repiqueteo de campanas echadas a vuelo. En camisón, o vestidos a toda prisa, la gente se asomó a las ventanas, en las puertas. Un trueno de ruedas y herraduras pulverizando el adoquinado pasaba por la vereda que era la gran calle de la aldea. Sacado de su cama por su padre, con los ojos todavía legañosos, vio desfilar a infinidad de soldados; y por último, en un deslumbramiento de antorchas, en un centelleo de armas, en medio de una galopada de jinetes engalanados, pasó una gran carroza azul, oro y fuego, trepidando como un rayo. Se trataba del rey, que iba a reunirse con su ejército. Ya salía de la aldea, desvaneciéndose en la noche como un prestigioso meteoro. Pero los soldados se quedaron allí hasta el otro día, y, al irse, dejaron los gallineros vacíos, el heno echado a perder, las muchachas llorando y, por todas partes, enormes montones de cagajones.

—Para mí, un rey es todo eso -remachó Brice.

El silbato de Flint interrumpió nuestra conversación. Brice subió a la popa para ejecutar sus funciones de *bossman*; empuñando la bocina, dio las órdenes; yo puse a los hombres en las brazas de las vergas. El viento había cambiado de dirección y ahora soplaba débilmente hacia el oeste; se trataba de hacer que el *Walrus*, mejor velero que los que le daban caza, aprovechara esa circunstancia.

A lo largo de ese día y la noche siguiente, agotamos a las fragatas navegando de bolina sin descanso. A fuerza de obligarlos a cambiar el rumbo de su pesado velamen, al tercer día de persecución les habíamos sacado una ventaja de unas tres millas; ya sólo aparecían en el horizonte como dos albatros lejanos pero obstinados en perseguir a su presa. Fue entonces cuando el vigía de la serviola (recuerdo que era Will Whale, aún

veo sus cabellos entrecanos flotando en una aureola alrededor de su bicornio de lana roja en el momento de dar su aviso) señaló nuestro bote.

—¡Restos de naufragio a babor! — gritó Will.

En efecto, no era más que una mancha confusa, ora alzada en la cresta del oleaje, ora desapareciendo en la marejada. A medida que nos acercábamos, se precisaba más y más. Al cabo de un rato no tuvimos ninguna duda: esos restos, empenachados por un revuelo de gaviotas, eran el bote en el que Brice había echado al mar a Mañuela y que Jim, el grumete, debió de haber alcanzado a nado. Apiñados a babor, olvidando a los navíos enemigos, todos sentíamos una morbosa curiosidad, queríamos saber qué contenía aquel cascarón de nuez a la deriva. De lejos, parecía vacío. Los remos colgando en ambos bordes, trincados en los escálamos, frenaban su lento y caprichoso cabeceo. La vela derribada y arrastrada iba a remolque al final de su cordaje. Perseguidos como estábamos no cabía hablar de echar un bote al mar; pero, sin cambiar de rumbo, el *Walrus* podía arrimarse un poco a babor. El timón giró por sí solo entre las manos de Peter del Norte. Flint no protestó, sólo masculló que «si de todas maneras había que irse al otro mundo, por lo menos tendría la satisfacción de saber qué había pasado en aquel maldito bote».

Lo que allí se había producido hubiera debido satisfacer a nuestros corazones salvajes. Sin embargo, cuando descubrimos al pobre Jim, tirado sobre el enjaretado, medio desnudo, completamente hinchado por las ampollas, hecho trizas por las gaviotas (se quitaría la chaqueta de fustán para cubrir con ella a Mañuela), cuando vimos sus uñas clavadas en su garganta en la agonía de la sed (seguro que le había dado a ella la última gota de agua), experimentamos una oleada de terrible desolación.

Aquella muerte acurrucada, el desasosiego, el barrilito seco, los pájaros graznando alrededor de la embarcación, los maderos incrustados de sal; todo añadía un detalle a la odisea del bote extraviado. Antes de entregarse a la agonía, el muchacho había conocido la implacable indiferencia del horizonte vacío. O peor aún, quizá había visto a lo lejos la vela salvadora creciendo minuto a minuto. Tal vez por un momento, a fuerza de remos, pudo esperar... luego la vela empezó a disminuir, pasaba en lontananza, se volvía a perder. Entonces llegó la hora de la desesperación entumecida, la insolación de la piel, el agobiante fulgor de los rayos del sol, la locura de beber, la rabia infernal de reventar de sed flotando en una superficie de agua

infinita; todo eso incrementado por la sensación de impotencia para salvar a aquella que se había entregado a él. Luego, en el delirio, la visión de un montón de entenas arremolinadas, toda una flotilla; la salvación. Extendía las manos hacia aquellas velas, pero sólo recibía picotazos; las cizallas despedazándole la cara, las uñas aferrándose a su cabeza, la sangre que chorreaba hasta sus labios. Murió bebiendo. Feliz desatino si en el último momento pudo pensar que estaba salvado.

El *Walrus* describió alrededor del bote un círculo elegante, pasando tan cerca del endeble esquife que éste danzó peligrosamente en el remolino. Pudimos comprobar que Jim, desfigurado por completo, descuartizado por la chillona horda de gaviotas, estaba muerto desde hacía mucho tiempo; pero de Mañuela, ni rastro. Tenía que haberse caído al mar

o ganado a nado algún navío, después de la muerte del grumete.

—¡Esa zorra es el diablo en persona! —dijo Flint soltando un silbido casi de admiración.

Brice le lanzó una mirada de desprecio. Fue al cañón de crujía cargado para los ingleses, y apuntó con él cuidadosamente.

—Si alguien todavía sabe rezar -dijo-, que diga unas palabras por el pobre Jim antes de que lo eche a pique.

Oí a mi espalda el ruido sordo de dos rodillas chocando en la cubierta. Una voz desmañada, ronca y entrecortada, balbuceó:

—*Sia fac vuestra sanc volunta, moun bon Giesu...*

El resto de la oración se perdió en la detonación de la pieza. Bajo el impacto, el bote se llenó de agua rápidamente y los restos mortales de Jim empezaron a descender hacia la paz de las profundidades.

## **CAPÍTULO V LA MARCA NEGRA**

**En la superficie de los mares del Sur, cuando hace buen tiempo, a veces se ven unas vastas manchas, más oscuras que el resto de las olas, que vagan muy lentamente. Esas islas de sombras, de varias leguas de extensión, indican una calma chicha. La ausencia de brisa deja allí las aguas inmóviles, lo que determina ese color más oscurecido, tinte natural del mar cuando el viento amaina y no hace cabrillar su superficie espejeante bajo el sol. Del mismo modo, en las lagunas de mi terruño, se perciben unos desconchados plateados alrededor de las zonas negras donde los juncos permanecen inmóviles por un tiempo.**

Mientras nuestra atención se concentraba en el bote, no advertimos que una de esas islas de aguas muertas nos tendía su trampa resbalando con su bello matiz esmeralda por debajo de nuestra roda. De golpe y porrazo, las velas flamearon y cayeron colgando como tetas fofas. El impulso del *Walrus* disminuyó y el barco se enderezó poco a poco al tiempo que perdía velocidad. Antes de que pudiéramos aprovechar la escasa velocidad que mantenía, para irnos con viento de través, se quedó tan quieto como un corcho en la superficie de una cubeta.

Flint blasfemó como un condenado. Tenía motivos ya que habíamos perdido la ventaja de dos jornadas de diestras maniobras. Y en una hora, si un capricho del viento no venía a barrer esa parte del mar, los cruceros ingleses podrían pasar una y otra vez a algunos cables de distancia soltándonos tranquilamente sus andanadas, como en un ejercicio de tiro.

-¡A fe mía -se lamentó Brice-, en buen lío nos hemos metido! Los amantes de la ironía, si hay alguno entre vosotros, están servidos. Los que no traguen agua tendrán el placer de bailar la giga colgando de una cuerda en la punta de una verga de mesana. Pues bien, sólo hay una elección, cualquiera de los dos desenlaces sirve.

Se rió amargamente.

-Cállate -le ordenó Flint-, tenemos Consejo. Que todos opinen. Yo digo que hay que atoar\* el bricbarca lo más lejos que podamos para que no esté a tiro de las balas de cañón y obligar a esos cangrejos a venir a atacarnos en la calma con sus chalupas. Es tu turno, Tom.

\* Operación que consiste en remolcar con chalupas un buque.

Tom Hawkins se encogió de hombros, era evidente que se podía intentar, no lo negaba, pero ¿para qué? Entre las dos fragatas poseían ochenta cañones; nosotros sólo teníamos veinticuatro, más cuatro piezas de artillería en cubierta. Pero como los hombres del rey serían lo bastante pérfidos para atacarnos por detrás, y además el *Walrus* estaba inmóvil, de esas veintiocho bocas de fuego sólo los dos trabucos naranjeros del castillo de popa, el pedrero, y el cañón de crujía, podrían servirnos de algo. La batería de un buque no es transportable como la artillería terrestre. Dispuesta para hacer fuego por los costados del navío a través de las portañolas abiertas en su casco, no es ella la

que se mueve, sino el barco, que debe presentarle al enemigo ora un flanco, ora el otro, a fin de dispararle sucesivamente sus descargas cerradas. No estábamos en condiciones de hacer eso. Para colmo de males, los marinos del rey eran doscientos por fragata; y nosotros, sesenta en total. En otros tiempos, esa abrumadora superioridad apenas nos hubiera intimidado; cinco meses antes, a la altura de Maracaibo, con sólo veintisiete cañones y sesenta hombres, habíamos desarbolado y abordado un navío de segundo rango que abandonamos en condición de brulote después de habernos llevado sus balas de cañón, la pólvora y el cañón de crujía que ahora estaba en nuestro alcázar. Pero de entonces a esta parte la mala suerte nos perseguía obstinadamente. Sus reiterados golpes no sólo nos habían arrebatado la confianza en nosotros mismos, sino también el salvajismo que nos hacía invencibles. La verdad era que estábamos debilitados, desanimados. Ninguna voz se alzó para aprobar o refutar la proposición de Flint.

-Y tú, *boss*, ¿qué dices? – exclamó frente a nuestros rostros resignados.

Brice Coquelle entreabrió una boca despreciativa para soltar algún exabrupto a la faz del destino. Echando una ojeada a su alrededor, sus ojos coincidieron con nuestras miradas, donde había una mezcla de aquiescencia y resignación, empañada por una secreta desesperanza.

-Digo -exclamó-, que el diablo me lleve si todos vosotros no parecéis un hatajo de gallitos acoquinados. ¿Es que no pensáis moveros, caterva de demonios? ¿Acaso sois compañeros de la gran cuerda de los galeotes o unos miedicas? ¡Vamos, no os dejaré reventar sin antes haceros echar el bofe! ¡Arriba, de pie, como dicen los marineros provenzales! ¡Que echen las chalupas al agua! Tenemos una hora por delante, se pueden hacer muchas cosas en una hora.

Sólo porque Brice se había compadecido de nosotros, ya no nos sentíamos irremediablemente dejados de la mano de Dios. Nos pusimos en el aparejo de poleas con entusiasmo. El silbato del *boss*, las maldiciones del capitán, el movimiento de nuestros cuerpos, acabaron por devolvernos una especie de ardor. En la embarcación que iba a la cabeza, Michault Cul d'Oue cantaba con su voz deshilachada: «Si muero, que me entierren en la bodega donde guardan el vino», mientras nosotros remábamos al compás de esa cadencia. Se trataba de

una ruda tarea. Enganchados como los caballos de una carroza, remolcábamos el bricbarca lentamente. A una orden de Brice, hice que apocaran las velas inútiles para reducir la resistencia y así ganamos aproximadamente una milla antes de que las fragatas hubieran llegado al límite de la brisa. Yendo por la orilla de la calma chicha a prudencial distancia, nos soltaron una descarga cerrada, pero las balas de cañón cayeron sin fuerza alrededor del bricbarca y de nosotros.

-¡Ánimo, muchachos -gritó Brice-, un golpe de remo más y ya no estaremos a tiro!

Remamos con las manos ensangrentadas; el *Walrus* nos seguía perezosamente. Cuando vieron que sus balas no nos tocaban, los ingleses quisieron enviar sus chalupas para atacarnos en nuestras aguas. Unas cuantas andanadas del cañón de crujía y los trabucos les quitaron las ganas de seguir avanzando.

Sólo había que esperar. De nuevo a bordo, con los vigías en la serviola y en las cofas, volvimos a caer en la inercia. No era una desidia agobiante; nuestro pequeño éxito nos devolvía el gusto por la espera. Aguardábamos un nuevo asalto de los marineros en sus chalupas, al amparo de las tinieblas. Las hachas, los sables, los cuchillos, los mosquetes y las pistolas estaban listas, junto con un tonel de pólvora desfondado en medio de la cubierta. Flint ordenó que se dispusieran las redes de abordaje, de forma que los asaltantes se vieran obligados a cortarlas para llegar hasta la cubierta.

-Muchachos -propuso-, comamos ahora que estamos más tranquilos. A tu pañol, Michault. Mira a ver qué nos puedes dar.

Meneando la cabeza, Michault Cul d'Oue se fue a la caseta pomposamente llamada *roof*, que hacía las veces de cocina al pie del palo trinquete, mientras nosotros nos ocupábamos de reponer las municiones de nuestra artillería. Cuando pasé por delante de la chabola donde se cocían a fuego lento nuestros asados, vi salir de allí a Michault con el ceño fruncido.

-Bueno, Lúculo -bromeé-, ¿a qué esperas? Tengo hambre.

-¡Oh, hambre, si sólo fuera eso, muchacho, tendrías con qué llenarte la barriga! Pero si lo que tienes es sed, ya puedes ir bebiéndote el océano, porque lo que se dice agua, ya no queda.

-¿Pero qué dices?

**-Lo que oyes, que no queda agua. ¿Lo entiendes? Yo tenía dos barriles en mi cocina, de los que he sacado agua todos estos días sin preocuparme de nada. Cuando terminé el último esta mañana, enseguida bajé a la bodega para coger otros dos.**

**-¿Y...? No habrán echado a volar, ¿verdad?**

**-No, no echaron a volar; lo que pasa es que con toda esa maldita historia de la muchacha, cuando nos fuimos de Galapas se nos olvidó rellenarlos, lo que viene a ser lo mismo que si les hubieran salido alas. Y ahora riéte todo lo que quieras.**

**Volvimos a reunirnos otra vez en Consejo. Teníamos dos odres de vino de Canarias y unas cuantas botellas de Jerez. Se nos daría un poco a cada uno en las comidas, una pobre manera de quitar la sed. Se suprimiría la sal de las comidas. Por último, al final de la cena, se llevaría a cabo un estricto racionamiento sacando agua de un barrilito de tres litros que habíamos encontrado hurgando minuciosamente en la bodega. Estaba abombada, pero era agua. La ración era de medio vaso diario por cabeza. A ese paso, podíamos hacer dos repartos.**

**La culpa de esta escasez era de Flint. Un capitán no zarpa sin estar seguro de sus provisiones. Fue tanta su prisa por alejarnos de las delicias de Galapas que olvidó hacer provisión de agua. No obstante, nadie se lo reprochó; nos limitamos a pensarlo. Recibía nuestra misma ración, pagaba con nosotros el precio de su imprudencia, no había nada más que decir.**

**Una vez tomada la decisión, Brice Coquelle salió del Consejo. De pie en el empalmetado de babor, observaba atentamente el mar hacia el este. De pronto brotaron de su silbato unos trinos estridentes.**

**-¡Arriba, arriba, muchachos! ¡Desplegad las velas a babor, va a soplar del este! ¡Todo el mundo a las jarcias!**

**El bricbarca estaba tan quieto que parecía que nunca se hubiera movido; ningún soplo rizaba el agua a nuestro alrededor. ¿No se estaría equivocando Brice? Corrí hasta situarme a su lado, pero apenas tuve tiempo de ver una delgada línea argentada que avanzaba desde el este hacia nosotros a ras del crepúsculo, porque de un empujón Brice me mandó bruscamente a cubierta gritándome:**

**-¡A tu puesto, amigo, ya mirarás otro día, muévete, y pon a trabajar a esa banda de lobos de mar!**

Más confiados que yo, ellos ya estaban en los flechastes; las velas cayeron, o subieron a lo largo de las drizas, las bonetas se extendieron cubriendo el *Walrus* de paños listos para recibir el viento. Ballater se encontraba en la caña del timón. Unos instantes después la brisa procedente del este nos empujaba, primero despacio y luego más rápidamente, incorporándonos de nuevo en nuestra fuga, saludados desde lejos por una descarga cerrada de las fragatas que perdían el tiempo en tomar el viento.

Durante toda la noche y el siguiente día no paramos en esa carrera sin meta, al azar de las brisas.

-Se cansarán -conjeturó Flint-. No quiero poner en peligro mi vieja falúa por tratar de atracar en cualquier parte. Hay que huir hasta que esos malditos cangrejos se cansen.

-Cualquiera diría que bebes a tus anchas, capitán. Somos nosotros los que nos cansaremos primero, muertos de sed.

La última distribución de agua se había efectuado la víspera por la noche. Ya casi no podíamos comer, las habas y las galletas se nos pegaban en los dientes y en el paladar. Lo más que pudo conseguir Brice fue que, sin dejar de huir, nos dirigiéramos hacia algunas de las numerosas islas desiertas que salpicaban aquella mar, donde encontraríamos agua y, si teníamos suerte, una forma de escapar de los soldados. «Marchando en guerrilla, protegidos por la vegetación o detrás de las rocas, aunque seamos sesenta contra doscientos, daremos buena cuenta de ellos», decía. Apoyado por George Merry, el tuerto Israel Hands, Mac Graw, Ballater y su camarilla, Flint aduló el fatalismo de los indecisos y opuso victoriosamente su opinión. Una aparente disminución de la velocidad de nuestros perseguidores parecía darle la razón. Una de las fragatas permanecía alejada, mientras que la otra, sin perdernos de vista, a veces se ponía proa al viento con las velas descargadas para esperarla.

Pero cuando amaneció nos vimos obligados a lamer en las velas altas las menudas gotas del sereno condensado por la frialdad de la noche. Aquel día no pudimos tragarnos las habas ni las galletas, ni siquiera regándolas con el vino de Canarias, lo que aumentó nuestra sed. Nuestros labios azulados se hinchaban. Ejecutábamos como autómatas las maniobras indispensables en aquella lucha descabellada.

Al anochecer estábamos como la víspera, siempre perseguidos por los buques, cuyas entenas silueteaban en un cielo más pálido que el mar una doble sombra semejante a la de una ave de rapiña. Un poco antes de la puesta del sol, mi paisano, Jean Goupil, saltó al mar. Tumbado al pie del palo mayor, me esforcé por no ver la inmensa extensión de agua que nos rodeaba, agua que no podíamos beber. Su llamada se nos clavaba irresistiblemente en el cuerpo. Una sombra se acercó a mí; se trataba de Brice.

-Antoine -me dijo en voz baja-, reúne a tus hombres; tengo algo que decirles. Ordénales que suban al castillo de popa y luego sitúas a Michel y a Tom en lo alto de cada escalera, cada uno con una barra del cabrestante en la mano, con orden de golpear a cualquiera que trate de bajar sin mi permiso.

-Pero...

-Cállate, ya verás. No hagas ruido.

En poco tiempo estábamos casi todos reunidos alrededor de Brice, quien nos hacía señas para que nos calláramos. Excepto los vigías, el timonel, y dos o tres que ardían de fiebre en sus coyotes, sólo faltaban el capitán y sus secuaces: el eterno George Merry, Darby Mac Graw, Israel Hands.

Brice nos pasó revista con la mirada y levantó la mano, reclamando nuestra atención. Se hizo un silencio absoluto, un poco solemne.

-Y si os dijera que a esta hora nuestro capitán está bebiendo, bebiendo agua, ¿qué haríais?

Esas fueron las asombrosas palabras que pronunció el *bossman*. A lo que respondimos con un rumor acallado por un gesto imperioso de su mano. ¡Imposible! ¡El *boss* se había vuelto loco!

-No, no estoy loco. Simplemente tengo los ojos muy abiertos. ¿No os dais cuenta de que si Flint tuviera tanta sed como nosotros no nos obligaría a continuar esta fuga enloquecida? Pero él sí puede esperar, porque tiene agua.

-Pero, ¿de dónde la saca? – preguntó Jak Groove encogiéndose de hombros.

-Tal vez descubrió antes que Michault que iba a escasear y guardó para sí algunos odres; puede que por casualidad los haya encontrado desde que nos falta a nosotros; quizá tenía, no sé cómo, una pequeña

reserva en su cámara. Puede que la fabrique, o que el Diablo se la suministre, eso no importa. Lo que cuenta es que, teniéndola, se la guarda para él y sus favoritos, y nos deja morir de sed.

Nuestra alteración se manifestó con diversos gruñidos.

-Cerrad la boca -ordenó Brice-. Sin hacer ruido, elegid a tres de vosotros. Os mostraré que estoy en lo cierto.

¿Estamos de acuerdo?

Fueron elegidos Michault Cul d'Oue, Will Whale y Ballater.

-Seguidme -dijo Brice-. Si alguien trata de bajar antes de que hayamos regresado, Tom y Michel estarán esperando abajo con unos garrotes para romperles la cabeza. Si alguien intenta hacer ruido, ya sabréis que es un traidor. ¿Tienes tu cuchillo, Antoine? Bien, entonces, vamos...

Descendieron por la escalera de cubierta y desaparecieron en la sombra proyectada por las velas. Nosotros esperamos en silencio. A todos nos asaltaban las reflexiones más iracundas, pero nuestras gargantas estaban demasiado doloridas para expresarlas. Transcurrieron unos minutos que nos parecieron una eternidad; nadie trató de abandonar el castillo de popa. Por fin, los cuatro hombres volvieron.

-Cuéntales, Ballater -dijo Brice-, mis amigos me creen, los tuyos te creerán.

Entonces, en pocas palabras, con cólera y humillación, Ballater nos dijo que, tras trepar al peto de popa, subieron hasta las ventanas que iluminan la cámara del capitán. Vieron claramente a Flint jugando al chaquete con George Merry y Mac Graw. Entre ellos, sobre la mesa, había una botella llena de agua de la que se servían para aguar el ron.

-Los vi beberla. Era agua, os lo juro -concluyó Ballater. Y repitió:- ¡Agua!

Entonces comprendí por qué Flint había querido que yo fuese contraamaestre, yo que a fin de cuentas no era más que uno de los últimos advenedizos a bordo. Quería conservar a Hands y a Mac Graw cerca de su persona, abroquelarse en su fuerte, preservarlos de un contacto demasiado íntimo con esa tripulación de la que tendría que defenderse si lo sorprendían en algún acto de traición. Con su habitual sonrisa, hacía un doble juego: conservaba sus guardaespaldas para que

lo protegieran y, al mismo tiempo, me sabía demasiado ingenuo para usar a su favor la amistad que casi todos me tenían. Tal fue el caso aquella noche. Desde entonces me arrepentí.

Los menos exaltados querían echar una chalupa al mar, meter allí a los culpables y abandonarlos sin víveres a la buena de Dios. Brice simplemente quería ponerles los grilletes. Apoyado por Michel y Tom conseguí que se decidiera (porque, aunque traidor, Flint era un hombre y me había salvado de los gendarmes) que los metieran en la bodega hasta que pudiéramos cumplir lo establecido en el contrato de fletamento, es decir, abandonarlos en una isla desierta.

Michel y Tom opinaron que, en primer lugar, había que respetar el ceremonial de rigor en nuestras compañías. Le mandarían a Flint la marca negra. Me hicieron recortar en una hoja de papel un círculo del tamaño de un escudo, luego tuve que mancharlo con unta por un lado, y escribir en el otro la sentencia del Consejo, una pueril preocupación de esos hombres simples y crédulos, paradójicamente aferrados a esos detalles de las historias contadas durante las horas de ocio en el castillo y que tanto les impresionan. Se trataba de una imprudente concesión a sus ansias de fantasía. Hacerle saber a Flint la suerte que le esperaba era darle una excelente oportunidad para tratar de evitarla. Incluso aherrado en el fondo de las bodegas, no esperaría a que lo desembarcaran sin antes intentar cualquier cosa para recuperar su autoridad. Mis compañeros no quisieron oír ninguna de mis objeciones; con tal de evitar la solución inhumana de los más exaltados, acepté a regañadientes lo que se les antojó.

¿Quiénes le llevarían la marca? Tom Hawkins, en su condición de segundo contramaestre, yo como contramaestre y Brice Coquelle en calidad de *bossman*. Partimos, pues, hacia el alcázar, Brice llevando en la mano la marca, Tom cojeando con su pata de marfil que hacía resonar solemnemente las tablas del piso. Los demás nos seguían a prudencial distancia. Brice llamó a la puerta de la cámara; enseguida entró, con nosotros pisándole los talones. Entre Flint y nosotros se encontraba la maciza mesa donde se reflejaba la luz de la lámpara, y sobre la cual se extendía el tablero del chaquete entre mapas. Todo estaba en orden, impecable. Flint nos miraba agitando los dados, a

punto de hacerlos rodar. Sin embargo, los otros debieron presentir algo raro, porque se levantaron.

-¡Que nadie se mueva! – dijo Brice-. Capitán, venimos aquí como enviados del Consejo del castillo. Extienda la mano.

Los ojos grises nos taladraron, pestañearon, luego se achicaron; un resplandor argentado brotaba de ellos.

-¿Por qué tengo que extender la mano, muchacho? – respondió Flint con calma-. Como ves, estoy jugando; lo que quieres poner en mi mano no vale más que esto.

Hizo saltar los dados en la palma de la mano.

-¡Oh, no soy yo el que quiere, es la tripulación! Si por mí fuera, te pondría una soga al cuello, y no un trozo de papel en la mano.

-¡Te noto muy malvado esta noche, boss! Bien, si es la voluntad de la tripulación, la respeto; dame tu pedazo de papel.

Alargó con indolencia su poderosa garra de viejo león. Sentí una oleada de terror cuando vi esa pata de gato que esconde las uñas, mano de hierro en guante de seda, escarbando entre los valles y las montañas de los mapas bajo el halo de luz. Era carnosa, musculosa, rebosante de salud y fuerza; no evocaba ninguna idea de sumisión. Brice sacó su pistola, la amartilló, observó a los tres hombres. Entonces se inclinó sobre la mesa y extendió el puño cerrado donde estaba la marca hacia la mano abierta de Flint. Lo que pasó inmediatamente después fue tan fulminante que apenas tuve tiempo de ver a Brice, arrastrado con brusquedad hacia adelante, resbalar en la mesa pulida como un cadáver sobre una plancha embreada, barriendo el chaquete, los mapas y el ron. Al mismo tiempo, un disparo hizo volar en pedazos la lámpara. Brice gritó: «¡A la puerta, Tom! ¡Michel, a las ventanas! ¡No dejéis salir a nadie!». Yo forcejeaba con alguien que trataba de clavarme un cuchillo.

En eso, se abrió la puerta, se oyó un ruido sordo, alguien que caía de culo. Era Michault Cul d'Oue; tenía la sesera dura. Reconocí su voz.

-Traed una luz. Tened cuidado, hay aquí un maldito madero - gritaba.

-No es un madero -respondió la plácida voz de Tom-, es mi pata de marfil. Perdóname, pensé que eras Hands, no te reconocí.

**-Yo tampoco, carcamal. ¿Por qué no dejas en paz tu pata postiza para que uno no se rompa con ella la cabeza?**

**Llegaron otros con lámparas. En un santiamén, el camarote del capitán se llenó de luz y de hombres. Yo estaba a punto de estrangular a Darby Mac Graw, que me enseñaba sus dientes amarillos en una mueca espantosa. Brice se encontraba encima de Flint. Cuando éste quiso atraerlo hacia sí, se había caído derribando de un cabezazo el sillón. En cuanto a George Merry, había conseguido desaparecer. Él y Hands, que no estaba en la cámara cuando entramos, andaban sueltos por algún lugar del barco. Buscarlos aquella noche hubiera sido inútil.**

**En el armario del capitán descubrimos cinco damajuanas cuyo contenido había sido reemplazado por agua; estaban mezcladas con otras botellas de licor. Pudimos hacer una distribución de una copa por cabeza guardando una pequeña reserva para el día siguiente. Brice repartía las raciones cuando vio llegar a Hands con su parche de tafetán sobre el ojo vacío y el otro fulgurando de cólera. El tuerto gesticulaba como un poseso.**

**-¡Canallas! – gritó-. ¡Condenados hijos de perra! Nunca me disteis una gota. Hacían que me fuera y me timaban igual que a vosotros. Yo también me moría de sed mientras ellos se asperjaban el gaznate.**

**-¿Tú, aquí? – dijo Tom-. Para empezar, ¿de dónde vienes a estas horas?**

**-¿Que de dónde vengo? De la cofa, pregúntale a Frémin Cotard. Ambos estamos allí arriba desde que se puso el sol, con los ojos abiertos de par en par para vigilar a esas fragatas.**

**Frémin Cotard lo confirmó; su palabra no podía ponerse en duda; era uno de nuestros mejores amigos y no simpatizaba con Hands.**

**-El diablo te protege, Ojanco -así apodaban algunos a Hands-. Estabas destinado a tener la marca. En fin, ya que nadie te ha visto beber... ¡Pero ten mucho cuidado, eh!**

**-Que me ahorquen si no estoy con vosotros. Hablo con el corazón en la mano. Soy el primero que quiero echarle el guante a George Merry. Que me ahorquen si no lo hago.**

**Era su muletilla, eso de decir siempre «que me ahorquen» si tal cosa. Nunca hombre alguno fue más justamente juzgado por sí mismo.**

**Y sólo espero que alguien haya acabado ejecutando esa sentencia de tan dudosa imparcialidad.**

**Comoquiera que sea, en lo que respecta a Merry cumplió con su palabra al día siguiente. Inmediatamente después de este incidente, Brice fue promovido a capitán, a reserva de quedar ratificado en su cargo cuando tuviéramos tiempo de discutirlo, yo quedé como el segundo de a bordo, Tom Hawkins como cabo de marina y Frémin Cotard, segundo contraestre. Después de haber determinado nuestra posición por la altura de los astros, enseguida cambiamos de rumbo, pues Brice nos aseguró que en menos de dos días nos conduciría a una isla que se hallaba en aquellos parajes, un poco apartada, desierta, muy conocida entre las compañías de caballeros. Él nunca había ido allí, pero tenía un mapa trazado por la mismísima mano del famoso Morgan; se lo había ganado en Savannah, jugando al lansquenete,\* a un tal Roberts, a quien luego colgaron en la horca del Castillo del Corso. Nos lo dejó ver. En una esquina estaba escrito con bella caligrafía afiligranada: «Determinación de la posición del Cayo de los Papagayos». Lo que dicho en nuestra jerga era la Isla de los Papagayos; pues cayo es la palabra que empleaban los aventureros de la mar para denominar las islas retiradas que les servían de guarida, almacén de municiones o escala. Esta parecía de fácil acceso, con extensos bosques donde podríamos escondernos y, sobre todo, un largo río del que tanta necesidad teníamos para surtirnos de agua potable. Esa corriente de agua aparecía designada en el mapa con el nombre de «Ría Alguna», y desembocaba en el mar a través de un estuario bastante amplio y tranquilo.**

**\* Antiguo juego de cartas introducido por los lansquenetes a finales del siglo XVI. (N. del T.)**

**En cuanto al resto, la manera en que actuaríamos con las fragatas, ya lo veríamos cuando estuviéramos allí. En lo tocante a este último punto, el indomable Ballater quiso protestar.**

**-Tú te callas -le dijo Brice encañonándolo con la pistola.**

**Y Ballater se calló.**

**Tensamos las velas al viento. Siempre seguidos por las fragatas, a las que esa marcha les resultaba más favorable, navegamos de nuevo con rumbo sur-suroeste. A la mañana siguiente, los buques habían**

sacado algunos cables de ventaja; pero nosotros habíamos emprendido el camino hacia una solución.

Así las cosas, Israel Hands vino para decirnos que había visto a George Merry en la bodega de popa. Brice me envió con dos hombres y el tuerto. Aposté un centinela en cada unas de las dos salidas. Y avancé hacia el lugar que me señaló Hands: un montón de cajas arrumbadas contra la banda de estribor. Llamé a George Merry diciéndole que saliera voluntariamente, que no le haríamos daño.

-Tengo tu promesa -dijo apareciendo en la penumbra-. Me rindo.

Hands empezó a injuriarlo, reprochándole que lo había traicionado al igual que los demás, a pesar de que estaban de acuerdo en todo. George no le hizo caso.

-Quítame de encima a este perro -me dijo-. Sé que ha sido él quien me ha entregado, reconocí sus pasos hace un rato. Ya me las pagará un día de estos.

George Merry fue a reunirse con Flint y Mac Graw, donde estaban los grilletes, mientras nosotros nos dedicamos a desplegar nuestra astucia frente a las fragatas. Favorecidos por nuestra nueva marcha, se nos acercaron poco a poco. Cuando la distancia entre el que navegaba mejor y el *Walrus* se hizo peligrosamente corta, Brice inclinó otra vez la vela en una orientación más favorable y recuperamos nuestra ventaja. Luego abatimos un poco el rumbo, volviendo al suroeste.

De tanto en tanto, cuando los hombres del rey creían que estábamos a tiro, nos lanzaban un cañonazo con su cañón de crujía; nosotros ni siquiera respondíamos. Trataban de derribar nuestra arboladura. Un cañonazo certero, un mástil echado abajo, y estaríamos a su merced. Pero Brice se mantenía ojo avizor, las balas de cañón jamás caían a menos de veinte o treinta pies de nuestra popa.

En una ocasión tuvimos miedo, poco después de la captura de George Merry, el vigía señaló una vela en la dirección hacia la que navegábamos. Aunque fuera el más insignificante quechemarín inglés o español, estábamos perdidos, el tiempo que nos llevaría hundirlo bastaría para ponernos a tiro de las fragatas. Esperamos con ansiedad, navegando rumbo a esa misteriosa mancha blanca, a pesar del peligro. Por fin, Brice, que observaba con el catalejo, soltó estas palabras:

**-No hay problemas. Es un bergantín de cabotaje que se arrastra como un capuchino.**

**En efecto, como pudimos comprobar cuando lo alcanzamos, era el barco más pacífico que haya surcado los mares, con su pronunciada arrufadura y su maciza aleta. Lo adelantamos pasando a menos de una milla de distancia, lo suficiente**

para leer su nombre en el tablero de popa: *Virgen del Pilar*, y el de su puerto de matrícula: Cumaña. – Flint hubiera hundido esa *Virgen del Pilar*, de Cumaña, sólo para vengarse del susto que le habría dado -dije mientras el lento navío se desdibujaba detrás de nosotros.

–¿Acaso insinúas que hay que echarlo a pique?

–¿Yo? Tú estás loco. Estaba bromeando. Más bien le mandarí una andanada de flores en agradecimiento, si las tuviera. Eso fue poco más o menos lo que dije. ¡Ah, si entonces hubiera sabido...!

Había transcurrido una noche y una mañana desde que dejamos atrás al bergantín antillano. Proseguíamos las maniobras extenuantes que nos permitían ganar el cayo, sin que los cañonazos enemigos nos sorprendieran, cuando uno de los vigías avistó tierra. No era más que una delgada línea verdiazul, una especie de raya brumosa posada sobre el mar. Brice empezó a examinar el mapa que había ganado en Savannah.

–Se me ocurre una idea -dijo-, pero me tildarás de simoníaco si te la digo. Y te confieso que por momentos parece un milagro, sobre todo si se piensa que lo ignoramos todo acerca de este lugar. Sin embargo, desde hace dos días he estudiado tanto este mapa y el curso de las mareas, que estoy seguro de que podremos salir de apuros, si tengo la audacia necesaria. No podemos permitirnos el lujo de bordear la isla para examinar los atracaderos. Hay que ir con los ojos cerrados allí donde habremos de estrellarnos o salvarnos, y tenemos que estar convencidos de que nos salvaremos.

–Todos confiamos en ti.

–No todos. Ballater no me traga, si me soporta es porque no le queda otro remedio.

–Ballater siempre ha sido así, todo lo que sea disciplina le fastidia. Si su mejor amigo se convierte en su jefe, no cejará en su empeño hasta que lo

sustituyan por otro.

—Es posible, pero él, Jak Groove, Sydney Cove, Morgan, Billy Bones, todos esos ingleses, ya están olvidando que Flint los traicionó. Incluso entre los nuestros, muchos que me querían como *bossman*, no me perdonan que haya salido de su categoría para ascender al grado de capitán. Cuando llegue la hora de dejar a Flint en tierra, prepárate, habrá jaleo. Pero eso ahora no importa, todavía no ha llegado ese momento. No dejes de mantener el rumbo hacia la isla; y avísame cuando se aviste la costa. Vamos a llegar por aquí.

Señaló en el mapa el norte del cayo, donde estaban indicados unos acantilados que disminuían en altura hacia el oeste hasta llegar a la desembocadura del río. A un lado se elevaba un último promontorio rocoso; al otro lado de la desembocadura, el mapa mostraba una costa pantanosa.

Eran aproximadamente las cuatro de la tarde cuando la isla estuvo lo suficientemente cerca para que pudieran distinguirse los detalles a simple vista. A decir verdad, había poco que ver: se presentaba con el aspecto de una inmensa costa acantilada, árida, bordeada de blanco por la resaca; navegamos a toda vela. Al oeste divisamos alguna vegetación enmascarada por el cabo rocoso detrás del cual se encontraba el estuario del Alguna. Fui a buscar a Brice.

—¿Y ahora qué hacemos? — le pregunté.

—Estoy decidido.

—¿Qué hay que hacer?

—Nada hasta que yo te lo diga. Gobierna el timón como si quisieras arrojarte contra esa muralla de acantilados. Llama a todo el mundo a cubierta.

Con los hombres reunidos en el castillo, Brice se inclinó sobre la balaustrada y, sin gesticular, sin aspavientos, les dijo más o menos lo siguiente:

—Muchachos, ha llegado el momento de jugarnos el pellejo. Dentro de una hora, la habremos palmado o tendremos tanta agua dulce que no sabremos qué hacer con ella. Si vaciláis, si malgastáis un segundo cuando yo dirija la maniobra, si uno solo de vosotros refunfuña cuando yo dé las órdenes, o pierde la cabeza, nos estrellaremos. ¿Comprendéis bien lo que os digo...? Bueno, entonces, todos a vuestros puestos.

Recuerdo ese tono sosegado, la tranquilidad de su voz; representa uno de los más bellos recuerdos de nuestra amistad. Examinó la costa, y luego, yendo hacia la popa, la posición de las fragatas, que nos seguían a buen paso, acercándose cada vez más y más.

–Inclina un poco la vela mayor de cara al viento -ordenó.

Le repetí la orden a Tom, y cuando la ejecutaron nuestra velocidad disminuyó y el tamaño de las fragatas aumentó rápidamente. Nos aproximábamos a la costa; se percibían todos los detalles de los acantilados, incluso un arbusto raquítico y retorcido cuyas raíces se aferraban a una grieta de la roca. Si seguíamos así, en menos de un cuarto de hora nos estrellaríamos contra los arrecifes. Brice permanecía inmóvil detrás del timonel, con los brazos cruzados, mirando fijamente las fragatas. Sin dejar de navegar a toda velocidad, se desviaron hacia la orilla, obviamente para concentrar su fuego sobre nosotros. Esta vez no tenían prisa por disparar, pues ya no temían que nos escapáramos. Iban a virar para soltarnos sus descargas de lado. La rompiente estaba a pocos cables de distancia.

–Timón a estribor, despacio -ordenó Brice.

El *Walrus* se inclinó yendo a lo largo de los arrecifes, recibiendo el viento en el ángulo que le era más favorable, y resbaló a toda vela hacia el oeste escorándose. Antes de virar a su vez, y aprovechando que momentáneamente estaban de flanco respecto a nosotros, las fragatas nos lanzaron una descarga cerrada con sus baterías de estribor. Como sólo presentábamos la popa, sus balas casi no amenazaban con alcanzar un blanco tan incómodo. De nuevo inofensivos, siguieron detrás de nuestra estela.

–Bien -celebró Brice-. Son tan idiotas como pensé. Un hombre a proa para sondear. Listos para virar a babor cuando dé la orden. Tú, sal de ahí.

Sustituyó al timonel.

Entonces navegamos paralelamente a la costa, con el bauprés apuntando hacia el cabo detrás del cual se ocultaba el estuario. Nos acercamos a él a toda velocidad, alejándonos de las fragatas para las que nuestra marcha ya no resultaba propicia. La punta del cabo se precisaba minuto a minuto. El hombre de la sonda gritaba la profundidad del fondo que subía sin cesar. Cuando llegamos a la altura del promontorio, Brice se dejó ir arrastrado por la corriente para pasar a una distancia prudencial. Doblamos la punta; entonces apareció una amplia desembocadura de aguas tranquilas como un

espejo. Se abría al mar como las fauces abiertas de un animal cuya garganta era una prolongación sinuosa que se internaba lentamente entre las dos orillas bajas hacia un horizonte de selvas y montañas azules. A pesar del encanto de esa aparición, poco faltó para que lanzara una exclamación de despecho, ya que a través de las fauces abiertas, un rollo espumoso indicaba un banco de arena, es decir, un bajío de gran extensión que prohibía la entrada.

—Mirad -gritó Brice-, aquí.

Alargó la mano mostrando una estrecha mancha más oscura al lado de la línea de espuma. El agua parecía allí más tranquila. No tuve tiempo para reflexionar. La fragata más rápida ya doblaba el cabo y, advirtiendo de pronto el peligro, se puso a tirar con su cañón de crujía. El hombre de la sonda aullaba:

—Dieciocho pies, dieciocho, dieciocho, diecisiete, dieciséis, quince pies, quince, catorce...

—¡Listos para orzar! — dijo Brice sosegadamente.

—¡Listos!

—Catorce pies, trece, trece, doce, once, diez, nueve...

—¡Orza! — aulló Brice cerrando el timón a la banda.

Enfilando el estrecho canal que se distinguía apenas entre la ribera y el burbujeo del agua, el *Walrus* se lanzó viento en popa en el estuario. Brice estalló en una carcajada.

—¡Mira a esos caguetas!

Abatiendo el rumbo al máximo, para esquivar el banco descubierto de repente, los buques ingleses viraron en redondo, como dicen los galeotes, y volvieron grupas, como dicen los palafreneros. Su impulso los llevó en dirección contraria a la nuestra. Mientras viraban otra vez para quedarse al paio frente a la bocana de la bahía, en aguas profundas, nosotros remontábamos tranquilamente el río, una vez más fuera del alcance de sus cañonazos. Antes incluso de arriar las velas, ya estábamos en agua dulce.

—Muy bien -le dije a Brice un poco más tarde-. Tu treta ha tenido éxito porque la marea está baja y porque tenemos la mitad del calado de esos voluminosos barcos. Pero con pleamar, ¿estás seguro que no tendrían suficiente fondo para remontar el río detrás de nosotros?

—Con la marea alta -respondió-, quizá veas otra cosa, muchacho. Espera, espera un poco. — Y me guiñó un ojo.

Las pocas horas de luz que quedaban, se las pasó bañándose. Había dejado libre a todo el mundo, insistiendo para que aparentáramos que no nos preocupaban las fragatas.

—Si cazáis un jabalí o un ciervo, no tengáis miedo de encender una gran hoguera para asarlo, ¿entiendes, Michault? Una buena hoguera que brille bastante, ¿de acuerdo? Lo único que quiero es que una hora después de la puesta del sol todos los artilleros estén a bordo, con una veintena de hombres para la maniobra.

—¿Y Flint? —pregunté-, ¿qué hacemos con él?

—De momento, déjalo donde está. Ya veremos mañana. ¿Has ordenado que les lleven agua?

Ya había pensado en eso. Flint y los otros dos estaban encerrados en el castillo de proa. Dos de los nuestros, Georges Nightingale y Perrot (a quien llamaban el Hojalatero porque se había escapado de la cuerda de galeotes de Toulon cortando sus esposas de hierro) vigilaban ante la puerta cerrada con candado. Fui a darme una vuelta por allí. Cuando subí a popa, me encontré a Brice arrojando al río unos trozos de madera para observar su trayectoria en la corriente. Seguía vestido con su traje de baño, es decir casi desnudo, con un jirón de tela enrollado a la cintura. Se tiró otra vez al agua. Lo vi nadar muy lejos hacia la boca del estuario, y luego regresar pegado a la orilla. Cuando subió a bordo sacó el pecho bronceado y se estiró.

—Me muero de hambre -dijo sonriendo-. Ve a ver si Tom nos ha dejado algo de comer en su pañol.

Allí había un cuarto de cecina de vaca\* y unas galletas que devoramos vorazmente, sentados en el barandal, bebiendo abundante agua fresca. La noche cayó bruscamente.

\* *boucaner*: acecinar o conservar las carnes salándolas y ahumándolas. Procedimiento culinario típico de los piratas en el Caribe y etimología de la palabra «bucanero». (*N. del T.*)

—¿Qué altura piensas que alcanza el agua a esta hora sobre la barra? —me preguntó Brice socarronamente.

—No lo sé.

—Por lo menos dieciocho pies, querido amigo.

—¡Entonces las fragatas van a subir!

—Míralas. ¿Crees que tienen ganas de hacerlo?

No, no tenían ganas. Acoderadas frente a la desembocadura de Alguna, se contentaban, centinelas formidables, con cerrarnos el paso. Los capitanes habían debido de aprovechar la tarde para enviar patrullas de reconocimiento, porque se veían lanchas regresando a bordo. Probablemente al día siguiente el enemigo vendría a asaltarnos en sus chalupas.

En cuanto el sol se hundió en el horizonte, la transparencia del crepúsculo se trastornó. Una pulverización lechosa que brotaba del estuario desenroscaba sus chales de seda por ese vasto escenario de agua y verdor. La hoguera encendida por nuestros compañeros estaba rodeada de un halo fosforescente; el eco de sus canciones y las guasas a voz en cuello se amortiguó.

—¡La bruma!

—Sí -dijo Brice-. Era de esperar, ahora podemos estar tranquilos. ¿Cuándo van a venir nuestros hombres? ¡Tenemos ganas de cargarnos a unos cuantos enemigos!

Pronto subieron a cubierta. Enseguida el barco, tan quieto desde hacía unas horas, se animó con una actividad silenciosa. «Ninguna luz, ningún ruido», había aconsejado Brice. Unos corrían por la cubierta; desde la batería subía el ruido sordo de los escobillones, el choque de las balas depositadas sobre las tablas del sollado. Los artilleros cargaban sus piezas. La dotación de cubierta había trincado en proa una maroma de ancla de recambio que amarraron en el tronco de un árbol de la orilla. Dándole vueltas al cabrestante, nuestros hombres halaron la parte superior, los pies descalzos marcando el paso producían un sonido apagado; jalado por la proa, el *Walrus* se fue arrimando de costado a la orilla hasta que, empujado por la corriente y después de girar sobre sí mismo, acabó presentando su proa en dirección al mar. Unas cuerdas atadas a la orilla lo retuvieron por la popa en esa posición, y entonces empezamos a izar el velamen. Todas las velas se desplegaron.

—Ahora -me dijo Brice-, que los hombres ocupen los puestos de maniobra de salida, listos para largar amarras. Las portañolas alzadas con los cañones asomados, los artilleros al pie de las cureñas, las mechas encendidas. A una orden mía, que disparen sin apuntar; y que vuelvan a cargar enseguida.

—Pero...

—Mañana me lo dices. Haz lo que te he ordenado.

Cuando volví a subir al puente vi a Brice en el timón. Los mástiles crujían bajo el empuje del viento soplando aquella pirámide de lonas. Todos estaban en sus puestos.

—Listos -dije.

—Entonces, que larguen amarras.

El bricbarca dio un salto, y acto seguido aumentó progresivamente su velocidad inicial. Impulsado por el viento y por la corriente, como la saeta de una ballesta, llegó al estuario pasando por encima de la barra para entonces desaparecida. Percibimos un relámpago en medio de la noche en brumas. Se trataba del angosto espacio que dejaban entre sí las masas oscuras de las fragatas. Apuntado por Brice como una flecha, el *Walrus* enfiló ese estrecho pasaje.

—¡Abrid fuego por las dos bandas!

Repetí la orden en las baterías en el preciso instante en que desde las bordas, que rozábamos a ambos lados, surgió el débil grito de los vigías dando la alerta demasiado tarde. Ya nuestros dos flancos escupían a bocajarro sus truenos de fuego y metralla, y pasamos de largo.

—¡Listos para virar! — gritó Brice.

Mientras las fragatas, sorprendidas en pleno sueño y despedazadas por nuestras balas, apuntaban sus cañones hacia la nube de humo que se coagulaba entre ellas, cañoneándose mutuamente sin darse cuenta, el *Walrus* abatió el rumbo, viró en redondo y pasó por la popa de los buques descargándoles una andanada con las piezas emplazadas en el alcázar. Cuando volvió a virar, los batió con fuego directo, primero con sus baterías de estribor y luego con las de babor, y a continuación se fue a echar anclas fuera del alcance del fuego enemigo, para escuchar tranquilamente cómo los dos navíos del rey de Inglaterra, extraviados en la noche, la neblina, el humo, en medio del pánico enloquecido, se bombardeaban hasta la muerte. Les habíamos disparado bajo la línea de flotación suficiente metralla para volverlos inofensivos. Y ellos mismos acabaron rematándose.

Obtuvimos una victoria, pero cometimos un grave error del que yo era particularmente responsable.

Aquella noche, cuando, siguiendo instrucciones de Brice, una parte de la tripulación subió a bordo dejando a los demás alrededor de la hoguera y haciendo ruido para despistar al enemigo, descubrí entre los que regresaban

al barco a Hands, Ballater, Billy Bones y a Jak Groove sin darle demasiada importancia ni advertir que el grupo con el cual partíamos al combate se componía sólo de ingleses. Seguramente Hands se había puesto de acuerdo con Ballater maniobrando con bastante habilidad para dejar en tierra a nuestros amigos. Demasiado atareado en preparar la victoria, Brice no había tenido tiempo de pasar revista a la tripulación; yo hubiera tenido que darme cuenta y comprender el significado de ese simple hecho.

Cuando el bricbarca echó anclas mar adentro, y como no había otra cosa que hacer que esperar la salida del sol, fui a acostarme tranquilamente mientras Brice se quedaba de guardia. Más tarde lo relevé y él se fue a dormir. Los hechos ocurrieron con una celeridad y una discreción extraordinarias.

Apoyado en la baranda, contemplaba la bruma teñida por el rojo resplandor de una de las fragatas incendiada por los cañonazos. A unos pasos de mí, algunos hombres sentados en la escalera del castillo también miraban en silencio. De repente, recibí un golpe en la cabeza, me amordazaron y me ataron los pies con un rizo. En un abrir y cerrar de ojos, enrollado, atado como un embutido, me vi reducido a la impotencia antes incluso de haberme recobrado de mi sorpresa. Sorpresa que debía de leerse en mis ojos, porque alguien en quien reconocí, en la tenue luz del alba naciente, a George Merry, se inclinó sobre mí riendo burlonamente.

—¿Está asombrado de vernos el *bossman* de este barco? ¿El *bossman* de este barco pensaba que estaríamos eternamente con los grilletes puestos? ¡Vamos, Hands, y tú, Mac, dadle el placer de llevarlo al mismo lugar de donde nosotros venimos!

Asfixiado por el trapo con el que me habían tapado la boca, sólo pude responder con unos gruñidos indescifrables. Hands y Mac Graw me cogieron brutalmente por la cabeza y por los pies. Al entrar en el castillo de proa, Hands tropezó con algo.

—¡Es ese idiota del Hojalatero! — exclamó—. Sigue ahí tirado. Le pegué demasiado fuerte. Dios sabe que no quería matarlo. Que me ahorquen si...

—Te ahorcarán, no te preocupes -profetizó con frialdad Darby Mac Graw.

—Cállate, impío. Te ríes de todo. No me gusta matar a un hermano, trae mala suerte.

—¡Bah, así habrá uno menos de esos condenados *frenchmen* en estos mares! Esa buena acción te valdrá una indulgencia. Vamos, tranquiliza tu conciencia. Camina, que este otro cerdo pesa bastante.

Hands depositó cuidadosamente mis pies en las tablas del piso, pero el amable Mac Graw soltó mi cabeza tan brutalmente que, del golpe, me quedé aturdido hasta que Hands vino a buscarme. Cortó las ligaduras de mis piernas, me quitó la mordaza y sólo me dejó las manos amarradas a la espalda.

—Como ves -me dijo-, te trato bien. Soy un buen hombre. Que me ahorquen si no ha sido contra mi voluntad que me he visto obligado a hacer lo que he hecho.

Su único ojo lloriqueaba.

—Vamos, ven -agregó-. El viejo quiere verte. Me veo en la obligación de conducirte hasta ellos. Pero tú sabes que si por mí fuera seguirías siendo el *bossman*. Ellos me han obligado, ¿lo entiendes? Me han obligado.

Sin contestarle, lo seguí hasta la amplia cámara del capitán. Como si nada hubiera cambiado, detrás de su mesa, Flint se enseñoreaba del vasto camarote, con su casaca escarlata, el pañuelo negro ceñido a la cabeza, sus mofletudas mejillas, sus ojos pequeños y aquella cara a la vez solemne y bonachona. Los únicos vestigios de lo sucedido eran que una de las vueltas de sus mangas colgaba y que la solapa desgarrada le caía sobre el hombro. George Merry y Darby Mac Graw lo flanqueaban como dos secretarios escoltan a un juez rojo. De pie, frente a la mesa y maniatado como yo, estaba Brice. Ballater, Sydney Cove, Jak Groove y Billy Bones aguardaban en fila al fondo del camarote. Aquello parecía la sala de un tribunal; pero en modo alguno fue el tono de un magistrado el que usó Flint al hablar.

—Pues bien -dijo-, ahora vosotros dos estáis donde nosotros estábamos hace unos días. So capa de enjuiciaros, ahora podríamos vengarnos. Si yo les dijera a estos caballeros que os pongan la cuerda al cuello, estaría en mi derecho, y ellos no vacilarían en hacerlo, ¿verdad? Me parece que haríais unas bonitas muecas colgados de la punta de una verga, ¿no? ¡Es una posición muy elevada que debería satisfacer tu ambición, *boss*. — Nos miró plácidamente, con un resplandor de crueldad en sus ojos grises-. Bien -prosiguió-. Sin embargo, no os ahorcaré. A ti, *boss*, aunque hayas querido ahorcarme, no te colgaré, porque has salvado mi *Walrus*. Ni a ti tampoco, Antoine, porque intercediste por nosotros. Mienten los que dicen que soy

cruel. No, no os voy a colgar, como tanto desean estos caballeros. Simplemente os haré lo mismo que me hicisteis a mí, otorgaros la marca negra.

Abrió su puño poderoso en la mesa, delante de nosotros. Contenía un redondel de papel del tamaño de un escudo, ennegrecido por la tinta.

—¿Reconocéis esto, verdad?

Era el círculo de papel que yo había recortado y que Brice le había deslizado en la mano unos días antes.

—Muy bien. Esto es lo que la tripulación que yo represento va a hacerle a este capitán. — Sacó su cuchillo, agujereó el papel, arrancó la cinta de su sombrero y la pasó por la marca negra. Acto seguido, se puso de pie, se acercó a Brice y se la colgó del ojal de la solapa-. Ahora estás condecorado con la marca negra, muchacho -rió con sarcasmo dándole una palmada en el hombro con gesto falsamente amistoso-. En cuanto a ti, Antoine -prosiguió en tono grave y digno mientras se aproximaba a mí-, si hubiera podido me habría quedado contigo, como hice cuando el pobre Bill te trajo a esta cámara por primera vez. ¿Por qué? Pues bien, no lo sé muy bien. Sí, tú no eres tan malo, no eres más que un marino pasable, apenas sabes beber, no te gusta el juego. Sin embargo, me hubiera gustado quedarme contigo, sí, es verdad. Lo que pasa es que en este barco ya no hacen falta los *frenchmen*, se llevan demasiado mal con nosotros. Vosotros no estáis hechos para ser piratas, no sabéis dominar vuestros sentimientos. Un pirata tiene que pensar solamente en la horca, para evitarla; y en el dinero, para cogerlo a manos llenas. Nosotros somos auténticos caballeros de la diosa Fortuna, mientras que vosotros sois unos improvisados caballeros de fortuna... Vosotros tenéis por divisa la libertad; nosotros, un soberano de oro.\* A partir de ahora, en este navío sólo habrá ingleses; cuando amanezca habremos salvado suficientes supervivientes de las fragatas para sustituiros, a vosotros y a vuestros amigos, con quienes os reencontraréis en tierra. Tú me comprendes, Antoine. Me tomo la molestia de hablarte así, aunque nunca había hecho un discurso tan largo, y me muero de sed, porque por muy Flint que yo sea, siento por ti una... una... hum, hum, vamos, basta, ya está bien...

\* Antigua moneda inglesa de oro, sustituida en 1817 por la libra esterlina. (*N. del T.*)

Se apartó bruscamente y se volvió hacia los hombres que estaban al fondo.

—Cortadles las ligaduras a estos muchachos. Arrojadlos por la borda. No tengo ninguna chalupa que darles.

Ballater, Sydney Cove, Billy Bones y Hands nos empujaron afuera.

—¿Tú sabes nadar, verdad, mi viejo Antoine? — me susurró Hands mientras me conducía al empalletado-. Con el buen tiempo que hace, una zambullida es agradable. Yo te habría dado una chalupa, pero ya has oído al jefe...

Cuando me subí a la batayola, vi a Georges Nightingale, que tenía que haberse dejado matar la noche anterior antes que permitir salir a Flint. Agachó la cabeza. Era uno de nuestros mejores amigos, pero también era inglés.

—El agua debe de estar muy...buena, mi viejo -me susurró Hands al oído-. Que me ahorquen si...

Y me dio un empujón a traición en el momento en que me concentraba para la zambullida. Brice me siguió. Al poco rato oí un tercer ¡pluf! Tomamos el camino más corto para ganar la orilla a través de un mar unido como un lago. De pronto, brotó de las aguas verdes la cabeza del gran Georges Nightingale, nadando con brazadas hercúleas. Nos miró con inquietud, tristeza y sumisión. Yo le sonreí y sus ojos brillaron. Aunque inglés, era uno de nuestros mejores amigos, como Tom Hawkins y Will Whale, quienes nos esperaban en la playa arenosa, sacrificados, al igual que nosotros, por la urania de Flint.

Cuando nos reunimos con ellos, y después de intercambiar las primeras impresiones sacando la cuenta de los desembarcados y de nuestros recursos, con el *Walrus* desapareciendo rumbo al este, pudimos resumir la situación: éramos catorce en total, sin embarcación, sin víveres, sin herramientas; estábamos abandonados en una isla desierta, sólo con lo que llevábamos puesto, y sin nada con qué prepararnos una comida. Seis pistolas, un mosquete, una carabina, dieciséis cuernos de pólvora, otros tantos saquitos de balas, un hacha, nuestros cuchillos. Eso era todo.

## **CAPÍTULO VI**

### **LA VIDA DIFÍCIL**

Anonadados por el rigor de nuestra situación, permanecemos sentados en la arena, desmoralizados, viendo cómo se alejaba en el horizonte aquel barco que durante tanto tiempo había sido nuestra patria. El primero en reaccionar fue Brice.

-Vamos -dijo-, es hora de empezar a hacer algo; ante todo, vayamos a la desembocadura del estuario para ver qué queda de las fragatas.

La corriente había arrastrado un poco mar adentro, a unas cien toesas de la costa, los restos de los dos buques que flotaban en el reflujo. Dando con el talón en los peñascos, uno de ellos se había destruido por completo. Sus restos, y los cadáveres empujados por las olas, cubrían la orilla. La resaca sacudía a la otra fragata, partida en dos por la explosión de su santabárbara. Admitiendo que hubiera víveres en las bodegas, no se podía pensar en consumirlos.

No obstante, Michel Pantaragat y Peter del Norte se desvistieron y se lanzaron a nado mientras los demás se afanaban en sacar del agua todo lo que flotaba en el litoral.

-¡Sería de idiotas que con toda esta madera no pudiéramos construir una embarcación capaz de sacarnos de aquí! – me dijo Brice-. En ese sentido estoy tranquilo, porque tenemos a Will Whale con nosotros.

Mientras tanto, había que comer y encontrar un lugar donde refugiarnos. Decidimos dividirnos en tres grupos. El primero se ocuparía de conseguir comida; el segundo resolvería el problema del alojamiento; el tercero trataría de rescatar de los restos del naufragio todo lo que pudieran arrebatarle al mar.

Una vez que tomamos estas medidas, y aunque nuestra situación seguía siendo lastimosa, recuperamos los ánimos con cierta esperanza, pues es verdad que la necesidad de organización impregna profundamente el espíritu de los seres humanos, incluso el de aquellos que pretenden vivir en la anarquía total, más allá de cualquier regla.

Comenzamos por prepararnos una comida con nuestras últimas vituallas. Después, cada grupo puso manos a la obra. Tom Hawkins cogió la carabina. Repartiendo tres de las pistolas entre sus hombres, se fue a cazar a lo largo de la orilla, hacia el norte. Armado de un mosquete, acompañado por Michault Cul d'Oue, Jean Baulde, Frémin Cotard y Georges Nightingale, decidí seguir una trocha formada por la

pendiente de las colinas, que se internaba hacia el centro de aquel territorio. Will Whale reunió a sus hombres en una pequeña elevación del terreno, desde la que se dominaba la playa y donde se proponía instalar una cabria ensamblando dos baos. Le serviría para levantar los pesados maderos abandonados en la arena por la bajamar.

Así se inauguró un nuevo período en nuestra existencia. ¡Cuan distinto de todo lo que le había precedido! Al romper con las convenciones del mundo, habíamos creído o esperado ser libres, es decir, sustraernos a unas leyes concebidas contra nosotros. Unos habían querido escapar a la presión social que no les dejaba ninguna esperanza de salir de su condición social. Otros habían querido adquirir riquezas, para disfrutar libremente de los placeres que la egoísta ley de los hombres les negaba desde que nacían. Otros, como Brice y yo, habíamos huido de una condena injusta. A partir del momento en que firmamos el contrato de fletamento de los caballeros de fortuna, sólo habíamos conocido, tanto unos como otros, la esclavitud de instintos, la servidumbre de pasiones. Lo único que había conservado su poder sobre nosotros eran los caprichos del mar y del viento, el azar de las refriegas y de las recaladas.

Si ser libre no es más que desobedecer cualquier norma social, no admitir ningún jefe a menos que éste se someta a la voluntad colectiva (si la ración de comida servida a nuestro capitán nos parecía mejor que la nuestra, teníamos derecho a coger una porción de su escudilla), apropiarnos de lo que nos da la gana, violar lo que se resista a nuestro deseo, matar cuando la crueldad nos hiere como una sed, mostrarnos clementes cuando el brazo está cansado de golpear, arriesgar nuestra vida sólo para satisfacer nuestra codicia, nuestro egoísmo o nuestro gusto por el peligro, entonces habíamos sido completamente libres. Sin embargo, de ese hecho no sacábamos consuelo alguno. Convertidos en unas criaturas desmesuradamente materialistas, lo excepcional de nuestra vida no se ponía de manifiesto a nuestros ojos. Esta condición, que nuestro temperamento y las circunstancias nos habían impuesto, la aceptábamos con más resignación que entusiasmo. Sólo con la perspectiva que nos da la distancia en el tiempo puede concebirse en todo aquello lo novelesco.

**La vida de los Hermanos de la Costa no consistía tanto en francachelas como en las duras tribulaciones de los marinos: los cabos que despellejan las manos, las guardias nocturnas, los peligros del viento sumados al peligro de los abordajes, las secuelas de una alimentación malsana, las comidas recalentadas que hacían palidecer las encías hasta caerse los dientes, el agua abombada de los barrilitos, que pese a ponerse amarilla bebíamos atorándonos la nariz; el hambre, la sed las más de las veces, los parásitos en nuestra piel; sin contar, en ocasiones, el cadáver de un amigo balanceándose encima de la borda, y la perspectiva de una horca... Entonces uno le metía mano a las mozas y se emborrachaba con ron.**

**Algunos, como Flint, ese viejo malvado, satisfacían así una crueldad visceral, un instinto de destrucción, un talento para la estratagema y la cautela. Pero Jean Baulde, que había sido aprendiz en una charcutería de Lyon, mataba como se mata a los cochinos, sin odio, sin otro placer que no fuera el de cumplir concienzudamente con su oficio; y Michel Pantaragat, cuando terminaba el combate, les cerraba los ojos a los muertos y, tras vaciarles los bolsillos, se arrodillaba entre ellos para rezar el responso.**

**Ahora teníamos que trabajar por nuestra subsistencia inmediata. Después de la anarquía que hasta entonces había imperado en nuestro juicio y en nuestros corazones, mil necesidades esenciales solicitaban nuestra paciencia, nuestro ingenio, nuestro más firme espíritu de disciplina. Ya no se trataba de navegar al azar en busca de un botín, dejando que la diosa Fortuna nos lo pusiera en el camino, ni tampoco de contar con la capacidad de adaptación de nuestro capitán para sacarle el mejor partido a unas circunstancias fortuitas. Al contrario, ahora teníamos que prever todo un conjunto de medidas concurrentes en un vasto designio, y preverlas en todos sus detalles. En la situación en que nos encontrábamos, las cosas más insignificantes (un cuerno de pólvora, unas cuantas gotas de ron en el fondo de una cantimplora, el desaliento de un compañero) adquirirían una importancia trascendental. Todos nosotros, prisioneros de la tareas que nos correspondían en la obra común por la supervivencia, teníamos que olvidarnos de cuanto conspirase contra el interés común, por lo menos hasta que llegara el**

**momento en que fuera posible conjugar el deber colectivo con el placer individual.**

---

**Así pues, me alejé al frente de mi pequeña tropa para ver si existía en la isla algún lugar donde pudiéramos acampar hasta que gracias a Will, el carpintero, contásemos con alguna embarcación. Salimos del cabo que el *Walrus* había doblado la víspera antes de desembocar en la bahía donde se derramaba el Alguna. El mapa del cayo se había quedado a bordo junto con el resto de nuestras pertenencias, de modo que nada podía orientarnos en aquellos parajes desconocidos. Brice recordaba la existencia de grandes espesuras detrás de los acantilados del nordeste y, hacia el este, otra bahía mucho más profunda que aquella donde nos encontrábamos; allí también un brazo de río debía de tener su desembocadura. La cabecera del Alguna se situaba, según le parecía, al sur, en medio de las tierra altas, cenagosas.**

**Lo primero que hice fue observar atentamente el paisaje que nos rodeaba para tener una visión de conjunto. Al echarle una ojeada, el cayo me pareció a la vez agradable y severo, fértil y estéril. Al otro lado del estuario, y formando meandros mal delimitados, se extendía una zona de marismas hasta el mar, que poco a poco iba poblándose de árboles en dirección al sur; en el horizonte, por encima de la frondosidad, se elevaban las cumbres azules de cimas achatadas que ya había visto desde el *Walrus*. Hacia el este, el horizonte disminuía en altura considerablemente llenándose de arboledas muy tupidas que parecían descender con suavidad hasta el mar. Frente a nosotros, el terreno presentaba una hondonada, y luego la lujuriente vegetación obstruía la vista, dominada por los acantilados frente a los cuales el *Walrus* había maniobrado. Esa costa formaba en esa dirección un cabo muy agudo detrás del cual parecía conservar su naturaleza desviándose para volver hacia el sur. En cuanto a las inmediaciones de nuestro punto de partida, la ría Alguna, que discurría a nuestros pies, desplegaba hasta los primeros árboles una alfombra de feraz verdor transformándose, por la parte que daba al mar, en una playa que se extendía desde el cabo de donde partimos hasta los acantilados del nordeste. Dirigí a mis hombres a lo largo de esas arenas, a fin de**

atravesar en diagonal la isla en dirección noroeste sureste y llegar así hasta su mismo centro.

Después de la playa, el terreno subía en una cuesta suave, arenosa, árida, hasta unos montes encrespados. Durante los equinoccios, las máximas mareas debían de llegar hasta allí. Una falla tapizada de raquíuticos arbustos hendía esas elevaciones deteniendo a guisa de burlete las ráfagas de viento que venían del mar. Nos internamos allí con prudencia. Con el mosquete en la mano, yo abría la marcha; Frémin Cotard, con una pistola, iba en la retaguardia. Durante un rato avanzamos en silencio. De pronto, estalló una risa burlona en lo más intrincado de una maleza, sobresaltándonos. No era más que un sinsonte; se alejó batiendo el aire con sus alas y graznando.

Poco a poco los montes disminuían en altura hasta convertirse en cerros, mientras las arboledas se elevaban más en la límpida atmósfera. La tierra jalonada de hierba sucedía a la arena. Evitábamos que las ramas crujieran, porque temíamos que la isla estuviera habitada por los antropófagos caribes. Sus piraguas, talladas en un tronco de gomero, surcaban aquellas aguas. Según Brice Coquelle, esa tribu no moraba en el cayó; pero nuestra desconfianza en un armamento harto limitado nos hacía temer a cada instante que el silbido de una flecha rompiera el silencio, o que inesperadamente, los troncos se desdoblaran en otros tantos enemigos. Esa sensación de inseguridad nos hacía ver en cada hoja un ojo que nos espiaba; en cada bejuco, un arco y una flecha dispuesta a vibrar de repente en lo profundo de nuestra carne.

Esas punzantes alarmas dejaron de acosarnos a medida que nos adentramos en la espesura sin encontrar sorpresas, pero no sin dificultad. Hacía mucho que ningún ser humano pasaba por aquellos parajes; la exuberancia de las cúpulas arboladas era la prueba irrefutable. Tuvimos que abrir una trocha con el hacha y chocamos con una hostilidad que no habíamos previsto: la vegetación cada vez más enmarañada. Los cuchillos entraron en acción en una auténtica batalla cuerpo a cuerpo. Las lianas nos caían encima como enormes brazos, y cuando se erguían tenían el ímpetu de los reptiles. Las astillas de las ramas rotas nos mordían, las hojas cortaban las manos, amenazando los ojos. Nuestros cuchillos rebotaban peligrosamente en la corteza del quiebrahacha. Las lanzas de la yuca, la resina venenosa del manzanillo,

las paletas del nopal que nos clavaban sus espinas en la piel... todo un ejército erizado, tentacular, se oponía a nuestro asalto, cubriéndonos con las gotas de una savia pegajosa y roja como la sangre.

Por un momento pensé en dejar aquel camino impracticable, pero de pronto la espesura se despejó. Apenas unas cuchilladas más, y pudimos reanudar nuestra marcha. Las enredaderas y los matorrales se cerraban en oleadas a nuestra espalda. Ahora circulaba el aire entre las caobas y las inmensas acacias; las flechas del sol traspasaban sus ramajes. Cuando nos acercamos, un chal multicolor y neblinoso se desenroscó en esos rayos: una bandada de *araracas*. Con nuestros garrotes derribamos varios de esos grandes guacamayos.

Después de las caobas vinieron especies más pequeñas: anacardos, carapas, bijas por aquí y por allá; luego los palos campeche, las balatas. A través de ese fino follaje apareció un pequeño valle apaciblemente abierto en el límite de la selva cuya sombra se alargaba sobre la hierba teñida de esmeralda.

¡Tanta dulzura después de tanto salvajismo! Nos quedamos desconcertados... El valle dibujaba un vasto circo. Su verdor espejeaba entre unas elevaciones rocosas que lo limitaban al noroeste y la espesura que se despejaba hacia el este. Las espléndidas flores de la rocosa palestra se abrían entre las sinuosidades de un pequeño río que era el otro brazo del Alguna señalado por Brice. En su orilla derecha saltaban cien chorrillos de agua que manaban de las piedras detrás de un bosque donde los zapotes, los limoneros y los árboles cuajados de mangos derramaban una sombra perfumada. El encanto de aquel edén era tan delicioso que se abría paso a través de nuestra tosquedad. En lo más profundo de nuestra alma experimentamos oscuramente el esplendor de aquella naturaleza. Por mi parte, tuve la impresión de que ante mí se revelaba toda una faz del mundo; una naturaleza virgen, intacta, anterior a los hombres y, por tanto, todavía a salvo de las tropelías humanas.

En ese momento, un enorme cochino cimarrón\* salió de la maleza, atravesó el claro, se detuvo para mirarnos y luego reanudó su ligero trote hacia los bosques. Apenas había desaparecido cuando una detonación estalló a nuestra izquierda. Resonaron unos gritos jubilosos. El monte bajo se agitó. Saltando con su pata de marfil, con la carabina

todavía humeante, Tom Hawkins irrumpió en el valle con sus compañeros, quienes arrastraban al animal muerto. Georges Nightingale los llamó con su voz poderosa y se unieron a nosotros. Habíamos salido juntos de nuestro campamento provisional, pero mientras Michault Cul d'Oue, Frémin Cotard, Georges Nightingale y yo nos habíamos internado en el territorio, Tom Hawkins y sus cazadores habían permanecido a lo largo de la costa, cuyo litoral, como nos confirmaron, se desviaba primero al norte separándose de la desembocadura del Alguna. Aproximadamente a una legua de allí, un cabo dentado por la erosión indicaba la lengua de tierra que penetraba más en el mar. Ese promontorio se prolongaba a través de la línea de acantilados que se escalonaban hacia el sur. Recorriendo esos farallones, Tom Hawkins, Rupert Narwitz y Jean Baulde habían recogido los huevos de las palomas silvestres que anidan en las anfractuosidades de las peñas. Desde allá arriba descubrieron al oriente un seto vivo hacia el que descendía un declive del terreno, y bajaron hasta la linde de los bosques para regresar al campamento cogiendo un atajo por el oeste. Fue entonces cuando Tom dio muestras de su puntería matando al cochino con la única bala que le quedaba en la cartuchera.

\* Especie de jabalí así llamado por los bucaneros.

Estos detalles evidenciaban que la parte despejada del bosque donde nuestros grupos coincidieron comunicaba con una bahía abierta al mar. Valía la pena comprobarlo inmediatamente. Se acercaba la noche; pero no por eso dejé de explorar a fondo el terreno hasta la orilla. Tras una breve marcha por un bosquecillo lo bastante ralo para atravesarlo fácilmente, aunque lo suficientemente tupido como para impedirnos ver, llegamos a donde pudimos oír el rumor de las olas revolcándose en la arena. Enseguida vislumbramos entre los troncos la claridad de una playa. Al atravesar la arboleda hollamos un terreno blando, blanco y fino, que se extendía en forma de cangrejo a lo largo de un cuarto de legua. En cada punta se erguían unas formaciones rocosas que, penetrando lejos en el mar, protegían la bahía de los furores del océano defendiéndola de las sorpresas de la tierra. Al norte, una cala de paredes acantiladas cerrada por un paso angosto formaba una dársena en una ensenada.

**En la playa se alzaban dos grandes pilastras de piedra que nos llamaron la atención. Nos acercamos y cuál no sería nuestra sorpresa al reconocer no un capricho de la naturaleza, sino dos auténticas columnas con huellas de trabajo humano. Estaban profundamente hundidas en la arena, frente al mar. A pesar de su tosquedad, una recordaba la silueta de un guerrero; la otra más bien parecía una divinidad fúnebre. Su gigantesca máscara hacía muecas; sus brazos pegados al cuerpo terminaban en garras; a medida que anochecía las sombras la rodeaban de un siniestro misterio. No teníamos tiempo para proseguir nuestra exploración. Cayó la noche y apresuradamente volvimos sobre nuestros pasos.**

**Los residuos de nuestra trocha nos indicaron el camino a seguir en la jungla. La oscuridad era total bajo esas bóvedas vegetales y tuvimos que alumbrarnos quemando la resina de los árboles, lo que pobló la penumbra de formas monstruosas. De repente, creí ver pasar unas luces a lo lejos entre las ramas. ¿Acaso nuestros compañeros, temiendo que nos hubiésemos perdido, acudían a nuestro encuentro? ¿O aquellas antorchas anunciaban un peligro? Un dardo inflamado que pasó zumbándome al oído me sacó de dudas; se oyeron unos gritos en la retaguardia. Me di la vuelta y vislumbré unos puntos de fuego que danzaban entre los bejucos y la maleza enmarañada. Lo único que se distinguía eran esas pavesas volando hacia nosotros. ¿Qué hondas invisibles las tiraban? Alcanzado en toda la cara, Georges Nightingale soltó un alarido. Otros gritos bestiales, cuyo eco se multiplicó en la arboleda circundante, respondieron a esa queja. Frémin Cotard disparó su pistola al azar. El cadáver de un pequeño hombre negro rompió las ramas y cayó rodando desde las tinieblas. Rodeados por invisibles enemigos, aturdidos al sentirnos tan indefensos, dábamos vueltas en el mismo sitio, incapaces de escapar del laberinto de bejucos, de los tentáculos vegetales, de las llamas que se entrecruzaban, llovían, zigzagueaban y zumbaban a nuestro alrededor. Una fluorescencia verdosa (las antorchas se nos habían caído) iluminó el escenario de esta carnicería. Tropezamos con los cuerpos muertos o pegados a la tierra para huir de las pavesas. Un torbellino de gritos subió en espiral desde el tumulto. Fue un combate furioso... hasta que Tom Hawkins,**

levantando la mano para protegerse, atrapó lo que de hecho era una bala, un insecto cuyo cuerpo fulguraba como brillan las luciérnagas.

-¡Son avispas luminosas! – gritó-. ¡No son más que avispas luminosas, pandilla de imbéciles!

Al oír esta noticia, los muertos se levantaron. Los salvajes alaridos no habían sido más que el eco de nuestros propios gritos amplificadas por la vocinglería de una horda de monos. Despabilados por nuestro alboroto, los macacos se habían puesto a apedrearnos con piñas de cedro. El disparo de Frémin Cotard había matado a uno de ellos. Nos lo llevamos para comerlo en pinchitos.

Cuando llegamos al campamento, vimos que Will Whale y sus ayudantes no habían perdido el tiempo. Los maderos, las tablas con sus herrajes, los coyotes, las mantas, incluso un colchón, y unos cuantos barriles, se amontonaban en la orilla. Sentados alrededor de la hoguera donde asamos al mono y los perniles del cochino, hice el relato de nuestros descubrimientos.

-Muy bien -dijo Brice Coquille-, acamparemos allí en cuanto hayamos recuperado de las fragatas todo lo que podamos. Frémin, tu macaco es excelente.

-¡Uf – exclamó Michel Pantaragat-, de órdago, hasta yo me lo como! ¡Cualquiera diría que se trata de un angelote desollado! ¡Es un banquete digno de ogros!

Al resplandor de la hoguera, conversamos mucho tiempo. Decidimos que montaríamos allí mismo un campamento provisional con las velas y los restos dispersos en la playa. Había que aprovechar la calma, con el primer temporal, los restos del naufragio quedarían destrozados o desaparecerían.

Al día siguiente, dejando que los cazadores se ocuparan de conseguirnos la comida, nos aplicamos todos al trabajo. Nos llevó toda la jornada, con un corto descanso para comer las sobras del cochino, las de los guacamayos y unos restos de galletas. Nuestra labor sólo se interrumpió por la tarde a causa de Frémin Cotard, que había partido con Rupert Narwitz en busca de unos maderos arrastrados en el río por la bajamar. Michel Pantaragat, enderezándose para aliviar las agujetas de sus costados, lo vio.

-Eh, ¿qué ocurre? – le gritó.

A lo lejos, Frémin Cotard hacía señas. Llegó jadeando, tanto por la emoción como por la carrera. No tenía palabras para anunciarnos que un bergantín costeaba el cabo al oeste del estuario y se disponía a entrar en el Alguna. Los peñascos que limitaban la playa en la que trabajábamos no nos dejaban ver aquella zona.

Con ímpetu instintivo nos abalanzamos hacia el barco cuyas velas había hinchado la providencia. Brice Coquelle nos detuvo. Había que tomar algunas precauciones y averiguar primero con quiénes teníamos que vérnoslas. Los recién llegados no sospechaban nuestra presencia, una gran ventaja que había que conservar. Mostrarse demasiado apresurados por entablar contacto con unos desconocidos no convenía a gentes como nosotros, a quienes aguardaba la horca. Por eso, escondiéndonos entre las rocas, y después de aconsejarles a los otros que se mantuvieran ocultos, Brice, Will Whale y yo nos agazapamos detrás de los altos matorrales cercanos a la orilla. En efecto, descubrimos un bergantín que entraba en el río, cautelosamente, con viento de proa y las velas amainadas. Un hombre acostado en el botalón sondeaba sin cesar; lo oíamos cantando el fondo.

El pequeño velero viró justo en el punto donde lo había hecho el *Walrus*, pero más despacio, y se deslizó en el canal, lo que probaba que el capitán conocía aquellas aguas. Después remontó unos cuantos cables en el estuario para echar anclas a cincuenta toesas del sitio donde estábamos. Plegaron las velas, pero ninguno de los hombres que veíamos faenando en cubierta dio señal de querer bajar a tierra. Estaba claro que se trataba de un barco de cabotaje que fondeaba allí para recoger agua potable y volver a partir enseguida, que evidentemente no sería antes de la marea de medianoche.

-Es muy raro -me susurró Brice al oído-, pero me parece haber visto ese viejo barco no hace mucho.

Yo tenía la misma impresión. Aquel arrufo levantado, los costados macizos y su plácida marcha evocaban en mi memoria un recuerdo reciente. Arrastrándonos en la hierba un poco más hacia el mar, para poder ver la popa, hallamos la explicación del misterio. Una inscripción en la parte trasera decía: «*Virgen del Pilar. Cumaná*».

-Es el bergantín que confundimos con un crucero inglés o español cuando huíamos de las fragatas. Seguía la misma ruta que nosotros y

ha llegado con un día de retraso. Probablemente venga de Veracruz. A la velocidad que navega, se explica que necesite renovar el agua potable antes de regresar a Cumaña, de aquí hay por lo menos veinte días de travesía, y debe de estar navegando desde hace tres semanas. Ahí dentro los pasajeros no se divierten mucho, es una insignificante ayuda que nos envía el cielo.

-Pero no deja de ser una ayuda -respondió Brice-. Es mejor quince días de travesía sobre ese caracol que permanecer aquí meses, quizá años, tratando de construir una embarcación en medio de mil dificultades. El único problema es saber cómo haremos para pagarnos el pasaje. Vamos a discutirlo.

Se me ocurrió que podríamos presentarnos ante el capitán como supervivientes de las fragatas; él las había visto persiguiendo a un barco pirata y los restos estaban allí para probar el desenlace. Lamentablemente, sin contar que Frémin o Guillot Guerdy jamás podrían pasar por ingleses (lo que tenía remedio), había un obstáculo insuperable: ignorábamos los nombres de esos navíos, pues nunca los habíamos visto completamente por las popas. ¡Ya era un poco tarde para averiguarlo! Nada nos garantizaba que los recién llegados no conocieran esos nombres, pues quizá los habían consignado en su diario de a bordo. No, la artimaña era demasiado arriesgada. Bastaría una trampa inteligentemente tendida para convertir en certidumbre la más leve sospecha contra nosotros, y para transformar a un caballero de fortuna en un pirata ahorcado. Era preferible permanecer cincuenta años en la isla antes que ser colgados en los próximos quince días.

-Soy de tu opinión -dijo Brice-. Y mucho me temo que tampoco podemos aparentar que somos náufragos de otro buque. Estos barcos de cabotaje conocen el mar de las Antillas, sus hechos históricos y sus navíos mejor que un cura a su parroquia. Nos arriesgamos a que nos ahorquen. ¡Qué difícil resulta ser honesto! No queremos hacerle ningún daño a esa gente. Y, sin embargo, no veo otra solución que apoderarnos de ese barco, por las buenas si es posible, encerrar a la tripulación con los pasajeros, si los hay, e irnos a atracar a un lugar poco frecuentado donde les devolveremos su cascarón de nuez. Es el plan que lamento comunicaros, porque no me gusta maltratar a unos hombres que, al fin y al cabo, son nuestros salvadores. Pero la necesidad carece de ley.

Quedaba por trazar el plan de ataque. Se descartaron varias propuestas. Aprobamos la de Brice, que quería esperar a la noche cerrada para acercarnos al bergantín ocultos entre las hierbas, y escalar sin ruido por la borda. Saltar sobre el hombre de guardia y a continuación cerrar las escotillas no sería más que un juego de niños.

Regresamos para observar nuestra presa. Nos fue fácil contar a los miembros de la tripulación mientras llenaban los toneles de agua dulce. No pasaban de doce. Confirmamos la opinión expresada por Brice al ver que la *Virgen del Pilar* había levado anclas; simplemente se había amarrado con dos cuerdas a sendos pinos de la orilla. De este modo el capitán podía, largando amarras en la dirección fijada al barco, descender al instante la corriente y llegar al mar. Decididamente conocía el cayó y la gente que allí podían encontrar. Cualquiera que se le presentara en aquellos parajes, por el simple hecho de hacerlo, ya le resultaría sospechoso. No quedaba más remedio que forzarlo.

Unas horas más tarde nos preparamos a hacerlo. La noche tropical se arrullaba en su propio esplendor; el mar apenas espumeaba. Una palmera, enraizada casi en la orilla, se inclinaba en lo oscuro estremeciendo sus pencas hacia alta mar. A veces el melancólico graznido de un tucán, elevándose en la selva, provocaba la algarabía de los monos. Los gusanos de luz paseaban entre las hierbas sus lentos fulgores de estrellas fugaces. Se oían caer los mangos maduros estrellándose con un ruido apagado.

Nos arrastramos a través de la sabana; rozando con los rostros esas inmensas flores sin nombre que en una noche abren sus corolas cuyo color nadie conoce, se fecundan con su propio pistilo y mueren al amanecer. Flores que dejaban en nuestras ásperas barbas unas fragancias voluptuosas, extrañamente humanas. Cuando llegamos a la margen del río, las plantas acuáticas que allí crecían sólo nos dejaron ver un espejeo descuartizado por sus vástagos negros; pero, levantando con precaución la cabeza distinguimos nuestra presa, cuya arboladura dibujaba sus contornos con trazos negros en el cielo. En lo alto brillaba la Cruz del Sur. Temblaban los reflejos tornasolados alrededor del tajamar. Nos arrastramos hacia el agua para llegar al bergantín. En el silencio y la nitidez de la noche, mientras la neblina apenas se insinuaba, el menor ruido llegaba muy lejos.

De repente la noche y el silencio vibraron como una copa de cristal. Una *saeta* brotó del barco, se arremolinó, subió hasta las estrellas. ¡Aquella voz...! ¡Aquella voz que había removido viejos sueños en el infierno de nuestra indignidad...! Imprudentemente nos pusimos de pie, atraídos por el eterno espejismo de aquel canto.

-¡Mañuela...! ¡Mañuela...! – exclamó Brice arrojándose al agua en un arranque de pasión incontenible.

Se oyeron unos gritos, unas voces de alarma. Se produjo un confuso movimiento en la cubierta, sonó un silbato. El barco se movió y se deslizó hacia atrás. Un disparo y luego toda una mosquetería iluminaron la noche, levantando surtidores de agua alrededor de Brice, que nadaba. Muy pronto la *Virgen del Pilar*, tras pasar la barra, no fue más que un gran pájaro en fuga en medio de la bruma que nos sepultaba en un sudario de desesperanza.

## LIBRO II EL CAYO DE LOS PAPAGAYOS

La mejor manera de contar lo que fue mi vida, nuestra vida, en aquel cayo desierto es incluyendo aquí las hojas donde relacioné día tras día nuestras penas, los peligros y también los placeres (pues lo peor aún no había llegado) de aquella existencia.

Cronista de a bordo, para mí era una rutina arraigada referir sobre el papel lo que ocurría a diario. Cuando estaba en la isla, reducido como mis amigos al último grado de miseria, con mi escribanía de bolsillo llena de papel, de plumas, de arena, de tinta, consideraba que mi indigencia era menos absoluta que la de los demás. El gesto cotidiano de desenroscar la tapa de cobre, poner el tubo frente a mí, aguantar con la mano izquierda una hoja desenrollada mientras mojaba en la tinta una pluma de cerceta bien tajada, entrañaba en sí mismo una seguridad, la forma modesta pero sensible de una continuidad. Fue lo primero que hice cuando Will Whale improvisó una mesa poniendo algunas tablas sobre unos maderos en forma de caballetes. Ya había contado mi papel y sólo me quedaban cuarenta hojas. De buena gana habría dado mi botella de arenilla\* a cambio de cuarenta más. En fin, tendría que economizarlas, afinaría al máximo mi pluma, escribiría con abreviaturas y sólo lo más importante.

**\* Antiguamente, se usaba arena menuda para secar lo escrito a fin de que no se emborronara. La costumbre llegó hasta Clemenceau, quien se negaba a usar papel secante para que nadie pudiera leer sus cartas al trasluz y con un espejo. (N. del T.)**

**El 19 de diciembre, que si mal no recuerdo fue el día siguiente a la noche en que volvimos a ver, mejor dicho a oír, a Mañuela en el bergantín antillano, la mesa estuvo terminada. Inclinado sobre aquel tablero empecé mi primera hoja con las palabras que siguen:**

### **19 DE DICIEMBRE**

**Con las velas y los maderos que recuperamos de las fragatas, improvisamos varias tiendas capaces de cobijarnos mientras durasen las labores de rescate de los restos del doble naufragio. Durante esa jornada recuperamos un gran número de cuadernas y el palo trinquete, sacado con gran esfuerzo del *Squirrel*. \* La cabria emplazada en la orilla nos ayudó mucho en esta maniobra. Zambulléndose en la abertura de la cubierta, Jean Baulde consiguió sacar a flote una banasta herméticamente cerrada y llena de frijoles colorados, la cual flotaba en el techo del pañol de los víveres.**

**\* El *Squirrel* era la más rápida de las dos fragatas. Un tablero del espejo de popa, hallado entre los restos, nos dijo su nombre. En cuanto al nombre de la otra, nunca lo supimos.**

### **20 DE DICIEMBRE**

**Una vez que nos comimos el cochino cimarrón, el mono, los guacamayos, y después de que Tom Hawkins le hubiera disparado en vano a un macaco, hemos limitado nuestra dieta a las frutas y a un puñado de los frijoles colorados contenidos en la banasta. Es evidente que la pólvora no nos alcanzará para conseguir carne durante mucho tiempo. Sólo quedan trece cargas. La prudencia nos aconseja guardarlas para defendernos, si llegara el caso. Brice Coquelle nos ha exhortado a desplegar todo nuestro ingenio para cazar sin emplear las armas de fuego. Pero no tenemos palas para cavar las trampas, tampoco liga para enviscar las varetas, ni el esparto necesario para hacer los lazos. Tom Hawkins trató de reemplazar el esparto por las fibras de una planta muy resistente, flexible y dura.**

**Dejando a los cazadores que consigan la comida, todo el día hemos trabajado en los navíos. Brice Coquelle decidió construir una balsa coronada por un sistema de poleas en forma de guindaste. Llevada hasta donde están los restos, esta máquina será muy útil para sacar del fondo del agua los objetos pesados.**

### **26 DE DICIEMBRE**

**Llevamos seis días sacando los restos del naufragio. Gracias al guindaste sobre la balsa hemos podido apoderarnos de la caja de herramientas perteneciente al carpintero de a bordo. Se trata de un hallazgo de un valor incalculable.**

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

## **28 DE DICIEMBRE**

**Desde que amaneció la mar está agitada, y cada vez más encrespada, lo que nos ha impedido hacer ningún trabajo útil en las fragatas. El mal tiempo nos mantuvo retenidos en la orilla toda la tarde. Por la noche, hubo una violenta turbonada que se prolongó hasta altas horas de la noche del 28.**

**Cuando la marejada se calmó de nuevo, nos trajo muchos vestigios. Unos provenían del *Squirrel*; otros, mucho más numerosos, de la segunda fragata, que está completamente desmantelada. Pescamos varios barriles y los abrimos con la esperanza de que alguno tuviera pólvora que quizá no se habría echado a perder, esperanza que no se vio realizada. En compensación, un tonel contenía tocino salado que en parte todavía era comestible.**

## **DEL 29 DE DICIEMBRE AL 10 DE ENERO**

**Nuestra vida en la isla de los Papagayos comienza a organizarse. A pesar de su prisa por hacerse a la vela rumbo a Cumaná, nuestro capitán, Brice Coquelle, ha tomado disposiciones para una instalación que puede durar varios meses. Hay que hacer frente a dos exigencias de las circunstancias: en primer lugar, comer y cobijarnos; y en segundo, recuperar de los restos de los maderos los cabos, las velas, los herrajes, las herramientas y todo lo necesario para construir nuestra futura embarcación.**

**Establecimos un servicio de rotación para formar un turno permanente de cazadores. Todas las mañanas visitan los lazos. Poniendo zapotes a guisa de señuelos en esas trampas, constantemente cogemos perdices. Las armas de fuego, inútiles porque no tenemos pólvora, han sido sustituidas por los arcos y los venablos con los que nuestros hombres se han vuelto muy diestros. Esos mismos arcos y los tridentes concebidos por Will Whale nos permiten atrapar besugos que atraemos arrojando al agua unos guijarros blancos, o más simplemente aún, agitando los pies. Hay ostras en abundancia en los arrecifes a la entrada de la bahía. Gracias a unas redes que fabriqué con restos de cordajes, y gracias también al cabrestante que sacamos del *Squirrel*, la pesca de las tortugas de mar se ha convertido en un esparcimiento lleno**

de divertidas sorpresas. También usamos estas redes para capturar los cochinos cimarrones que abundan en el centro del cayo. Este medio es muy práctico, porque así no matamos los animales capturados; de modo que constituyen una reserva de carne de la que vamos disponiendo según nuestras necesidades.

Hoy hemos tenido una agradable sorpresa al descubrir debajo de la mesa que nos sirve para comer tres tallos trepadores que hemos identificado de la cepa de los frijoles colorados. Probablemente, tras haber resbalado de nuestras manos mientras se repartían, se enterraron bajo nuestros pies en esa tierra blanda, donde enraizaron.

Otro temporal, por suerte menos fuerte, estalló el segundo día de enero, y nos hizo temer por los restos del *Squirrel*. Chocó con el fondo deslizándose sobre el banco de arena donde estaba encallado. Sin embargo, esta tormenta fue muy buena, porque la nave se escoró completamente dejando panza arriba parte de la obra viva. Nos dimos cuenta al atardecer, cuando Brice Coquelle y yo fuimos hasta la nueva posición ocupada por los restos, aproximadamente a una milla de la desembocadura del río hacia el suroeste.

Will Whale ha perfeccionado las balsas dotándolas de timones, mástiles y velas, así como de una borda para impedir que las olas derriben la máquina de levantar pesos. Tenemos cuatro de esas armadías a guisa de bateas flotantes. Aunque pesadas y muy dadas a perder el rumbo, nos han sido de gran utilidad. La más grande de todas, que a duras penas seis hombres consiguen manipular, lleva encima la cabria. Otra, más pequeña, sirve para transportar los artículos pesados. Por último, Will construyó tres piraguas, estrechas y ligeras, que se mueven rápidamente, lo mismo a la vela que con esos remos cortos de pala ovalada que los indios llaman pagayas.

## 11 DE ENERO

Esta mañana hemos partido con la marea baja. En cuanto llegamos al lugar emprendimos los trabajos subacuáticos en la obra viva del *Squirrel* que la mar dejó al descubierto. Al mediodía conseguimos perforar una abertura de un pie cuadrado. Como era de esperar, el interior estaba lleno de agua y de arena. Frémin Cotard, con una larga cuerda atada bajo el brazo y dos pesados herrajes colocados en los

tobillos, descendió por ese agujero. Lo vimos desaparecer con cierta ansiedad. ¿El agujero comunicaba con la bodega, tal y como habíamos calculado al hacerlo? Al cabo de un rato la cuerda se agitó entre nuestras manos. Jalamos con tanta fuerza que el cuerpo de nuestro compañero rozó contra la abertura lastimándose un poco. Razón por la cual, cuando recuperó el aliento, Frémin Cotard nos bombardeó con un torrente de reproches del que logramos descifrar que «si no fuera por el respeto que él, Frémin Cotard, sentía por nuestras santas madres», diría que éramos descendientes directos de los asnos así como de otros cuadrúpedos poco dignos de las faenas de la mar. Después del diluvio de insultos, nuestro compañero estornudó tres veces, señal de buena salud, escupió una vez a babor, otra a estribor y otra más contra el viento, para protegerse de las enfermedades, y por fin se dignó informarnos de que todo iba sobre ruedas. Principalmente porque la perforación conducía en línea recta a la bodega y ésta parecía estar llena.

Nos pasamos el resto del día sacando de la cala cuanto cayó en nuestras manos. Nos sumergimos por turnos para ir amarrando a tientas los artículos que queríamos rescatar. Faena en extremo dura de la que nos aliviamos un poco rastrillando la oscura oquedad con unas cadenas en las que habíamos trincado los garfios de abordaje. De esta forma sacamos y llevamos a tierra, cargándolos en las balsas o haciéndolos flotar alrededor de ellas:

1. Varios rollos de lona de vela, el cabo de atoar, la verga del palo de mesana, y en general todas las que pudimos coger, el mastelerillo de juanete, las cofas, el botolón.

2. Una gran caja de herramientas, barras de hierro, un lingote de plomo, un lote de partesanas, picas y facas, una cuba de pólvora que por desgracia el agua había echado a perder en sus tres cuartas partes, y una de las bombas de achique que sacamos por azar.

3. Una cuba de harina, también en mal estado, muchos barriles, una provisión de panes de azúcar contenidos en una caja de hierro, tres barrilitos de ron.

No sin lamentarnos, abandonamos los mástiles insertados en el casco de la nave. Se encajaban profundamente en las fogonaduras de cubierta llegando hasta la quilla a través de las calas y la carlinga. A

pesar de nuestro husmeo, como decía Will Whale, nos vimos obligados a dejarlos allí.

Durante estos trabajos, en su mayoría subacuáticos, se produjo un acontecimiento que nos impresionó mucho. Michel Pantaragat, a quien le tocaba el turno, acababa de zambullirse en el agujero. A través del agua glauca donde la luz recortaba un pozo de claridad, lo vimos pararse en la pared inclinada; luego la sombra del casco lo ocultó. Tenía que transponer el cuartel de escotilla de la cala para entrar en el pañol. Mientras estuviera allí no podríamos remontarlo. Cualquier tracción ejercida sobre la cuerda le haría perder el equilibrio proyectándolo contra las cuadernas, a riesgo de romperle los miembros o de desgarrarlo en la abertura donde estaba trincado el cordaje. Cuando nuestro buceador ya no podía aguantar más la respiración, tenía que regresar a través de la brecha por la cual le izábamos.

Poco después de la inmersión de Michel Pantaragat, la cuerda hasta entonces floja se agitó violentamente. Los bruscos y enfurecidos tirones indicaban algo anormal, como si el hombre estuviera forcejeando allá abajo. Escudriñamos el angosto corredor iluminado, para ver si nuestro compañero reaparecía por allí; pero el cabo se perdía en la oscuridad, a través del cuartel de la escotilla. No veíamos nada. Decidimos halar, primero despacio, luego cada vez con más fuerza. Fue en vano, el cabo se tensaba dando latigazos, pero no cedía a nuestro esfuerzo, sin que dejáramos de sentir aquella vida que se debatía al final de la cuerda. A veces, los tirones del calabrote nos arrastraban de cabeza al hoyo. De pronto, Brice Coquelle cogió su cuchillo y se zambulló. Ansiosos, lo vimos bracear bajo el agua donde centelleaban unas lentejuelas y donde todos esperábamos que un tentáculo pustuloso se desenroscara hacia él. Se apoyó en el bastidor de la armazón que daba acceso a la escotilla, destrabó la cuerda y emergió en medio de una erupción de burbujas. Entonces pudimos izar a Pantaragat. ¡Pero cuánto pesaba! ¡Cómo se tensaba la cuerda! Tras otro sobresalto, ascendió con lentitud hacia la luz una masa extremadamente enmarañada. Soltamos un grito de horror, apenas se distinguía su rostro congestionado, no sólo por los cabellos alborotados por la ondulación del agua, sino porque unos brazos descarnados se ceñían a su cabeza. No había sido atacado por un pulpo, como temíamos, sino la

víctima accidental de dos cadáveres. A duras penas sacamos a flote el macabro grupo; hubo que emplear el hacha para cortar el abrazo que unía furiosamente a los dos muertos. Al irrumpir en la nave, el mar los había ahogado cuando corrían hacia el vano del pañol. Se habían estrangulado mutuamente, luchando con furia por pasar uno antes que el otro. Y ahora la muerte, diestra en vaciar las cuencas de los ojos y en pulimentar dientes, nos mostraba de pronto aquel ejemplo de la estúpida bestialidad de los hombres, ese horrible grupo escultórico al que ella le había dado el toque maestro, pacientemente, en lo más secreto y recóndito del mar.

Cuando Michel Pantaragat se repuso del susto, nos explicó con escalofriantes pausas cómo después que pasó al pañol, cuando desplazaba una pila de cajas, se sintió aplastado por un extraño peso. Forcejeando perdió el equilibrio y no pudo recuperarlo. Mientras más esfuerzos hacía, más se enredaba en la cuerda. Sintió la tracción del cabo pero, como no se ejercía en línea recta, no conseguía desembarazarse de la masa que lo tenía aprisionado...

Un tic nervioso contraía constantemente todo un lado de su cara. El pobre Michel, tan entrañable y sencillo, se quedó con ese temblor facial para el resto de su vida.

### **DEL 12 AL 15 DE ENERO**

Seguimos saqueando el *Squirrel*. La orilla parece una feria de chatarra. Ningún hallazgo digno de mención. Todo lo que podría servirnos de provisiones o de municiones estaba empapado por el agua salada y completamente estropeado. A partir del segundo día de enero hubo buen tiempo, con una leve brisa que se levanta todas las tardes en el momento oportuno para traernos de regreso a tierra.

### **DEL 16 DE ENERO AL 20 DE FEBRERO**

Todo este tiempo lo empleamos en descuartizar el cadáver de la fragata. Ahora, lo que fue un hermoso buque elevando orgullosamente al cielo el emblema de una tiranía que odiamos, alfombra la orilla con sus miembros disecados. Lo único que no hemos podido rescatar es la quilla, el codaste, algunos armazones de cuadernas demasiado enterradas bajo el agua y retenidas por la arena junto con los mástiles

encajados en el casco de la nave. Pero las tablas del castillo de popa, las mesas de guarnición, los tablonés de la cubierta, los baos, la tablazón de la borda de estribor en parte al descubierto, los maderos de la cinta, las drizas, los amantillos, los estayes, los obenques, las poleas... esos mil aparejos o esas jarcias que vibraban al viento como las cuerdas de una arpa cólica, todos esos accesorios de nuestra salvación, los llevamos a un lugar seguro, donde después que se secaron los cubrimos con las lonas impermeables sacadas de la cala.

Cuando abrimos el navío encontramos muchos cadáveres ya medio devorados por los voraces peces. Los metimos todos en una gran vela que cosimos después de haberla lastrado con lingotes, y entonces lo enviamos todo al fondo, porque al igual que nosotros, aquellos habían sido unos pobres inocentes, víctimas de un engaño.

Durante todo este período hizo buen tiempo, con un aumento considerable del calor.

## **24 DE FEBRERO**

Una tempestad bastante fuerte, que empezó con el flujo de la tarde, nos ha mantenido en la orilla toda la noche. Aunque hubiéramos arrastrado nuestros materiales a una zona más empinada de la playa, las inmensas olas se habrían llevado diversas piezas de madera. Un enorme mar de fondo se llevó una de las tiendas y estuvo a punto de mojar la pequeña reserva de pólvora que hemos conseguido conservar intacta. Durante toda la jornada del 23 y parte de la noche siguiente, las olas rompieron a través de la orilla hasta el pie de los acantilados adonde nos apresuramos a llevar nuestros bienes más valiosos. El viento amainó al amanecer. A mediodía el oleaje todavía era bastante fuerte y empezaba a retirarse de la orilla.

## **26 DE FEBRERO**

La tempestad demostró que esta parte de la costa no era la más adecuada para el establecimiento de nuestro astillero, así que Brice, a pesar de su prisa cada vez mayor por irse de la isla, tuvo que ordenar que nos mudáramos hacia la playa descubierta por Tom Hawkins y yo en la orilla este, durante nuestra exploración. Tal fue el resultado de una discusión que duró dos días. Sin dejar de reconocer la aridez de la costa y la inseguridad de un campamento en aquel lugar, Will Whale

**nos hizo ver lo penoso que sería transportar lo que habíamos sacado del *Squirrel*. Pero Brice Coquelle zanjó el asunto decidiendo que el transporte se haría por el Alguna.**

## **12 DE MARZO**

**Estamos instalados en la costa oriental del cayo. El viaje se efectuó siguiendo el curso del Alguna en las siguientes circunstancias: Brice Coquelle había decidido explorar el Alguna para asegurarse de que el río fuera navegable, de modo que el 27 de febrero, dejando a nuestros hombres cuidando el campamento, partimos él, Michel y yo en nuestras respectivas piraguas. Llevábamos suficientes armas y víveres.**

**Ayudados por la fuerte corriente río arriba, resultante de la marea, lo remontamos rápidamente hasta más allá del lugar donde se sacaba el agua pura. El ascenso de la marea dejaba de sentirse precisamente allí y entonces nos pusimos a remar a lo largo de dos millas aproximadamente. El río describía una vasta curva desviándose hacia el occidente. Brice Coquelle, que iba al frente con Tom Hawkins, gritó que divisaba unos árboles en medio del lecho. El Alguna se ensanchaba hasta convertirse en un lago de aguas tranquilas, en medio del cual brotaba un islote cubierto de grandes ceibas. Las raíces de esos árboles inmensos se retorcían hasta la orilla del agua. Tuvimos que pasar por debajo de una de ellas, que formó encima de nuestras cabezas un arco atormentado.**

**El islote, de unas treinta varas de ancho por el doble de largo, orientado del noroeste al sureste, separaba las aguas en dos corrientes. Una, la que acabábamos de remontar, discurría hacia el mar; la otra se deslizaba bajo un túnel de verdor donde nos internamos. Arrastrados por una corriente rápida pero libre de obstáculos, sólo teníamos que mantener nuestras embarcaciones en medio del cauce, puesto que disponíamos de tiempo para admirar el grandioso espectáculo que desfilaba alrededor y por encima de nosotros. Los prodigiosos troncos que crecían en las orillas sostenían a trescientos pies del agua una bóveda cruzada de negras y caprichosas arquerías entre las que se filtraban los rayos del sol en un juego de transparencias. Algunos bejucos se descolgaban para rozar el espejo de agua. En ramilletes más**

voluminosos que un ananás, las flores doblaban bajo su peso las lianas festoneando el aire de un árbol al otro.

Poco a poco la corriente del río disminuyó. Sus aguas apaciguadas, por cuya superficie se arrastraban cabelleras de color púrpura, duplicaban esa magnificencia reflejándola, de forma que nuestras canoas parecían deslizarse en el vacío entre dos inmensas naves de un templo invertido y florecido de guirnaldas, pilastras y coronas. Las lianas que caían enraizándose en el agua, volvían a elevarse formando nuevos arcos; su corteza amarilla brillaba como si tuvieran una pátina de orín verdoso. Abajo, la corriente amontonaba unos racimos de un azul celeste que al principio confundimos con flores pero que en realidad eran caracoles. Bandadas de mariposas esmaltadas revoloteaban sobre esas colonias; eran pájaros. Unas flores caían sobre nosotros, abrían de pronto unas alas; eran papagayos, rosados como los primeros rayos de la aurora.

Por último, una reverberación apareció entre los troncos, río abajo. La jungla se despejó y desembocamos en esa sabana que yo había explorado en los primeros momentos de nuestra estancia en la isla. Atravesamos otro bosquecillo que la ocultaba y saltamos a tierra en la cala descubierta por Tom Hawkins. El sol se ponía anunciando el ocaso.

Al día siguiente regresamos al litoral por el camino de la selva.

El resultado de esta exploración fue la decisión de confiarle al Alguacil el transporte de nuestros materiales. Reunimos varios convoyes y los abandonamos a la corriente. Los seguimos por la orilla llevándolos a la sirga para que atravesaran el lago; luego los dejamos seguir a merced del río. Tom Hawkins, Georges Nightingale y Rupert Narwitz los esperaban en la cala. Después realizamos algunas obras de acondicionamiento. En el bosque se levantaron unas ajupas,\* encima de las cuales tendimos la lona de una vela para protegernos de la lluvia y del sol. Las layas de madera confeccionadas por Will Whale nos ayudaron a remover una parcela de tierra; allí sembramos los granos de frijoles colorados cosechados donde antes estaba nuestro campamento. Por otra parte, Michel Pantaragat cercó un pedazo de césped para encerrar allí a una marrana que habíamos capturado, la cual parió al otro día.

**\* Choza de estacas con hojas de palmera. Es voz indígena que probablemente toma su nombre de los ajupas, pueblo que vive al sur de la Guayana inglesa. Por extensión, los marineros llamaban así al abrigo que levantaban cuando abordaban una costa desierta. (N. del T.)**

### **30 DE ABRIL**

**Hemos trabajado todo este mes en la construcción del barco. Después de largos debates, decidimos construir una balandra, embarcación pequeña pero capaz de llevarnos a Cumaña. Brice no parece tener otra meta en el mundo que no sea esa ciudad; para él, después de ese punto geográfico, no existe el tiempo ni el espacio. En este momento nuestro futuro barco alza las primeras piezas de su costillaje a orillas de la dársena natural formada por el recodo de la bahía.**

**Los frijoles colorados cultivados por Michel Pantaragat han obrado prodigios. Maduraron en un mes y ahora tenemos un pequeño campo listo para la cosecha. En el corral, los cochinos se multiplican. Con los frijoles y esa piara de cerdos como despensa viva, ya no necesitamos cazar, como no sea para salir de la rutina.**

### **16 DE MAYO**

**Los dos primeros días de este mes, que en nuestro viejo y lejano mundo trae las primicias de la primavera, nos han hecho experimentar cruelmente los caprichos de la suerte. El primer día nos despertamos con un tiempo bochornoso en extremo. El cielo desteñido, casi blanco aunque sin nubes, pesaba sobre una atmósfera donde el aire parecía enrarecido. El menor movimiento nos costaba un esfuerzo infinito y nos bañaba en un sudor pegajoso. Temiendo una tormenta, Brice Coquelle hizo que pusiéramos a salvo las maderas para la balandra, reforzando las amarras de todo cuanto teníamos que dejar a merced del agua, y sujetando sólidamente la lona encima de nuestras cabañas.**

**Por la tarde la luz adquirió una coloración macilenta. El disco solar descendió del cenit desprovisto de rayos. Se recortaba como un tejo de estaño en el cielo mate. Entonces aparecieron en el horizonte, a ras de mar, unos vapores que subieron poco a poco, espesándose y ennegreciéndose hasta desflecarse en unas orlas cobrizas. Su aspecto inspiraba un confuso malestar. Esas vaharadas ascendían**

monstruosamente tiñéndose ora de un verde sulfuroso, ora de un rojo purulento. En la majestad de estos paisajes hechos para deslumbrar los ojos, parecía una llaga cuya gangrena devoraba irresistiblemente todo el cielo. Por allí se derramaba un pus aquí blancuzco, allá vinoso, que al caer la noche ensombreció una a una las titilantes estrellas.

Incapaces de movernos nos echamos en la hierba, donde las flores se marchitaban en esa atmósfera con emanaciones de cobre. Aún quedaba encima de nosotros un jirón de cielo claro donde brillaba la Cruz del Sur. Cuando la última estrella se apagó, los relámpagos empezaron a enrojecer la parte inferior de las nubes que reverberaban en el mar. De repente, una ráfaga hizo aullar los árboles doblándolos. Antes de que pudiéramos levantarnos, una ola gigantesca que llegó trepando a través de la línea de escollos y peñascos que defendían la bahía nos asperjó con su espuma. La lona tendida sobre las ajupas salió volando por encima de los bosques como una pluma. Los árboles rotos cayeron cuan largos eran. Atrapado debajo de uno de esos troncos, alguien soltó un escalofriante alarido.

En un santiamén, un indescriptible torbellino de caos sucedió a la calma sepulcral. Los relámpagos iluminaban con un resplandor incesante la orilla y la mar desencadenada. Corrimos debajo de esos fulgores, de aquí para allá, de la playa a la selva, de la selva a la playa. El estruendo del huracán ahogaba nuestros gritos, las órdenes no se oían. Las olas estallaban como cañonazos contra la rompiente, levantando entre el mar y nosotros una catarata de espuma que la fulguración de los rayos irisaba. Mientras trataba de encontrar al herido, los fuertes vientos de la tempestad me arrojaron varias veces a tierra. La última vez choqué de cabeza contra un tronco, tan reciamente que quedé inerte en la hierba, donde el viento encontró en mí suficiente asidero para hacerme rodar. Probablemente, y por instinto, me agarré a una rama quedándome allí cierto tiempo. En un momento dado vi a Brice Coquelle, que avanzaba aferrándose al tronco de un árbol caído. De repente una deslumbrante bola de fuego corrió entre él y yo restallando con un crujido tan espantoso como si la isla entera hubiera volado en mil pedazos. Cegado por ese resplandor, ya no distinguí nada. La voz de Brice me gritó al oído:

-¡Qué buen meneo, eh! ¿No te parece?

**-¡Por Dios -exclamé irritado por ese desenfado tan fuera de lugar-, haz que todos se tiren a tierra o no saldremos con vida de ésta!**

**Pero secretamente me sentía feliz de sentirlo tan cerca de mí, de oír aquella voz humana que ni siquiera la furia de los elementos desencadenados conseguían ahogar.**

**-¡Eh, Brice -agregué-, hay que hacer algo!**

**Por toda respuesta, recibí unas palabras ininteligibles por el viento en las que vagamente descifré que no había otra cosa que hacer excepto esperar con paciencia a que nos cayera un árbol en la cabeza.**

**Hacia la mitad de la noche, en la medida en que fue posible darse cuenta, se produjo una calma momentánea. De modo que conjeturé que en aquel momento debíamos de estar en el ojo del ciclón que corría hacia el oeste. Sea lo que fuere, de pronto el viento amainó, y luego cesó. El mar también se calmó casi enseguida. La quietud se apoderó de la isla, una serenidad que, después del estruendo precedente, se nos antojó la suma de todos los silencios del mundo. Quise hablar con Brice y chillé con tanta fuerza que me quedé sorprendido.**

**-No soy sordo -me dijo nuestro capitán.**

**La tranquilidad de su voz me dejó tan estupefacto como mi berrido. Me parecía imposible que de nuevo pudiera oírse un sonido tan discreto. Las llamadas resonaron. Finalmente, tras muchas dificultades, nos reunimos sobre un prodigioso árbol derribado por el viento. Nos contamos en medio de la oscuridad, porque los relámpagos nos habían dado una tregua y el cayo estaba sumido en una noche compacta y sudorosa, una noche anterior al *fiat lux*, de la que no parecía que ninguna luz pudiera salir jamás. Nos reconocimos pronunciando cada uno nuestro nombre. Rupert Narwitz no contestó; por tanto, era el herido que había gritado después de la primera ráfaga. ¿Dónde buscarlo ahora, si ni siquiera nosotros podíamos distinguir en la noche la palidez de nuestras manos?**

**De repente, en lo alto de un angosto corredor entre nubarrones, brilló una tímida estrella. Pero la brevedad de ese punto luminoso, su débil destello, eran tan ínfimos que la sentíamos a miles y miles de leguas. Otras aparecieron, para traernos tan sólo un débil consuelo en medio de nuestra convicción de que todo lo que habíamos hecho hasta ese día se destruía sin remedio. Ni siquiera sabíamos en cuál de los**

**tantos parajes nos encontrábamos, y eso que los conocíamos bien. Nuestras manos trataban de reconocer a tientas algún indicio, y lo único que hallaban por todas partes eran árboles derribados. Por doquier tropezábamos con los ramajes. A nuestros oídos llegaba débilmente el rumor del mar, lo que nos situaba bastante lejos de la orilla y a punto de ser arrastrados por el río.**

**De nuevo las constelaciones palidecieron bajo las nubes borrosas. Oímos a Brice Coquelle.**

**-Me parece que esto va a empezar otra vez -dijo.**

**En cuanto pronunció la frase, las estrellas parpadearon. La ventolera se levantó, primero lentamente, luego cada vez más impetuosa. La isla entera se conmocionó en una vibración continuada, un temblor anhelante, sobresaltado, furioso. Todo aullaba. Los prolongados aullidos de lobos acabaron por convertirse en crujidos tan fuertes como los de la tormenta. El fragor de los truenos corrió a ras de suelo en serpientes de fuego. A veces subía hacia los vientres inmundos de las nubes, que comenzaron a soltar unas gotas grandes y calientes. En una pulverización de agua arrancada a las olas rugientes, los soplos irresistibles de la atmósfera jugaban con los troncos como si fueran briznas de paja, arrojándolos unos contra los otros, arrancando los árboles de raíz y levantando en peso sus cadáveres, mezclados con los pájaros muertos, la arena, las lascas de roca. Durante breves intervalos, los vientos huracanados parecían reorganizarse para bramar otra vez, acosando lo que se les había resistido para llevárselo con rabia redoblada.**

**Sofocados por el viento, medio ahogados por la lluvia torrencial, por las cataratas diluvianas y las trombas de agua que no sabíamos si caían del cielo o venían del mar, lapidados entre piedras y ramas, magullados por los golpes contra los árboles, nos dejamos llevar por el huracán que parecía atravesarnos, vaciándonos de nuestra sustancia hasta licuarnos el cerebro para apoderarse mejor de nuestro cuerpo. El ciclón acabó por ejercer una especie de fascinación, una especie de vértigo que nos inclinaba a dejarlo todo, a ceder ante el poderío del tornado, a entregarnos a su fuerza suprema. Por mi parte, no conseguía ahuyentar la impresión de que el ciclón cesaría si yo dejaba de resistirme a su poder. Una suerte de embriaguez de cataclismo, de**

ternura por el cataclismo, si oso escribir esa palabra, me apremiaba para que abandonara el tronco al que me aferraba como una lapa.

Traspassando un momento de calma, unos gritos me devolvieron el sentido de la realidad. Reconocí la voz poderosa de Georges Nightingale pidiendo auxilio. Se alejaba rápidamente perdiéndose en el tumulto que imperaba en el ambiente. De pronto descubrí el motivo de esa rápida disminución de las llamadas de socorro: el Alguna desbordado, arrastraba en su crecida a nuestro desdichado camarada. ¿Cómo ir en su auxilio en medio de aquella noche en la que nadie podía asegurar ni siquiera su propia vida?

Sin embargo, poco a poco la opacidad de las tinieblas cedió ante una fosforescencia macilenta que no se parecía en nada a la luz del día, pero que debía de ser el sol. Por consiguiente, calculé que entonces empezaba la décima hora del huracán. Esperé mucho tiempo a que se dibujaran vagamente las formas, y fue entonces cuando vi correr sobre nosotros una forma gigantesca que se arremolinaba con un rugido monstruoso, una inmensa columna oscilante que mezclaba la opacidad de lo alto con la palidez tenebrosa de abajo. Arremetió contra la muralla de escollos y, golpeando la punta rocosa de la bahía, se vino abajo en una catarata de agua y arena que me cortó el aliento.

Enseguida el furor del huracán empezó a disminuir. Pronto pude soltar las manos sangrantes, apartar los restos de follaje acumulados a mi alrededor y encima de mí, y entonces empecé a dar voces para encontrar a mis compañeros. Mas el viento se llevaba mi voz. Empecé a chapotear en el terreno anegado, donde unos arroyuelos de agua fangosa arrastraban hacia la playa trozos de césped, ramajes, flores destrozadas, cadáveres de pájaros y de monos. Una neblina fuliginosa lo rodeaba todo. El sol, que ahora debía haber alcanzado su mayor esplendor, sólo daba una luz difusa.

Después de errar al azar en unos parajes que ya no reconocía, por fin me topé con un grupo de los nuestros. Estaban inmóviles, mudos, contemplando a sus pies los charcos de agua amarillenta. Tom Hawkins, con su pata de marfil rota, saltaba apoyándose en un palo. Brice Coquelle me abrazó emocionado, me había dado por muerto igual que a los otros cinco que faltaban: Peter del Norte, Georges Nightingale, Rupert Narwitz, Vandeck y Will Whale.

**Ya la débil luz del día se apagaba. Antes de que la noche nos envolviera de nuevo, nos acurrucamos unos contra otros para tratar de calentar nuestras andrajosas desnudeces.**

**Al día siguiente el sol salió brillante en un cielo sereno. El mar seguía picado, pero con una indolencia reblandecida. Sólo entonces pudimos medir la magnitud de un desastre que nos había dejado sin nada. El claro en el bosque no era más que un mantel de lodo erizado de residuos vegetales. Las frondosidades protegidas por los acantilados habían sufrido poco; pero del bosquecillo en el que acampábamos, no quedaba nada. El Alguna se había salido de madre, barriendo a su paso lo poco que subsistía de nuestras riquezas irreemplazables. En el astillero seguía la quilla de la futura balandra, en parte recubierta de arena, aunque el daño no era irreparable. Pero faltaba la mayor parte de los materiales sacados del agua con tanto sacrificio, pese a que estaban bien protegidos en lo más profundo de la cala. Los dos monumentos de figura humana seguían en la playa, el ciclón no había podido con ellos.**

**Fuimos hasta la punta de peñas bordeando la bahía para ver si encontrábamos algunos maderos atrapados entre los arrecifes. En efecto, allí había varios en un caos extraordinario. Michel Pantaragat y Jean Baulde se tiraron al agua para ir a buscarlos. De pronto, los vimos gesticular como locos mostrándonos los escollos del extremo oriental, y nosotros también lanzamos unos gritos de alegría, porque, recortada contra la reverberación del sol, apareció la hercúlea silueta de Georges Nightingale que nos daba voces. Incrustada por la fuerza de una ola en una anfractuosidad de donde las otras olas no pudieron arrancarla, quedaba una pequeña balsa. La hicimos resbalar de lado. Y luego Georges Nightingale y Will Whale, extenuados pero vivos, nos contaron cómo la crecida del Alguna había arrastrado el árbol al que ellos estaban aferrados.**

**Más tarde, al limpiar de escombros el claro del bosque, encontramos el cuerpo de Rupert, a quien cubría un cedro derribado. Retenido por el tronco, con una pierna y un brazo rotos, las costillas hundidas y una profunda herida en la cabeza, había muerto no tanto por el leñazo como por la pérdida de sangre. En su larga agonía nos había llamado, quizá hasta oído, sin que pudiéramos socorrerlo.**

**Cavamos una fosa donde lo extendimos sin sudario, porque no teníamos nada con qué amortajarlo, una fosa que recubrimos con lajas de piedra. Tal es la tumba de Rupert von Narwitz, caballero de fortuna, que en su país era barón.**

**Por lo que respecta a Peter del Norte y a Vandeck, jamás encontramos ni el más leve rastro de ellos.**

### **8 DE MAYO**

**Poco a poco vamos descubriendo, hundidos en la arena o bajo las ruinas de las ajupas, algunos objetos dispersados por el cataclismo. Ayer topamos con una gran caja de herramientas; hoy con un envoltorio de velas y cordajes. Nuestra pequeña provisión de pólvora, bien envuelta y enterrada en una cavidad del acantilado, estaba intacta... Pero ya no disponemos de armas para usarla.**

### **1 DE JUNIO**

**Hemos sustituido las cuadernas que ahora le faltan al casco de la balandra con unos pedazos de madera cortados en los troncos arrancados de cuajo. Este trabajo nos costó mucho tiempo y sacrificio a causa de la falta de herramientas adecuadas.**

**Durante todo este período nos hemos alimentado gracias a los cadáveres de los animales fulminados por el huracán. Crudos al principio, luego los asamos cuando volvimos a encontrar el mosquito cuyas piezas nos sirven de eslabón. Vivimos prácticamente desnudos, pues ya no tenemos nada que parezca ropa. Algunos frijoles colorados, arrancados del sembrado de Michel Pantaragat, crecieron en el claro. Michel espera a que estén en su sazón para volverlos a sembrar. Espiando a los monos, también hemos descubierto un tubérculo que ellos desentierran y comen. Son patatas. Cocidas bajo la ceniza, tienen un gusto un poco soso, pero poseen grandes virtudes nutritivas. Michel Pantaragat ha empezado a cultivarlas.**

**Brice Coquelle, con cuatro de nuestros hombres, se ha pasado tres días explorando el sur y el litoral oeste del cayo que aún no habíamos visitado. A partir de su descripción, he trazado un plano con la ubicación de nuestro campamento provisional.**

### **30 DE JULIO**

**Hemos consagrado todo este tiempo a rehacer el campamento en la medida de lo posible. De nuevo tenemos un corral de cochinos, un vivero de careyes, un campo de frijoles colorados y otro de esas patatas de las que Michel Pantaragat está tan orgulloso. Muchos de los utensilios de primera necesidad desaparecieron. Superamos esas carencias en la medida de nuestras posibilidades. Todavía no hemos reconstruido las ajupas.**

## **5 DE AGOSTO**

**Una vez más la rueda de la fortuna gira contra nosotros.**

**Esta mañana, Will Whale, Frémin Cotard y Georges Nightingale, junto con otros tres de nuestros caballeros que trabajaban en la balandra, llegaron jadeando al campamento y anunciaron que dos grandes piraguas cargadas de indios se dirigían hacia el río. Al principio no quisimos creerles; desde que vivimos en este cayo no hemos tenido noticia de ninguna tribu que lo habitara. No entendíamos a qué podían venir unos salvajes a una isla desierta. Pero tuvimos que rendirnos ante la evidencia. Emboscados detrás de los limoneros desde donde se dominaba una gran extensión de mar, avistamos las alargadas y estrechas canoas. Cada una llevaba unos cuarenta remeros que hundían en las olas unos canaletes, de anchas palas, que no necesitaban escámo. Ese modo de propulsión confería a las almadías una gran velocidad. A pesar del viento contrario y la marea, se acercaban con rapidez. Al cabo de un rato distinguimos unos detalles bastante sorprendentes. Unas guirnaldas de flores decoraban las bordas de sus embarcaciones. En la proa de cada piragua se erguía una figura tocada con plumas de colores muy llamativos. Un redoble ininterrumpido llegaba a nuestros oídos, más fuerte a medida que las almadías se acercaban. Los acantilados devolvían el eco de esa cadencia cuyo duración se cerraba, de vez en cuando, con un golpe vibrante como el que producen los címbalos.**

**No sabíamos qué hacer. ¡Ni hablar de enfrentarnos desarmados a más de ochenta salvajes! Además, la impresión que experimentamos de estar cogidos en una trampa nos anulaba el deseo de reflexionar. Porque era evidente que, en cuanto desembarcaran en la isla, los indígenas notarían los indicios de nuestra presencia; más tarde o más**

temprano acabarían descubriéndonos. Por suerte no habíamos reconstruido las ajupas, lo que en este caso fue un motivo de alegría. Por otra parte, el astillero de la balandra, situado detrás de unos peñascos, quedaría oculto a los recién llegados mientras no rodearan la playa ni transpusieran la desembocadura del río. Todas nuestras esperanzas se reducían a esa posibilidad.

Como si fueran capaces de vernos, a medida que nuestros enemigos se aproximaban a la playa, retrocedíamos de árbol en árbol. Cuando llegaron a la orilla, ya hacía mucho que habíamos vadeado el Alguna, pues era enorme el miedo que nos inspiraban esas salvajes criaturas. Las anécdotas de los hombres de mar dicen que son más peligrosos que las bestias feroces, porque a sus costumbres caníbales añaden una crueldad tan proverbial como su coraje.

De no haber sido por nuestro terror, la actitud de los indios hubiera debido sorprendernos en vez de espantarnos. En cuanto la primera piragua tocó tierra, desembarcó una extraña criatura, tan majestuosa como grotesca, cuya figura y rasgos no se parecían en nada a ningún ser viviente. Los piragüeros, olvidaba consignarlo, tomaron tierra exactamente en el espacio comprendido entre las dos columnas erigidas en la playa. La increíble figura fue a arrodillarse allí con su andamiaje de plumas, gemas, cascabeles y abigarrados harapos. Un hocico de color bermellón la coronaba, de donde salían dos gigantescos cuernos retorcidos. Entre ellos se erizaban unas crines de un blanco resplandeciente que caían cubriéndole la espalda.

Aquella pirámide con piernas y brazos humanos empezó a balancearse de un lado al otro, tocando con la punta de sus cuernos la tierra, ora hacia una de las columnas estatuas, ora hacia la otra. Ahora un inmenso penacho que le salía del trasero amenazaba las nubes. A cada reverencia, los de las piraguas lanzaban al cielo un alarido subrayado por los címbalos. Veintiséis veces se inclinó la grotesca máscara, veintiséis veces resonó el grito en el aire, agrietándolo. Luego la indiada desembarcó con sus clamores. Había allí hombres, mujeres y adolescentes, todos completamente azules, de un azul intenso, claro, brillante. Pero mientras las mujeres y los muchachos no mostraban ningún otro color, en el rostro de los hombres se destacaban unas franjas blancas, rojas o amarillas, y unos grandes círculos negros

rodeaban sus ojos. Esos guerreros blandían arcos, flechas y lanzas, pintadas y adornadas con plumas. Tanto unos como otros nos parecieron poco más o menos igualmente desnudos; las mujeres, pequeñas, pero bien formadas.

En cuanto desembarcaron, los salvajes formaron una larga fila e improvisaron una especie de zarabanda que empezó a dar vueltas alrededor de las estatuas. Una polvareda azulosa los rodeaba de un halo que los rayos del sol jaspeaban por momentos, y siempre vibraba ese redoble convulso, acompasado, monótono, alucinante, que llenaba el claro del bosque traspasándonos. Brotaba de dos grandes tambores muy altos golpeados por seis músicos, cada uno con una mano.

De pronto, tras un ululato curiosamente modulado, la cadena humana se abrió en abanico. A causa de esto, retrocedimos hasta quedar de espaldas contra los peñascos, con tal precipitación que Brice se cayó de espaldas soltando una exclamación. Se levantó entre las malezas, y nos dimos cuenta de que había rodado a través de la abertura de una larga excavación a ras de tierra donde podríamos ocultarnos y, a la vez, atisbar de reojo la orilla. Ciertamente, los indios no irían a buscarnos hasta allí, aunque encontraran huellas de nuestra presencia. El problema era saber cuánto tiempo estaríamos metidos en aquella madriguera.

Mientras habíamos dejado de observarlos, habían encendido (siempre a una distancia equidistante de las dos columnas) una gran hoguera. También advertimos que un grupo permanecía apartado, al parecer formado por los adolescentes varones. Hasta el momento, los salvajes parecían muy poco interesados en el interior de la isla. Eso, unido al sentimiento de seguridad que nos procuraba la cueva, nos dejó fisgar a nuestro antojo lo que pasaba en la playa. Ataron a un joven a la columna que estaba más cerca de nuestro refugio y los guerreros desfilaron frente a él ejecutando una danza bárbara acompañada de rugidos. Lo amenazaban con sus armas y cada uno, al pasar, le asestaba un golpe de jabalina, de tal guisa que muy pronto estuvo cubierto por cien hilillos cuyo color bermejo abría surcos en el azul de su cuerpo. El torturado no rechistaba y se mantenía muy tieso, ofreciendo orgullosamente su pecho a las lanzas.

Cuando todos los guerreros pasaron, el extraño personaje, probablemente el brujo de la tribu, se inclinó ante el joven. Lo tocó dos veces en los hombros con la punta de sus cuernos mientras los asistentes incrementaban sus vociferaciones, y luego se separó para dejar que se acercara una de las mujeres. Ésta se puso a girar alrededor de la columna ejecutando una danza en la que agitaba sus caderas levantando la grupa. Lanzaba roncás llamadas acompañadas por los espectadores con palmadas y por los tambores con redobles cada vez más acentuados.

Entonces el baile adquirió un brío que juzgamos indecente en extremo. El joven debía compartir esta opinión, pues la manifestó dando inequívocas señales de su virilidad. Un prolongado grito salió de los feroces pechos. El hechicero avanzó, siempre con la misma burlesca gravedad, y se puso de cuclillas presentándole las nalgas al neófito. El alto plumaje cosquilleó dos veces el rostro de este último, que a continuación fue desatado y luego llevado al mar. Dos guerreros lo sumergieron allí. También le hicieron atravesar la hoguera. Tras lo cual, pintado con las rayas que abigarraban a los hombres, recibió del brujo un arco, una flecha y una lanza, y las mujeres se apropiaron de él para cubrir sus heridas con un ungüento que una de ellas amasaba en una jícara.

Esta ceremonia de iniciación se repitió diez veces hasta que todos los jóvenes pasaron por ella. Mas no todos aprobaron esa especie de examen, hubo tres que no pudieron dejar de demostrar miedo y dolor cuando fueron alanceados por los guerreros. Enseguida cesó la danza en círculo, los asistentes empezaron a gemir cubriéndose la cabeza con arena; los tambores dejaron oír un redoble fúnebre mientras el brujo desataba al infeliz de turno, llevándolo al pie de la segunda columna, la que representaba una figura que hacía muecas, y allí le rompía la cabeza con un hacha clavada en la tierra al pie del ídolo. Hubo un cuarto que también fue sacrificado por haberse quedado inerte ante los amagos eróticos de varias danzarinas. Brice me hizo notar la profunda aflicción manifestada por los asistentes.

Para entonces el sol había rebasado el cenit; el hambre nos daba punzadas en la boca del estómago. No nos sorprendió ver a los indios atareados en los preparativos de un banquete. Colocaron sobre la

hoguera varios asadores, cavaron alrededor una fosa circular en cuyo borde se sentaron, con los pies descansando en el fondo de la zanja. Pero entonces el horror nos sobrecogió, el horror y la repugnancia, pues descubrimos que los cuatro sacrificados iban a ser los manjares de aquel odioso festín.

Poco antes del crepúsculo, y no sin antes haber arrojado al mar las sobras de su comida, los caribes regresaron a bordo de sus naves. Esa partida tan temprana nos hizo suponer que su territorio no debía de estar muy alejado, una constatación poco tranquilizadora, y nos quedamos bastante preocupados. Ahora ya no podremos vivir en paz.

### **13 DE AGOSTO**

No hay nada más increíble que las ironías del destino. Ayer pudimos comprobarlo una vez más; hicimos un descubrimiento sensacional.

Decididos a no reconstruir nuestras cabañas por miedo a los indios, anteayer por la noche decidimos instalarnos en la caverna que Brice descubrió por azar, pues ha resultado ser un excelente refugio. La poca altura del techo de la gruta no nos permite estar de pie, pero podemos remediar ese inconveniente cavando en el suelo, pues está constituido por una espesa capa de arena traída de afuera por el viento o caída poco a poco de las paredes hasta llenar la cueva y su entrada. Primero sondeamos esa capa blanda. De una profundidad de aproximadamente siete pies, parecía tener en su base unas ocho toesas de largo por seis de ancho, lo suficiente para improvisar una estancia no muy grande, pero cómoda.

Ayer por la mañana, mientras Will Whale y algunos otros iban a trabajar en la balandra, cinco nos quedamos excavando con nuestras layas de madera, y luego echamos afuera los escombros. Arrodillado como los demás, y usando las manos a modo de pala, estaba lanzando hacia afuera la arena cuando me pareció ver rodar algo verde que brillaba. Era una fabulosa esmeralda, perfectamente pulida y tallada. Llegamos a la conclusión de que debía provenir de la sortija de alguno de nuestros predecesores. En una isla que servía de cayo a los Hermanos de la Costa, era lógico que no fuéramos los primeros en visitar esa gruta. Pero al poco rato, cuando volvimos al trabajo, encontré un gran diamante, y luego, rodeado por la curiosidad de los

demás, otra esmeralda, y más tarde, un rubí. Ya no podía tratarse de una sortija extraviada y hallada por casualidad. Todos nos dedicamos a buscar minuciosamente el origen de aquella eclosión de piedras preciosas. Brice dirigió las operaciones.

Partiendo del punto donde yo había hecho los primeros hallazgos, excavando aquí y allá, después de algún tiempo de búsqueda, cosechamos una docena de gemas muy bellas, y delimitamos una superficie dentro de la cual se hallaban las piedras finas; fuera de esos límites, no había nada. Presentando más o menos la figura de dos óvalos cuyos arcos de circunferencia se cortaban entre sí, el área medía cuatro toesas de largo por dos de ancho. Brice marcó los contornos en el suelo.

-Ahora -dijo-, disgreguemos suavemente la arena, la cogeremos por puñados e iremos amontonándola afuera. Ya veremos qué aparece.

Lo que apareció, lo confieso, era para dejar estupefactos a unos pobres diablos como nosotros. Al principio seguimos encontrando una gema por aquí, otra gema por allá; pero a medida que nos acercábamos al centro de la figura, los descubrimientos se hacían más abundantes. Muy pronto, en cada puñado era la arena lo que empezaba a escasear; los diamantes, los rubíes, los topacios, las perlas, las esmeraldas y los zafiros rutilaban en nuestras manos. Casi todos estaban tallados, mejor dicho, están tallados, en tamaños medianos, algunos muy grandes.

A fuerza de rebajar el nivel del terreno, encontramos la llave del misterio al descubrir los restos de dos cubas parecidas a las que se usan en los navíos para conservar el agua. Bajo el peso de la arena y carcomidas por la humedad, las duelas se habían separado. Una delgada envoltura de plomo que protegía el contenido también se había agrietado dejando que se derramaran las gemas que llenaban ambas cubas. ¡Unas cubas de cincuenta celemines cada una! Y eso no era todo, muy cerca había otra intacta.

En dos palabras, cuando terminamos el desplazamiento de la masa de arena, estábamos en posesión de ciento cincuenta celemines de piedras preciosas,\* más treinta y seis lingotes de plomo alineados en forma de banqueta a lo largo del fondo de la caverna y que menospreciamos hasta que, hiriendo profundamente uno de ellos con su cuchillo, Brice descubrió que debajo de aquella capa de plomo eran

de oro macizo. En las tapas de las cubas aún podía distinguirse vagamente esta inscripción: «C. M. S. 1670». Brice pensó que se trataba de las iniciales de Charles Morgan, quien fuera almirante de los bucaneros de La Española, y las de su navío: *Satisfacción*.

\* Un celemín equivale a 4,625 litros aproximadamente.

La ironía consiste en que casi no disponemos de ropa, a duras penas conseguimos comer algo, y somos más ricos que los reyes del Oriente. Pero toda nuestra fortuna no nos servía para conseguir un barco. Si no éramos capaces de construir uno, y subsistir hasta entonces a fuerza de disciplina, ingenio y paciencia, toda aquella riqueza sería tan inútil como lo era desde hacía treinta años, de creer en la fecha grabada en las cubas.

**1 DE SEPTIEMBRE**

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

Lluvias torrenciales, desde el décimo día de agosto. A pesar de nuestra prisa por irnos de aquí, no hemos podido trabajar en la balandra, porque es muy peligroso exponerse a la lluvia sin ropa. El 18 del mes pasado, Guillot Guedry y Frémin Cotard, quienes se obstinaron en quedarse en el astillero, regresaron por la noche extenuados, chorreando agua. Guillot tiritaba de frío. No comió nada. A medianoche lo oímos gemir, le castañeteaban los dientes. Por la mañana nos llamó diciendo que se moría de sed, que su cabeza iba a estallar. Le dimos agua con limón. Frémin Cotard tampoco pudo levantarse, quejándose de sed y dolores de cabeza. Estaba muy debilitado.

Poco antes del mediodía, Guillot Guedry empezó a agitarse con terribles convulsiones; su piel se había puesto muy roja, seca como un pergamino. Gritaba que tenía fuego en la garganta. Por momentos volvía a desplomarse en su lecho y se quedaba allí, inerte, apretando los labios donde burbujeaba una queja incesante. A ratos se incorporaba con fuerza, suplicando que lo dejaran sumergirse en aquellas aguas claras que discurrían frente a él. Golpeó a Michel Pantaragat, que lo sujetaba.

Después de haber sudado a mares, Frémin Cotard cayó en un abatimiento parecido a la muerte. Si no hubiese sido por los ríos de sudor pegajoso chorreando sin parar por su piel amoratada, lo habríamos dado por muerto.

Por la noche no se produjo ninguna novedad. Nos turnamos al lado de Guillot Guedry para darle de beber. Su delirio se hacía cada vez más violento; no podíamos entender sus palabras. Con frecuencia se llevaba la mano al costado derecho mientras su boca se retorció bajo la tenaza de unas terribles punzadas. Por la mañana se calló y permaneció mucho tiempo inmóvil. Más tarde, en medio de nuestro silencio desconsolado, se dejó oír su voz, extrañamente lejana. Nos dijo que iba a morir y nos pidió que amontonáramos delante de él su parte del tesoro. Michel Pantaragat le levantó la cabeza para que pudiera contemplar sus riquezas. En medio del dolor, una amarga sonrisa crispó sus rasgos. Tom Hawkins había puesto a su lado la gema más grande, que destellaba con radiante fulgor. En el rostro del moribundo se leyó una inmensa desolación seguida de un gesto de voluntad

sobrehumana. Se puso tieso y alargó la mano hacia la culminación de los deseos de toda una vida.

-No quiero... -murmuró haciendo gorgoteos de espuma.

Pero no acabó ni su frase ni su gesto, y cayó pesadamente entre nuestros brazos...

Por la noche Frémin Cotard se despertó muy débil, con las ideas enturbiadas, pero ya sin dar señales de estar enfermo.

Al otro día, Pierre le Rouge tampoco pudo incorporarse del lecho. Después de Michel Pantaragat, Pierre le Rouge era el más viejo de todos. Enseguida empeoró. Igual que Guillot Guedry, su piel se tornó roja y seca. No se quejaba del costado derecho, pero se llevaba la mano al corazón medio asfixiado. Tras perder el conocimiento, murió en las primeras horas de la noche.

Esta enfermedad misteriosa no dejó de sembrar entre nosotros un sordo terror. ¿Acaso todos, uno tras otro, sufriríamos la misma suerte de nuestros desdichados compañeros? ¿Habría en aquella caverna algún germen insano? ¿Y si una peste contagiosa estaba causando estragos entre nosotros?

Brice Coquella nos tranquilizó. Teniendo en cuenta que la enfermedad se había cebado en Guillot y en Frémin Cotard, quienes al igual que Pierre le Rouge habían trabajado mucho tiempo bajo la lluvia, mientras los demás nos habíamos quedado bajo techo y sin mojarnos, concluyó que la causa de estas muertes estaba en la índole nociva de aquella lluvia; Frémin Cotard había quedado con vida porque era de complexión más fuerte. Nuestro capitán nos pidió que mientras durase el mal tiempo permaneciéramos afuera lo menos posible. Para las salidas indispensables, ordenó que se confeccionaran con lona de vela unos sacos provistos de una abertura en el rostro y dos agujeros para pasar los brazos. Ocupamos el ocio impuesto por la inclemencia del tiempo en limpiar y clasificar las gemas más bellas a fin de llenar con ellas los rústicos capotes de marinos que nos hicimos.

## **5 DE OCTUBRE**

Ayer, cuando acabamos de excavar el suelo, descubrimos un corredor al parecer bastante largo que sube hacia la parte superior del

peñón, de donde se desprendió bruscamente un aire mefítico que estuvo a punto de asfixiarnos a todos.

### **6 DE OCTUBRE**

Hoy hemos podido explorar la estrecha galería. Conduce a una gran estancia sin abertura al exterior, cuyas paredes son de roca dura. Debíó de haberse originado por la solidificación de las materias en contacto con esa emanación gaseosa de fluido mefítico que se escapó cuando perforamos su orificio exterior. Esta caverna presenta la forma de una de esas retortas que usan los buscadores de la piedra filosofal. Allí no encontramos nada.

### **7 DE OCTUBRE**

Con ayuda de guimbaletes abrimos varios ojos de buey en la pared sur de la estancia superior donde vamos a instalarnos. Will Whale quiso que al acometer este lado del peñón los caláramos de una parte a otra; los hechos le dieron la razón. Ahora tenemos ahí no sólo una morada sana, sino también un excelente puesto de observación y un refugio seguro, porque el retorno de los indios sigue atemorizándonos.

La lluvia persiste, menos copiosa, pero más tenaz. La temperatura deviene fresca; las noches, muy frías.

### **3 DE NOVIEMBRE**

La lluvia ya sólo cae en fugaces chaparrones. La temperatura ha subido. El mal tiempo parece tocar a su fin. Bajo la dirección de Michel Pantaragat hemos sembrado nuestra reserva de frijoles colorados y patatas, que habíamos dejado aparte para nuestra alimentación. También reanudamos las obras en la balandra.

Michel Pantaragat parece trabajar de mala gana en el astillero. Es obvio que prefiere atender sus cultivos, la cochiguera

o su vivero de tortugas. Con unas ramas clavadas en la tierra y ligadas transversalmente con unas varillas que ata por medio de bejucos, ha ensamblado una gran jaula donde piensa criar los papagayos y los zorzales que ha capturado pacientemente con el lazo.

### **20 DE NOVIEMBRE**

Han vuelto los indios azules. Sus incursiones en la isla deben de estar relacionadas con el inicio y el final de la estación lluviosa. Sea como fuere, fueron avistados anteayer por Jean Baulde. Esta vez

entraron en la bahía precisamente cuando los vimos. Seguían siendo un centenar en dos piraguas tan grandes como nuestro barco en construcción, aunque mucho más estrechas. La crecida del Alguna provocada por los prolongados aguaceros de los últimos meses, creó a lo largo de la orilla una fuerte corriente que inevitablemente los arrastró mar adentro. Para internarse en la bahía costearon la punta de los peñascos detrás de los cuales se oculta nuestro astillero, y descubrieron la balandra con su espina dorsal y sus costillas sobre la arena. Percibimos la sorpresa que paralizó en seco sus remos. Los indios estaban a todas luces desconcertados, seguramente espantados por lo que, según creo, confundieron con algún monstruo arrastrado hasta allí por el mar. Se balancearon un instante mientras gesticulaban dando voces de una piragua a la otra, pero finalmente su maldito coraje los hizo arremeter contra nuestro desdichado bajel, lo cual era desastroso para nosotros, porque no podíamos pensar en detener su ímpetu guerrero. Además, antes de que se nos hubiera ocurrido hacer cualquier cosa, ya estaban alrededor del barco. Por otra parte, mucho nos temíamos que ahora iban a explorar la isla para ver si alguien había llegado para violar el territorio de su endemoniada divinidad, ¡mal rayo la parta! Sería un milagro si después de destruir nuestras cochiqueras, las plantaciones y el corral de gallinas (mejor dicho, la jaula de papagayos), no llegaran hasta la gruta siguiendo la huella de nuestros pasos. ¡Y entonces...!

En medio del desasosiego, Brice tomó una de esas repentinas determinaciones que mejor demostraban su talento. Rápidamente me comunicó sus instrucciones y luego ordenó a Georges Nightingale y a otros dos que lo siguieran. Salieron a rastras en dirección norte y protegidos por la vegetación. Poco después oímos la estruendosa voz del gran Georges que berreaba a voz en cuello la endecha de las galeras de Toulón. Los caribes también la oyeron, lo cual provocó entre ellos el efecto fulminante de un trueno. La voz pasaba por encima de sus cabezas.

*noche y día, sin podernos liberar...*

El tono sonaba tan lastimoso y quejumbroso que, aunque no se comprendieran las palabras, se experimentaba esa impresión. Traspasados por esa queja desgarradora, los valientes indios vacilaron,

aunque no por mucho tiempo. Ya se abalanzaban, escalaban, tropezando con las piedras y reanudando el ataque con más ímpetu, pero sin cubrir su retaguardia, una táctica elemental que ellos ignoraban, del mismo modo que descuidaban las más elementales normas del pudor. Y la voz se alejaba, sin dejar de cantar:

*Con un me azotan añoro elde mis amigos.*

*vergajo retorcido sin cesar abrazo afectuoso*

El eco repitió: «de mis amigos», y luego ya no oímos nada más.

Y entonces, apoderándonos de la banasta donde estaba guardado lo que nos quedaba de pólvora (inservible puesto que no disponíamos de armas desde el paso del huracán) bajamos atropelladamente hasta la playa donde de momento no había salvajes.

Justo entre las dos columnas sagradas, en el mismo sitio donde los caribes habían encendido su hoguera la última vez, cavamos un agujero cuyas paredes apisonamos. Dos pequeñas cunetas lo unieron a sendos hornillos perforados al pie de cada columna. Allí depositamos la pólvora derramando en las cunetas un reguero de pólvora que conectaba los tres barrenos. Tras lo cual lo recubrimos todo con unas tablas, guijarros y arena que tuvimos tiempo de nivelar bien. Michel Pantaragat vigilaba desde su puesto de observación. De vez en cuando oíamos la voz de Georges Nightingale cada vez más remota, a la que respondía el canto de Brice y sus hombres en otra dirección. Así las cosas, pudimos darle los últimos toques a nuestra obra y abrir cuidadosamente un hueco del diámetro de una pulgada, a guisa de ánima de fusil, encima del hornillo central. Luego regresamos a la gruta borrando nuestras huellas. Ya sólo teníamos que esperar.

Al cabo de un rato, un bramido espantoso lanzado por Georges Nightingale estalló en el mismo sitio donde los indios habían empezado su carrera. Poco después nuestros compañeros se precipitaban en la caverna, y pronto vimos a los salvajes surgir de la arboleda, corriendo hacia el extremo de los peñascos. Ignoro qué conjeturas pudieron formarse en sus obtusos cerebros, y no pienso fatigar el mío tratando de averiguarlo. Parlotearon mucho antes de bajar a la playa para colmar de honores a las estatuas con sus reverencias obsequiosas. Entonces iniciaron el ritual que ya conocíamos. Al principio todo iba bien: la danza circular empezó a girar, sonaron los tambores, los pies

pisotearon la arena, encendieron el fuego. Jamás hoguera alguna prefigurando un asado crepitó tan agradablemente a nuestros oídos. Lameó durante un buen rato sin que ocurriera nada de lo que esperábamos.

-¿Qué le pasa a esa jodida pólvora del...? – se inquietó Brice.

Pero no tuvo tiempo de concluir la frase. Aquello sonó primero; ¡bang-pum! Era el hornillo central. Luego los regueros de pólvora de las cunetas soltaron sus ¡pum, pum!, eran los hornillos menores. Sentimos temblar las rocas. Los indios azules volaron en pedazos, uno tras otro, hasta que en la playa no quedó títere con cabeza. Llovían los pequeños fragmentos de caribes hechos picadillo, aderezados con un aliño de guijarros, arena y hojarasca. Uno de los ídolos, al caer, aplastó a unos cuantos; el otro se inclinó peligrosamente.

Unos treinta supervivientes renqueantes huyeron en una de las piraguas; ellos se encargarán de disuadir a sus hermanos indígenas para que no vuelvan por aquí en mucho tiempo. Los que alfombraban la arena estaban todos muertos o moribundos. Sin embargo, recogimos entre los cadáveres a un hombre que todavía respiraba y a una mujer medio sepultada bajo una avalancha de arena, gracias a lo cual salvó la vida, porque ese escudo azaroso la protegió de la proyección de las piedras. Sólo tenía algunas heridas leves en las piernas. El hombre murió anoche.

Contrariamente a lo que esperábamos, cuando volvió en sí, la india no manifestó ningún terror, sino más bien un gran asombro. Quizá encontró raro el color de nuestra piel, aunque nuestra tez tostada por el sol no difería gran cosa de la suya, que era entre morena y rojiza debajo de su pintura. Como apenas llevábamos ropa, los detalles naturales le hicieron ver que éramos criaturas humanas, similares en todo a los hombres de su raza, aunque un poco más pálidos. Recobró el sentido cuando estábamos limpiando sus heridas, una acción eminentemente caritativa, que revelaba en nosotros una intención servicial y cortés. Por otra parte, la pobre criatura parecía resignada de antemano a su suerte, cualquiera que fuera. Se dejó transportar a la gruta sin protestar. Michel Pantaragat la añadió enseguida a su parque zoológico.

**Ese día nos dedicamos a tratar de sacar a flote las ruinas de la balandra, esperanza a la que hemos tenido que renunciar, porque en el astillero sólo quedan fragmentos inservibles.**

### **21 DE NOVIEMBRE**

**Will Whale ha sugerido que para irnos de la isla podríamos usar la piragua abandonada en la orilla por los indios. Evidentemente es el único medio de locomoción que nos queda; aunque hay que poner esa almadía en condiciones de resistir mucho tiempo en el mar.**

**La llevamos a nuestro antiguo astillero. Se trata de un casco de unos cincuenta pies de largo por un poco más de tres pies y medio de ancho. Demasiado estrecho para su eslora, nunca será un buen velero. No fue construida para llevar una vela, sino para obedecer a los canaletes. Tallada y ahuecada en un gran tronco de gomero apenas desbastado en su exterior, es redonda por debajo con apenas un barrunto de quilla. La proa y la popa, talladas por igual en forma de roda, le permiten avanzar en cualquier sentido. Esa disposición nos impide el empleo de un timón, sin lo cual no hay acción posible para las entenas. Por último, como carece de cubierta, tampoco podríamos conservar en lugar seguro ninguna provisión. En una palabra, somos dueños de un casco extremadamente robusto que hay que modificar de cabo a rabo para adaptarlo a nuestra forma de navegación, pues de otro modo sería una locura querer embarcarse allí adentro.**

**Pusimos manos a la obra ese mismo día.**

### **3 DE DICIEMBRE**

**Sin mucho trabajo Michel Pantaragat consiguió amansar a la india. Ahora que le ha lavado su polvo azul, está de muy buen ver. Parece que esa capa de color hace las veces de vestuario entre estas gentes, porque hubo que quitársela a la fuerza, y cuando se vio despojada de esa pigmentación dio muestras de un pudor despavorido, reproduciendo exactamente los mismos aspavientos y representando la misma farsa que cualquiera de nuestras damas haría si se viera privada de sus prendas de vestir en medio de la calle.**

**Después de que nuestro capitán nos recordara que cualquier presa estaba a disposición de todos, le trenzamos a nuestra india un vestido de junquillos para luego tener el placer de quitárselo por turnos. Esos**

retozos no retrasaron en modo alguno nuestros preparativos. Le construimos una popa a la piragua, provista ahora de una fuerte orza y de un timón.

### **15 DE DICIEMBRE**

Hace cosa de un año que vivimos en este cayo. Antes de que finalice este mes nos habremos ido de aquí. La embarcación está arbolada. Un palo mayor a un tercio de la eslora y un mastelerillo de ala de vela cangreja en la popa nos permiten disponer de todo lo que nos queda de lona. Con la tablazón del *Squirrel* salvada del mar y del huracán, hemos empezado a guarnecer la proa y la popa con una cubierta. Tapada por las tablas, la proa ahora encajonada crea un espacio techado que nos servirá de camarote.

### **18 DE DICIEMBRE**

Se acerca el momento de irnos de la isla de los Papagayos. Nuestra estrambótica nave está lista para zarpar. Hemos hecho un gran acopio de frijoles colorados, patatas, plátanos, limones y otras frutas. Arrimados a la popa, al abrigo de la cubierta, los toneles de agua dulce nos garantizan que no pasaremos sed. Hemos cazado muchos cochinos cimarrones, cuya carne salamos y pusimos al humo para que se conserve. Dos grandes careyes que guardaremos vivos nos proporcionarán alimento fresco para varios días. Por último, cada uno tomará del tesoro una bolsa conteniendo aproximadamente la octava parte de un celemín de gemas.

Hoy por la noche Michel Pantaragat nos ha hecho una declaración insólita. Comenzó asegurándonos que en modo alguno pretendía romper el contrato que nos unía, y que si su presencia podía sernos de gran utilidad, no vacilaría un instante en seguirnos. Pero que más bien al contrario, en semejante travesía una boca menos sería una ventaja; y por eso pensaba que no tomaríamos a mal su decisión, es decir, su deseo de quedarse en la isla. Nos rogó que si teníamos alguna consideración por los servicios que había prestado a nuestra causa común, le concediéramos la gracia de dejarlo aquí, donde anhelaba terminar sus días dedicado a los pacientes y apacibles trabajos que más le gustan en este mundo. Finalmente ejerció tal presión sobre nosotros que, tras haberle explicado que lo que él pedía como un favor era el castigo más

cruel que aguardaba a los de nuestra compañía cuando violaban sus reglas y después de haberle enumerado los peligros que le amenazaban, no nos quedó más remedio que acceder a su extravagante deseo. Expresó el júbilo más intenso, implorándonos que no nos separásemos de él con un sentimiento de rencor, porque nunca había dejado de querernos entrañablemente y lamentaba de todo corazón nuestra partida.

Al fin y al cabo su decisión nos conviene; sin duda el tesoro ha sabido cuidar de sí mismo durante años, pero estaremos mucho más tranquilos sabiendo que junto a él, y hasta que regresemos con un buque de verdad, se queda el compañero honesto y esforzado que es nuestro magnífico Michel.

## **19 DE DICIEMBRE**

Dejando a Michel Pantaragat las herramientas y todo lo que no era indispensable para nuestra navegación, así como la india para servirle de compañera, nos largamos a toda vela esta noche de luna llena, exactamente un año después, según mis cálculos, de haber empezado a escribir esta relación.

Durante mucho tiempo vimos a Michel, parado en los peñascos de la bahía y con la mujer echada a sus pies, hasta que se confundieron en lontananza los detalles de ese cayo donde catorce habíamos saltamos a tierra, de donde partíamos ocho y donde nos vimos en la indigencia más absoluta, y que ahora dejábamos más ricos que los reyes.

Antes de partir, Brice nos hizo jurar solemnemente que, pasara lo que pasara, nunca revelaríamos a nadie el secreto del tesoro.

## **LIBRO III QUIEN A HIERRO**

### **MATA**

### **CAPÍTULO I LA «PORTUGUESA»**

Al dejar el cayo de los Papagayos, hicimos rumbo este sudeste. Con nuestra lenta y extraña embarcación, había que calcular por lo menos diez días de navegación para llegar a Cumaña. Las calmas dilataron ese plazo y al cabo de quince días, en opinión de Brice, todavía no avistaríamos tierra hasta el día siguiente. Aquella noche, al ponerse el sol, se afirmó el viento y nuestra nave, con sus velas hinchadas, alcanzó una buena velocidad. Will Whale sostenía el timón y Brice estaba de

**vigía en la proa mientras yo dormitaba a su lado. Los demás, cansados de remar todo el día, dormían a pierna suelta.**

**La voz de Brice me sacó de mi somnolencia.**

**-¡Eh, Antoine, mira ahí enfrente!**

**Me froté los ojos. Observando entre los foques, distinguí a cerca de una milla un fulgor rojizo que se reflejaba en el mar.**

**-¡Un barco que arde!**

**-Sí -dijo Brice-, y desde hace mucho tiempo; llevo más de una hora viendo ese resplandor.**

**La piragua se deslizaba directamente hacia la nave en llamas. A decir verdad, más que arder se consumía; no se veían brotar las llamas, su estado era de incandescencia.**

**-Si conseguimos acercarnos -dijo mi amigo-, puede que encontremos algo interesante. Despierta a todo el mundo.**

**Cuando nos aproximamos comprobamos que el barco era una especie de carraca caduca y destartada, a mitad de camino entre el lugre y el bergantín, algo más bien ruinoso, uno de esos cascos siempre en vísperas de hundirse y sin embargo infatigables, que arrastran de puerto en puerto su armazón devorada por la taraza y osificada por la segregación calcárea de varias capas de conchas. La banda parecía en parte intacta. Al arrimarnos descubrimos una chalupa colgando en la aleta de estribor, volcada, con la proa sumergida en el agua y todavía trincada a la popa. En su precipitación por huir, en medio del pánico enloquecido, los tripulantes del barco habían largado las guindalezas a destiempo y la chalupa se había vuelto del revés. Uno de los ocupantes, con el pie atrapado entre un barril y el banco del remero, con medio cuerpo bajo el agua, oscilaba al ritmo de las olas con esa docilidad característica que da a los ahogados un aspecto de bienaventurada tranquilidad.**

**-Vosotros -ordenó Brice-, estad listos para desabordar en caso de peligro, yo voy a subir.**

**-Voy contigo -le dije.**

**Trepamos sin esfuerzo por el barbiquejo del bauprés, porque la proa de la nave, ligeramente escorada a estribor, se hundía. La cubierta estaba más o menos quemada, y el agua, que entraba por unas brechas que el incendio abriera en la cinta, le disputaba al fuego los restos del**

trancanil. Los trozos de mástiles derribados, hundidos entre las ruinas del puente en el tórrido abismo de la cala, ardían en breves llamas que se reflejaban en la noche. Eran esos resplandores lo que habíamos visto de lejos. En la parte delantera, la marea creciente empezaba a alcanzar el nivel del castillo; pero el alcázar estaba en gran medida intacto aunque recubierto por los escombros humeantes de la gavia. Arriba, el palo de mesana, despojado de sus velas y de su sobremesana, con un resto del pico de la cangreja extendiendo al cielo su brazo desesperado, tenía la apariencia de una horca tiznada emergiendo en medio de una residencia saqueada. Trepando por lo que quedaba de borda llegamos a esa zona del barco.

-¡Bah -exclamé al ver el montón de madera, cordajes y velas chamuscadas-, esto sí que es un árbol derribado por el viento! ¿Qué esperas encontrar aquí?

-Quizá algo que nos facilite la estancia en Cumaná. Todo lo que podamos encontrar, como ropa por ejemplo, será mejor que esta indumentaria de salvajes si queremos hacernos pasar por unos náufragos decentes. ¿Habías pensado en eso? Vamos, sube allí arriba - agregó Brice mostrándome lo alto del castillo de popa-, yo voy a buscar en el interior.

Apartando un jirón de la cangreja para encontrar los peldaños de la escalera del entrepuente, mi pie tropezó con un bulto blando. ¡Increíble! Dos pies calzados con finos zapatos de piel y un faldón de muselina estampada salían de debajo de la vela.

-¡Una mujer!

Me arrodillé y aparté la lona.

-¿Y bien? – preguntó Brice.

Un soplo débil pero constante levantaba el pecho de la joven mujer que yo sostenía entre los brazos.

-Está herida en la frente, pero no parece nada grave.

En medio de un ancho cardenal, una cortadura superficial le abría el cuero cabelludo. La sangre coagulada y los hermosos cabellos rubios habían formado un pegote, lo que demostraba que los humores se habían derramado sin causar daño. No presentaba ningún síntoma de fractura.

Mientras prodigaba a la superviviente mis más atentos cuidados, ya que su juvenil y tierno semblante dramáticamente iluminado por el resplandor del incendio suscitaba en mí no sé qué fiebre, Brice visitaba la popa. Regresó con una botella de ron y me la alargó en silencio, luego desapareció. Al cabo de un rato bastante largo, durante el cual y bajo el efecto del ron los colores volvieron al rostro de la herida, reapareció cargado de ropa y con un libro encuadernado en piel bajo el brazo. Con la barbilla le mostré a mi enferma, que suspiraba empezando a volver en sí.

-¿Qué hacemos con ella?

-Hubiera sido preferible dejarla donde estaba, pero ahora... Vamos, decide, es tuya.

Escuché los gemidos del casco abriéndose poco a poco bajo el empuje de las olas, los silbidos del fuego en su lucha contra el agua, los chorros de vapor, prolongados y ahogados como suspiros. Esa lamentable sinfonía me heló la sangre en las venas. Se me antojó que salvando a aquella mujer que se había quedado sola a bordo de la nave agonizante, era el alma del viejo barco, tan servicial con los hombres, lo que me llevaba. Desde el fondo de mi pasado emergió un recuerdo de caridad y ternura que me recordó a Marion; un brazo firme tendido cuando, como esta niña, aún no flotaba a orillas de la muerte hubiera podido conservármela. Quizá podría salvar ese dulce y bello tesoro, y entregárselo a alguien para quien ella era también el consuelo de la vida. En cuanto a las complicaciones, ¡qué le íbamos a hacer!

-Me la llevo.

-Tú mismo. – Brice se puso de pie en la borda-. ¡Eh, Tom! ¿Me oyes...? Liberad esta chalupa de sus guindalezas, ponedla a flote, vaciadla; y además, acércate un poco, toma, aquí tenéis camisas y calzas, ponéoslas. Voy a ver si encuentro más cosas. Antoine va a pasaros una mujer que ha encontrado. Despabilaos de una vez, en cuanto esté lista esa chalupa nos la llevamos a remolque.

Cuando nos fuimos, la mujer, ya vendada, se había dormido. Brice ocupó su puesto, hojeaba el libro descubierto en el camarote del capitán de la nave; se trataba del diario de a bordo. Mi amigo levantó la cabeza cuando a nuestra espalda los restos del barco desaparecieron de pronto en un gorgoteo.

**-Se llamaba la *Portuguesa* -dijo. Y al cabo de un rato añadió-: Esa jovencita, si te interesa saberlo, se llama doña Soledad de Arumna y Merques. Es huérfana, viajaba con su hermano. Has conseguido un buen botín.**

**¡Un buen botín! Contemplé a la hermosa Soledad, desmadejada, mucho más impresionante aún con su frente herida y sus pálidos labios. Sacudida por sobresaltos, inconsciente, se abandonaba en mis brazos. Me invadió un sentimiento de compasión por la pobre muchacha. Bajo la Cruz del Sur que titilaba, en medio de la monótona melancolía del viento silbando entre las velas, me sentí horrorizado por mis años rebeldes, tan vanos como estériles. Hacía mucho que el odio a los hombres se borrara en mi corazón; en su lugar sólo había indiferencia. Pero ahora, al entrar en contacto con aquella niña cuya vida dependía de mí, la atávica fraternidad entre los seres humanos conmovía mi árido corazón.**

**Avistamos Cumaña dos días después, al amanecer. Doña Soledad estaba casi recobrada de la violenta conmoción que había experimentado en la *Portuguesa* cuando, al salir precipitadamente de su camarote, se vio envuelta en un torbellino de humo y fuego. Emergió alelada, embotada, del sueño que se apoderó de ella después que la acosté en nuestra embarcación. Había dormido durante dos días y una noche con breves interrupciones, en realidad no volvió en sí hasta que la tierra brotó entre las brumas del alba acompañada por el sol. Me costó obtener de ella algunos detalles del siniestro que Brice quería saber. Las imágenes de aquella trágica noche habían impresionado las facultades de la joven de manera tan intensa y confusa a la vez, que no lograba poner en orden sus ideas. Llegué a la conclusión de que, arrancada del sueño por un tumulto inexplicable, se había vestido atropelladamente para salir afuera. En cuanto transpuso la puerta, se vio envuelta en el incendio.**

**-¡Oh, aquellas lenguas ardientes, aquel humo que me asfixiaba!  
¡Grité con todas mis fuerzas!**

**Su hermano la oyó, la cargó y la llevó a un sitio seguro en el castillo de popa.**

**-El fuego no llegaba hasta allí, sólo caían pavesas, la noche estaba toda iluminada. Unos hombres gritaron que la tripulación se había ido,**

que había que buscar una chalupa y echarla al agua. Yo era la única mujer a bordo.

-¿Vuestro hermano se fue?

-Sí. «Espérame, no tengas miedo», me dijo internándose en la humareda. Sólo lo entreví un instante, en medio del chisporroteo, y ya no volví a verlo. ¡Oh, Juan, Juanito! Era todo lo que tenía en el mundo.

-Seguramente lo encontraremos allí adonde vamos -le dije para calmarla.

Por la descripción que me hizo de él, sabía que nunca más lo vería, ya que se trataba del ahogado de la chalupa. Feliz ella que aún ignoraba su final.

-¿Entonces fue el mástil lo que se cayó?

-Sí. Yo estaba esperando allá arriba, quería bajar, pero tenía miedo de que Juan no me encontrara en aquel caos. ¡Tenía miedo, Virgen santísima, cuánto miedo! De pronto, en lo alto de la noche, oí un crujido como un alarido terrible y vi caer sobre la cubierta una pirámide enorme. Quise retroceder, tropecé, sentí un gran golpe en la cabeza...

Se detuvo jadeante.

-¡Vamos, vamos, ya ha pasado todo, señora, ya no hay nada que temer!

Tomé sus manos entre las mías; ella me dejó hacer, calmándose poco a poco.

Atando cabos supe lo que me faltaba por conocer de la historia de doña Soledad. Su madre había muerto hacía poco; su padre, oficial del ejército español, había caído durante la guerra de Sucesión. Al quedarse solos en el mundo, su hermano y ella pagaron un pasaje en la *Portuguesa* para trasladarse a una pequeña hacienda en el sur, único patrimonio que poseían; él confiaba en que la haría prosperar. A juzgar por lo que pude comprender, el orden brillaba por su ausencia a bordo de la nave. El capitán era un borracho; la tripulación hacía lo que le venía en gana. El incendio debió de declararse de resultas de alguna negligencia y, abandonando a los pasajeros a la buena de Dios, los marinos más o menos borrachos se precipitaron a la primera chalupa para huir.

-¿Y ahora qué va a ser de mí? ¡No tengo a nadie, no tengo dinero...!

**-Pues bien -le dije-, no se preocupe más de la cuenta, doña Soledad. Ya está de regreso a Cumaná. Esa línea que se ve allí es tierra. Dentro de cinco horas atracaremos; si quiere quedarse algún tiempo conmigo, yo me ocuparé de usted. Soy inmensamente rico, no tema, no será una carga para mí.**

**»Y además -añadí-, yo también soy una especie de náufrago; tenemos que ayudarnos mutuamente. Ya que el destino ha querido que la salvara de ese naufragio, no seré yo quien la abandone ahora. Además, usted puede sernos muy útil, a mis amigos y a mí; basta con que declare que nosotros éramos pasajeros de la *Portuguesa* cuando usted subió a bordo. Más tarde le explicaré el motivo de esa mentira. No es nada grave, se lo juro, pero gracias a ese pequeño embuste nuestra deuda de gratitud será más grande que el agradecimiento que merecemos de su parte.**

## **CAPÍTULO II EL DON DE LA GRACIA**

**Nuestra instalación en Cumaná fue fácil gracias a las informaciones descubiertas por Brice en el diario de a bordo de la *Portuguesa*. Él y yo éramos dos caballeros franceses en viaje de placer, cuyos nombres figuraban en la lista de pasajeros, acompañados por nuestro criado, también francés. El criado era Michault Cul d'Oue.**

**Merced a esas credenciales nos trataron con gran consideración (cortesía de la que yo hubiera podido prescindir), lo cual nos valió la atención de los funcionarios del virreinato.**

**En las posesiones españolas de ultramar, la corona está representada por los virreyes. En Cumaná,\* la isla más importante del mar de las Antillas,\*\* reside el virrey de esa región insular cuyo palacio levanta, entre la playa y la ciudad, su blanca fachada porticada en medio de encantadores jardines. Rodeados por rejas doradas espléndidamente forjadas, esos jardines se prolongan hasta lo que los nativos llaman «Jardines sobre el mar» porque, enmarcando una perspectiva de gigantescos manzanillos cerrada por el palacio, sobresalen por encima de las aguas verdes en dos terrazas de mármol y azulejos formando la punta extrema de la isla.**

**\* Cumaña es a la vez el nombre de la isla española más grande de las Antillas y la capital de esa isla, la ciudad de Cumaña. En pleno desarrollo a mediados del siglo XVII, esta población ya contaba con cerca de cien mil habitantes en la época en que se sitúa el relato.**

**\*\* Como se sabe, la más grande de las Antillas es Cuba. Por consiguiente, todo parece indicar que la nota anterior es una licencia literaria. (N. del T.)**

**El virrey es tan todopoderoso que los simples mortales sólo lo ven, durante las grandes solemnidades, pasar de lejos en su carroza en medio de una pompa y un lujo asiáticos. En las relaciones de la corona con sus súbditos, está representado por un secretario casi tan poderoso como él.**

**Ese personaje fue quien se ocupó de nosotros inmediatamente después de nuestra llegada. Una carta con una cinta de seda roja, traída casi procesionalmente por un sargento de la Santa Hermandad, nos convocó al palacio. Un empleado nos recibió, a Brice y a mí, en las dependencias del virreinato, luego nos dejó en manos de un ujier detrás del cual llegamos a un imponente salón donde unas columnas salomónicas brotaban como árboles de mármol, azulejos y oro.**

**Nos abrimos paso en ese bosque de relumbres como si fuéramos tres minúsculas barcas perdidas en la inmensidad del mar. El ujier con librea de galones dorados nos condujo al fondo de la sala, donde nos hizo subir una escalera entre dos pasamanos con volutas. Había que dar tres pasos en cada escalón antes de ganar el siguiente peldaño. Cuando llegamos a una galería que me pareció labrada en ónice, salpicada de hornacinas en forma de concha ocupadas por estatuas, el ordenanza llamó a una puerta de una manera particular y giró sobre los talones. La puerta se abrió y apareció un negro con una golilla de tafetán negro y un ceñido jubón negro, con los cabellos negros muy cortos; nos saludó y se hizo a un lado para dejarnos pasar.**

**Entramos en un corredor oscuro, al final del cual había otra escalera, más sencilla que la anterior y tan estrecha que debió ser practicada en el espesor de un muro. Otra puerta en el último rellano. El negro la empujó, nos hizo pasar, saludó y se fue. La estancia donde ahora estábamos era alargada, de puntal bajo, tapizada de cajas repletas de expedientes, escalonadas a modo de casilleros en los estantes**

de ébano tallado. El techo artesonado parecía ser de la misma madera. Al final de ese despacho, una vasta mesa iba prácticamente de una pared a la otra, con unas patas retorcidas en espiral también de ébano; en cuanto a su superficie, no pudimos distinguir de qué madera estaba hecha ya que desaparecía debajo de una extraordinaria acumulación de cartas náuticas en rollos coronada por el mapamundi más grande que yo viera hasta entonces. Una canasta llena de cuadernillos de papel atados por medio de cordones ocupaba toda una esquina de la mesa. El conjunto estaba iluminado por dos ventanales que subían desde el suelo hasta el techo. Por la que estaba más cerca, vi allí abajo los jardines del virrey. Junto a una fuente de mosaicos, había dos damiselas sentadas en el césped. Reían jugando con unas *araracas* rojas y azules que revoloteaban entre los grandes vuelos abombados de sus vestidos rosa y oro viejo.

Abrí la boca para preguntarle a Brice qué pensaba de todo aquello, pero con un codazo en las costillas me obligó a cerrarla. Al mismo tiempo, con un gesto del mentón me indicó la segunda ventana. Entonces vi allí, sentado ante una mesita portátil, a un homúnculo que escribía. Parecía extremadamente pequeño, con una figura escuálida y ojos invisibles detrás de los quevedos espejeantes. La peluca estaba a su lado y su calva relucía. Otro chupatintas. El gnomo se irguió soltando la pluma, el Toisón de Oro colgaba de su cuello. Se subió las antiparras a la frente y nos descubrió.

-¡Oh, señores, señores, lo que he hecho no tiene perdón!

Saltó de su asiento (saltar no es una exageración, pues estaba sentado encima de dos libros que lo elevaban a la altura de la mesita) y acudió rápidamente hacia nosotros invitándonos a tomar asiento en unas sillas, afable, ridículo con su calva pulida como un huevo. Los quevedos, siempre a la altura de su frente, acentuaban su aspecto de insecto.

-¿Los señores De Giard y D'Autremont? – dijo con tono amable.

El codo de Brice rozó otra vez mis costillas.

-Sí, Excelencia -respondió-. Éste es mi amigo, el conde Henri de Giard. Yo soy Louis D'Autremont.

El secretario volvió a subirse sus antenas, quiero decir sus gafas, que resbalaban hacia abajo. Como una flecha, recibí la mirada de sus

**ojos penetrantes, inquietos, y acto seguido, sonrió con urbanidad.**

**-Señor conde, señor D'Autremont, don Guzmán se honra en deseáros la bienvenida. Ya habíais pasado por Cumaná, pero sin bajar a tierra, ¿verdad?**

**-No -confirmó Brice-, la *Portuguesa* sólo fondeó en el puerto.**

**-Entonces casi me alegro de ese accidente que nos ha traído a dos caballeros franceses. No sabría deciros cuánto nos complace veros a salvo del desastre de esa desafortunada *Portuguesa*.**

**Hablaba francés con un acento muy pronunciado. La voz era aguda pero dúctil, y articulaba con destreza. Nos pidió que le diéramos algunos detalles sobre el siniestro. Él poseía el informe del capitán del puerto que nos había recibido, pero tenía curiosidad por saber más.**

**Brice repitió el relato que doña Soledad nos había hecho.**

**-¡Ah, incendiado... incendiado... por negligencia del capitán! ¿Así que, señor D'Autremont, no se trató de un acto de piratería?**

**-En absoluto, Excelencia. – Sí. Muy bien, muy bien. Figuraos, señores, estos mares están infestados de piratas. – ¡Oh -dijo Brice quitándole hierro al asunto-, ellos no tienen el monopolio del mar! En nuestro país la horca da buena cuenta de esos pillos. – ¡La horca! sí, sí. Aquí es el garrote. El garrote, como sabéis, es excelente. – Haciendo el gesto de apretar alrededor de su cuello un aro de hierro imaginario, soltó una carcajada-. ¡Ah, señores, qué conversación! Tenéis todo el derecho del**

**mundo a reprocharme este recibimiento. Espero que la estancia en Cumaná sea de vuestro agrado. ¿Pensáis quedaros mucho tiempo? He sabido que habéis alquilado el palacio de la Huelga. Es una señal de vuestro buen gusto. Jugeteaba con el vellocino de oro en miniatura que colgaba sobre su chaqueta de un verde más claro que el tafetán**

**tornasolado de su jubón. Cuando volvió a ponerse de pie, me pareció mucho más insecto todavía, mucho más inquietante aún. No me gusta la gente demasiado diplomática, menos aún cuando esa cortesía no sabe disimular su curiosidad. Aquel ser era inmoderado en todo: demasiado pequeño, demasiado obsequioso, demasiado informado, demasiado curioso, demasiado singular. Nos pusimos de pie al mismo tiempo que el secretario. Una vez más nos colmó de alabanzas a la manera española, enfático y prolijo.**

—Señores -concluyó-, para mí sería un honor que me considerarais como uno de vuestros amigos. — Se lo agradecemos inclinándonos para despedirnos. Dio unos pasos con nosotros hacia la puerta, y de golpe, saltó: A propósito, ¿no os habéis encontrado en el curso de vuestras peregrinaciones con el navío de cierto capitán, un tal Flint?

—Flint... -exclamé. — ¿Ese nombre te dice algo, Henri? — cortó Brice con un tono indolente. — Claro que sí, veamos, estábamos en... ¿cómo se llama ese puerto...? ¿Galapas? Estábamos en Galapas cuando su

tripulación saqueó un convento en aquella ciudad. ¿No te acuerdas? — Vagamente, hace tanto tiempo de eso... -Poco más de un año -dijo don Guzmán-. Tenéis buena memoria, mi querido conde. — ¿Habéis arrestado a ese pirata? — ¡Desgraciadamente no! Pero tenemos a uno de sus hombres, un tal Ballater. — ¡Bravo -felicitó Brice-, eso ya es algo! ¡Ojalá pronto estén todos ahorcados... o agarrotados, Excelencia! — Es el único desenlace que espera a esos caballeros de fortuna al final del camino, mi querido señor D'Autremont. — Si es que se dejan coger -concluyó Brice con un saludo cortés. Don Guzmán nos obligó a prometerle que pronto volveríamos a vernos.

---

—No me gusta nada ese enano inquietante; me pregunto qué es lo que sabe. Tengo la impresión de estar en sus manos como el ratón entre las garras del gato. — ¡Bah -dijo Brice-, es tu conciencia que no te deja tranquilo! No puede saber nada de nosotros.

—Pero entonces ¿por qué nos hizo esa pregunta? — Por pura casualidad, o porque estaba tratando de sonsacarnos información. Probablemente ese viejo diablo de Flint los ha puesto a rabiar, y ellos sonsacan a todo el que llega.

—En cualquier caso, han cogido a Ballater.

—No llevaré luto por él.

—Yo tampoco, pero deberíamos fletar una nave, regresar al cayo, recoger el resto del tesoro y largarnos cuanto antes de estos parajes.

Brice montó en cólera con esa violencia repentina siempre latente en él. Desde nuestra llegada a Cumaña se irritaba con más facilidad que antes.

—¡Me importa un bledo el tesoro! ¿Me entiendes? ¡Que me lleve el diablo si me voy de aquí antes de... pues sí, antes de haber hecho lo que

tengo que hacer aquí! Es mi problema, y a nadie le importa. Si estáis desesperados por coger vuestros diamantes, podéis haceros a la vela sin mí.

—Tú eres nuestro capitán -dijo suavemente.

—¡Bonito capitán, a fe mía! Tienes razón -aceptó con amargura y calmándose-. Hay que irse de aquí. Yo no quiero hacerlo, ¿lo entiendes? Escucha, Antoine, olvídate del tesoro, eres bastante rico. Llévate a esa jovencita, regresa con ella a Europa. Allí nadie te conoce, viviréis felices, libres y tranquilos. Habrás conseguido lo máximo a lo que se puede aspirar.

—¿Y tú? ¿Y los otros?

—¡Oh... los otros! Nombrarán capitán a Tom e irán a desenterrar el resto de las piedras preciosas, como unos perros codiciosos.

—Brice, Brice, estás despotricando de nuestros amigos, ya no parece querernos. Ellos confían en ti, en nosotros. No, no me iré solo con Soledad. El destino nos ha unido, y seguiremos unidos hasta que cualquiera de los dos quiera separarse para comenzar una nueva vida.

Brice miraba al suelo.

—Eres un verdadero zángano, muchacho -dijo finalmente-. Pero estás equivocado. Estás equivocado porque nosotros no podemos cambiar. Tú eres un hombre de bien metido en la piel de un bandido. Nosotros somos auténticos bandidos; si a veces sufrimos alguna crisis sentimental, en ciertas circunstancias, no hay que dejarse engañar; en lo más hondo de nosotros permanece arraigada la fiebre del bandolerismo. Recuerda lo que comentamos hace algún tiempo, que nadie puede cambiar su destino. El viejo Michel es un poco como tú; haz lo mismo que él, déjanos a nosotros seguir el dictado de nuestros instintos.

Me encogí de hombros mientras observaba, con el rabillo del ojo y a través de la ventana de doble medio punto, los reflejos de la luz en los mosaicos del patio. Los rayos del sol pasaban a través de las palmeras, y sus largos y dorados dedos incendiaban los baldosines taraceados de vidrios de diversos colores. La sombra de las pencas agitadas por la brisa procedente de la laguna le comunicaban a esos dedos de luz unos temblores, una oscilante reverberación en vaivén. Estábamos en la sala principal de nuestra bella residencia, cuya fachada se alzaba, con sus arcos mudéjares y sus columnitas, frente a la laguna de la Huelga. Por detrás, la casa se prolongaba en un extenso jardín de mimosas y rosas. Toda la punta de la isla está ocupada por señoriales mansiones de ese estilo, que allí llaman

*palacios*, dispuestas frente al mar en la primera línea de playa, o por la parte este, frente a las arenas de la laguna. En esa zona sólo hay deslumbrantes residencias, auténticas joyas de la arquitectura hispanoárabe, estilísticamente trabajadas como si fueran encajes, ornamentadas con loza esmaltada, y rematadas por azoteas o tejados rojizos. Un ancho paseo, la Alameda del Mar, se bifurca en dos ramales rodeando el palacio del virrey. Subiendo desde los jardines sobre el mar, la alameda separa esos islotes de fastuosas viviendas con sus arboledas y sus flores mientras asciende suavemente hacia el centro de Cumaná. Al fondo de la laguna, el puerto extiende sus muelles siempre animados por un bosque de velas en vaivén.

Al llegar a las aguas de la isla, nuestros hombres se habían dividido en dos grupos. Brice, Soledad y yo, junto con Michault Cul d'Oue convertido en mi criado, habíamos pasado a la chalupa de la *Portuguesa*, hasta entonces arrastrada a remolque. Los demás se desviaron, en nuestra estrambótica embarcación, para ir a atracar mucho más al norte de la ciudad, en un lugar desierto donde debían hundir la piragua. Nosotros navegamos resueltamente hacia el puerto. La chalupa fue reconocida enseguida; los curiosos se apiñaron y un auténtico cortejo nos acompañó hasta una hostería donde el capitán de puerto, informado de nuestra jerarquía, se dignó a venir personalmente a tomarnos declaración. Soledad confirmó nuestra versión. Todo salió a pedir de boca. Por lo demás, no podía ser de otro modo, porque aun en el supuesto de que el capitán y los marineros fugitivos hubieran llegado a Cumaná, cuando se enterasen del regreso de sus pasajeros, evitarían presentarse para no tener que responder por su cobarde conducta.

No podíamos quedarnos en la hostería. Encontrar un barco para regresar al cayo llevaría tiempo y diligencias. Brice no parecía tener prisa por emprender esas gestiones. El hostelero, probablemente intuyendo que íbamos a irnos (era un judío portugués), resolvió sacarnos el máximo de provecho. Le propuso a Michault una residencia disponible con mayordomo incluido, es decir, todo lo que exigía el estilo de vida de nuestras señorías. El trato se cerró a un precio ruinoso, puesto que el temperamento de los personajes que fingíamos ser implicaba que nos dejáramos timar sin preocuparnos. Dos diamantes vendidos en la tienda de otro judío, quien también nos robó, nos permitieron hacer locuras. Nadie puso en tela de juicio nuestra nacionalidad ni nuestra categoría. Así compramos un *palacio*,

caballos, perros (grandes lebreles caribes, finos como gaviotas), unos esclavos cimarrones,\* criados mestizos y moros, y un séquito de damas de compañía para Soledad. Una alargada figura aceitunada, con un retorcido bigote de puntas acaracoladas y tiesas a fuerza de pomada, hacía trabajar a toda esa gente. Promovido a la dignidad de secretario, Michault vigilaba desde lo alto, desde muy alto, a unos y a otros.

\* Siempre perseguidos, los esclavos cimarrones no vivían en las ciudades, sino refugiados en los montes buscando la libertad. (*N. del T.*)

Cada vez que comparaba todo ese lujo con lo que habíamos sido, sonreía para mis adentros. A veces pensaba, no sin una fugaz melancolía, en nuestro magnífico Michel, que ahora debía de estar recogiendo su cosecha de frijoles colorados o preparando el ahumadero para salar las carnes. Pero, aquel ambiente de suntuosidad coincidía a las mil maravillas con la distinción de Soledad, como si fuera su marco natural, algo imprescindible. Y como yo la amaba, me dispuse a amar esos oropeles, ese fausto que me elevaba por encima de mi naturaleza.

Yo la amaba, sí; la amaba a la vez como se quiere a una niña que necesita protección, y como a un ser superior a mí, un ser del que me sentía indigno, y todo simplemente porque era exquisita, porque su presencia, su voz y sus gestos cantaban en mi corazón toda la alegría del mundo. El recuerdo de Marion, al que los años transcurridos sólo habían borrado los dolorosos matices, se transfería en mi alma a esa niña encantadora que no se le parecía en nada, pero en quien yo encontraba, mucho más perfecto y vivo (sí, vivo, lo confieso), todo lo que había perdido cuando perdí a Marion. Amaba a Soledad tanto o incluso más de lo que había amado a Marion. Lo único que deseaba de ella era su mirada, su sonrisa, estrecharla algún día entre mis brazos, besar su sien frágil y nacarada. No me atrevía a desear nada más... Ella era feliz conmigo. Los reflejos animaban sus bellos ojos con un azul oscuro y profundo, e inclinaba la cabeza con la gracia de una paloma para agradecerme mi amistad. Su ternura siempre encontraba la manera más encantadora de hacerme sentir su gratitud. Yo no sabía qué inventar para multiplicar su alegría.

Las sombras empezaban a invadir el patio; la primera estrella apareció en el cielo aún pálido, entre las enramadas del jardín. Me separé de la ventana donde acababa de entregarme a mis ensoñaciones. Sentado en un

arcón, con el dorso de la mano sobre los ojos, Brice también soñaba. Me acerqué a él.

—¿Y bien, qué vamos a hacer?

Se enderezó, me miró a la cara.

—Escucha -dijo-, hablemos francamente. Tú sabes por qué quiero quedarme.

Incliné la cabeza asintiendo.

—Dame un poco de tiempo. Voy a buscarla en los únicos lugares adonde todavía no he ido.

—¿Qué quieres decir?

Estiró los brazos y salió a contemplar el cielo.

—Ha llegado la hora que esperaba. Voy a bajar a los barrios bajos de la ciudad. Se oyen muchas cosas en los muelles, en los tugurios del puerto, allí sabré más cosas que...

—Sí, pero no irás muy lejos con esa vestimenta -le dije dándole un capirotazo en la camisa de seda abullonada y en su casaca sin faldones, salpicada de pequeños rubíes.

—Michault me ha dado todo lo necesario. Sin olvidar esto -añadió sacando del cinto un gran cuchillo, manejable,

ligero, maravillosamente preciso. — Supongo que no quieres que vaya contigo. — No, muchacho. Me golpeó el hombro con dos o tres puñetazos amortiguados, últimas caricias de nuestra amistad. — *Vaya usted con Dios* - le dije en mi precario español, porque no me atrevía a pronunciar semejantes palabras en

nuestro idioma. Pero él no me escuchó, miraba al fondo de la sala donde la noche era la dueña. — ¡Hola! — exclamó-. ¿Quién está ahí? — ¿Su Señoría? — respondió la voz obsequiosa de Gómez. El mayordomo salió de las sombras. — ¿Qué hacías ahí? — le preguntó Brice ásperamente. — Venía a avisar a Su Señoría don Giard que doña Soledad lo espera en el salón de mármol. — No me gusta la gente que no hace ruido al caminar, ni los que asoman las orejas en la oscuridad, métase eso en la

cabeza, señor mayordomo. ¡Hala -dijo volviéndose hacia mí-, vete y olvídate de mí! El gabinete de mármol era el lugar favorito de Soledad. Las delicias del jardín, adonde daban sus grandes ventanales, se mezclaban con el frescor de la piedra pulimentada y la profundidad glauca y líquida de los

espejos empotrados en las paredes. En el centro, un estanque recibía las aguas murmurantes de la fuente. De vez en cuando, bandadas de palomas torcaces o de papagayos atravesaban la habitación, o bien era un pavo real de las islas, familiarizado con los lebreles adormecidos sobre las baldosas, el que venía a pasear entre ellos su abanico de plumas oceladas en verde, azul y dorado. Soledad me esperaba cerca del estanque enrojecido por el crepúsculo, sentada en sus cojines, rodeada por los pliegues de un lujoso vestido que yo le había regalado aquel mismo día. El escote dejaba al descubierto sus hombros acariciados por los encajes. Un collar de perlas y un ramo de pequeñas flores nacaradas en el pelo engalanaban su gracia repetida en los múltiples espejos. Me recibió con una sonrisa, menuda en su elegante vestido rosado con blondas doradas.

—¡Ved, señor, cuan bella habéis hecho a vuestra doncella! ¿Cómo puedo daros las gracias? — dijo.

—¡Soledad! Sois más bella que todo lo que yo pueda regalaros. ¿Acaso no lo sabíais? Sois vos quien embellecéis esta gala. Si sois feliz, tengo todo cuanto deseo. Con un gesto impulsivo, me cogió la mano y quiso llevarla a sus labios. No pude evitar retirarla bruscamente; mi mano

mancillada, asesina... —¡No, eso no! — exclamé. Se quedó contrariada. — Señor, ¿he cometido algún error? ¿Ya no me amáis? Una ola barrió en mí cualquier vestigio de resistencia. — Os amo; no hay nada que ame tanto como a vos, Soledad. Os amo mil veces más que a mi propia vida. Si tuviera que

morir ahora mismo, sólo lo lamentaría por vos. Ella había apoyado su cabeza en mi pecho. Yo veía esa maravilla: su rostro risueño, sus ojos llenos de mi imagen, sus labios entreabiertos, toda la luz de sus ojos, de su boca. Y me incliné irresistiblemente sobre ese espejismo enloquecedor que no se desvanecía, que no se desvaneció cuando mis labios llegaron a él. Sólo se le escapó una especie de gemido dejándose estrechar contra mí; pasó un brazo alrededor de mi cuello. Pero yo me separé de ese abrazo, tenía que tener el valor de apartarme de ella.

—¡Soledad, estoy loco! Perdonadme. No tengo derecho a... vos no podéis amarme.

Con la cabeza entre las manos, me dejé caer en el banco de mármol que resbalaba a lo largo de las paredes. Inclinado al borde del abismo de mi indignidad, sentí unos dedos ligeros rozando mi frente, mis cabellos.

—Antonio -dijo ella-, Antonio mío, ¿qué puede ser tan terrible que me impida amar a mi dueño y señor?

Me embriagaba con su dulzura. ¡Aquellas caricias como un temblor de alas sobre mi ardiente cabeza!...

—Soledad, salgamos de aquí. Venid. Vayamos a los jardines. Os prometí llevaros a los jardines sobre el mar. Vayamos. No me miraréis, apartaréis vuestros ojos de mí, porque de lo contrario no tendré valor. Muy a pesar mío, os diré quién es el hombre despreciable que vos osáis amar.

De ese modo aplazaba el instante de alejar para siempre de mis labios aquella copa de frescor y pureza. Dicen que los suicidas, cuando se arrojan al agua, se aferran por instinto a las hierbas de la orilla buscando en ese recurso un consuelo imposible. Así, cabalgando al lado de Soledad, que iba echada en uno de esos blandos carruajes (especie de concha de Venus de mimbre que este clima ha inventado para pasear las languideces de sus mujeres), yo retenía cada instante que se me escapaba entre los dedos como el agua. Ella esperaba ansiosa, un poco tensa, pero con entereza. Aún tenía fuerzas para seguir siendo coqueta. Cuando pasamos despacio por debajo de una bóveda de jazmines, cuyas ramas rozaron los cojines, me sonrió mientras recogía uno de esos ramilletes perfumados para ponérselo en la cabellera. Yo cerré los ojos para grabar en mi memoria aquel gesto y su sonrisa, sus últimos dones. Ella me tocó la rodilla.

—Ahora, Antonio -dijo.

Entonces, incapaz del sacrificio que la pureza de mi amor había deseado, cobarde una vez más, le mentí. Inocente, mentí inventándome los detalles de un crimen que no había cometido. Culpable esta vez, ¡y cuán culpable!, mentí omitiendo el profundo horror de mis verdaderos crímenes. Confesé mi vida de réprobo, mi nacimiento, mi desdicha, mi fuga, mis compañeros, el origen de nuestra riqueza. Confesé que había matado, que por culpa de mis manos se revolvían los esqueletos en la eterna tumba de arena movediza. Confesé la sangre derramada, pero callé el regodeo en la crueldad de la carnicería, la innoble embriaguez de la venganza, el sobrehumano delirio de la saña...

Bruscamente me volví hacia Soledad.

—¿Ahora comprendéis, doña Merques, por qué vuestra mano no puede tocar la mía?

Soledad se tapó los ojos con las flores recogidas hacía un rato. El carruaje rodaba lentamente; yo la seguía, balanceado por el movimiento de mi caballo.

Las manos de Soledad descendieron descubriendo unos ojos llenos de lágrimas. Entonces apretó en su boca el ramillete de jazmines; y luego, con un gesto intenso y dulce a la vez, lo besó.

—¿Soledad? — exclamé, conmovido por la esperanza.

—¡Sí! — murmuró ella inclinando la cabeza—. ¿Qué me importa todo eso? Yo sé que eres bueno.

Inclinándome en mi silla, la saqué del carruaje y picando con la espuela a mi caballo, galopé a través de la sombra de la alameda, llevando a Soledad hasta la playa en un arrebató victorioso. Los cascos de mi alazán volando en los copos de las olas levantaban chorros de espuma. Envuelto en una gloria de espuma de oro, en un vértigo de júbilo, yo me llevaba el maravilloso premio de la mentira. Apretados sobre el corcel encabritado y con las crines al viento, flotamos en un abrazo que se elevó entre el mar y la noche.

Así cabalgamos durante mucho tiempo. Luego detuve mi bestia temblorosa. Depositando a Soledad en la arena, me arrodillé a sus pies. Y entonces mezclamos nuestros alientos y nuestras declaraciones de amor.

---

**El carruaje se quedó en el lugar  
donde lo habíamos dejado. Cuando  
volvimos a verlo, nuestros ojos  
rieron; ya no era más que un  
recuerdo. El cochero, un esclavo  
tranquilo, se había limitado a  
arrimarse a la acera; dormía mientras  
los caballos,**

con belfos indolentes, ramoneaban entre las ramas y la hojarasca.

Volvimos a la Alameda del Mar, iluminada por los candeleros, atestada de carruajes de lujo y viandantes. A esa hora del fresco, la vida de la ciudad se concentraba en ese edén de flores, mármoles, surtidores y mosaicos. Incorporados a una cola, subimos lentamente. Yo cabalgaba junto al

carruaje, con la mano de Soledad en la mía. Sólo nos veíamos a nosotros mismos. De golpe sentí la bota de un jinete frotar mi pie; se trataba de un caballero de alta estatura que nos adelantó. Llevaba en la mano un ramillete que lanzó dentro del carruaje saludando con bastante gracia. Cuando se volvió hacia mí, a pesar del cambio que le daba a su aspecto aquel traje tan elegante, reconocí a Frémin Cotard. Antes de lanzarlo, me había mostrado discretamente el ramo, tras lo cual picó a su caballo y se esfumó.

El ramo de flores de Frémin Cotard contenía un mensaje. En ese billete, con la torpe caligrafía que tanto me había costado enseñarle, Tom Hawkins nos anunciaba que había encontrado a la tía Encarnación. ¡Diablos, eso no me lo esperaba!

«Ven con Brice al Alcázar -escribía- mañana a las siete de la tarde. Allí os lo contaré todo.»

Era evidente que no había sabido extenderse en su rústica escritura. ¿Por qué tantas complicaciones y rodeos? ¿Por qué Frémin no había venido simplemente a nuestro palacio? ¿Por qué acudir a buscar a uno de nosotros en los jardines sobre el mar, donde había muchas posibilidades de encontrarnos, ya que el papel que representábamos exigía nuestra presencia a esa hora entre la gente elegante de Cumaná, pero donde también se corría un riesgo muy grande de ser descubiertos? Y, por último, ¿por qué Frémin no quiso entablar conversación, como si un ojo nos espiara constantemente?

Ignoraba qué había sido de Tom y los otros amigos desde que nos habíamos separado. El ramillete y la nota eran las primeras noticias que teníamos de ellos. Más de una vez Georges Nightingale había expresado el deseo de emplear su parte del tesoro, o por lo menos algo del dinero en comprar una hacienda. ¿Habría realizado ese sueño?

No me gustan los misterios, y a partir de aquella noche tuve nuevos motivos para recelar todavía más de toda esa sombra que se movía alrededor de nosotros. Le daba una y mil vueltas en la cabeza a una serie de ideas desagradables cuando iba a comunicarle a Michault Cul d'Oue el contenido del mensaje, pero no lo encontré en su aposento. Fue él quien me despertó al día siguiente por la mañana.

—Vaya, anoche te fuiste de juerga-le dije riendo.

Tenía un aire sombrío.

—¡Ah, deja de reírte! — refunfuñó-. Aquí hay algo que no huele bien.

—¿Qué? ¿El buqué del ron no fue de tu agrado? ¿O hay que subirte el sueldo?

Se encogió de hombros, desdenando mis bromas.

—Gómez nos espía -informó bajando la voz-. Cuando Brice se fue anoche, lo hice salir por la pequeña puerta que da a la laguna, y luego atravesé el jardín para regresar. En ese momento abrieron y volvieron a cerrar la puerta. Muy despacio, pero lo oí. Entonces regresé y vi a tu Gómez escabullirse a lo largo de la pared siguiendo a Brice de lejos. Lo primero que se me ocurrió fue regalarle un poco de esto -tocó su cuchillo en el cinto- para enseñarle a no ser tan entrometido, luego preferí seguirlo. Durante toda la noche no perdió de vista a Brice. Al amanecer regresamos, en fila india, uno tras otro. Eh, ¿qué te parece, boss?

Pensé en don Guzmán, que sabía tantas cosas de nosotros. ¡Vaya, vaya!

—Muy bien, Michault. Sigue vigilando a ese mestizo miedica, pero no digas nada; ya sabremos jugarle una mala pasada.

Lo puse al corriente de las noticias de Tom Hawkins, y luego fui en busca de Brice. Dormía. Una crispación contraía aquel rostro que tantas veces yo había visto sereno en medio del peligro; hasta durmiendo conservaba un aire tenso, cansado. Lo llamé. Enseguida se incorporó.

—Mira lo que Tom nos ha enviado.

Le dejé leer el mensaje, luego le conté todo lo que había pasado. Fue de mi opinión, no decir nada, pero mantener vigilado a Gómez. ¿Había hecho algo la noche pasada que pudiera poner sobre aviso al mestizo?

—Nada. Deambulé por el puerto, por las tabernas, jugué con algunos de esos maleantes *callejeros*.

—¿Averiguaste algo?

—Nada. Que la *Virgen del Pilar* fondea aquí cada tres o cuatro meses, y otras menudencias que ya no tienen importancia porque Tom ha encontrado a la vieja.

—La *madre* Encarnación no es Mañuela.

Brice sonrió sin ganas.

—Ya la obligaré a decirme dónde está su hija.

—Si es que lo sabe.

—¿Para qué iba a venir desde Galapas hasta esta ciudad si su hija no estuviera aquí? ¡Vamos, hombre! Desembarcada aquí por la *Virgen del Pilar*, que la había recogido, Mañuela comprendió que Cumaña era un

teatro mucho más digno de su talento; y en vez de regresar a Galapas, hizo venir a su madre. De haber estado detrás de ella todo este tiempo, tampoco sabría decir cómo ha pasado todo esto. Lo único que sé es el lugar donde ahora ejercen su profesión, dónde y para quién Mañuela danza sus endiabladas seguidillas. Tengo que buscarla en su condenación eterna; probablemente hasta ahora no la he encontrado porque no he descendido lo bastante bajo.

Su boca era dura, sus ojos malvados. Lo miré con tristeza.

—¡Eso es lo que piensas...! ¿Y a pesar de todo la sigues queriendo?

—Todo el mundo no tiene derecho a una chica inocente y de buena cuna -dijo, huraño. Luego prosiguió en un tono menos arisco, acaso un poco avergonzado-: La amé de una manera cuando la tomaba por lo que no era; ahora que la conozco a fondo, la amo de otra forma que, al fin y al cabo, se corresponde mejor con lo que soy. Debajo de nuestras máscaras somos iguales, bandido y prostituta. Pues bien, ya que ella se vende, yo tengo suficientes riquezas para comprarla, y para que sea única y exclusivamente mía. — Su voz subía, mordía. Me despidió con un gesto-. Déjame. Quiero dormir hasta la hora de esa cita.

Salí lleno de tristeza. Le llevaría a Soledad un rostro preocupado cuyo ceño fruncido ella se encargaría de borrar enseguida. A su lado lo olvidaba todo. Ella me daba no sólo una vida nueva, sino un nuevo candor. Su gracia y su ternura hacían florecer en mí todas las virtudes que la adolescencia menosprecia y la madurez echa de menos como las más exquisitas disposiciones de ánimo para conseguir la felicidad. Mis años de aventuras no eran más que un período de prueba, del que salía preparado para disfrutar plenamente la dicha que me era dada. Todo en ella era alegría, hasta su silencio; todo en mí era gozo cuando la tenía entre mis brazos, acurrucada, como un pájaro, dulce y liviana como un maravilloso pájaro...

### **CAPÍTULO III EL ARCÁNGEL SE REENCARNA**

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

**El Alcázar de Cumaná es un lugar célebre en el mar de las Antillas. Puede decirse que todo el oro drenado en estas áridas aguas, a fuerza de sufrimiento y peligros, va a tintinear allí antes de dispersarse para volver a empezar de nuevo su eterno ciclo.**

**Esa enorme mezcla de caravasar con serrallo mira a la Alameda del Mar a través de los arcos mudéjares, por encima de los cuales brilla una ristra de cúpulas vidriadas. Del otro lado sobresalen las terrazas de mosaicos sobre el mar. Debajo de las arcadas de las fachadas hormiguea una muchedumbre bulliciosa de mercaderes. Después de la siesta, los elegantes ociosos acuden a las terrazas al aire libre, para escuchar, mientras beben *chicha* y sorbetes, a los cantores, los guitarristas, o para ver a las hermosas mulatas que bailan el bolero de moda en las islas. No hay nada de extraño en ello, lo que hace famoso a este monstruo de piedra, mármol, estuco, columnas, baldosas, frescos, adornos dorados, lozas vidriadas y esmaltes transparentes es el interior, su laberinto de salas, la mayoría de las cuales están formadas por telas de colores chillones tendidas de columna a columna: lonjas, mercados, zocos, salas de espectáculo, de juego, de baile, de banquetes, donde todo se vende, se cotiza, se entrelaza, se trama, se juega, se danza, se come, se bebe; toda una ciudad dentro de la ciudad, con sus calles y encrucijadas donde el vendedor ambulante apoya contra un mojón el canasto que lleva colgado al cuello con una correa de cuero, donde el *fraile* de humilde mirada se arrima al respaldo de una silla en busca de un jugador afortunado para desplumarlo. Los esclavos, portando en alto sus bandejas cargadas de manjares o botellas, se mueven en medio de esa muchedumbre lanzando silbidos y emitiendo sonidos guturales mientras los perros famélicos y voraces de las ciudades orientales corren zigzagueando y chillando por los puntapiés que no dejan de propinarles. Indolentemente, como si quisiéramos malgastar unos cuantos doblones, Brice y yo dábamos una vuelta por allí esperando a que Tom apareciera, cuando de pronto oímos a nuestras espaldas una voz que nos saludó:**

**-¿Los señores quieren probar suerte?**

**Era don Guzmán, embutido en un asombroso jubón de color muslo de ninfa emocionada.**

**-¿Y vos, Excelencia? – respondió Brice con una inclinación cortés.**

**-¡Oh, no, por Dios! Yo sólo me paseo. Para mí este lugar es un inagotable puesto de observación. Aquí estudio a los hombres. Aquí se encuentra uno con personajes muy curiosos. – Sonrió con una expresión indescifrable mientras frotaba la empuñadura de oro del bastón contra su mentón-. Por ejemplo -prosiguió-, fijaos en ese irlandés que pierde el importe de varios cargamentos sin inmutarse mientras aquel hombrecillo moreno que está allí, por cada pistola que gana se entrega a un arrebató de júbilo que sólo se justificaría de haber ganado un reino. Apostaría a que es un ligur. ¡Ah, señores, comparados con una mesa de juego, qué son esos espejos mágicos de los cuentos! Aquí el alma queda al desnudo. Ni los naipes ni los dados me interesan, pero me gustan los jugadores. Todos somos jugadores, ¿no es verdad? ¡Todos nosotros tenemos una partida pendiente! ¿Habéis visto en las terrazas al aire libre a las negras bailando al son del banjo? Es muy curioso... ¿Acaso las señas que hace aquel caballero van dirigidas a vosotros?**

**En efecto, hacía poco yo había visto a Tom Hawkins vestido con traje azul de corte militar. Sentado ante una botella de aguardiente de caña, fumando su pipa, trataba de llamar nuestra atención. Al saberse observado por el homúnculo que nos entretenía, adoptó otra actitud.**

**-¡Dios mío -exclamó Brice-, pero si es...! Perdón, Excelencia.**

**Corrió adonde estaba Tom y tuvo tiempo de abrazarlo varias veces, pegándole la boca a la oreja, antes de que don Guzmán y yo llegáramos hasta ellos sin la menor consideración por las reglas más elementales de urbanidad.**

**-Perdonad que me inmiscuya de este modo en vuestras efusiones, pero es que soy muy curioso -dijo.**

**-¡No faltaba más, aquí no estáis de más, Excelencia! – dijo Brice deletreando nítidamente el tratamiento honorífico-. Es un placer presentaros al capitán Hawkins. Ha tenido a bien acordarse de su amigo D'Autremont. Y este es el conde Giard; ¿no os acordáis de él, capitán?**

**-By Jove! Nunca olvidaré la travesía que hicimos juntos. En seguida os reconocí -prosiguió Tom de lo más serio pisoteándome el pie con su pata de marfil a modo de chanza-. Excelencia, soy vuestro más humilde servidor. Por favor, sentaos con nosotros.**

Nos instalamos alrededor de la mesa. Don Guzmán formuló preguntas con incansable afán. Parecían inocentes y sin relación alguna con nuestra situación actual, ni siquiera con las latitudes donde habían tenido lugar nuestras hazañas. A Tom le hablaba de Inglaterra; a Brice y a mí, de Francia, de París, sobre todo de Versalles, de la corte. Quería saberlo todo, absorberlo todo, y yo me daba cuenta de que dominaba el tema infinitamente mejor que nosotros. Dios mío, ¿adónde quería ir a parar aquel gnomo? Brice le hacía frente con una facundia y un manantial de invenciones que me dejaban boquiabierto. En un momento dado, no pudo dejar de exclamar:

-¡A fe mía, Excelencia, ni siquiera un caballero de cámara conoce mejor que vos los secretos de Versalles!

-¡Ni el Guardián de las Tres Puertas sabe tanto acerca de los misterios del Consejo de la corona, *by Jove*! -exclamó Tom-. Tendré que regresar a Inglaterra y volver a empezar mis estudios.

Al oír estos comentarios, tuve la impresión de que por un instante la máscara impenetrable de don Guzmán se desprendía. En la fugacidad de un relámpago, su astuto semblante resplandeció con esa bienaventurada voluptuosidad, esa embriaguez bovina que suele inflamar el rostro de los hombres cuando llegan a la cúspide de una orgullosa felicidad. Luego bajó los ojos, sonrió de nuevo con su afectada cortesía, misteriosamente. Y se quedó callado un momento, llevándose a la boca la empuñadura del bastón, sin dar ninguna señal de querer ahuecar el ala.

Transcurrió un tiempo que duró una eternidad. La bulla de las danzas al compás de los banjos frente al mar se había silenciado. Ahora resonaba una guitarra, se oían las palmadas marcando el ritmo de una ardiente cadencia española. Afable y finamente esculpido, don Guzmán sonreía chupeteando la empuñadura de oro.

Tom empezó a reírse.

-Sabéis -dijo-, me he encontrado aquí a esa querida señora... sí, la de Galapas, que tan buenos momentos nos hizo pasar.

-¡ Ah -profirió Brice-, me gustaría volver a verla! ¿Podemos ir a su encuentro?

-Creo que se pondrá muy contenta si puede visitaros en vuestra residencia.

**-Muy bien, capitán, podéis llevarla mañana; le ofreceremos una merienda, ella nos contará alguna de esas historias de las islas que tanto amo. Vivimos en la Alameda del Mar, al lado de la laguna. ¿Vendréis a vernos también, Excelencia?**

**¡Hábil, peligrosa maniobra! Claro que no, de ninguna manera, don Guzmán se excusaba. Y de nuevo, en un matiz de sinceridad trasluciéndose por debajo de la afectación de su voz, tuve la impresión de adivinar la verdad de ese hombre. ¿Qué clase de individuo era exactamente? No lo sabía; pero en cualquier caso, alguien privado de aceptar aquella invitación, una persona a la cual le estaba negada la satisfacción de una pasión más fuerte que ciertas convenciones.**

**No se movió de allí hasta que el «capitán Hawkins» se marchó, y tan pronto Tom se hubo alejado, nos hizo mil preguntas sobre él: en qué circunstancias había perdido su pierna, cómo remediaba esa incomodidad, qué travesía habíamos hecho juntos. Volvió al tema de Francia, interesándose por infinitos detalles acerca de la forma de vida y las costumbres en aquel país. Nos acompañó hasta la puerta de nuestra casa, y allí me preguntó qué tal estaba doña Merques. Irritado, le respondí, bruscamente y sin que viniera a cuento, que pensaba casarme con ella.**

**-¡Ah -dijo-, vaya...! Sí, sí, por supuesto. Esa jovencita debe de estarle muy agradecida. Es natural que estéis muy unido a ella por vuestro gesto tan generoso. Eso sin contar que ella es encantadora. Eso está muy bien, pero que muy bien. Es lo más lógico. Mi querido conde, estoy encantado de saberlo, y os felicito de todo corazón. – En efecto, tenía toda la apariencia de estar diciendo la verdad-. ¡Espero no haberos importunado demasiado, pero es que soy tan curioso! Mil gracias, señores, siempre a vuestro servicio.**

**Se despidió con una reverencia tan exagerada que nos enseñó su corta y delgada espalda.**

**-¡Mal rayo me parta!**

**-Y a mí también -dijo Brice-. En cualquier caso le hemos pasado a la tía Encarnación por delante de las narices y no se dio ni cuenta. A pesar de todas sus preguntas, dudo que esa miniatura de hidalgo sepa más ahora que antes.**

**-¿Acaso quería verificar si realmente somos franceses?**

**-No te calientes la cabeza y síguele la corriente. Si hiciéramos una lista con sus preguntas jamás terminaríamos. ¿Cómo saber si sospecha algo? ¿Cómo saber lo que sabe? ¿Cómo lo que no sabe? ¿Acaso fue a buscarnos al Alcázar o estaba allí por casualidad? ¿Quería impedir que habláramos con Tom? ¿Por qué hizo esto y lo otro? Etcétera, etcétera. No, gracias, no me voy a complicar con tantos interrogantes. Espera antes de actuar, y ya veremos.**

---

**Cuando Tom llegó, acompañado de la «querida señora» que lo seguía de mala gana, me pareció que el tiempo había dado un repentino salto atrás. Así la habíamos visto en el cuarto de arriba de su *bodegón*, en Galapas, y así seguía hoy, tremenda y repugnante.**

**-La pesqué en el pórtico de Santa Estela; la hemos tenido bajo llave hasta ahora -nos informó Tom-. Aquí la tienes, te la regalo, capitán. A decir verdad, hubiera preferido mandarla a paseo, pero tú no habrías sido lo bastante sabio para alegrarte de una cosa así. A fin de cuentas, cada uno es libre de hacer las locuras que quiera. ¡Qué le vamos a hacer! Sólo una cosa, puedo asegurarte que te engañará. En fin.**

**La *señora* afrontaba su aventura de una manera a la vez lacrimosa y altanera. Lo mismo entonaba un rosario de invocaciones hipócritas, en el que, como de costumbre, hacía desfilar a todos los santos del paraíso, que apelaba a sus relaciones en las altas esferas diciendo que se quejaría al «señor corregidor». Brice la examinó fríamente. Fue hasta la mesa donde había puesto una bolsa de cuero, la abrió y derramó su contenido. Un ruido de monedas cortó la palabrería a la vieja. Un montón de oro brillaba allí reflejándose en la madera reluciente. Entonces Brice se llevó la mano al cinto, de donde sacó ese poderoso cuchillo que yo había sopesado la noche anterior. Mostrando el montón de monedas de oro y el cuchillo, la conminó:**

**-Esto o aquello.**

**Con la respiración entrecortada, la vieja jorobada contempló las monedas. Sus cabellos chorreaban debajo de la mantilla erizada con una peineta. Le temblaba la papada y los pegotes de polvo se desconchaban mostrando una piel aceitunada, que osaba embadurnar con el colorete de su cajita.**

-Escúchame bien, *mujer* -dijo Brice-. No quiero saber dónde está Mañuela, ni lo que hace. Os conozco bien a las dos, con eso basta. Vamos a dejar que te vayas. Cuando regreses aquí con Mañuela, este dinero será para las dos. Si no regresáis... ¿ves aquella naranja de allí? – Su mano señaló por la ventana una fruta colgando en el patio, a cincuenta pies de nosotros. Brice hizo un gesto rápido, un silbido y un relámpago. La naranja quedó traspasada por el cuchillo en la rama de la que colgaba-. No tengo nada más que decirte, salvo que ese montón de oro no representa ni la milésima parte de lo que Mañuela puede tener si quiere. Michault, acompaña a la *señora*.

-No está nada mal -dijo Tom-. Así es como hay que hablarles a las mujeres. "Sólo que el arreglo es un poco simple y mucho me temo que a esta patrona de prostíbulo no le gusta que le hablen claro.

-Eres demasiado parlanchín, Tom. Gracias de todas maneras, me has hecho un gran favor. Por cierto, nos gustaría saber por qué armaste tanto misterio con ese billete.

-Sí -dije yo-, Frémin ni siquiera me dirigió la palabra la otra noche. Tom se rascó la cabeza.

-*By Jove!* A lo mejor soy un imbécil, pero no me siento seguro en este poblacho. Esa es la razón de tanto misterio. Al principio todo iba viento en popa. Hundimos la piragua empujándola mar adentro, con las velas arriadas y el timón bloqueado. Después de caminar durante horas y horas, llegamos aquí. Nos alojamos en una posada confortable y por unos días vivimos como en los viejos tiempos, dándonos la gran vida para desquitarnos de los malos ratos que pasamos en el cayo.

-En otras palabras, no habéis parado de beber durante ocho días, pedazo de...

-Pues sí, algo de eso hay, sí.

-Y como estabais demasiado borrachos para ir a cambiar vuestras gemas por monedas, habéis mostrado los diamantes.

-Ahí te equivocas -dijo Tom con dignidad-. Sólo hemos pagado con dos esmeraldas y un rubí.

-¡So imbécil! Piensas que así te evitas problemas. ¿Cómo no va a llamar la atención que unos vagabundos salidos de no se sabe dónde, unos don nadie, tengan esmeraldas y rubíes en sus bolsas, eh?

**-El que no se haya emborrachado que lance la primera piedra - sentenció Tom todavía más digno-. Y además, tú sabes muy bien, capitán, que nosotros no somos condes ni marqueses; cuando uno tiene con qué, hay que ponerlo a circular. Para nosotros la única forma de echar a rodar los cuartos son las botellas y las mozas. Bien. Así lo hicimos durante un tiempo, luego empezamos a advertir unos extraños personajes a nuestro alrededor. Cuando el gran Georges fue a instalarse en su condenada hacienda, que finalmente compró en algún lugar al oeste, todos lloramos un poco lágrimas de ron, si comprendes lo que quiero decir. Uno de esos espías que trataba de tirarnos de la lengua simulaba que jugaba al treinta y cuarenta con Frémin Cotard y conmigo. Incluso nos dio a entender que él podría ser un hermano de la costa. Sí. Naturalmente, me quedé al paio. Me hice el idiota. Le pregunté qué oficio era ese y si daba mucho dinero. Pero en fin, ya sabes, no soltó prenda. Bueno, nadie se ocupó de él, no volví a ver a ese tipo, pero a partir de entonces siempre había alguien pisándonos los talones adonde quiera que fuésemos, hiciéramos lo que hiciéramos. Y te digo que si los vigías fingen que no se ocupan de nosotros, lo ven todo muy claro. Por eso nos hemos mantenido distanciados y hemos realizado todas esas artimañas con el único fin de no pasarnos nuestros piojos. A nosotros no nos fastidia lo que hacen, pero con el secuestro de la tía Encarnación, tengo miedo de que...**

**-¡Qué le vamos a hacer, muchachos -dijo Brice-, a esa gente lo mismo me gusta verla de cerca que de lejos!**

**Tom admitió que era una opinión, pero confesó que hubiera preferido verlos de mucho más lejos. Por ejemplo, desde la cubierta de un velero llevándonos al cayo y de allí hasta Savannah o Europa.**

**-Como gustéis -respondió nuestro capitán-, eso es asunto vuestro. Podéis iros, yo no tengo prisa.**

**Brice se fue, y le expliqué a Tom la situación. Estuvimos hablando mucho tiempo, sin encontrar ninguna solución como no fuera esperar estando sobre aviso. Brice nos necesitaba; nosotros estábamos en deuda con él y no sólo debíamos darle tiempo, sino ayudarlo. Por otra parte, muy pronto tuvimos nuevas noticias. Al día siguiente, la tía Encarnación regresó al palacio, pero sola. Según dijo, Mañuela nos tenía miedo; aún se acordaba de lo que le habíamos hecho sufrir. Si el**

señor Brice Coquelle quería darle alguna prueba de su buena voluntad, entonces ella se lo pensaría mejor.

Yo también pensaba. Pensaba en el rostro de Brice impregnado de dudas, presa de un deseo obstinado, de ganas de ceder cobardemente para llegar cuanto antes al instante tan anhelado. Oscilaba entre el miedo a perder su ventaja y el temor de no convencer a Mañuela. La cobardía del amor desenfrenado se reflejaba en su semblante, y era consciente de ello. Le molestaba mi presencia, me lo hizo sentir en el acto, pero yo no quería irme de allí, convencido de que podría presionarlo para ayudarlo a vencerse a sí mismo y a esas astutas arpías. Mi resistencia sólo sirvió para irritarlo. Me miró furiosamente.

-Muy bien -dijo-, venga conmigo, señora. Ya veremos si soy capaz de conseguir lo que me propongo.

Se la llevó a sus aposentos privados. No sé qué tramaron allí, pero es probable que le diera a la vieja un diamante para Mañuela. Ahí empezaron todas nuestras desgracias.

Aunque entonces desconocía ese detalle, yo estaba lo suficientemente alarmado para pedirle a Michault que vigiláramos juntos y con discreción a nuestro amigo. Aquel día, cuando la señora Encarnación se fue, no pasó nada. Brice mostraba un aspecto febril. Aceptó un paseo a caballo, conmigo y con Soledad, por los bosques del norte. Durante ese tiempo, yo estaba tranquilo. Por la noche, se fue a jugar al Alcázar, seguido por Michault a prudencial distancia.

Yo también estaba enamorado; Soledad ocupaba mi corazón como Mañuela el de Brice. Al día siguiente me encontraba en el gabinete de mármol, a los pies de mi amada, con sus brazos alrededor de mi cuello, tratando de olvidar las intrigas del mundo, cuando en el jardín Michault gritó «¡Arriba todo el mundo!». Brice acababa de salir. El bueno de Michault, que no montaba a caballo, me tenía uno listo, y me correspondía a mí perseguirlo.

-Se fue por la Alameda, hacia Santa Estela.

Pronto lo vi a lo lejos, montado en el más hermoso de nuestros caballos árabes, una poderosa bestia azabache, empenachada de crines. Él también estaba magnífico, con no sé qué matiz de descuidada elegancia. Llevaba una chaquetilla torera de seda dorada, unos calzones bombachos al estilo andaluz, cogidos a la altura de la rodilla

por unas botas de ante blanco con espuelas doradas. Sus cabellos, liberados de la cinta con que solía ceñírselos a la nuca, caían sobre sus hombros. Su mano enguantada en cuero sostenía en la cadera un *sombrero*, como dicen los hacendados, con una pluma nevada. Era evidente que acudía a una cita amorosa.

Uno detrás del otro, siempre a una distancia prudencial, bajamos el primer tramo de la Alameda entre canturreos y pregones. Los vendedores ambulantes voceaban *¡agua fresca!*, vasos de agua fría, *¡ojos de adolescentes!*, melón de agua, vasijas de barro... Por la plaza de Santa Estela, la plaza de la catedral, llegamos a la parte de la avenida que conduce a los jardines sobre el mar. Eran las cinco. A esa hora, la luz del atardecer se despojaba de su cruel fulgor, como una amazona que suelta sus flechas. Tierna y desnuda, aterciopelada, surgiendo de sus cenizas impalpables, se prestaba a que la acariciáramos con los ojos.

Los carruajes de lujo de los hacendados bajaban por la vasta alameda. Los *caballeros* dejaban caracolear sus caballos al lado de los quitrines, donde iban las mujeres echadas con indolencia, envueltas en el oleaje de sus muselinas. En el gentío, los capitanes de navío se rozaban desdeñosamente con los indígenas de benévola estatura. Unas mulas enjaezadas exquisitamente, como si fueran relicarios, llevaban a unos *frailes* mundanos. Unas muchachas, con sus mantones a los hombros, miraban a todos de hito en hito con sus ojazos negros y cuando, riéndose, giraban sobre los talones, sus holgadas faldas descubrían a la altura de los tobillos sus medias blancas caladas. Una atmósfera a la vez vivaz y de molicie, fresca y lánguida, vibraba en la arena levantada por las ruedas que el sol doraba.

Sin dejar de seguir a Brice de lejos, yo iba haciendo el inventario pormenorizado de esa riqueza universal: el movimiento de una mano abandonada al viento de la carrera, un brazo elegantemente doblado que salía de la espuma de los encajes, el relámpago de una risa, el destello de un ojo azabachado... En esa encrucijada del mundo occidental palpitaba una pulsación cálida, perturbadora. Las flores caían atorbellinándose y dejando en el aire unos remolinos de perfume embriagador. El aliento del mar, que espumaba detrás de las

**blanquísimas balaustradas en contraste con el verde esmaltado de las tejas, llevaba de boca en boca un escalofrío voluptuoso.**

**Los cuerpos abiertos en flor, la palpitación de las volantas y los encajes alrededor de esas frutas de carne, las ruedas deslumbrantes, el crujido de los cueros, la nobleza escultural de los purasangres levantando majestuosamente sus patas delanteras, esos jinetes trajeados con colores llamativos, el sonido de las bridas chocando con las espadas, las mulas con sus gualdrapas historiadas, el glorioso ímpetu de los árboles sosteniendo en lo alto aquellas copas de verdor y flores, las cerámicas multicolores, la transparencia de los mármoles, la audacia de las columnatas; en fin, toda aquella perspectiva frente al más hermoso de los mares, todo eso no era más que un éxtasis, el lujo de vivir, la belleza del mundo. Unos galeones arriaban sus velas para entrar en el puerto transportando por entre las olas la promesa de sus cargamentos, la riqueza de Cumaná.**

**En una alameda paralela, Brice detuvo su caballo. Nerviosa y fatigada, su cabalgadura tenía la boca espumosa.**

**El cañonazo anunciando que iban a tenderse las cadenas del puerto rebotó sobre las olas. En Santa Estela, la campana mayor inició el ángelus. Otros tañidos más agudos le respondieron. Despertándose unas a otras, como los perros en el campo, todas las campanas entraron en el concierto que saludaba la noche.**

**Ya una mano invisible aumentaba la intensidad de las luces que se encendían sucesivamente debajo de las arcadas de los edificios. Pero antes de que la oscuridad se adueñara de todo, vi bajar a Mañuela por la Alameda del Mar en un carruaje de color venturina, tirado por cuatro caballos berberiscos blancos. Una larga muselina flotaba detrás de ella. Sus cabellos relucían alrededor de una cofia violeta. ¡Y sus ojos... la flor anaranjada de su boca... aquel hombre indolente desnudo...! ¡Oh, Dios mío, qué hermosa era!**

**Brice la vio llegar, erguido en su caballo encabritado. Todo había desaparecido para él. En el mundo no había otra cosa que no fuera aquella carroza transportada por el viento de la noche, aquella mujer indiferente y soberbia que pasó de largo sin dignarse mirarlo.**

## **CAPÍTULO IV SEDUCCIONES Y**

## TRAICIONES

Recuerdo estos versos del *Blasón de los falsos amores*:

Éste es el lugar más indicado para traer a colación ese blasón\* de las mujeres mentirosas. Brice no tenía nada de vanidoso, es decir, de gallito. Tenía más de treinta años y había adquirido una dura, amarga experiencia, que no le servía para nada. Enfrentado al eterno poderío de la mujer armada de sus artificios, ante la devoradora avidez de su propio sueño, estaba indefenso como un niño. Mañuela le imponía su voluntad por medio de la vieja Encarnación. Tras haber aceptado una cita, ella había pasado por su lado sin concederle siquiera una mirada, y, no obstante, yo sospechaba que su carroza de lujo y aquel espléndido vestido salían del conciliábulo con la madre en los aposentos privados de Brice.

\* Género poético del siglo XVI. (*N. del T.*)

Esto no era más que el principio. La *señora* volvió; el encuentro debió de ser tempestuoso. No asistí a él; había desistido limitándome a vigilar de lejos a mi amigo. ¿Qué le dijo ella? Lo ignoro, ciertamente mentiras, o más bien verdades a medias, pasajeras, porque la verdad inmutable, esa de la que tratamos de alimentarnos, no existía para aquella criatura excesivamente imaginativa; ella la inventaba a cada instante y la modificaba a su antojo en cuanto dejaba de serle útil a su egoísmo. Cosa curiosa, el objeto de ese egoísmo no era ella, sino Mañuela. Esa mujer llorona, ruin, sumida en la superstición, consagraba a su hija todos los recursos de su doblez. Tanto que temía los golpes, y sin embargo se arriesgaba a recibirlos con tal de seguir al servicio de la suerte de Mañuela. Todo lo que pudiera contribuir a la ascensión de su hija, lo emprendía, temblando, pero lo emprendía. Es difícil saber si la *señora* Encarnación amaba a Mañuela hasta el punto de olvidar, como madre abnegada, el más visceral de sus instintos miedosos, o si más bien, al reencontrar en su hija un poder de seducción superior al que ella había ejercido en otros tiempos, se obstinaba instintivamente en triunfar para realizar en aquella otra Encarnación el destino frustrado de sus años mozos.

Michault había vendido unas gemas siguiendo instrucciones de Brice. Otra vez la vieja debió de salir de nuestro palacio con la

**faltriguera repleta. Hice que la siguieran. Michault regresó diciendo que ella y su hija vivían desde hacía cierto tiempo en una casa decente detrás de Santa Estela. ¿Cómo no?**

**Así las cosas, transcurrieron unos cuantos días que dediqué a Soledad. Mi futuro estaba a su lado; cada hora que pasaba me alejaba un poco más de mi pasado aventurero. Con las ventajas y las facilidades que da la riqueza, yo reaparecía en un mundo cuya antigua hostilidad se trocaba ahora en sonrisas.**

**Decidido a casarme con Soledad, pero sin querer hacerlo con un nombre prestado, estaba obligado a esperar a que Brice se decidiera a irse de Cumaña o a disolver definitivamente nuestra sociedad. Todavía estábamos unidos por ciertos lazos; había que dejar que los acontecimientos los rompieran... o que los estrecharan, lo que era poco probable.**

**Todos los días Soledad y yo pasábamos largas horas en el salón de mármol, o bien, con los lebreles y los esclavos, nos íbamos a cazar liebres en las mesetas del norte. A Soledad no le gustaba la caza, pero sí la embriaguez del galope alado; mientras que yo, con nuestros caballos árabes y berberiscos, reencontraba, ahora convertida en un placer, la que había sido la labor cotidiana de mi juventud en los establos del amo Laribois. Por aquel entonces, cuando llevaba nuestros caballos a la Triousonne, montando a pelo en nuestros ejemplares lemosines, haciéndolos caracolear y saltar las cercas, no podía imaginar que algún día, con un halcón al puño y una princesa extranjera a mi lado, conduciría mi jauría erguido en una silla de cuero de Damasco tachonada de plata, con una cabalgadura digna de un rey volando entre mis espuelas. No era que esos esplendores me extasiaran, pero durante demasiado tiempo había mascado el fruto amargo de la vida y ahora podía paladear a mis anchas lo más grato de su sabor.**

**A menudo, después de la siesta, íbamos a los jardines sobre el mar para disfrutar de aquel ambiente incomparable. Una tarde vimos allí a don Guzmán. El secretario del virrey ya no era la especie de rata de biblioteca que nos había recibido en su madriguera tan bien escondida, ni tampoco el viejo indiscreto, y hasta descarado, del Alcázar. Su coche, una especie de calesa con el escudo de la corona, navegaba como una suntuosa galera en medio del oleaje de cortesanos a caballo que**

rodeaban al poderoso personaje, saludándolo, riéndole las gracias. Los coches de las mujeres, unas menudas mecedoras de mimbre, formaban alrededor de la calesa una espumosa orla de muselinas y linón. Todo aquello se movía, agitado por una suerte de vaivén interior incluido dentro del lento desplazamiento del paseo.

El cortejo avanzó hacia nosotros. No podíamos fingir que no lo habíamos visto venir, así que saludé al secretario. Me hizo un gesto con la mano; la calesa se detuvo paralizando la cabalgata. Don Guzmán se apeó y acudió hacia nosotros. Yo también bajé de mi caballo.

-Mi querido conde -dijo-, primero las damas, así que vengo a presentarle mis respetos a doña Merques; os ruego que me excuséis por haber interrumpido vuestra enternecedora conversación. Señora, soy el más humilde de vuestros esclavos.

Empezó a desgranar sus cumplidos hipócritas al final de los cuales siempre tenía preparada alguna pregunta. Sonreía mientras todo en él centelleaba, sus ojos, sus dientes, su Toisón de Oro, sus sortijas; más refinado aún en presencia de una mujer. Soledad respondía gentilmente. Yo la sentía tan a gusto y tan inmersa en su decorado, y aquella compañía parecía de tan buena ley que, perdiendo poco a poco mi desconfianza, me dejé arrastrar hasta encontrar simpático a aquel homúnculo tan decente y exótico como indiscreto. A fuerza de congraciarse, parecía querer que le perdonaran su pasión por averiguarlo todo, que era más fuerte que él. Llamó a algunos de los caballeros que no se habían atrevido a acercarse.

-Éste es don Esteban Helecho, que fue compañero de vuestro padre -le dijo a Soledad-, y éste, don Látigo, que era muy amigo de vuestro hermano, según tengo entendido. Allí veo a doña Lenguaraz, que se muere de ganas por conoceros. ¡Mucho ojo, señora, dicen las malas lenguas que está enamorada de vuestro esclavo y que corréis el riesgo de que os desfigure la cara, sólo por sus malditos celos! Le presentaremos al conde, eso la tranquilizará; en fin, eso espero.

De pronto estábamos sumergidos en un mar de cortesanos. Don Guzmán había arrimado su coche al de Soledad, y en ese momento le pedía detalles sobre el naufragio de la *Portuguesa*. Tuve miedo de que ella, en su afán por decir la verdad, pronunciara alguna palabra peligrosa, pero el viejo sólo parecía interesado en las impresiones de mi

compañera; y se las hacía narrar minuciosamente. Esa dramática historia nos granjeó la simpatía de los presentes.

-Mi querido conde -me dijo don Guzmán cuando la calesa se detuvo en la reja dorada a punto de entrar en el patio del palacio virreinal-, hacedme el favor de venir mañana por la noche al Alcázar. – Bajó la voz y me guiñó un ojo susurrándome al oído, como si anunciara un acontecimiento trascendental-: Todo parece indicar que allí se verá lo nunca visto.

Se frotó las manos con un gesto de intenso júbilo interior y se despidió de nosotros con cortesía.

---

Confieso que me importaba un comino esa cosa «nunca vista» que había que ir a ver al Alcázar. Pero, tanto por diplomacia como por educación, tuve que acceder a la invitación, que se reiteró a través de un billete dirigido a Brice y a mí, de puño y letra del secretario, indicándonos la sala y el palco donde nos esperaba. La sala en cuestión se parecía a cualquiera de nuestros teatros europeos, pero sin techo; estaba rodeada por una sola galería de palcos enmarcados en columnitas salomónicas que soportaban baldaquinos con adornos de pasamanería; unas butacas agrupadas en torno a mesitas bajas ocupaban el suelo embaldosado en suave declive; el fondo del escenario sólo estaba decorado por una inmensa concha de estuco pintado.

Encontramos a don Guzmán en uno de los palcos, muy cerca del tablado. Nos agradeció que aceptáramos la invitación y nos hizo hablar de los teatros de Francia. ¿Eran como aquél? Tuvimos que describírselos, contarle historias. Aquí no se representaban obras de teatro; no, qué va, sólo eran bailadoras, cantantes y músicos. ¡En nuestro país el escenario pertenecía a los caballeros! Qué curioso era aquel hombre. Pero, chist, ya se oían los primeros compases, íbamos a presenciar lo nunca visto.

-¡Lo nunca visto, señores! – repitió arrellanándose cuan enano era en su butaca.

Los caballeros que lo rodeaban se callaron y se hizo un silencio general en medio del cual se elevó, cada vez con más brío, un rasgueado

sostenido. Una mujer salió al escenario, acompañada en la gran concha blanca por su sombra muy negra: ¡Mañuela!

Esta vez no estaba desnuda, al contrario. Lucía una blusa ceñida y un gran vestido que se ensanchaba en campana arrastrándose detrás de ella. Una mantilla volaba alrededor de su cara. Pero sus tacones marcaban la misma cadencia que en Galapas había martillado nuestros corazones con su ritmo endemoniado. Danzó con su viperina destreza, trazando con los brazos, con las ondulaciones de su falda y las del cuerpo unos ardientes arabescos que excitaban el deseo, provocándolo y embaucándolo en sus propios abrazos. Luego evocó en un compás noble y mesurado unas figuras de pureza y gracia, las viejas mentiras con las que nos había engañado. Encarnó a unas aldeanas bailando al son de una guitarra monótona y candorosa. Tomó prestadas de los negros cimarrones sus danzas voluptuosamente lentas; de los moros, sus giros. A veces se paraba y cantaba. Su voz rutilaba sobre toda aquella gente allí reunida del mismo modo que antaño había derramado sobre nosotros sus espejismos, su caudal de sueños. Brice ni se movió. Sólo su rostro mate estaba un poco más pálido. Yo tenía el corazón oprimido.

-¡Genial, magnífico, señores! – exclamó don Guzmán-. ¡Ya os lo había dicho, lo nunca visto! ¡Genial! Tenemos que ver de cerca a esa divinidad. Tendrá muchas cosas que contarnos. ¿Me acompañáis, mi querido conde, y vos, señor D'Autremont?

Así volvió a entrar Mañuela en nuestra existencia convirtiéndose para Brice en una realidad cercana, palpable, distinta de sus anteriores encarnaciones. Ya no era la mujer-niña que él había liberado en Galapas, ni la criatura perversa y letal cuyos maleficios habían matado a dos de los nuestros. Ahora era una mujer poderosa en su gracia, capaz de estremecer, hacer llorar, reír, gritar a las multitudes, capaz de tratar con una coquetería en el fondo desdeñosa a un grande de España, un pequeño grande de España; una mujer salida de la crisálida donde Brice, en el fondo de su corazón, había asistido al esplendor de esa metamorfosis.

Ella lo dominaba a su antojo. Y si he de decir la verdad, hasta yo padecía su poderío, y don Guzmán, y todo el mundo, incluso las damas, quienes se la disputaban desde que su fama se propagó por la ciudad.

Ella nos despreciaba a todos, esa era en parte la fuente de su fuerza; el resto le venía de su propia superioridad. En su cuerpo, en su rostro radiante, residía una fuerza de la naturaleza semejante a la del viento, los volcanes, la violenta y secreta energía subterránea de la vida. Mientras nosotros seguíamos ocupados en nuestro modesto trabajo de zapa, de horizonte en horizonte, ella irrumpía entre los fulgores de la tempestad para asegurar una dominación salvaje, telúrica, la fría y solemne ferocidad de la naturaleza.

Con respecto a Brice, su actitud apenas difería de la que había manifestado en Galapas: lo recibió en el camerino como a los demás, como a don Esteban Helecho que la cortejaba, aunque quizá dejándose tentar un poco más por él, con un no sé qué de sobrentendido, como si entre ellos existiera una especie de fatalidad que confería a Brice cierta esperanza privándola a ella de la veleidad de resistirse a sus galanteos.

-Querido amigo -le dijo don Guzmán-, si no fuera porque esta beldad parece irremediablemente inhumana, yo diría que de todos nosotros sois el que más goza de su favor. ¡Ah, estos franceses! Decidme, me gustaría saber...

Y se puso preguntón en tono confidencial.

Días lentos y bochornosos, días inconclusos. Algo de inacabado gravitaba sobre el transcurso del tiempo. Nada cuajaba. Proyectos y esperanzas permanecían en suspenso, colgados en un rincón en tinieblas. Estábamos nerviosos y exasperados. Yo empezaba a ahogarme en aquel palacio de cristal, cansado de disimular el secreto del que dependía nuestra vida; incluso el esplendor de aquella ciudad me resultaba fastidioso. De buena gana hubiera renunciado a lo que me faltaba por coger del tesoro, con tal de encontrarme con Soledad en una buena nave y rumbo a un lugar más seguro.

Una mañana Frémin me anunció que había visto a Gómez, nuestro mayordomo, deslizarse por la noche en la casa de la tía Encarnación. Al cabo de unos días, don Guzmán, cuyas amables maneras se habían vuelto más íntimas, me preguntó si nos gustaría asistir a una ejecución. Decliné esa invitación dándole las gracias.

-¡Qué lástima! ¡Qué lástima! Será un acto bien curioso de ver. Es un pirata del que creo haberos hablado, un inglés llamado Ballater. Ahora que han terminado de... pues... de darle tormento, mañana le darán

**garrote. Yo iré, yo iré. No creáis que soy cruel... cada vez que asisto a una ejecución salgo enfermo. Pero verlo es una emoción tan fuerte, algo que, como comprenderéis, hay que experimentar. ¿Cómo podéis saber que algo así pasará tan cerca de vos sin sentir la obligación de estar allí? ¿Cómo lo conseguís?, decídmelo, mi querido conde, explicádmelo...**

**Siempre esa insaciable curiosidad, ese querer saberlo todo, acumular todos los secretos, como esos insectos que empujan unas bolas de inmundicias que van creciendo y redondeándose a medida que las devoran. Derramé en esa oreja sin fondo el vago y exiguo óbolo de mi íntimo secreto, y cansado, excedido, me aventuré a visitar a nuestros viejos camaradas.**

**Alojados en una hostería de la calle de Villard, una de las calles del barrio más pobre de la ciudad, vivían como príncipes con gustos de rufianes. Sus días pasaban entre el vino y los juegos de azar; tenían mesa franca, intercambiaban sus amantes y, a veces, por la noche, bajaban a la rada para contemplar con nostalgia los buques que se hacían a la mar. Aquellos hombres simples no encontraban en su existencia tan acomodada la felicidad que habían esperado. Se esforzaban por ahogar su desencanto en el desenfreno. Georges Nightingale era más feliz. Nos había hecho llegar desde su hacienda un billete donde enumeraba sus bueyes, sus caballos, sus acres de pradera, sus surcos de maíz. Parecía plenamente satisfecho y nos indicaba el camino para que lo fuéramos a visitar, añadiendo que era lo único que le faltaba para que su felicidad fuera completa. Seguía conservando la buena pasta de un gentil campesino. La vida es así, coge a la gente y hace con ella lo que quiere; a nosotros nos corresponde movernos, si podemos, para descubrir nuestro verdadero personaje. Ni Tom ni Will Whale, ni ninguna de esas almas, había comprendido cuál era el suyo.**

**Me los encontré jugando con dos oficiales ingleses. Will llevaba un espléndido jubón de terciopelo amaranto, arrugado. Una moza muy guapa, extenuada y ajada, dormía sentada en la única rodilla de Tom. Un tufo a alcohol flotaba en el ambiente. Sobre la mesa donde volaban las cartas, la cera consumida de los candelabros colgaba en racimos amarillos. A veces, un puñetazo marcando una baza, o bien una silla**

echada hacia atrás violentamente, hacían rodar una botella vacía. Todos parecían bastante excitados.

Me dirigí a Tom, quien se levantó dejando caer a la bella durmiente, y me llevó a un patio detrás de la casa.

-¿Y bien, qué es lo que hay?... Espera un momento. – Fue a una fuente para meter la cabeza debajo del chorrillo del caño-. Ya está, soy todo oídos, Antoine -dijo sacudiendo la cabeza para esparcir el agua de sus cabellos.

Le conté lo que sabía a propósito de Gómez, de Ballater.

-¿Dónde está el capitán con su doncella?

¿Qué podía responder?

-Por fin, ¿nos vamos o no?

Me encogí de hombros.

-Me gustaría que os ocuparais un poco de Mañuela y sobre todo de la tía Encarnación. Sospecho que no se contentará con el dinero que Brice le ha dado. Michault vigila a Gómez, pero él no puede verlo todo.

-De acuerdo -aceptó Tom-. Pero escúchame, sólo vamos a esperar otros quince días. Si Brice no quiere irse, entonces te nombraremos capitán.

-¡Vamos, hombre! ¿Yo, capitán? ¡Estás soñando!

-Bueno, si no quieres, cada uno se irá por su lado. ¡Al diablo con el tesoro, el cayo, los espías y este poblacho! ¿Qué es lo que está pasando...?

En la casa se oyó un jaleo. Nuestros amigos irrumpieron en el patio con los oficiales, empujándose brutalmente. Los gritos de «ladrón», «tramposo», alternaban con los puñetazos. Un derechazo directo al mentón de Frémin Cotard lo hizo tambalearse. Sacó su espada. Traté de separarlos.

-¡Oh, déjalos -dijo Tom-. Ya no aguantan más, tienen que divertirse.

Frémin, a quien de todas maneras yo agarraba por el brazo, me mandó a paseo. Borracho sin lugar a dudas, tenía cara de estar realmente indignado.

-No hay derecho, no hay derecho -gritaba- a que un *godam*\* toque a un caballero. A éste lo voy a matar -dijo lanzando una estocada al vacío entre los dos oficiales, lo cual probaba que por lo menos veía a tres ingleses.

**\* Un inglés, por alusión al taco inglés: *God damn*.**

**Uno de los oficiales había dejado su arma en la casa; pero el otro desenvainó arañando a Frémin en el brazo izquierdo. Nuestro amigo se puso en guardia, esquivando torpemente algunas estocadas.**

**Retrocedió, justo a tiempo para pasarse la mano por el rostro. Cuando volvió al ataque, la contracción de su mandíbula mostraba que la embriaguez del duelo disipaba en sí la del vino. Atacó. Un par de fintas, y la sangre empezó a manar. A su vez, el inglés dio un paso atrás.**

**Frémin aprovechó para quitarse la camisa y se enfrascó en una serie de paradas combinadas. De repente se ofreció sacando el pecho desnudo. Su adversario arremetió a fondo... y no encontró nada delante de él.**

**-¡Déjalo ya! – le grité a Frémin.**

**Con las aletas de la nariz palpitantes, el relámpago de su ojo respondió que no me haría caso. Dio una estocada, más bien un impulso sin vigor que tocó el hierro enemigo en el quite. Su mano giró y partió en un fulminante cambio de filos. El inglés dio un par de pasos y cayó con la hoja de la espada en el lugar de su alma. Sólo oímos un suspiro. La guarnición dorada, en forma de cruz, fulguraba encima del muerto.**

**Remangándose las calzas, Frémin aspiró una bocanada de aire. Se estiró voluptuosamente esparciendo gotas de su sangre.**

**-¡Ah -dijo-, qué bien se siente uno después de esto!**

**No estaba del todo claro que el señor corregidor fuera de la misma opinión, de modo que ordené una retirada inmediata. Mientras el inglés indemne se desgañitaba llamando a la guardia, me llevé de prisa y corriendo a Tom, a Will, a Frémin y a los demás a nuestra residencia. Lo mejor era mandarlos a la hacienda del gran Georges, donde estarían más seguros. Michault los vistió con esas ropas baratas que gastan los mestizos. Menos de dos horas después del duelo, yo los acompañaba así disfrazados hasta la salida de la ciudad.**

**En la planicie desierta me detuve, y seguí mucho tiempo con la mirada a la pequeña tropa perdiéndose en la sabana. Las ruedas de una carreta chirriaron en el terraplén donde había dejado mi caballo.**

**Un muchacho acostado sobre un cargamento de maíz bromeaba allí fastidiando a una chica morena cuya risa se perdió detrás de los muros. Pasaron unos *peones* con unos *bueyes*, arreando a las bestias hacia el**

este. Di media vuelta y ya regresaba lentamente, absorto en mis pensamientos, cuando un galope de cascos me hizo levantar la cabeza y ponerme a cubierto del peligro; se trataba de un pelotón de dragones amarillos que desembocaba en una callejuela. Se detuvieron, indecisos. El oficial que estaba al mando me gritó de lejos.

-¿Señor, habéis visto pasar por aquí a cinco o seis mestizos a caballo?

No pude dejar de experimentar un sobresalto, pero con aire de indiferencia le respondí:

-Sí, desde luego, *señor lugarteniente*. – E indicándoles el este, donde aún se dibujaba a lo lejos la estela de los peones entre las altas hierbas, añadí: Deben de ser aquellos que van por allí.

-*Muchas gracias* -gritó el lugarteniente-. ¡Vamos, al galope!

## CAPÍTULO V ENTRE BASTIDORES

Tenía la impresión de luchar en las tinieblas de una pesadilla contra unos monstruos de nubes. Experimentaba ese horrible sentimiento con que solemos despertarnos, sudando a mares, cuando en sueños abrimos la boca para gritar sin que podamos soltar ni siquiera el sonido de un suspiro. Nuestras piernas, que quisieran volar, permanecen ancladas en tierra. Maniatados por la inercia de nuestra carne, aguardamos el tiro de gracia en una sublevación de nuestra alma. Y así acabamos siempre bajo el peso de la cruz que todos llevamos auestas, Brice por amor, yo por amistad. Sentimientos que nos privan de todo contacto con la realidad de un mundo que se posee a través de los sentimientos, pero que sólo se domina por medio de los actos. Me acordé del viejo pirata con su pañuelo de seda negra, el astuto y realista Flint que nos había despreciado, probablemente con razón.

Y por si fuera poco, también éramos esclavos de nuestra riqueza. La riqueza es inexorable, lo quiere todo del hombre que sucumbe a su embrujo; sustituye la verdad por sus leyes imperiosas. Antaño, en el árido mar, campo azaroso, una realidad dirigía nuestros sacrificios: vivir y comer. Liberados de esa esclavitud, ahora éramos prisioneros del estilo de vida al que nuestras riquezas nos habían acostumbrado. Había que fingir, siempre fingir, como en una pesadilla; y esperar,

inertes en nuestra casa de cristal traspasada por mil miradas, el golpe que podía abatirse sobre nosotros de un momento al otro.

¡Pues no! ¡Yo había perdido a Marion, pero no estaba dispuesto a perder a Soledad! El magnífico amor que me había apartado de la vida peligrosa tenía que vivir para redimirme de tantos sacrificios inútiles, de la paciencia y la energía quemada en lo que había sido el infierno de mi corazón.

Ante todo, y para prevenirnos contra futuras traiciones, había que analizar con exactitud la situación en la que nos encontrábamos. El peligro parecía proceder directamente de Gómez. ¿Cómo podía estar en contacto al mismo tiempo con don Guzmán y con la vieja Encarnación? Eso era lo primero que tenía que averiguar.

Michault tenía razón al decir que la señora Encarnación vivía en una casa decente. Contigua a la catedral, en una manzana que parecía querer tomar por asalto la iglesia, evocaba la casa de un canónigo. Un portal provisto de una cancela que no estaba cerrada, un ojo de patio con algunas flores entre macizos de boj y, en el centro, la fuente, constituían sus principales atractivos.

En una estancia que daba al patio encontré a la vieja, con su eterno puro en la boca y un gato en las rodillas; consultaba las cartas. Cosa sorprendente, la baraja estaba sobre una mesa y la señora en una silla, no sentada en el suelo como era habitual en ella. Además, iba bastante bien vestida. En vano busqué alrededor de ella una botella de tafia o de ron; sólo se respiraba un ligero olor a aguardiente mezclado con el aroma del tabaco en lucha con el perfume de las flores. De no ser por el puro, la madre de Mañuela hubiera podido pasar por una vieja dama pintoresca. En sólo cincuenta días había cambiado más que en el tiempo transcurrido desde nuestra partida de Galapas hasta nuestra llegada a Cumaña, es decir, quince meses.

Me recibió con su habitual facundia, convirtiendo enseguida mi visita en un pretexto para sacar del aparador una bandeja con botellas y vasos. Bebimos juntos, comiendo pulpo y hablando del éxito de Mañuela.

**-Todo el mundo se la disputa, a mi Mañuelita. ¡Ay, señor, estoy tan orgullosa de ella!**

**-Tenéis motivos para ello, señora. No hace mucho decíais que era la chica más guapa de Galapas. Galapas no puede compararse con Cumaña, y ahora puede decirse que Mañuela es la mejor bailadora del virreinato.**

**-¡Es cierto, querido señor, gracias a la virgencita!**

**-Sí, sí. – Adopté un aire distraído mientras comía el pulpo y añadí: Me pregunto qué pasará con esa excelente reputación si don Esteban o doña Lenguaraz, por ejemplo, se enterasen de las cosas que pasaban, hace unos quince meses, en un *bodegón* de Galapas...**

**-Oh, Su Señoría sabe... ¿otro *poquito* de este vino de Madeira, sí...? Pues como le iba diciendo, Su Señoría sabe que todo el mundo tiene sus recuerdos. ¡Virgen santísima, yo tengo uno sobre ciertas personas cuyos verdaderos nombres también provocarían un escándalo si llegasen a oídos de ese don o esa doña!**

**-Seguro, señora, no dudo que tengáis una excelente memoria. No es como la mía, quiero decir la de mis amigos y la mía. De un tiempo a esta parte olvidábamos ciertas cosas, pero ahora lo olvidamos todo, excepto cuando un peligro nos amenaza.**

**-¡Es que bebéis demasiado, Virgen santa! – dijo muy seria y sirviéndome más vino-. El ron hace perder la memoria.**

**-Sin embargo, no la hemos perdido hasta el punto de no guardar el mejor recuerdo de las veladas del Alcázar cuando nos vayamos de Cumaña. Yo creo que Brice hubiera preferido llevarse a Mañuela en vez de su recuerdo; pero nuestros negocios nos obligan a partir. Es una lástima; en Inglaterra, en Francia, en París, ¿hasta dónde no llegaría la fama de vuestra hija? Tendría la riqueza gracias a Brice, y la gloria por su propio talento y, como admiradores, a los reyes más poderosos de la tierra. ¿Sabéis, señora, que Brice es inmensamente rico?**

**-¡Oh, señor, mi Mañuela no necesita dinero! Podríamos tener todo el que quisiéramos, vivir en palacios. ¡Para qué sirve el dinero, virgencita! Con esta casita nos basta.**

**¡Vieja pécora! Que no necesitaba dinero... ¿Y entonces adónde había ido a parar todo el que le dio Brice?**

En efecto, ahora que lo pensaba mejor, ¿adónde iba a parar? Yo estaba convencido de que Brice le había entregado por lo menos diez mil doblones españoles. Ahora bien, aparte del carruaje de lujo y los vestidos de Mañuela, no aparecía rastro del resto del dinero en la vida de ambas mujeres. Sin embargo, ellas no eran en modo alguno personas acostumbradas al ahorro. La prueba era que el primer diamante, en cuanto le fue regalado, se transformó en calesa, en vestido, en esa casa.

-Puedo asegurarle a Su Señoría -suspiró la vieja- que si mi Mañuela oyera mis consejos, sería más cariñosa con el señor Brice. Él la quiere mucho, a mi Mañuelita. Es capaz de hacer todo lo que ella le pida, él...

Se calló bruscamente, pero demasiado tarde.

-Si no nos fuéramos -le dije sin pestañear-, usted y yo podríamos entendernos, señora. Pero creo que la suerte no está echada todavía.

Brice también lo creía; experimentaba demasiado profundamente la fatalidad de su amor para detenerse a pensar que la historia estaba escrita de antemano en los grandes registros del destino. Mañuela sería para él, sólo era cuestión de tiempo. Poco le importaban las maniobras que sentía desplegarse a su alrededor, no les daba ninguna importancia.

Sin embargo, cuando le conté mi entrevista con la tía Encarnación, al mencionar al presunto confidente, vi cómo se ensombreció su mirada.

-Según tú -dijo-, ¿se trata de Gómez?

-¡Pues claro! Me parece que hasta un idiota se daría cuenta. ¿Quieres que te cuente una historia?

Con un gesto me autorizó a seguir.

-Un barco de cabotaje en el mar de las Antillas recoge en su trayecto a una mujer que más o menos dice haber sobrevivido a un naufragio. Bien. Tras quince días de travesía, ella desembarca en Cumaña sin un maravedí en la faltriquera, incluso sin faltriquera, a menos que en el barco hayan podido darle algún vestido. ¿Qué es lo primero que busca, si no es que ya lo encontró entre los hombres de la tripulación?: un protector. Supongamos que ese protector está empleado en alguna dependencia del virreinato, y que, puesto sobre aviso por las confesiones del pirata Ballater, encuentra sospechosa la llegada a Cumaña de cierto conde De Giard y de un tal Autremont, en

cuya casa, y como por casualidad, don Guzmán coloca precisamente a ese hombre. Éste los oye hablar de su... protegida, les pone en bandeja de plata a la tía Encarnación. Luego, viendo que tiene mucho que ganar, les entrega un poco de Mañuela, y de tus regalos le deja a ella lo indispensable para presentarse con un estilo de vida aceptable, y el resto se lo queda él...

-¡Bien! Tienes mucha imaginación.

-Como quieras, pero todo esto tiene su lógica, todo concuerda con la lógica de los hechos, de punta a rabo, como dice nuestro querido enano don Guzmán, ¿no?

-Me importa un comino -respondió Brice levantándose-. Escucha, mañana nos vamos a cazar con halcones, tú y yo.

-¡Ah, encantado de saberlo!

-Estará Mañuela, también don Guzmán, otros caballeros y algunas señoras.

-¿Y me necesitas entre los figurantes?

-No como comparsa, pero es verdad que te necesito. – Reflexionó mientras tamborileaba con los dedos en la mesa una de las canciones para marcar el paso cuando se maniobraba el cabrestante, y luego prosiguió-: Se me ocurre que también podríamos cazar con el mosquete. Nunca falta algún animal al cual tirarle.

Desde luego que no, había toda clase de caza en las mesetas que dominan Cumaná al norte, y en las selvas y planicies en que se transforman esas alturas, al este y al oeste. El agutí, la liebre de Europa, la perdiz, el hortelano y la gacela abundan bajo las arboledas, o en esos terrenos arenosos llenos de hierbas fragantes y matorrales rizados.

Aquella mañana, cuando salimos por la Puerta del sol, una bruma malva se arrastraba todavía en las grietas de las pendientes. Nos rodeó hasta que desembocamos en las colinas en medio de la deslumbrante reverberación de la arena. A nuestros pies, la ciudad estaba todavía acostada en su transparente mortaja de neblina. A lo lejos, el mar espejeaba.

Inmersos en el alegre ruido de los arreos y las armas entrechocadas, nos entregamos a una buena cabalgada. Con un largo vestido de terciopelo negro, Mañuela cabalgaba sobre un caballo berberisco de

color ébano. No sé dónde había aprendido a montar a caballo, ni siquiera si alguna vez había aprendido; pero en cualquier caso lo hacía como si hubiera nacido encima de una montura. Ella acompañaba el ligero coche en el que don Guzmán iba acodado. El caballo árabe de Brice, con sus largas crines, trotaba detrás de la amazona, junto a un magnífico alazán entre canela y cobre montado por don Esteban. Soledad y yo seguíamos a varios señores y algunas damas, aunque yo estaba más bien ocupado en vigilar al semental que doña Lenguaraz jineteaba con bastante torpeza. La existencia, o por lo menos la presencia de un caballero aceitunado y delgado que, supuestamente suspirando por esa bella viuda, no se alejaba de ella ni una pulgada, me parecía peligrosamente comprometedor; no le quitaba el ojo de encima. Detrás, a cierta distancia, la jauría traía a remolque a un gran número de esclavos moros. Los halconeros dominaban el tumulto, erguidos en sus estribos, con el halcón en el puño, solemnes y místicos como dioses de bronce. Por último, al final de la retaguardia, venía Gómez con los ojeadores y los trastos necesarios para una merienda campestre.

Muy pronto la ciudad y el mar desaparecieron; a nuestro alrededor no hubo más que la inmensidad de las planicies donde el ardor del sol se desparramaba. La cabalgada siguió a lo largo del oleaje verde de los maizales y ganó las zonas arenosas. Enviados por delante, los ojeadores empezaron su trabajo. Desatraillaron los perros, todos los músculos se pusieron en tensión; hombres y bestias, presas y cazadores emprendieron el vuelo.

Haziz, el halconero al que los moros llaman *sakkar*, le quitó el capirote a su terzuelo, a galope tendido, con las riendas al viento. Erguido en su silla levantó el puño; el pájaro se balanceó dejando escapar un agrio chillido de alegría. Abrió sus grandes alas y el viento de la carrera lo pegó al guante del halconero levantándolo en peso. Empezó a remar contra corriente, vigorosamente, primero con aletazos lentos y luego cada vez más rápidos hasta que se elevó y se elevó en el cielo amarillo.

Yo galopaba junto a Soledad, un poco atrás, para tener dentro de mi campo visual el perfil de su adorable silueta. Un solo movimiento arrastraba a nuestros cuerpos, que comulgaban en el mismo

paroxismo. Nuestros rostros abrían una brecha en el viento, y bebían la embriaguez de la velocidad. Muy adelantada, Mañuela conducía la caza, esculpida encima del caballo azabache con reflejos de plata al que acicateaba con incesantes chiflidos. Su sombrero había volado, así que sus cabellos flotaban a su espalda como una bandera negra. El caballo árabe de Brice y el alazán de don Esteban corrían a su espalda como una centella negra y roja crepitante de relámpagos, de tal forma que la cazadora pasaba a través del aire como un ángel de tinieblas seguida de su fulguración.

*Quiak-quiak-quiak!*

En lo alto planeaba la rapaz. Descendió lentamente en espirales y estirando el cuello. De repente cayó en picado, abatiéndose como un cuchillo sobre las liebres, que eran seis huyendo del trueno de los cascos de los caballos. Entonces soltaron otros pájaros. Desplegando toda su envergadura, abatiéndose o levantándose, escorando sus cuerpos, pasaban rozando la tierra en un peligroso vuelo rasante, con bruscos cambios de rumbo para seguir la trayectoria en zigzag de la caza. A veces un halcón se elevaba pesadamente llevando en sus garras una pobre bola rojiza. Llovía sangre. Los halconeros moros gritaban: «¡Oh, espada del cielo! ¡Quia!». Los grandes lebreles caribes, más veloces que los caballos, volaban en un torbellino de polvo traspasando los raquíuticos matorrales y revolcándose con sus presas en la arena.

Poco después, cuando nos acercábamos a la espesura, los ojeadores desalojaron una gacela. La vimos salir de un bosquecillo, con paso temeroso. De pronto su grácil estampa se trocó en una flecha leonada y blanca; huía estirando el cuello y con las orejas agachadas, dando unos saltos que la elevaban por encima de los huecos del terreno, dejándonos, a nosotros y los perros, muy lejos a la zaga. Los halcones que planeaban la vieron; cortaron el aire, subieron más aún a golpe de aletazos, y luego su diagonal vertiginosa perforó el viento silbando por encima de nuestras cabezas. Uno de los pájaros erró el blanco y se estrelló contra el suelo, pero los otros dos se aferraron a su cuello. Mañuela, al frente de los cazadores, los incitaba con gritos estridentes.

Empenachado de plumas (letal, devoradora cimera), cegado por los picotazos y el aleteo, la carrera del desdichado animal se tornó desigual. Brincaba, sacudía la cabeza desgarrada, se revolcaba en la

tierra obligando a los halcones a soltarla, destripando a los perros. Quedó libre un instante, inmóvil, hubiérase dicho que asombrada. Ya huía de nuevo, más lenta a causa de sus heridas. Mañuela se acercó a ella y la alcanzó. Agarrándose con una mano a las crines de su caballo, se inclinó en la embestida del galope. Su cuchillo de caza brilló por encima de la nuca leonada, se abatió, y ese relámpago fatal encima de la cabeza condenada se apagó.

-¡Oh -gimió Soledad-, es terrible! ¡Cómo podéis disfrutar con semejante espectáculo...!

-Es así, señora -respondió don Guzmán, que se nos unió con su coche-. Tenemos necesidad de matar. ¡Sí, sí, de matar, desgraciadamente es así! La caza es el crimen tolerado, la crueldad honorable. Aquel que con su mano asesina no castiga a su enemigo, se deleita infligiéndole a una bestia inocente las torturas de una larga agonía. ¡Claro que eso no embellece al hombre, pero para nosotros es un mal menor!

Brice ayudó a apearse de la silla a Mañuela. A ella le brillaban los ojos y mostraba una boca risueña. Excitada por su placer, se arrojó en los brazos de Brice, quien la retuvo un instante antes de depositarla en tierra.

-¿Habéis visto a don Esteban? – me susurró al oído el pequeño secretario-. ¿Creéis que realmente está celoso, o es sólo su orgullo lo que está mortificado? ¿Está enamorado, o su vanidad está empeñada en seducir a nuestra admirable amiga? ¡Ah, me gustaría saberlo, quisiera saber eso!

El grupo se había detenido en la linde de un bosque, donde Gómez nos congregó para servir la merienda. Cuando tomamos el refrigerio, Brice propuso cazar a tiros a los hortelanos. Unos caballeros y algunas damas se armaron de mosquetes dispersándose bajo las arboledas. Delante de ellos se oían las voces de los ojeadores espantando la caza. Sonaron unas detonaciones, se espaciaron, se reanudaron.

Me quedé sentado entre Soledad y don Guzmán, junto a varios invitados, a la sombra de una gigantesca ceiba que se enseñoreaba de una elevación del terreno. Los perros, cansados, dormían a nuestro alrededor con el hocico entre las patas. Los caballos atados al árbol resoplaban y relinchaban. Detrás de ellos, los esclavos y los halconeros

(éstos aparte, como formando una casta noble) comían los restos de nuestro festín. Frente a nosotros se desplegaban unas extensiones doradas donde a veces serpenteaba una caravana de carretas y bueyes. Todo estaba impregnado de una paz penetrante, bañada por la reverberación de la luz. Debajo de las guirnaldas de sombra donde descansábamos, nuestra conversación era perezosa.

Al cabo de una hora los cazadores empezaron a regresar seguidos de los ojeadores, que traían las víctimas enristradas en unas varas. Todavía se oían estampidos, aisladamente. Pronto todo el mundo estuvo reunido bajo el árbol. Circularon de mano en mano unas copas de sorbete de limón.

-¡Vaya -dijo de pronto el aceitunado galán de doña Lenguaraz-, un ojeador recibió plomo en el ala! Mirad, allí.

Vimos salir de las profundidades del bosque un grupo de esclavos llevando un cuerpo sobre cuatro ramas cruzadas. Una mano colgaba arrastrándose por la tierra, la cabeza descolgada hacia atrás se bamboleaba como una cosa muerta. Un hombre corrió hacia nosotros haciendo grandes ademanes.

-¡Jesús -gritó Soledad-, ve pronto, Antonio!

-¡Bah! – dijo doña Lenguaraz-. Calmaos, bonita, no es más que un esclavo.

Pero no se trataba de un esclavo, era Gómez con un gran agujero en la cabeza, más muerto que un candil apagado, como hubiera dicho Tom Hawkins.

-Pues bien -sentenció fríamente don Guzmán pisándonos los talones-, yo decía que la caza es una crueldad permitida. Pero eso no incluía los accidentes...

Volvimos para anunciar la noticia, pero por respeto a las damas sólo dijimos que nuestro mayordomo había resultado herido y se lo llevaban a la ciudad. En realidad, los criados, con sus palas de enterrar a los perros destripados, cavaron en el bosque un hoyo y allí tiraron a Gómez después de repartirse sus pertenencias, porque a fin de cuentas un espía vale poco menos que un perro.

Aquel día se hizo evidente, para gran frustración de don Esteban y otros, que Mañuela había hecho definitivamente su elección. Galopó mucho tiempo a solas con Brice. Incluso perdieron la caza cuando

después de la hora más calurosa volvimos a lanzar los perros en la espesura. Cuando se unieron a nosotros trotando, Brice tenía un aire de exaltación concentrada. Don Guzmán se pasaba con fruición el mango de su látigo por los labios.

-¡Ese viejo Esteban! – me susurró-. ¡Ajá, viva la juventud, mi querido conde! Semejantes bocados ya no son para nosotros. Me gustaría mucho saber... ¡Estupenda cacería, mi querido amigo, estupenda cacería! – repitió bien alto-. Era menester que vinierais a Cumaña para que yo pudiera asistir a una tan interesante. Aquí la vida es un poco monótona; necesitamos hombres como vosotros para añadirle la sal de lo imprevisto. Merecéis todo mi agradecimiento. ¡Estupenda cacería, en verdad!

## **CAPÍTULO VI LA FIESTA DE LOS LOCOS**

Todos los años, en Cumaña, después de las solemnes ceremonias católicas de la Pascua, se celebra la *Fiesta de los Locos*. Es la vieja Fiesta de los Locos de nuestros siglos pasados, cuyo recuerdo aún subsiste en las consejas transmitidas de generación en generación por los narradores de la tradición oral en las noches de vigilia a la lumbre del hogar. Aquí,

o mejor dicho, allí, en esa encrucijada de culturas, el instinto pagano, el gusto universal por la mascarada, la terrible violencia de la España religiosa y despiadada, se mezclaban, exasperándose, dando rienda suelta a la imaginación durante las veinticuatro horas con que la ciudad paga su tributo anual a la pasión y la locura. Durante todo un día, desde la primera hora de la noche hasta la última del día siguiente, al amparo de las máscaras y los disfraces, se desencadenan los instintos alrededor de los autos de fe de la Inquisición.

Soledad me habló de la fiesta como de un tiempo en que las mujeres decentes se encierran en sus casas. El pueblo invadía toda la ciudad; desde el puerto y los arrabales subía una espuma que se mezclaba con los mestizos bajados de las mesetas. Soledad siempre tenía miedo a ese oscuro desenfreno.

-Pero tú sí puedes ir a ver, Antonio -me dijo-. ¡A condición de que no me dejes por una de esas pelanduscas enloquecidas! ¿Serás juicioso?

**-Tranquila, amor mío, lo seré y sin que me cueste trabajo.**

**Brice había cobrado «nuestra» pieza la víspera de la Fiesta de los Locos. Esa misma noche había ido al Alcázar donde Mañuela danzaba. Yo no lo había vuelto a ver; esa ausencia no me inquietó lo más mínimo; sólo podía estar con Mañuela. Esperaba verlo al día siguiente.**

**Vestido con un dominó con capucha de mujer y la máscara negra sobre la nariz, salí con Michault en cuanto sonó el cañonazo anunciando el cierre del puerto y, aquella noche, el inicio de la fiesta. No sabíamos muy bien lo que íbamos a hacer; queríamos ver, como vulgares mirones. Simplemente empezamos por bajar hacia la plaza de Santa Estela, mirando a los travestidos salir solapadamente de los portales y rozar un instante los muros antes de mostrar a la difusa claridad el enigma de sus disfraces. Salían de todas partes, como chinches de un camastro. Algunos enarbolaban antorchas, resplandores en movimiento que formaban en la penumbra unos islotes de claridad donde se avivaban los colores.**

**En la Alameda habían alineado contra las paredes unas vasijas de cristal medio llenas de aceite en las que flotaban unos discos de cera atravesados por mechas. Esas vasijas coloreadas de azul, rojo y verde iluminaban desde abajo a la muchedumbre cada vez más compacta, paseando extrañas fosforescencias sobre las máscaras de rostros grotescos. A veces dibujaban la sombra chinesca de un cuerpo a través de una tela transparente y proyectaban en las murallas un incesante fresco de sombras altas, monstruosas, en perpetuo movimiento.**

**Michault y yo tuvimos que cogernos del brazo para no perdernos en aquel hormigueo bullicioso. La gente se lanzaba puñados de pétalos de jazmín, de rosas deshojadas. Unas risas demasiado estridentes se arremolinaban entre los gritos y las llamadas. Un olor espeso emanaba del suelo ya alfombrado de flores.**

**La muchedumbre nos apretujó contra un gigantesco cochino rosado. Empinado sobre las patas traseras, nos restregó en las narices sus manos lanzando unos gruñidos que hicieron reír a carcajadas a una Venus venusinamente escotada, pero un poco añeja. Otra mujer acudió a refregar contra nosotros unas tetas bamboleantes que flotaban en la tibia escotadura donde Michault hundió las manos, pero ella escapó cegándonos con un puñado de flores. Michault me soltó, y la marejada**

humana nos separó; vi alejarse su hopalanda blanca hasta que lo perdí de vista, porque enseguida el alboroto arremolinado me arrastró en otra dirección.

Me dejé llevar por la corriente que bajaba hacia la plaza de Santa Estela. A lo lejos se distinguía, elevándose sobre el telón de fondo de la noche, la torre octogonal de la catedral vivamente iluminada. Los reflejos rojizos animaban las estatuas de su fachada, de tal forma que, por encima del gentío, otra multitud de piedra parecía desenroscar sus zarabandas a través de un velo de humo. Todo se movía, las máscaras, las estatuas, la luz, la noche. Los monstruos en bajorrelieve eran una prolongación de los estrafalarios disfraces, las llamas del infierno representadas en la piedra tomaban su movilidad y su enrojecimiento de las llamaradas de una hoguera encendida en la explanada frente a la iglesia.

En las inmediaciones de la plaza el barullo era tal que no se podía dar un paso; uno se atascaba dando vueltas sobre sí mismo. Sin embargo, un cortejo, penetrando como la reja de un arado en esa masa humana, la apartó a ambos lados. Era la procesión de Santa Estela, a la que llevaban para que asistiera al auto de fe. La enorme estatua de la santa, llevada en andas, se tambaleaba encima de las cabezas. Su semblante de plata brillaba; los reflejos relucían en el esmalte de los dientes y de los ojos, donde resbalaban unas lágrimas opalinas. En sus rodillas, el mártir Esteban exhibía unas heridas rosadas mientras dejaba arrastrar, con la cabeza echada hacia atrás, su cabellera de adolescente. Unos collares meneándose en el cuello de la santa caían hasta la blusa, donde la tela de oro se ceñía a las formas de unos pechos voluptuosos. Unos anillos brillaban en las manos que sostenían el cuerpo del mártir con el gesto de una verdadera amante. Los cabellos castaños se separaban atrevidamente en su frente. Si no hubiera sido por el lustre frío de ese rostro, cualquiera la habría confundido con una Tisbé estrechando en un trágico abrazo el cuerpo de su amado.

Llevada en andas por unos hombres con dalmáticas rojas, seguida de penitentes con capirotas, la santa pareja se paseaba en medio de una polvareda de luz y de incienso, flotando con su abrazo apasionado en la fragancia de las flores marchitas. A su paso, los rostros burlescos, los hocicos, los morros groseros, las jetas embadurnadas de pintura, se

inclinaban; las rodillas se hincaban en el suelo, las bocas murmuraban invocaciones; los salmos, interminablemente modulados, perforaban el martilleo de los pasos, y se perdían girando en la noche.

Cerrando filas otra vez para seguir al cortejo, la muchedumbre me arrastró de nuevo, agregándome a un grupo que formaba un enjambre girando al capricho de la mojiganga sin que pudiera separarme de ellos. Viré con los demás, pegado a una mujer, mis piernas contra las suyas, los rizos de su nuca en mi boca. Yo la sentía tropezar y cimbrar contra mí. Sus cabellos formaban entre sus hombros una oscura pelusa. Su escote descubría unos pechos voluminosos, una carne lechosa. ¡Un apetitoso bocado, aunque vulgar! Su compañero, un pequeñajo vestido con una hopalanda amarilla, la apretó tan fuerte que en su risueño forcejeo por apartarlo de ella, le quitó el capuchón de la hopalanda. Él no llevaba máscara, solamente un parche de tafetán negro en el ojo izquierdo. Era Israel Hands.

-¡Hands! – exclamé impulsivamente.

-¿Quién es...? Que me ahorquen si no conozco esa voz.

Miró hacia todas partes volviéndose a poner el capuchón.

-Alguien que te conoce bien -respondí en español forzando mi voz para hacerla más grave-. ¿Qué haces por aquí, Israel Hands? Trata de responderme tan sinceramente como pueda tu alma tortuosa si no quieres vértelas con el garrote.

La mujer lanzó un grito; aterrada, consiguió separarse de nuestro grupo.

-¡Que me ahorquen si he hecho alguna fechoría! – murmuró el tuerto-. Soy un buen muchacho. Jamás he engañado a nadie. Pues bien... eh... el viejo, el puñetero capitán... puesto que vosotros me conocíais tanto, *sir*, ya sabe lo que quiero decir... dijo que yo no era un buen muchacho, y me dejó en tierra.

-¿Junto con un tal Ballater, no?

Sí, sí, ahora comprendía, reconstruía los acontecimientos tal y como los habíamos previsto. Ballater no podía soportar a un amo mucho tiempo, del mismo modo que Hands no podía permanecer mucho tiempo sin traicionar. Debieron mostrar su mal genio. Probablemente Flint había recalado por aquí algún tiempo después de habernos

abandonado, y no perdió la ocasión para quitárselos de encima dejándolos en la costa.

-Y dime, ¿a quién más dejaron con vosotros?

Pero Israel Hands ni siquiera se tomó la molestia de contestar con su muletilla profética. Me asestó en la mano con que lo agarraba una cuchillada que no acertó a herirme, aunque la violencia del golpe me adormeció los dedos. Se me escapó su muñeca. Escurriéndose en la multitud un poco disgregada, Israel Hands desapareció como la sinuosa serpiente que era. Que fuera directamente a la horca, eso poco importaba. Bastaría con tomar precauciones. Además, entonces pensaba que ya no estaríamos mucho tiempo en Cumaná.

---

Más tarde, cuando quise ver lo que pasaba en aquella plaza de la catedral a la que era imposible acercarse, conseguí entrar en una *vinatería* a través de cuyas ventanas podía verse Santa Estela. En la planta baja la gente se encontraba espantosamente amontonada. Los más afortunados estaban sentados, apiñados, coagulados en torno a los jarros de vino donde nadaban los pétalos. Otros, atrapados entre las sillas, se pasaban de mano en mano las botellas. Una mujer con un vestido rosado, a horcajadas en la balaustrada de una galería, echaba flores desde el oscuro techo de vigas, envuelta en las azulosas espirales de humo de los cigarros. Alguien enmascarado con una cabeza de asno le pasaba unos hollejos de naranja con los que ella acribillaba a las parejas de abajo riéndose con unas convulsiones histéricas.

A duras penas conseguí llegar al piso de arriba. En las salas habían arrimado las mesas a las ventanas; y ahora cedían bajo el peso de los espectadores. Amenazando con desbaratarlas, las mozas pataleaban encima de las mesas, fuera por la excitación del espectáculo o porque unas manos impudentes se metían por debajo de sus faldas.

Agarrado a un grupo oscilante sobre su frágil base, y asomándome entre las cabezas, pude ver la plaza. Delante del pórtico con triple ojiva, en un cuadrilátero formado por una doble hilera de monjes y penitentes, estaban las hogueras donde las víctimas de la Inquisición, con sayos blancos y cucuruchos amarillos, se retorcían entre las lenguas rojas y la humareda. Enfrente, congregados en los escalones de la

catedral cuyos bajorrelieves ellos prolongaban, el clero de Cumaña coronaba todas esas agonías en un friso de moaré, armiño, blancos encajes, púrpura y oro. En un estrado más alto, por encima del virrey, los ministros del holocausto, con sotanas bajo las togas, contemplaban su obra maestra, acaso sin verla.

Las tristes salmodias de los monjes y las lamentaciones de los penitentes se mezclaban con las crepitaciones de las hogueras. La muchedumbre vociferaba cuando un poste de tortura se derrumbaba entre las llamas. Cerca de mí, una joven de rostro descompuesto y pintarrajeado rogaba por las almas que subían al cielo. Yo pensé en nuestros muertos, en nuestros pequeños crímenes...

Con el alma dolorida, escapé de una mujer a la cual ese espectáculo enloquecía. Ebria y delirante, con el diablo en el cuerpo, borracha de noche y de luz, de llamaradas, de ruido, de olores, de deseo, se dejaba llevar por ese desencadenamiento de la pasión frenética que por un día tiene permiso para saciarse libremente.

Dando un largo rodeo por unas calles transversales, bajé hacia los jardines sobre el mar. Allí la multitud podía expandirse, disgregándose más. El gran aliento del mar barría los resabios de la fiesta. Los gritos se apagaban en los rincones en sombra. La gente bailaba en las terrazas al aire libre. El rumor de las olas estallando contra las balaustradas se amalgamaba con el popurrí de diversas músicas. Me acodé y reposé la vista contemplando cómo las parejas de baile se ponían frente a frente, se cruzaban, volvían a cogerse del brazo, cuando de pronto sentí que me tocaban el hombro. Era Michault.

-Al fin te encuentro -dijo-. Hace una hora que te ando buscando. Tom y los otros han regresado.

-¿Cómo?

-Sí. Me los encontré en casa. Yo regresé poco después de haberme separado de ti, estaba harto de todos esos juerguistas disfrazados de polichinelas. Había un cochino que iba pisándome los callos.

-¡No me interesan tus callos! Dime, ¿por qué volvieron?

-¡Ah -dijo Michault-, eso es largo de contar! No entiendo ni jota, quizá tú entiendas algo...

-Vamos a casa.

**-No hace falta. Están aquí mismo. Los traje para que me ayudaran a buscarte.**

**Me indicó en el límite de la sombra, al principio de una alameda, un grupo de enmascarados vestidos con hopalandas. Uno de ellos estiraba una pierna muy tiesa.**

**Nos metimos debajo de los árboles. Tom me expuso los hechos. Estaban muy tensos. La víspera, un grupo de arqueros de la Santa Hermandad fue avistado por Frémin, quien cazaba no lejos de la hacienda de Georges Nightingale. Enseguida nuestros amigos dieron la voz de alarma y procedieron a tomar algunas medidas de seguridad. Tan eficaces que, cuando los arqueros estuvieron a suficiente distancia para gritar que en nombre del gobernador representaban al rey de España, y los conminaron a dejarles «libre el paso y ayudarlos en su pesquisa al servicio del rey y la religión», nadie respondió a su heraldo. Las pesadas hojas de la puerta se abrieron de par en par. Un cochino atravesó el patio gruñendo, unos pollos picoteaban perezosamente a la sombra. El silencio no tenía nada de inquietante; era el de una casa que duerme en medio del calor. Sin embargo, antes de aventurarse en el patio, el heraldo sopló su trompa una vez más. Un hombre apareció, medio dormido, con cara de idiota. A las preguntas del jefe de los arqueros, respondió con sonidos inarticulados mostrándole las viviendas. Por un exceso de precaución, el capitán hizo una señal a dos de sus hombres para que se quedaran atrás mientras el resto trasponía la entrada abovedada. Llegaron sin dificultades hasta el mismo centro del recinto circunscrito por las viviendas. Entonces el ruido de los batientes, bruscamente movidos por los hombres que estaban detrás, se confundió con los dos mosquetazos que derribaron a los arqueros que habían quedado afuera. En cuanto a los otros, antes de que pudieran reaccionar, un círculo de carabinas asomadas de repente en las ventanas, las puertas y en las esquinas, los obligó a rendirse. Naturalmente, no dejaron de protestar a gritos, pero su resistencia no pasó de ahí. Maniatados y amordazados a conciencia, los encerraron en un sótano. Tras lo cual, y a sabiendas de que las autoridades estaban tras su rastro, nuestros compañeros se largaron de allí y llegaron a Cumaña. Enmascarados y en medio del gentío se sentían más seguros**

que en cualquier otro lugar. Habían ido a merodear alrededor de nuestra casa, Michault los había encontrado allí.

-Sí -dije-, yo os había traicionado, pero indiqué otro rumbo y no pensé que fueran a buscaros allí. ¡Bueno, no importa! Ahora estaremos más tranquilos. Alguien murió ayer.

Les conté el providencial accidente de Gómez, y cómo Mañuela había reaccionado ante la inesperada energía de Brice.

-De todas formas, me sentiría mejor si estuvierais en otro lugar que no sea éste. Hace un rato he visto a Hands. De un momento a otro se topará con vosotros y os reconocerá... Tenéis que irlos.

-¿Y mi hacienda? – exclamó Georges.

-Te comprarás otra, en otra parte.

-Nunca se puede estar en paz. Esa me gustaba mucho. Había un hermoso pozo con un tejado, todo rodeado de árboles...

-¡Al diablo con tu pozo! ¡Por todos los demonios, me gustaría saber dónde está Brice y qué piensa hacer! Tenemos que irnos de este poblacho antes que amanezca.

-Probablemente está con esa chica -conjeturó Michault, meditabundo.

-¡Me dejas asombrado! Hubiera dicho que estaba con el Papa.

-¿Y si nos damos una vuelta por la casa de la tía Encarnación?

Yo no tenía muchas esperanzas, pero no se perdía nada con probar.

Nos hizo falta tiempo para llegar a la Alameda del Mar. El alba había empezado cuando llegamos a la plaza de Santa Estela. Las hogueras todavía ardían en un rumor de cánticos, pero los primeros rayos del sol habían extinguido los reflejos de las llamas. Ahora se veía planear por encima del lugar una humareda grasienta y rojiza. Con la llegada de la luz, un estupor parecía apoderarse de la multitud. Era como si el resplandor del amanecer desvelara ante ese pueblo cuan odioso era aquel espectáculo, cuyo horror insultaba la magnificencia de esa hora suspendida entre la aurora y las sombras aún pálidas. Unas mujeres arrodilladas rezaban. La mascarada se despojaba de su pompa nocturna. La luz ponía de relieve las ojeras, subrayando las arrugas de esos trapos carnavalescos, los estragos de la orgía. Pegados a las paredes nos escabullimos rozando la cera derramada de los candeleros.

**Detrás de la catedral, dije a los demás que me esperaran mientras yo entraba en la casa de Mañuela. La reja estaba abierta de par en par, un borracho roncaba en el portal con una botella rota en la mano. En el patio, la ventana de la habitación donde me recibiera la tía Encarnación estaba entreabierta. Cabalgué en el alféizar y empecé a llamar a Brice. Ninguna respuesta. Me tomé la libertad de abrir las puertas para echar una ojeada. Una de ellas daba acceso a un corredor en penumbra donde me pareció ver, a algunos pasos de mí, otra puerta en la que brillaba vagamente una pequeña mirilla de cobre. Al acercarme descubrí que la mirilla estaba cerrada, pero no la puerta. La empujé. Allí sólo había un humilde cuarto embaldosado de rojo con una cama, una cómoda, una mesa de limonero; nada interesante. Pero de pronto, en un anaquel junto a la cama, un objeto blanco pardusco llamó mi atención; se trataba de una pipa en cuya cazoleta había una ligadura de hilo alquitranado como las que suelen poner los marinos. ¡Vaya, vaya! Gómez, que fumaba tabaco al igual que sus compatriotas, y Brice, que no fumaba, no habían sido los únicos en frecuentar la casa.**

**Volví a caminar en la sombra, tanteando a ciegas las paredes para guiarme. Ese extraño pasillo parecía rebasar la longitud de la casa. Por fin llegué a un recodo y percibí un rayo de luz. Al mismo tiempo me pareció oír la voz de Brice. Lo llamé. Quizá cometía una imprudencia o una indiscreción, lo reconozco, pero el tiempo apremiaba. Una puerta se abrió con violencia. En mangas de camisa, Brice salió bruscamente de una alcoba que me pareció enorme, suntuosa, purpúreamente tapizada, de un púrpura casi violáceo, radiante alrededor de una gran cama elaborada con conchas de carey con incrustaciones de nácar donde se desparramaba, como un oleaje de tinta, la abundante y ensortijada cabellera de Mañuela.**

**-¡Otra vez tú! – exclamó Brice-. ¡Ni siquiera aquí dejas de espiarme!**

**-Es que... los otros, Tom...**

**-¡Me importan un carajo tú, los otros y Tom!**

**-Han regresado -dije en voz baja.**

**-¡Que se vayan al diablo, y tú también!**

**-Pero...**

**-¡Fuera de aquí, lárgate! ¡No estamos casados, que yo sepa! ¡Si vuelvo a verte, por todos los diablos!**

**Me dio con la puerta en las narices.**

**Herido muy a pesar mío, volví sobre mis pasos. Cuando llegué al patio, la tía Encarnación entraba en el portal con paso titubeante, sostenida por un enmascarado cuyo dominó anaranjado arrojaba unas poderosas espaldas. Al verme, se paró en seco, dejó caer a la vieja, me saludó con la cabeza en una forma que me pareció irónica y luego giró sobre sus talones. Estuve a punto de abalanzarme sobre él. ¡Pero no! Después de todo, ya tenía bastante. Que Brice hiciera lo que le diera la reverenda gana... Ese gesto de egoísmo, de rencor, fue por mi culpa, por mi maldita culpa. Probablemente era preciso que ocurriera, porque todo lo que está escrito sucede, y estaba escrito que la compunción de haber pecado me sería infligida. Somos como niños en las manos de Dios.**

**Así que dejé irse al enmascarado anaranjado. Ya iba a dejar tirada a la vieja en las baldosas donde se había desplomado cuando un sentimiento de respeto humano, una suerte de remordimiento hacia esa especie de escombros humano, que comoquiera que fuese era una mujer, una madre, me detuvo. Apestaba a vino y a tabaco. Su intención de ser respetable no había podido resistir la llamada de la fiesta. ¡Sólo Dios sabía dónde había pasado la noche! La ayudé a llegar, ora caminando, ora cargándola, hasta la estancia que daba al patio. Le puse un cojín en el sillón donde la recosté. Ella me miró con sus pequeños ojos bastante brillantes para una borracha. De golpe murmuró con una voz no tan pastosa:**

**-Váyase. Váyase de este país, señor.**

**-No se preocupe, señora, no tengo la menor intención de llegar a viejo aquí. – No pude dejar de añadir:- Usted podrá seguir alojando a gentes que fuman en pipa mientras observan por las mirillas lo que pasa en los pasillos. Adiós, señora.**

**Cuando me reuní con los demás, les dije que Brice no estaba allí. Mentí porque los quería demasiado, a ellos y a él, para envilecerlo delante de sus subordinados.**

**-Entonces, ¿qué vamos a hacer? – preguntó Tom.**

**-Bajar al puerto. Tendríamos que tener muy mala pata si no encontráramos alguna barca, aunque sea de pesca, capaz de llevaros hasta Trujillo. Allí podréis fletar, o mejor comprar, un bricbarca y prepararlo para un largo viaje. Brice y yo nos reuniremos con vosotros muy pronto. ¿Tenéis diamantes?**

**-Hemos cogido suficientes, el resto de lo que nos corresponde está en tu casa.**

**-Pues bien, vamos, pandilla de zánganos. ¡Acabemos de una puta vez con todo este enredo!**

**Pero no estaba escrito que se acabara tan pronto.**

**En el puerto me mostré desprendido y cerré fácilmente un trato con el patrón de una barca. Trujillo, en la punta de La Española,\* ofrecía total seguridad a nuestros amigos, pues estaban amparados por la ley francesa. En cuanto llegaran a sus aguas estarían fuera del alcance de las garras de la Santa Hermandad, y eso ocurriría antes del anochecer. Michault y yo vimos con alivio el lugre que los hacía desaparecer en el horizonte.**

**\* Descubierta por Cristóbal Colón, hoy laparte oeste de esta isla se llama Haití. Perteneció a Francia desde 1697 hasta 1804.**

**Esa misma noche, en la capilla del convento de los franciscanos, un padre unió secretamente a un hombre y a una mujer, no ante los hombres, sino ante El que no necesita nombres para reconocer a sus hijos.**

**Sólo quedaba seguir el camino ya tomado por Tom Hawkins, Will Whale y nuestros amigos. El palacio se lo dejaría a Brice. Tengo que confesar que un pesar me oprimió el corazón cuando abandoné la residencia donde por primera vez la felicidad se había cruzado en mi camino, aquel gabinete de mármol donde tantas horas maravillosas habían transcurrido. Siempre había estado ligado a las cosas por lazos sutiles y profundos. ¡A lo largo de mi existencia había tenido que pronunciar tantas veces para mis adentros ese inexorable «nunca más», y ahora me veía obligado a murmurarlo de nuevo, contemplando esos espejos donde la gracia de Soledad me había rodeado con sus encantos cada vez más seductores! Nunca más esos cojines sobre el banco de mármol, donde con la cabeza reclinada en sus rodillas, ella había acunado mis sueños. Nunca más el rumor de esa fuente. Nunca más**

esos ventanales abiertos a las delicias del jardín, y nunca más los oblicuos revoloteos de los pájaros.

Podríamos tener otras casas incluso más bellas, pero ya no sería lo mismo. Ya no tendría esas cosas que habían contribuido a dar rienda suelta a mis pensamientos y sentimientos, como un tronco sostiene el lento crecimiento de una hiedra. Acaricié melancólicamente el lomo de los lebreles acostados en las baldosas, las crines de los caballos en los establos. Había que dejarle todo eso a otros. La vida sólo continúa cuando sin cesar le dejamos lo que ella exige de nosotros.

No quería irme sin volver a ver a Brice. Pero por nada del mundo iría a verlo a la casa que estaba detrás de la catedral. Esperé a que acudiera a nuestra casa, lo que no dejaría de hacer, porque sus ropas y el resto de sus pertenencias estaban allí.

Todavía no había oído hablar de él cuando llegó un billete de don Guzmán invitándome a ir a verlo al palacio del virrey. Conducido una vez más por un ujier, atravesé las vastas salas, luego la galería. Al pie de la escalera secreta me recibió el negro; me hizo entrar en el despacho de las mil cajas de expedientes clasificados. El pequeño grande de España me recibió con su acostumbrada cortesía. Estaba abochornado por haberme molestado. ¡No me había visto desde hacía tanto tiempo! ¿Había asistido yo a la Fiesta de los Locos? Me interrogó minuciosamente para conocer mis impresiones. ¿Dónde había estado? ¿Qué había visto?

-Perdonad mi indiscreción, mi querido conde. Pero como sabéis soy...

-...muy curioso. Sí, Excelencia. Es una pasión inocente, las hay peores.

-¡Ah, sí! ¿Acaso preferís hablar de vuestro amigo?

No, yo no quería hablar de él, pero pensaba en él. Según me pareció, don Guzmán se adentró con afán en ese tema. Tal vez le ofrecía una transición que debía de estar buscando desde hacía rato, porque entró en materia, si se me permite la expresión, a galope tendido.

-Señor D'Autremont, sí, señor de D'Autremont... ¿Su nombre es Louis, verdad? Sí, Louis, nosotros decimos Luis. Pues bien, esta... nuestra, quiero decir... nuestra brillante amiga no le... ¿Creéis que ella no le hace... cómo decirlo... no le hace feliz? ¿No pensáis que vuestro

amigo salió perdiendo al conquistarla? Porque la conquistó. Para gran perjuicio de mi querido Esteban. Yo sé, yo sé que hay una casita detrás de la catedral. ¿No se os había ocurrido pensar que abriendo un agujero en la pared esos dos edificios contiguos se pueden comunicar sin dificultades sin que se note absolutamente nada en el exterior? Sí, yo sé muchas cosas. Sin embargo, vuestro mayordomo no trabajaba para mí; no, no, querido conde.

Muy pulcro y aseado, el pequeño viejo me miraba con sus quevedos en la frente. Sonrió, siempre con su aire sagaz, reservado. Seguía pareciendo un insecto; pero a pesar del mohín sardónico en la comisura de sus labios, no parecía que fuera malvado ni peligroso, sino sencillamente misterioso, alguien tan acostumbrado a la reticencia y al secreto que ya no podía liberarse de esa manía ni expresarse francamente. Aquel hombre que vivía en los misterios de la verdad, en la búsqueda infatigable de la verdad, sólo podía conocerla y actuar en consecuencia, pero nunca decirla. Para él ya no había otro lenguaje que no fuera hablar con segundas.

No obstante, hizo un esfuerzo. Quitándose los quevedos con ambas manos, los posó con decisión en la mesa, y apoyándose en los codos se inclinó hacia mí en actitud confidencial.

-Mi querido *amigo* -recalcó esta palabra-, ¿creéis que sería difícil conseguir las señas de uno o dos extranjeros que estamos buscando? Las cancillerías son lentas en responder, pero el tiempo pasa tan rápidamente cuando se vive un sueño... un sueño de... eh... ¿puedo decir de amor?

Me estudiaba sonriendo. La cabeza me daba vueltas.

-Muy bien, Excelencia -respondí levantándome con esfuerzo-. ¿Y ahora qué vais a hacer? Me toca el turno de ser curioso.

-No, no -dijo agitando la mano-, sentaos otra vez, mi querido *amigo* -otra vez recalcó esta palabra-. De momento no se trata de hacer, sino solamente de hablar. Como sabéis, soy curioso hasta volverme molesto, indiscreto, deshonesto, exasperante, odioso. Sí, sí, pero esto no lo sabéis; esa curiosidad no es la fría y cruel pasión del sabio que abre las entrañas de las bestias para saber cómo se mueven. Amo a los hombres con la misma vehemencia que don Largos, vos no lo conocéis, consagra a las cajas pintadas. Sólo que los objetos curiosos que yo colecciono

están vivos. A cada uno de mis objetos de estudio le exijo el máximo de verdad que lleva dentro de sí. La vuestra consiste en enfrentarse incesantemente al espíritu del mal y supongo, cuento con ello, triunfar sobre él; triunfar por lo demás sin heroísmo, con una parsimonia bastante ardua, obstinada e inconsciente que me apasiona. Es el primer ejemplar de este tipo que encuentro; nuestro clima no es favorable a esa clase de individuo. ¡Y yo iba neciamente a interrumpir vuestra carrera para quedar bien con los convencionalismos! No, no son los míos... -Tras una pausa, prosiguió riéndose-: Os dejo asombrado. Ya os habéis acostumbrado a ver en mí un enemigo. Y, sin embargo, ¿acaso no dije que os estaba agradecido? Yo no soy vuestro enemigo, sino más exactamente vuestro arbitro. Palabra de honor que vuestro enemigo no soy yo. ¿Lo entendéis...? Cuando vinisteis aquí por primera vez, adiviné vuestro verdadero... digamos, vuestro verdadero oficio. No forma parte de vuestra profesión salvar a muchachas en peligro. Interesante indicio. Quise daros cuerda, para ver qué pasaba. Y ya lo veis. En cambio, tengo que confesar que si hubiera podido coger a vuestros amigos... ¡cuic! – y apretó la mano en torno a su cuello con un gesto significativo-. Ellos fueron más hábiles que yo. ¡Bah, son pura morralla! Ahora decidme francamente, ¿qué pensáis hacer?

Me pasé la mano por el rostro para recuperar mi presencia de ánimo. ¡Extraordinario! ¡Qué hombres más curiosos había en el mundo! Sí, era extraordinario, pero al mismo tiempo lógico, para usar una de las expresiones favoritas de mi interlocutor. Y, examinando a aquel ser tan extraño de cuerpo como de mente, me pregunté si así, al descubierto, no era todavía más inhumano que bajo su primera apariencia de insecto.

-Irme de Cumaná -respondí-, irme a Europa.

Él sonrió misteriosamente.

-Iros de Cumaná, sí, sí, claro; dejar Cumaná es una excelente idea... ¿Pero quién puede deciros adónde iréis?

Nos levantamos. Detrás del pequeño hombre vi, como la primera vez, un rincón de los jardines del virrey. Ya no estaban allí las damiselas con sus vestidos rosa y oro viejo junto a la fuente. Un pavo real originario de la isla paseaba su cola tornasolada por los azulejos.

**-A propósito -me dijo don Guzmán cuando me despedía-, no tardéis en iros de Cumaña. Alguien os ha denunciado como autores del incendio de Galapas. Ya sabéis, el incidente del convento. La Santa Inquisición es más poderosa que yo, como comprenderéis. – Puso fugazmente su mano en mi brazo-. A pesar de todo, pienso que lo conseguiréis. ¿Puedo esperar que entonces os dignaréis enviarme una carta para; decirme qué tal os ha ido?**

**Y, con gesto un tanto melancólico, mostrándome las cajas llenas de legajos amontonadas en los casilleros, añadió:**

**-Este caso se convertirá en un expediente más -dijo-. Aquí la aventura, el riesgo, la embriaguez, el amor, la muerte, la risa y las lágrimas se convierten en papel.**

**Hizo una profunda reverencia.**

## **CAPÍTULO VII CAÍN**

**No, no conseguía dejar a Brice expuesto a no se sabe qué tortuosa intriga. La Inquisición es un poder terrible. ¿Quién nos había delatado? ¿Hands o la tía Encarnación? Eso ya no importaba; sólo contaba el hecho. El día de mañana Brice daría con sus huesos en alguno de esos *in pace* donde, según dicen, no se puede dar ni un paso, y donde a veces uno termina asado como en un horno, o sencillamente muerto de hambre y devorado por las ratas. ¡No, de ninguna manera! Decidí actuar enérgicamente, incluso por la fuerza si fuera preciso. Iría a casa de la vieja con la pistola al cinto...**

**-Brice ha venido a verte -dijo Michault entrando en mi aposento.**

**-¡Al fin se te ve el pelo! – exclamé al ver a nuestro capitán-.**

**Hermano mío, puedes decir...**

**-Está bien, está bien. No tienes que soltar tantos berridos.**

**-Berreo todo lo que me da la gana. ¿Sabes una cosa?, ¡la Inquisición nos busca por el saqueo de las Galapas! Nos han denunciado.**

**-¿Y qué quieres que haga, gandul? Mañana ya no estaré aquí; allí adonde voy tu sacrosanta Inquisición no irá a buscarme. – ¡No me digas...! ¿Y adónde vas? – Al cayo, a buscar el resto de las piedras preciosas y los lingotes de oro. – Escucha, Brice, ¿quieres que hablemos seriamente para saber en qué situación estamos y si todavía podemos**

entendernos? – Soy todo oídos -aceptó, tomando asiento. Le relaté lo que me había pasado con Hands, luego con Tom y los otros, y finalmente con don Guzmán. – Don Guzmán te ha engañado. No tiene suficientes pruebas para arrestarnos, y ya le gustaría amedrentarnos para que

saliéramos pitando de aquí por nuestra propia voluntad. Hands no puede hacer gran cosa, porque arriesga tanto como nosotros. En cuanto a Tom y sus muchachos, hiciste bien. Por lo que respecta a mí, es muy simple, necesito dinero: voy a por la caja de caudales.

–¿Necesitas dinero? – exclamé-. ¿Pero, y tu bolsa? Esbozó una sonrisa de lástima. – ¡Mi bolsa! ¿Y eso qué quiere decir... mi bolsa? Se la entregué a alguien para que comprara baratijas. Es diez veces,

cincuenta, cien veces el contenido de mi bolsa lo que me hace falta para que alguien me considere el único hombre capaz de realizar sus más fantásticos caprichos. No se engaña, no se deja a un hombre así como así, ¿entiendes, muchacho? – Su risa se volvió un tanto amarga, y agregó-: Es el único medio.

–Muy bien -dije-. Después de todo, con tal de que salgas de aquí, es mejor así. Pero ¿qué harás cuando hayas cogido

tu parte del resto del tesoro? – Ése es mi problema. Todavía no me habéis otorgado la marca negra -sonrió irónicamente-, así que sigo siendo vuestro capitán. Yo os conduciré al cayo, compartiremos el tesoro según las reglas de la ley, os dejaré de vuelta en el mismo lugar de donde salimos y, liberado de mis compromisos, os entregaré mi bastón de mando. ¿Te parece justo?

–¡Oh, sí, no te quepa duda! – ¿No te gusta la idea? – Sí, sí. No es la idea lo que no me gusta, eres tú. Se puso de pie. Sentí que iba a montar en cólera. ¿Para qué discutir? Sólo serviría para lastimarnos. Desde hacía unos tres meses no habíamos hecho otra cosa que caminar en sentidos diametralmente opuestos. ¿Cómo entendernos desde

tan lejos? Cedí. – Supón que no he dicho nada. Estoy de acuerdo en lo de ir al cayo. Tom y Will nos esperan en Trujillo. Probablemente habrán encontrado un barco. Sólo tenemos que reunimos con ellos; ese será nuestro punto de partida, así como el final de nuestra asociación.

–¡Choca estos cinco! – dijo Brice-. Vale. Le di la mano sin placer. – Sólo nos queda vender todo esto -dije mostrándole la casa-. Mientras tanto, buscaré una barca que nos lleve a

Trujillo. Que yo sepa, seremos cuatro a bordo, porque mi mujer viene conmigo hasta Trujillo, donde luego nos esperará. – ¡Tu mujer! ¿Hay que felicitarte o darte las condolencias?

–En Galapas me habrías felicitado.

–Bueno, bueno. No, yo no llevo a nadie conmigo. En cuanto a esta casucha, para qué perder el tiempo vendiéndola, somos bastante ricos. Sólo tenemos que partir, olvídate de esta casa.

Mi sentido práctico se sublevaba contra la perspectiva de ese despilfarro; hubiera preferido lanzar por la ventana un puñado de diamantes. Por eso me mantuve en mis trece. Mientras Brice fletaba un velero de tres palos, yo le revendí nuestro palacio al mismo judío que nos lo había vendido. Otra vez me robó. Por última vez recorrí la residencia con Soledad. En el jardín nos encontramos a Michault, que también paseaba.

–Y bien -le pregunté-, ¿qué piensas de todo esto?

Desgajó una naranja de una rama y la miró distraídamente mientras la pelaba dándole vueltas entre los dedos.

–¡Bah -dijo mordiendo la fruta-, mujeres! Zarpamos de Trujillo el 15 de noviembre. La época del año era buena. En el puerto nos habíamos encontrado con Tom Hawkins y nuestros amigos. Tenían preparado para hacerse a la mar un hermoso bricbarca que había costado casi su peso en oro; pero no estábamos para tacañerías. El mascarón de proa era una cariátide que sostenía el arranque del bauprés. En el espejo de popa, debajo de la barandilla a la moda castellana, esculpidas a relieve en la madera, las letras doradas de un nombre afortunado: *Estrella de Mar*. Más arriba, en el pico de la cangreja, ondeaba la bandera española, porque nunca más debíamos surcar los mares con la oriflama negra, blasonada con un corazón ensangrentado encima de la orgullosa divisa: *La Libertad*.

Mientras el *Estrella de Mar* navegaba tranquilamente hacia el sur, Frémin Cotard no reprimió un nostálgico pesar.

–¡Qué vida de burgueses! – dijo acodado en la borda desde donde escupía al agua, cual un mosquetero entona una triste mediodía de domingo en la guarnición de una ciudad fronteriza.

–¿Y qué quieres? – le respondí-. Ahora somos caballeros que hemos hecho fortuna.

–¿Dónde quedaron los tiempos en que la buscábamos? ¡Ah, el dinero...!  
– Volviéndose de repente hacia mí, descargó un puñetazo en la batayola-.

¡El dinero -soltó enérgicamente-, el dinero es una mierda!

Frémin Cotard sólo sabía soñar con los desmesurados placeres de las matanzas; en nuestros peores momentos su sed de violencia jamás se había saciado. No es que fuera cruel, sino que le gustaba batirse. Si alguien se lo prohibía, entonces realmente arriesgaba su pellejo. En otros escenarios, por ejemplo en el ejército del rey, hubiera sido un héroe.

A decir verdad yo no estaba tan desengañado como él, quizá porque tenía menos imaginación. Yo había vivido la aventura sin desearla. Sólo la amistad, una suerte de fidelidad a nuestro pasado común, me había comprometido en este último viaje. Lo único que deseaba era que todo acabase cuanto antes. Cuando estuviéramos de vuelta en Trujillo, con el ciclo concluido y nuestra alianza extinguida, colgaría unos hábitos tan gastados como ella para reincorporarme a mi verdadera condición. Soledad me esperaba en Trujillo, en el convento de las carmelitas descalzas, donde alojan a las damas pensionistas.

Había pensado en dejarla al cuidado de don Guzmán, pero como en nuestra última entrevista había habido tantas reticencias, no pude depositar toda mi confianza en aquel hombre. No compartía la opinión de Brice con respecto a él, que había querido asustarnos para librarse de nosotros. Estaba seguro de su sinceridad cuando comparaba su interés por nosotros con el afán de un coleccionista por un objeto curioso. No había ninguna bondad en el origen de sus sentimientos. En modo alguno quería evitarme problemas, sino simplemente, como decía, dejarme que prosiguiera una carrera que excitaba su maniática curiosidad. Por otra parte, no podía amar a nadie; sólo a la verdad, y nada más que a la fría verdad.

Admiraba con cuánta destreza había sabido ponerme en guardia sin decir a las claras qué peligro nos amenazaba. Las casas que se comunicaban. ¡Pues claro, ya me lo temía! El aposento de donde salió Brice cuando fui a buscarlo a casa de Mañuela no estaba dentro del perímetro de la casa de la vieja. Para entrar allí, Brice pasaba y volvía a pasar por un corredor al que daba una mirilla. ¿Pero cuál era la casa contigua? ¿Y quién, alojándose allí, podía estar al corriente de lo que se hacía en casa de Mañuela y entenderse con las dos mujeres sin que jamás lo vieran?

Don Guzmán lo sabía (él lo sabía todo). Había pronunciado una larga y bella perorata; pero ese nombre no lo había dicho.

«Alguien os ha denunciado.» ¿Alguien? Nadie podía estar interesado en denunciarnos. Ni Hands ni nuestros antiguos enemigos, con quienes habíamos ajustado las cuentas, ni tampoco Mañuela. Al menos de momento, ella parecía amar a Brice, quizá al mismo tiempo que a otros, pero ciertamente lo amaba, porque no era de las que se vende por cualquier cantidad de dinero, y yo había visto su tenebrosa cabellera desparramada sobre la cama, en la alcoba de color púrpura.

Bruscamente un rayo de luz se abrió paso en mis ideas. ¡Don Esteban! ¿Acaso Don Guzmán no me había dado esa pista indirectamente? Recordaba algunas frases sueltas: «¿Creéis que realmente está celoso?». «¿Habéis visto a don Esteban?» Y otra vez, durante nuestra última entrevista, había subrayado: «Para gran perjuicio de mi querido Esteban...». Volvía a ver a ese alto caballero enjuto, con sus ojos profundamente hundidos, un hombre capaz de urdir cualquier intriga cruel. En el saludo del enmascarado anaranjado, al finalizar la Fiesta de los Locos, intuía algo de su pinta altanera.

¡Naturalmente, las dos casas eran suyas! Imaginé que la vieja Encarnación debía de tener más confianza en sus plantaciones y sus rebaños que en el misterioso tesoro de Brice. Pudiera ser que ella hubiera tratado de imponerle a su hija ese vejestorio y que, para zaherirlo, Mañuela hubiera recibido a Brice en la alcoba que don Esteban le destinaba. Era posible que Mañuela se exhibiera en el teatro del Alcázar para exacerbar los celos de don Esteban, que le pagara a Gómez para que nos espicara, que la vieja Encarnación, decidida a desembarazarse de nosotros, nos hubiera denunciado, pues yo no creía capaz a don Esteban de una acción tan vil. Sí, realmente, todo eso era posible, pero ahora ya no tenía importancia, sólo habían pasado unos cuantos días y ya todo resultaba lejano. Ni los celos de don Esteban ni las traiciones de la tía Encarnación constituían ya ningún peligro.

Pensé con ternura en un grupo de hidalgos a orillas de la Triousonne donde ya nadie me conocía; o bien, si Soledad no quería dejar este clima, en alguna tranquila residencia de Veracruz. Aquí o allá, nuestra vida transcurriría lejos de las intrigas, en la quietud y el cariño.

Así pues, considerando esta navegación como la última, o una de las últimas de mi vida, y mientras la proa del *Estrella de Mar* cortaba en dos la líquida superficie, dediqué todas mis facultades a disfrutar de las

sensaciones del viaje y volví a encontrar un nuevo encanto en cosas que ignoraba a fuerza de conocerlas.

Hasta ahora había recorrido el mar con indiferencia, ni lo amaba ni lo detestaba; era el escenario obligado de nuestra rutina. Liberado de esa esclavitud, descubría su poder de seducción. Por la mañana las olas eran malvas; el cielo parecía nacer de ellas y hundirse a ratos en sus crestas en una pulverización anaranjada. La cubierta, blanca, surgía con su hermosa forma ovalada de las sombras que el castillo proyectaba sobre ella. Las pirámides de los dos mástiles cargados de velas se impregnaban de un color rosado. Los reflejos malvas y azules que giraban con la luz resaltaban la convexidad de cada vela. El encaje de los obenques y los brandales se dibujaba con extraordinaria precisión sobre esas blancuras opalinas, y en las puntas de las vergas los racimos de poleas se balanceaban como frutas maduras. La balastrada del castillo de popa, con sus dos escaleras laterales por donde seguían trepando las sombras, tenía toda la nobleza de un pasamanos de mármol en un delicioso jardín. Al final, un rayo hacía destellar los cristales de los fanales de popa. Subí a la botavara, ese palo horizontal que se extiende por encima de la toldilla; y apoyado en la hinchazón de la vela cangreja, sentí vibrar en mí toda la fuerza del viento.

Ahora era capaz de comprender el valor de la monotonía que impregna la existencia a bordo. Ella es la sustancia de esta vida suspendida entre el mar y el cielo, es la penetrante tranquilidad de todo lo que es inmenso y capaz de poner el alma en contacto con la inmensidad. ¡Y la noche! Las claridades argentinas reflejándose en las velas, el espejeo del oleaje, o bien las tinieblas apenas brillantadas por la plata de las crestas de espuma. ¡En el silencio, el eterno coloquio del mar con el viento, la nave que «chacharea» con las olas!

Cuando iba a decirle adiós, más cerca de ellas a causa de esa próxima separación, realmente amé a la mar y a esa nave tan ligera que se inclinaba hacia una u otra aleta con movimientos de pájaro que sufre, que se queja o traduce su alegría por medio de esos ímpetus. Amé el mar no sólo en la infinitud de sus horizontes, sino en la materia densa y transparente donde se abre la momentánea oquedad de sus olas; en la textura ligera, porosa, sólida e inestable que forma el tejido de su red translúcida, en los minuciosos movimientos que configuran su inmovilidad debajo de esa corona de espuma que se destruye y se recrea sin cesar.

Esta magnífica realidad me había rodeado mucho tiempo sin que yo comprendiera su sentido más profundo, y ahora me había bastado amar para penetrarlo. Es el corazón el que comprende, no la inteligencia. El amor me había dado no sólo la belleza de Soledad, esa sensual y espiritual dulzura de la mujer, sino toda la belleza del mundo. El amor no tiene fronteras, no se limita; al contrario, multiplica las fuentes de nuestro encantamiento. La suavidad de una carne que nos embriaga, la hace extensiva a todas las materias; la perfección de un cuerpo se la comunica a todas las formas; la sutileza de los colores que nos embelesan cuando los contemplamos en los ojos, en las mejillas, en los labios o en los hombros de la mujer amada, la transmite a todos los colores que existen bajo el sol; gracias al amor reencontramos ese ardor y esa debilidad con que nos inunda el embrujo de una mujer en todas nuestras sensaciones. El amor no es sólo una gesticulación o un sentimiento; es una manera de ser, otro nacimiento, es la Gracia.

Así soñaba, acodado en la popa como hacía antaño a bordo del infernal *Walrus*. Pero todo aquello que entonces me resultaba tan árido y amargo se me aparecía ahora en su poderoso esplendor. Por fin era un hombre.

---

Después de haber salido de Trujillo, como ya dije, navegamos hacia el oeste dando bordadas para evitar corrientes desfavorables. Al cabo de tres días, esperamos todo un turno de guardia para entrar de lleno en la dirección de esos vientos fijos que llaman alisios. Entonces el *Estrella de Mar* puso proa al sur.

Aparte de nosotros, la tripulación estaba integrada por esclavos moros y algunos cimarrones. Todo el mundo estaba bajo las órdenes de Brice. Georges Nightingale había sido ascendido al rango de artillero mayor, es decir, que tenía poder absoluto sobre los dos trabucos naranjeros y el pequeño pedrero que componían todo nuestro armamento. Georges era el único que había sido promovido. Los demás, incluido yo, nos limitamos a reanudar las mismas funciones que desempeñábamos cuando hacíamos incursiones a bordo del *Walrus*, después de la destitución de Flint. Brice era capitán; yo, *bossman*; Tom Hawkins, contramaestre; Frémin Cotard, segundo contramaestre; Will Whale, carpintero; Michault Cul d'Oue, cocinero.

Pero ¡qué diferencia! Brice vivía como un verdadero capitán, es decir, retirado en la toldilla o en su cámara cuyas tres ventanas, muy entrada la noche, aún iluminaban nuestra estela. Y desde que huimos vergonzosamente de una urca berberisca, Frémin trataba de ahogar en vano su rencor en el humo del tabaco. Se irritaba y montaba en cólera con todos por cualquier nimiedad. En cuanto a Will, armaba pequeños barcos dentro de botellas vacías.

Al principio nuestro viaje fue muy tranquilo, al menos por lo que respecta al tiempo y las incidencias de la navegación; pero al sexto día una repentina turbonada nos sorprendió antes de que pudiésemos recoger las bonetas altas, pues Brice se negó a hacerlo a pesar de estar el cielo bastante nublado. Tras lo cual vino el desorden, ya que nuestra tripulación no era de las mejores. Por un momento temimos que la nave fuera arrastrada por el vendaval. Ensañándose en los paños más altos de su arboladura, la tormenta la había inclinado. La cubierta estaba casi vertical, el mar pasaba en torbellinos por encima de la borda. Eso apenas duró lo que dura un relámpago. La excelente estabilidad del bricbarca lo salvó. Saltó encabritándose bajo el peso del agua, y se enderezó en un titánico esfuerzo. Expulsado de su cocina en medio de un diluvio de cacerolas, Michault se abrazó al palo trinquete gritando:

—¡Ahora sí que se ha armado un follón de mil demonios! Ya el viento amainaba, la turbonada huía de nosotros. Brice estaba furioso. La tomó con Frémin, que estaba al mando de la brigada de guardia. También irritado, Frémin no se anduvo con chiquitas y le cantó las cuarenta. Brice estaba equivocado. En su condición de segundo contramaestre, Frémin cargaba con la responsabilidad de una maniobra ejecutada con demasiada lentitud, pero un capitán más diligente hubiera recogido mucho antes las velas altas, causa de todo el desorden. Pero Brice había dejado de ser un capitán diligente. El barco, el viaje y sus viejos camaradas no eran para él más que un medio para llegar al tesoro y coger de él lo necesario para deslumbrar a una mujer insaciable. Pese a que eran justos, los reproches de Frémin lo hirieron en lo más hondo. Permanecí al lado de Brice en la toldilla (así llaman también al castillo de popa). Vi palidecer sus pómulos, un temblor estremeció su labio. Se llevó la mano al cinto.

—¡Me cago en Dios! —blasfemó en voz baja Michault-. ¡Si no lo detenéis, habrá jaleo!

—¡Eh, capitán -exclamé-, ojo a sotavento!

Instintivamente, levantó la cabeza. Le cogí el brazo.

—¿Cuáles son las órdenes?

—¡Que cojan a esos dos gavieros de proa y les pongan grilletes! — aulló-. Yo les enseñaré a maniobrar, ya que el que dirige a la marinería es incapaz de hacerlo. Y que vuelvan a desplegar esas bonetas junto con todas las velas altas.

—¿Con el tiempo como está?

—¿Quién es el capitán, tú o yo? ¿Me harás el favor de decírmelo, eh? ¿Acaso tú también me vas a joder como los demás? Estoy harto de ti, ¿lo entiendes? ¡Estoy hasta los mismísimos cojones de verte siempre metiendo las narices en mis asuntos! ¿Hablo claro?

Transmití la orden. Para sus hombres, Frémin Cotard la repitió en español, encogiéndose de hombros ostensiblemente.

—Los castigados -dijo Brice- van a recibir mañana por la mañana seis caladas.

Y sin más nos volvió rabiosamente la espalda para volver a su cámara.

La calada es sin duda un castigo menos cruel que los azotes, pues no hace manar la sangre y, sin embargo, los marineros le temen más. Consiste en amarrar (amojelar, dicen los marinos) una bala de cañón o un lingote de arrabio al extremo de una cuerda, donde también se fija una pieza de madera a guisa de palanca. Los pies del castigado descansan sobre esa palanca. El hombre es atado por los tobillos y por la cintura, con los puños alzados por encima de la cabeza. Después de pasar a través de un sistema de poleas hasta la punta de una verga alta orientada fuera del navío, la otra punta de la cuerda cae sobre la cubierta. Halando de ese extremo, se suspende al hombre a una altura de unos doce pies por encima de las olas. Entonces se suelta el cable y, rápidamente arrastrado por el peso de la bala de cañón, el castigado cae en picado hundiéndose en el mar tanto tiempo como se suelte la cuerda. Luego lo vuelven a izar y otra vez lo dejan caer. Cada caída es una calada.

Aunque tenga la apariencia de una broma de mal gusto, es un castigo sumamente cruel. El vértigo de la caída, la larga inmersión que viene después, y finalmente la rápida repetición de esas penosas sensaciones hacen de la calada algo inhumano y, sin embargo, era tenida en mucha honra.\* Un capitán de navío está en su derecho de ordenar ese tormento.

\* El suplicio de la calada todavía se practicaba hace unos cien años en la marina de guerra inglesa Actualmente ha

desaparecido en todas las marinas, al igual que el resto de los castigos corporales. Aquella noche no tuve presencia de ánimo para sentarme a comer en la misma mesa con Brice. Ismael, el grumete, le llevó la comida a su camarote, donde comió solo. Will, Frémin, Tom, Georges y yo comimos en silencio, tristemente. Tom estaba taciturno, Frémin silbaba sin decir nada. Sentíamos con pesar cómo se moría en nosotros algo que había sido precioso. Will Whale masculló: «Todo esto es asqueroso».

Al día siguiente, muy temprano, Brice salió al puente de proa. Yo estaba de guardia. – Que todo el mundo suba a cubierta -me dijo. – Brice, ¿podemos hablar un momento? – ¿Para qué...? No vale la pena. – ¿Estás empeñado en que te detesten? Se rió burlonamente. – Estoy empeñado en hacer lo que me da la reverenda gana. Lo demás... -Eres un loco y un ingrato. ¡Y todo por una chiquilla! Se acercó hasta casi tocarme, tan cerca que vi temblar su labio. – Voy a olvidar lo que he oído -silbó entre dientes. Al poco rato, una sogá pasada por la punta de la gran verga balanceaba un cabo encima del agua. Lo trajeron a cubierta

para atarlo a la bala de cañón y a la palanca. Tras salir por las escotillas, la tripulación formó en el alcázar, a lo largo de la borda de babor. Tom Hawkins, Frémin Cotard, Will Whale y Georges Nightingale estaban detrás de mí. Brice daba las órdenes, dejándonos al margen. Llevaron a los dos castigados al pie del mástil.

–A las velas inferiores -gritó Brice-. Bracead las vergas para ciar. El buque frenó bruscamente y se quedó al paro a la sombra de las velas del mastelero mayor, balanceándose con el movimiento de las olas.

–Vamos, Frémin, ata a uno de esos perillanes y prepárate para halar las poleas.

Frémin salió de nuestro grupo. Dio un paso al frente y respondió con una voz vibrante donde había tanto de desafío como de testarudez:

–¡No, no y no!

–¡Cerdo! – aulló Brice loco de rabia-. No me provocarás con tu insolencia tres veces. Tú lo has querido. ¡Toma!

Traspasado por un balazo en el pecho, Frémin trastabilló hacia atrás y cayó en mis brazos. Lo único que tuve tiempo de hacer fue el gesto para

agarrarlo. Estábamos petrificados, atónitos. Cuando los otros pudieron venir a ayudarme, nuestro camarada había expirado balbuceando:

—Está bien... es mejor así...

Lo depositamos en la cubierta. El movimiento del oleaje hacía rodar su cabeza poderosa. ¡Tantos azares que había vivido para acabar de esta manera!

—¡Caín! — gritó Will Whale esgrimiendo el puño hacia la toldilla-. ¡Caín!

Todo nuestro dolor y el desprecio expresados en el grito de Will hicieron retroceder a Brice. Se pasó la mano por la cara, arrojó la pistola como si le quemara los dedos, y nos volvió la espalda torpemente.

—¡Eh, vosotros -gritó Tom a la tripulación-, desatad a esos muchachos! Éste ya ha pagado por ellos.

Todos se quitaron sus bicornios para desfilas ante Frémin.

Lo sumergimos cuando se puso el sol. Mientras resbalaba amortajado por la plancha embreada hacia el agua donde las estrellas fueron a su encuentro, izamos por última vez, a modo de postrer saludo a ese valiente caballero, una bandera negrísima donde las manos piadosas de Will cosieron encima de un corazón triturado esta divisa demencial: «La Libertad».

## **CAPÍTULO VIII LO QUE ESTABA ESCRITO**

**No nos pasó por la cabeza vengar a Frémin; el propio Brice se encargaba de hacerlo. A solas en su alcázar y con el recuerdo de su locura, Brice era como un galeote encadenado. Ni siquiera nos tomamos la molestia de enviarle una pueril marca negra. Esos infantilismos ya no eran de recibo; ya no creíamos en esa costumbre. Brice siguió siendo capitán; pero él sabía muy bien que ya no tenía derecho a dar órdenes, y los doce pies cuadrados del alcázar donde el sentimiento de su indignidad lo confinaba, apenas resultaban más espaciosos que un calabozo.**

**Seguimos navegando hacia el cayo. ¿Por qué? ¿Quién podía decirlo...? Probablemente porque habíamos zarpado para ir allí. Pero creo que nadie pensaba ya en aquel maldito tesoro que no necesitábamos. El hastío y la repugnancia se apoderó de mis compañeros. Yo resistía gracias al recuerdo de Soledad. Era el único**

que tenía un designio más o menos concreto. Ese proyecto consistía en continuar hacia el cayo ya que estábamos tan cerca, tanto para darle a Brice su oportunidad, a pesar de los pesares, como para llevarle a nuestro viejo amigo Michel las herramientas y ciertos utensilios que le harían la vida más cómoda y que habíamos comprado para él en Trujillo. Prácticamente era yo quien tenía la responsabilidad de trazar el rumbo de la nave.

Una noche, la duodécima de este viaje, yo estaba de guardia en el primer turno. Todo estaba silencioso menos el estrave, donde el agua se desgarraba con un crujido de seda, y el timón, que rechinaba entre sus cuerdas. Las antenas proyectaban sobre la cubierta sus sombras hinchadas. La luz del fanal brillaba encima de la brújula, esculpiéndole al timonel una extraña máscara de reflejos vacilantes.

Después de medir la altura de los astros, fui a verificar el rumbo en la brújula. Me quedé un instante viendo cómo temblaba aquella barrita imantada. Ella también tendía hacia un punto tan misterioso e inasequible como aquel hacia el cual se orientan las almas inasequibles y misteriosas. Oí un suspiro a mi espalda. Al volverme, descubrí recortándose contra un cielo lechoso la silueta completamente negra de Brice. Me pareció que en aquella noche de Getsemaní, ese castillo de popa balanceado sobre el mar llevaba en sí mismo toda la pena del mundo. Aislado en la aridez de su pasión, el corazón del infeliz desfallecía. Por desgracia, no había manera de socorrerlo. Porque sufrimos y morimos a solas, y el abismo en torno a nosotros es tan grande que ni siquiera toda la ternura de nuestros amigos podría llenarlo para que vinieran a consolarnos en nuestra agonía.

Pese a todo, me acerqué a Brice y le puse una mano en el hombro sin decirle nada, sin que tuviera que pronunciar ni una palabra.

Dos días después, en el crepúsculo de la tarde, avistamos tierra a occidente. Habíamos bajado un poco más de la cuenta hacia el sur. Hice que corrigieran el rumbo. Pronto pudimos reconocer, a flor de agua y en una vista panorámica, las formas del cayo de los Papagayos con sus llanuras arboladas y sus elevaciones rocosas. Esta vez lo abordamos

por el suroeste. De no haberlo conocido, el aspecto desértico de ese litoral no nos hubiera invitado a detenernos allí.

La isla estaba entre el sol y nosotros, con la brisa en contra. El disco del astro se ponía detrás de ella. Cuando hubo desaparecido, de detrás de su silueta violeta salieron unos rayos en el cielo verdiazuloso, como los del cubo de una rueda. El terral que nos obligaba a voltejar, nos traía ese perfume de la tierra que tanto impresiona al olfato largo tiempo habituado a las emanaciones de las olas y a los fuertes olores de un barco. El reflujo arrastraba algas mezcladas con plantas terrestres.

Con nostalgia vimos venir hacia nosotros esa tierra donde habíamos vivido días tan difíciles, pero donde también habíamos conocido la poderosa unión de los hombres cuando no tienen otra preocupación que la supervivencia en común. Entonces todo era más sencillo. Desprovistos de todo, habíamos tenido en las manos la mayor parte de las verdaderas riquezas. Michel Pantaragat no se había equivocado al optar por la paz sin ambiciones y los frutos de su trabajo sin dejarse seducir por el espejismo del tesoro.

Mientras navegábamos a lo largo de la costa rumbo a la bahía de los ídolos, de pronto nos encontramos reunidos en una comunión de espíritu casi idéntica a la de antaño. Un tácito perdón hizo que mis compañeros olvidaran el arrebatado de locura de Brice. Parecía que todo se podía arreglar, que todos íbamos a recuperar aquella vieja piel de la que neciamente habíamos creído deshacernos.

Por primera vez desde la muerte de Frémin, uno de nosotros le dirigió la palabra al capitán. Fue Tom, para proponer que se tiraran tres cañonazos a fin de anunciarle nuestra llegada a Michel. Lo cual se hizo; y después echamos anclas a cierta distancia de la costa a fin de esperar la marea de la mañana para entrar en la bahía. Cuando se hizo noche cerrada, encendimos en la gavia tres fanales dispuestos según nuestra antigua clave. Alertado por los cañonazos, quizá Michel respondiera a esa señal. En efecto, poco después brilló una hoguera en la orilla. Nuestro viejo camarada seguía allí y nos había reconocido.

-Ardo en deseos de que amanezca -me dijo Michault-. ¡Las ganas que tengo de ver a ese viejo gandul! A lo mejor hasta se ha vuelto indio. ¿Y si lo encontramos todo pintado de azul, eh? – Al cabo de un instante, agregó, muy serio-: ¿Y si me quedara con él?

**En efecto, él y asimismo los demás debían quedarse para siempre con el viejo Michel en esa isla que, al fin y al cabo, era un lugar feliz.**

**En cuanto amaneció, y tras entrar en la bahía dejando a Tom al mando del bricbarca y de su tripulación, Brice, Will Whale, Michault Cul d'Oue, Georges Nightingale y yo fuimos a tierra en el bote del capitán. Cuando nos separábamos del barco, tiramos otro cañonazo para avisar a Michel. El eco de la detonación repercutió largamente mientras remábamos hacia la orilla.**

**Al acercarnos a la playa arenosa, vimos las columnas-estatuas en el mismo estado en que las había dejado algunos meses atrás nuestra explosión. Incluso distinguimos los agujeros abiertos en el acantilado para servirnos de ventanas en la planta superior de nuestra gruta. Los árboles no nos dejaban ver la planta baja. Una espiral de humo subía aún de la hoguera encendida por Michel, pero éste no aparecía por ninguna parte.**

**-El viejo está durmiendo -dijo Michault-. Se acostó tarde. A su edad...**

**Brice se ensombreció:**

**-La edad no tiene nada que ver con esto. Michel debería estar aquí.**

**-¡Eh, a que está ordeñando a sus marranas para hacernos queso! – respondió jovialmente Michault mientras saltaba a tierra.**

**-No -dijo Brice-, esta ausencia no me gusta nada. Escucha, Antoine, vas a regresar al bricbarca con Georges para buscar unos mosquetes. Le dices a Tom que tenga preparada la chalupa para venir con refuerzos si oye algún disparo. Michault, quédate aquí. Que nadie se mueva antes de que lleguen las armas.**

**-Yo tengo mi mosquete -exclamó Michault-. ¿Qué diablos crees que vamos a encontrarnos? ¡El matarratas te está volviendo loco, mi pobre capitán!**

**-Mucho me temo que son los indios -dijo Brice.**

**No oí más, porque ya nos dirigíamos hacia el bricbarca, y cuando el gran Georges remaba fuertemente, con dos golpes de remo se abría paso.**

**Al cabo de un cuarto de hora estábamos de regreso. Cada uno cogió un mosquete o una carabina. Avanzamos hacia la gruta. Todo estaba tranquilo. En los altos oquedales cuyas cimas iluminaba el sol, los**

**papagayos se despertaban parloteando. Atravesando la pradera que bordeaba la orilla del Alguna, vimos un campo de frijoles colorados en perfecto estado. Un poco más lejos le habían brotado hojas a las estacas del corral de los cerdos formando un seto vivo bien conservado.**

**Nuestra isla era un verdadero remanso de paz y de serenidad. Michault empezó a reírse. Se puso el mosquete al hombro gritando:**

**-¡Michel! ¡Eh, Michel, eh! ¿Dónde te escondes viejo destripaterrones?**

**Nadie le respondió, salvo el murmullo de la brisa en el naranjal que ahora nos impedía ver la bahía. Habíamos llegado al talud encima del cual la gruta daba a una meseta. Michault llegó hasta allí en un par de zancadas. De pronto soltó una maldición y se precipitó hacia adelante. Nosotros corrimos detrás de él.**

**Allí se encontraba Michel, tirado en la hierba con su india; ambos estaban muertos. La mujer había recibido un balazo en la nuca y yacía boca abajo. Una herida similar a la altura del corazón traspasaba el pecho de Michel, de cara al cielo, el rostro tranquilo. Sus dedos aún sostenían un canasto del que habían rodado unas patatas. De la otra mano había escapado una de sus toscas layas.**

**Estábamos tan abatidos por la tristeza que no pensamos ni en el tesoro ni en ponernos a la defensiva. ¡Veníamos con tanta esperanza, y esto era lo que nos esperaba...!**

**-No fueron ellos quienes encendieron la hoguera -murmuró Brice-, están muertos por lo menos desde ayer... Juro de todo corazón -añadió poniéndose de pie- que si esta...**

**Una crepitación silenció su voz. El aire silbó alrededor de nosotros. Una voluta de humo se desenroscó lentamente a la entrada de la gruta.**

**-A tierra, detrás del talud -gritó Brice.**

**Nos echamos por tierra en un salto. De nuevo volvió el silencio. Un tucán sobrevoló nuestras cabezas. Unas espirales de humo recorrían las anfractuosidades del acantilado y subían desenroscándose perezosamente.**

**Protegidos por el talud, disparamos al mismo tiempo hacia la boca de la caverna. Nuestras balas levantaron surtidores de arena en la sombría boca de la cueva haciendo saltar esquivras de piedra, y eso fue todo. Pero como si se tratara de una respuesta, un fragor venido del**

mar se prolongó a nuestra espalda, multiplicado por el eco de la gruta. Era la voz poderosa de toda una andanada. El *Estrella*, como creo haber dicho ya, sólo tenía dos trabucos naranjeros y un pequeño pedrero.

Brice se levantó como empujado por un resorte. Bajó corriendo a través de la pradera mientras gritaba:

-¡Al bote, todos al bote, carajo!

Sólo pudimos dar diez pasos. La linde del naranjal hacia el que coríamos empezó a restallar en detonaciones. Tomados por sorpresa, nuestros hombres giraron en el aire. Georges Nightingale cayó de rodillas, luego se desplomó de bruces, con la cara enterrada en la hierba. Los demás se arrojaron boca abajo.

Estábamos atrapados entre dos fuegos. Estirados entre las hierbas, disparábamos a unas formas disimuladas detrás de los troncos a unos cien pasos. Para cubrirnos, sólo teníamos un césped muy bajo.

En la bahía, los cañones seguían tronando mientras las pequeñas piezas del *Estrella* respondían valientemente. Brice me dio un codazo.

-Trata de salir de aquí arrastrándote. Llega al bricbarca como puedas, lárgate y hazte mar adentro. Vendrás a buscarnos por la noche en la desembocadura del Alguna. Voy a tratar de llegar a las arboledas con Will.

-¿Y Michault?

Brice no contestó. Comprendí que, también para aquél, la tierra ya no daba ni frutos ni amargura.

Aprovechando una ondulación del terreno, me arrastré hacia el río. Protegido por los matorrales que lo bordeaban, pude bordear el campo de batalla. Ahora las piezas del calibre ocho disparaban sin parar, y nuestra paupérrima artillería ya no respondía.

Mientras yo reptaba entre los peñascos para bajar a la playa, sonó otro cañonazo; luego ya sólo se oyó la mosquetería detrás del naranjal. Al poco rato, ella también cesó, exactamente cuando yo rebasaba la última escarpa que me impedía ver el mar. Entonces apareció ante mí la bahía, y con ella, nuestro desastre.

Arrasado como un pontón, el *Estrella de Mar* se hundía vertiginosamente con el tajamar apuntando al cielo. La chalupa, atestada de hombres, se alejaba de él. A unos cables de distancia, un

gran bricbarca cuyas portañolas humeaban todavía abatía el rumbo sin prisa. La brisa hacía ondear en el pico de la cangreja un estandarte negro timbrado con una calavera. ¡El *Walrus*! ¡La bandera de Flint!

Entretanto, la chalupa, hundida bajo el peso excesivo, navegaba hacia tierra, y se distinguía la silueta de Tom parado en la popa. Indolentemente, el *Walrus* terminó su maniobra presentando la popa, en la que de repente brotó una nube de humo. Me mordí el puño de rabia y de impotencia; el bote de metralla disparado por el cañón de crujía hizo impacto en la chalupa descuartizando a los hombres y haciendo volar las tablas en mil pedazos.

Desesperado, atravesé la orilla, saludado por unos disparos procedentes de las aberturas superiores de la gruta. Me arrojé al agua y nadé hacia los restos de la chalupa. ¡Pero, ay, todo fue en vano! Ningún cuerpo flotaba en el agua, todo había terminado.

A mi alrededor los proyectiles descrestaban las olas. Había tiradores de pie en los peñascos, era imposible regresar a la playa. Me zambullí y llegué de un tirón hasta el saliente de un arrecife debajo del cual me escondí.

Al amparo de esa roca salediza, abarqué de un vistazo toda la bahía con sus atracaderos. Ese paisaje gris perla y esmeralda tenía la factura de un lienzo y la irrealidad de un sueño. En el lugar donde debía estar nuestra nave, el bricbarca se reflejaba en la mar tranquila como un espejo. A la sombra del trinquete, con sus antenas altas a medio plegar formando grandes bolsos blancos, se había acercado a la playa. Desgraciadamente no era el fantasma de una pesadilla, sino el *Walrus*, y para confirmarlo estaba en la toldilla, con su endemoniada casaca roja y tocado con el pañuelo de seda negra, ese miserable de Flint.

Con grandes gesticulaciones metía prisa para que echaran al agua varios botes que se dirigieron hacia la playa con el suyo a la cabeza. Entonces apareció en la orilla, entre los ídolos, un grupo en cuya avanzadilla reconocí a George Merry. Sus hombres no habían salido ilesos de nuestro fuego; algunos cojeaban, uno llevaba el brazo en cabestrillo, otros con capelinas ensangrentadas sostenían a los heridos más graves. Llevaban a Brice atado por la cintura con una cuerda de cuyo extremo tiraban. Caminaba dando trompicones. Lo empujaban a culatazos. Debí de haberse batido cuerpo a cuerpo, porque estaba sin

chaqueta, con la camisa hecha jirones, la sangre manando de su cabellera, chorreando sobre la frente y las mejillas. El brazo izquierdo le colgaba, inerte.

Pero ni siquiera en ese estado se rendía. Lo vi volverse bruscamente y derribar de un rodillazo en la boca del estómago a uno de sus verdugos, que se levantó apuntándole con el mosquete. Pero el fusil y el hombre revolotearon bajo el impacto de una patada en el trasero propinada por Flint, quien apareció de improviso. El bandido así maltratado era Israel Hands.

Flint dio las órdenes. Ataron a Brice en uno de los ídolos. Luego los hombres empezaron a ir y venir de la orilla a la caverna y viceversa cargando unos sacos en los que obviamente iba el tesoro de Morgan. Unas lanchas transportaron al *Walrus* los sacos y los heridos. Para entonces ya era más de mediodía.

A pesar de estar más bien tibia, yo estaba aterido en el agua. Me castañeteaban los dientes y tenía hambre. Tenía que regresar a la isla nadando despacio y al abrigo de los peñascos. Pero estaba tan extenuado que sentí que me hundía. Esta vez todo había terminado para mí. Sin embargo, el recuerdo de Soledad me hizo sacar fuerzas de flaqueza. Conseguí hacer pie bastante al sur, lejos de la bahía. Unas frutas y el calor del sol me reconfortaron un poco animándome a acercarme al lugar del drama para ver si podía socorrer a Brice en algún momento.

Dando un largo rodeo a la sombra de las arboledas, primero por el oeste y luego por el norte, conseguí llegar, con las últimas luces del día, a menos de treinta pies detrás de Brice. Ahí morían los matorrales que me ocultaban. La columna de piedra se elevaba en medio de un espacio despejado donde no podía arriesgarme a aparecer, mucho menos teniendo en cuenta que los bandidos habían encendido una gran hoguera alrededor de la cual se divertían cantando. El infame Darby Mac Graw agitaba una botella de ron con la que servía grandes tragos a la redonda burlándose de Brice.

-¡Ajá, boss! ¡Conque te creías muy listo! ¡Sin embargo, ya ves, ahora tenemos tu tesoro! ¡Con la Mañuelita como carnada enseguida picaste en el anzuelo! ¡Sí, en verdad que has picado de lleno! Y ahora, ¿qué te dice tu olfato, *poor dear old chap*?

Brice no decía nada. Desvanecido, se inclinaba hacia adelante con la cabeza sobre el pecho y las piernas dobladas, sólo retenido por las cuerdas que lo ataban. Desde mi escondite no podía verlo de cuerpo entero, sino sólo su sombra que, proyectada por el fuego se dibujaba diáfananamente en la arena. Parecía desmesurada, grotesca, como si realmente todo debiera redundar en su confusión.

Medité un plan un poco loco, pero quizá no del todo irrealizable: llegar sin hacer ruido hasta la columna, cortar las cuerdas, echarme a Brice a la espalda y llevarlo a la selva.

Vací mucho antes de llevar a cabo esa tentativa en la que arriesgaría las pocas posibilidades de salvación que me quedaban. Todos debían pensar que había muerto, y en ese sentido estaba tranquilo. ¿Para qué ir a meterme en la boca del lobo...? Pero lo cierto es que soy un impulsivo dominado por los sentimientos. En un momento dado, de madrugada, los bandidos parecían todos borrachos o adormecidos, los restos de la hoguera apenas lanzaban unos destellos rojizos, Mac Graw estaba tumbado de espaldas, con una manta encima, roncando. Salí de mi escondite.

Llegar hasta Brice y sostenerlo por debajo del brazo mientras cortaba sus ataduras resultó complicado. No obstante, lo conseguí, pero cuando tuve que cargarlo comprendí que era algo más fácil de imaginar que de hacer. Me atasqué bajo su peso, pisoteando sin querer unos guijarros que crujieron bajo las suelas de mis zapatos. Mac Graw se despertó. En pocas palabras, al cabo de un rato yo estaba tendido en la arena al lado de Brice.

Cuando salió el sol, Mac Graw envió a Hands para que le anunciara a Flint mi captura. Hands regresó con órdenes de llevarme a bordo. Mientras me hacía subir a un bote, me susurró al oído:

-Estoy harto de estos tipejos, no me tratan como a una persona decente. Si quieres que te ayude, yo haré...

-¿Tú harás qué? – rugió Darby Mac Graw surgiendo detrás de nosotros. Agarró al tuerto por el cuello, lo levantó en peso y lo agitó como si fuera una campana-. ¡Eh, te he pillado, condenado Ojanco!

-¡Suéltame! ¡Que me ahorquen si no estoy con vosotros! Sólo quería hacerle creer que estaba de su parte...

**-Israel Hands -pronunció solemnemente Mac Graw-, yo te desbautizo y vuelvo a bautizarte: Judas Hands, y te asperjo como lo exige el ritual.**

**Y de un empujón lo lanzó contra las olas, donde aquel pobre insensato desapareció para reaparecer escupiendo espuma.**

**-Vamos, sube, soy yo quien te lleva -me anunció Mac Graw-. Es inútil que traten de salvarte. Además, tampoco podrías llegar muy lejos; estás jodido, muchacho. ¿De qué te ha servido dártelas de listo con nosotros, eh? Si tu Brice Coquelle y tú hubierais sido un poco más astutos, no habríais ido a Cumaná a dároselas de marqueses, comprando palacios y demás. Cuando uno encuentra un tesoro no corre a proclamarlo en la plaza pública. Siempre hay alguien que se interesa por eso. Nosotros, por ejemplo. ¡Por supuesto que nos quedamos asombrados cuando os vimos viviendo como reyes! No queríamos hacerte daño, porque después de todo eres un buen chico, pero andábamos locos por saber de dónde salían los doblones.**

**No pude dejar de preguntarle a Mac Graw cómo era posible que ellos estuvieran en Cumaná al mismo tiempo que nosotros.**

**-A causa de la Mañuelita, muchacho -respondió guiñándome un ojo-. Al viejo se le metió entre ceja y ceja ir a buscarla. Le gustaba, ¿entiendes? Por eso cogieron a Ballater. ¡Ah, qué bien caísteis en la red que os tendió el viejo con la tía Encarnación y Mañuelita! ¡Y Gómez! ¡Eso fue lo mejor de todo! Gómez era un tipo que... eh... que había recogido a la mocita. Ella lo manejaba a su antojo. Él creía trabajar para ella, hasta tal punto que se volvía molesto después de habernos sido muy útil. Y precisamente en ese momento tuvisteis la amabilidad de liquidarlo. ¡Gracias, ilustrísimos señores, sois muy amables! No, claro, ahora dirás que no os quedó otro remedio que hacerlo. ¡Pazguatos! ¿Y así queréis dároselas de Hermanos de la Costa? Esto no es un juego de niños. – Llegamos al portalón cuando Mac Graw lanzaba al mar un escupitajo irónico poniendo cara de asco-: Vamos, sube -dijo-. Discúlpame si no te acompaño, pero creo recordar que conoces el camino. ¡Eh, allá arriba, llevad a este ganso al capitán!**

**Flint me esperaba en su cámara, detrás de la mesa maciza en la que los caminos de mi existencia siempre volvían a cruzarse. El soberano del filibusterismo mojaba apaciblemente un bizcocho en una escudilla**

de plata llena de chocolate. Otra vasija vacía, un cacharro humeante y un plato de bizcochos estaban a su lado. No tenía su casaca fuego y sangre, tan sólo vestía las calzas y una camisa blanca cuyos puños chorreaban encajes en sus robustas manos. Detrás de él y a través de las ventanas, divisé la isla toda azul, su playa, el verdor de la vegetación. La puerta que daba a cubierta se había quedado abierta y en el enorme camarote se entrecruzaban los rayos del sol creando un ambiente luminoso, sereno. Los reflejos del agua jugaban en el artesonado del techo. De pronto me sentí muy cansado de todas esas luchas, de tan inútiles alteraciones.

-Pues bien, aquí estás, mi pobre Antoine -dijo Flint meneando la cabeza con su aire paternalista-. En buen lío te has metido. ¿No podías quedarte tranquilamente con tu mujer llenándola de hijos en vez de inmiscuirte en un asunto que ni te va ni te viene? Pobre imbécil. Y eso que te mandé un aviso a través de la respetable señora Encarnación, en Cumaña. – Antes de proseguir mojó un bizcocho y se lo tragó-. Si al menos se te hubiera ocurrido recabar información sobre la casa que está al lado de la de la señora, habrías sabido que yo la ocupaba. ¡Pero, qué va, tú no has nacido para conspirar, lo sé muy bien! Bueno, y ahora ¿qué vamos a hacer nosotros dos?

-¿Para qué seguir jugando al gato y al ratón? – respondí encogiéndome de hombros-. Haced lo que queráis. ¿Qué otra cosa puedo hacer yo?

Recostado contra el respaldo de su sillón, Flint me recorría con sus ojos grises teñidos esa mañana por el añil del mar. Sacudió la cabeza.

-No hay ninguna diferencia entre un asno y tú. En tu cerebro de mosquito no podía caber que el viejo Flint, aunque sea todo lo pirata y maldito que quieras, es un hombre como los demás. Si me hubiera visto obligado a matarte junto con tus amigos para conseguir mis objetivos, lo habría hecho sin que me temblara la mano. Si me estorbaras, lo haría también. Pero sucede que no estás muerto. ¿Y cómo diablos quieres que tu condenada y miserable imbecilidad me estorbe, eh? Así que... bah... la cosa es que no tengo ganas de hacerte daño. ¿Acaso entiendes lo que te estoy diciendo?

Se calló. Una sombra se proyectó sobre la mesa al mismo tiempo que un tenue perfume llegaba a mi nariz. Volví la cabeza. Mañuela

acababa de entrar. Me miró con ironía, rodeó con los brazos el cuello de Flint y lo besó tranquilamente. Entonces se sentó a su lado y empezó a desayunar. Estaba vestida como un hombre, llevaba un chaleco sobre la camisa, los cabellos recogidos en una redecilla de raso y una pistola al cinto.

-Estaba pensando -le dijo Flint- en lo que vamos a hacer con este muchacho. ¿Qué opinas?

Ella sólo contestó con un gesto de indiferencia.

-Bien. Yo te propongo lo siguiente, muchacho: te llevo conmigo y te dejo en algún lugar de la costa de La Española. Libre para ir a buscar a tu querida mujercita y para que hagas lo que se te antoje con los diamantes que te quedan. ¿Te

parece justo? Titubeé. Por fin me atreví a formular la pregunta que tenía en la punta de la lengua. – ¿Y Brice? El capitán no rugió como yo esperaba. – Deja eso, Antoine -me dijo fríamente-. ¡Ya has visto lo que sacas metiéndote en mis asuntos! Brice está

condenado. En una ocasión tuve que dejarle a esta señorita -le dio una palmada en el hombro a Mañuela- para averiguar dónde estaba vuestro escondrijo; así que ya no puede vivir... Por lo demás -agregó mirando a Mañuela con una indefinible expresión de astucia, sorna y crueldad-, es ella quien va a decidir lo que haremos con él.

–¿Yo? ¿Y por qué yo? ¡A mí me importa un pepino! – ¡Tal vez! – replicó Flint-. Pero quiero que tú decidas. Mañuela pensó mientras mojaba un bizcocho en su escudilla. – Bien -dijo al cabo de un rato, con frivolidad-. Él me abandonó en el mar, pues que sea abandonado a su vez. – ¡Lo hizo para salvarte! – exclamé. Ella me dirigió una mirada de disgusto. – Hubiera preferido algo más rotundo -dijo Flint-. En fin, la sentencia ha sido pronunciada. Me toca a mí hacer que

se cumpla a mi manera. – Muy bien -decidí-. En ese caso, me quedo con él. El viejo pirata levantó la mano con un gesto fatalista. – Eso no me asombra viniendo de ti. Eres un imbécil de los que ya no se ven... Después de todo -concluyó-, tal vez

sea por eso que no se te puede tratar como a los demás. Pero luego no digas que no te lo advertí, morirás en ese cayó con tu condenado Brice. – Tendréis dos muertos más en la conciencia. Flint soltó una carcajada. Mañuela siguió desayunando distraídamente.

## **CAPÍTULO IX LA FUGA DE BRICE**

**El capitán me dejó a bordo, bien custodiado, toda la mañana. Desde la cubierta yo veía a los hombres que estaban en la isla dedicarse, bajo la dirección de Darby Mac Graw, a un trabajo de demolición sistemático.**

**Las estacas de nuestros corrales fueron extirpadas, los cerdos echados a patadas, los frijoles colorados y las patatas arrancados y arrojados al mar. Las vallados, los rústicos aperos fabricados por Will Whale, que de tanta utilidad le fueron al industrioso Michel Pantaragat, las canastas, las esteras, las redes, las provisiones, las semillas, todo lo que podía quedar de nuestro trabajo del año anterior, sirvió para alimentar un fuego en el que también se consumió el naranjal. Los piratas recogieron las armas de los muertos. Registraron los cadáveres. Luego los vi llevar dos barriles hasta la entrada de la gruta. Por último, se reagruparon en la playa. Mac Graw, que se había quedado solo un instante, corrió a reunirse con sus hombres.**

**Cuando llegaba a la orilla una poderosa explosión resonó sordamente. Un trozo de peñasco se desplomó con una especie de lentitud, se partió en dos y formó un amontonamiento de piedras en el sitio donde estaba la entrada de nuestra caverna tapiándola para siempre.**

**-Así es como entiendo la sentencia -me dijo Flint-. No hay que dejar nada, absolutamente nada que pueda permitirles subsistir en la isla. Ni siquiera te dejaré tu cuchillo. No estoy empeñado en que mueras, pero no quiero que él viva. Pero, en fin, ya que tanto te gusta ese ataúd, vete con él.**

**Ya no había en sus palabras esa especie de simpatía desdeñosa que yo había sentido por la mañana. Me trataba con su habitual maldad. Era Flint en cuerpo y alma, genio y figura hasta la sepultura.**

**Embarcamos en su bote. Cuando íbamos a separarnos del barco, se oyeron unas rápidas pisadas en la escala real. Mañuela saltó a popa. Flint no dijo nada; le gritó a George Merry que estuviera preparado para hacer girar el cabrestante y alzar velas. En ese momento todas las embarcaciones regresaban.**

Unos cuantos golpes de remo nos llevaron a la playa. A Brice lo habían atado otra vez a la columna. Me pareció muy pálido, los labios descoloridos, ojeroso, sacudido por escalofríos, pero consciente y dueño de sí mismo.

Cuando caminamos hacia él, el capitán cogió por la cintura a Mañuela. Ella hizo un gesto brusco para zafarse de ese abrazo. Flint agitó en el aire burlonamente la pistola que acababa de quitarle.

-¡Por si acaso te arrepientes de la sentencia, querida! Es mejor que no tengas este remedio a mano. Lo despacharía demasiado pronto... Ahora voy a ver si Mac ha hecho bien su trabajo.

La muchacha lo siguió con la mirada. Luego observó a Brice, quien no había dejado de contemplarla desde que la vio llegar en el bote. Lo observó detenidamente, sin pestañear, aparentemente impasible. No dijo nada. Brice tampoco habló. La elocuencia de ambos estaba en sus pupilas.

Flint no tardó en regresar y, cogiendo a Mañuela por el brazo, dijo:

-Pues bien, querida mía, vamos a despedirnos de estos muchachos. Antoine, ¿hay que darle algún recado a tu mujer...? No, tú no quieres deberme ni siquiera eso. ¡Peor para ti! Vamos, querida...

Cuando entró en el agua se volvió, y por última vez nos mostró su sonrisa a medio camino entre la fiera y el pastor protestante. Luego subió al bote dejándonos en nuestra agonía.

Vimos desplegarse las velas cayendo de las vergas, azotadas por el viento, tensadas. Vimos subir la vela cangreja y los foques. El navío se cubrió con sus blancos. Izaron el bote, recogieron la escala real. Al compás de una canción que nos llegaba vagamente junto al ruido del cabrestante, sacaron el ancla chorreando y la levantaron hasta la serviola, donde la trincaron. Poco a poco empezó a aparecer detrás del *Walrus* una estela blanquecina.

El bricbarca se alejaba sin que pareciera moverse. Hubiérase dicho que la luz lo difuminaba, devorándolo. Al cabo de una hora su casco desapareció. La gavia todavía centelleaba, como si se transparentara en la pulverización reverberante del horizonte. Por último, se evaporó y ya no hubo nada frente a nosotros.

Hacía rato que yo había desatado a Brice. Ahora estaba acostado en la arena, extenuado por la pérdida de sangre, lo que no era tan grave. Pero la presión de las cuerdas en su brazo herido, al impedir la circulación de los humores, había provocado una acre purulencia. Tenía un hueso roto más arriba del codo y la llaga presentaba un aspecto muy feo.

Sólo pude desbridarla un poco y luego rociarla con agua de mar. Con dos trozos de ramas y unas tiras de mi camisa a guisa de vendas, traté de entablillarle el brazo. Lo conseguí pero al precio de hacerle sufrir cruelmente. Sin embargo, se encontró un poco mejor. Lo dejé para ir a buscar algunas frutas, único alimento que nos quedaba.

La noche cubrió nuestro infortunio sin mitigarlo ni traernos sosiego. Adonde quiera que me volvía no aparecía ninguna alternativa para nosotros, como no fuera la muerte. En la oscuridad, animada por mil sonidos, el monótono estruendo de las olas en las rompientes inclinaba nuestras almas hacia aquel abismo de eternidad donde desaparecen los cuerpos. Le envié todo mi amor a Soledad, con mi agradecimiento por las horas maravillosas que me había regalado.

Durante toda la noche Brice respiró con dificultad, a veces gimiendo y revolviéndose. Al amanecer me llamó para enseñarme una mancha blanca en la orilla. Era un mantón de Manila, medio hundido en la arena.

-Dámelo -dijo mi camarada.

Reconocí el pedazo de tela que Mañuela llevaba echado a los hombros, la víspera, cuando bajó a tierra. Debió de caérsele cuando Flint la estrechó por la cintura para quitarle la pistola.

Inspeccionando el brazo de Brice, lo encontré extremadamente hinchado. Rodeada de una aureola negra, la llaga adquiría un aspecto repugnante. Un tumor dos veces mayor que el pulgar le salió por la noche en el sobaco, y extendía su dolor por la parte inferior del brazo ardiente y enjuto. Repetí las abluciones con agua de mar, pero sin esperanza. Me parecía necesario cortarle el brazo, completamente infectado. Sin ningún instrumento a mano, era imposible.

Brice sufría de una sed permanente. Al no tener con qué traerle agua, lo ayudé a arrastrarse hasta el Alguna para que pudiera beber en el cuenco de mis manos. Luego, llorando lágrimas de sangre, fui a

buscar unas frutas con las que llené mi camisa. ¡Ah, cuánto maldije mi necedad! Una vez más había obedecido estúpidamente a mis impulsos condenándome sin poder hacer nada por mi amigo. De haber sido más inteligente, por lo menos hubiera conservado mi cuchillo escondiéndolo en la isla antes de dejarme conducir a bordo.

Poco después del mediodía Brice empezó a temblar dejando escapar unas frases entrecortadas por los quejidos.

-Fui yo -decía-... fui yo quien os traicionó... yo lo confesé todo... la isla, el tesoro, la cueva... Yo os obligué a jurar, y fui yo quien faltó al juramento... ¡Es que ella es tan hermosa! ¿Por qué te has quedado aquí, Antoine? Te lo dije bien claro... Yo os quería mucho a todos. Os he traicionado, maté a Frémin. No soy yo, no soy yo... ya no soy dueño de mí mismo.

-Claro que sí -le respondí cogiéndole la mano-. No podías hacer nada; tenía que ser así. Nada de eso tiene importancia, ya ves que sigo aquí contigo.

Se calmó, cerró los ojos y se quedó mucho tiempo inmóvil, como entumecido. Las sombras se alargaban girando, las perdices piaban en la pradera. Brice estaba tendido de espaldas entre las hierbas del río. De rodillas a su lado, sumido en la tristeza, lo sentía alejarse poco a poco, sin moverse, del mismo modo que la víspera se había ido el barco. Todavía estaba en este mundo y ya no le pertenecía; resbalaba, se escapaba, empezaba a desaparecer él también en la inmensidad.

Sus ojos negros se abrieron, hermosos como siempre, pero ahora patéticos en la oscuridad de sus órbitas. Me miraron con esa amistad burlona que me había subyugado en un tiempo ya lejano a bordo del *Walrus*. En ellos leí todo lo que nuestro pudor masculino no nos permite decir.

-Vamos, tienes que ayudarme un poco más -dijo.

-¿A qué?

-A subir allí arriba -dijo indicándome con la barbilla el acantilado.

-¿Allí arriba?

Bajó los ojos afirmativamente. Reunió todas sus fuerzas.

-No te niegues a entenderlo... No tengo tiempo... Tú sabes muy bien que hay que acabar de una vez. – Un escalofrío lo sacudió-. No voy a quedarme aquí esperando como un cobarde.

Hizo un gesto para que me inclinara y se agarró de mi cuello.

-¡Pero Brice -le imploré desesperadamente-, no querrás que...!

-No quiero que la pelona me pudra a su antojo antes de cogerme...

¡Vamos, gandul!

Me convenció y, como siempre, se salió con la suya. Y tenía razón, me pedía la única cosa que podía hacer para ayudarlo. ¡Qué necesidad tan horrible y extrema!

Escalamos el farallón, a tiro de mosquete, como un calvario; diez veces tuve que acostar al desdichado. Yo estaba débil, él temblaba, un vértigo de horror me doblaba las rodillas. Por fin alcanzamos la cúspide que él me había señalado. Quiso que lo apoyara contra un árbol, al borde del precipicio, y allí se agarró con el brazo sano de una rama que colgaba sobre el abismo. Abajo brillaba el mar con tonos irisados.

Llegó el crepúsculo. La silueta del árbol se recortó contra las grandes nubes rojizas, con aquel agonizante colgado de él, crucificado y, a pesar de todo, victorioso.

¡Ah, era atroz! Yo no quería aceptar la realidad; me mentía desesperadamente a mí mismo. Lo salvaría, inventaría remedios...

-¡Brice! – grité.

-¡Vete!

Su brazo estremecido por los escalofríos daba rápidos tirones haciendo temblar la rama. Lo vi agachar la cabeza para besar el mantón de Manila que se había enrollado al cuello. Yo me tiré a tierra detrás de él, a sus pies, ocultando el rostro entre las manos, cubriéndome la cabeza.

Mucho tiempo después abrí los ojos a un paisaje opalino. En la rama retorcida, astillada y sin hojas encima del abismo y del mar, cantaba un pájaro.

## **CAPÍTULO X DESPUÉS...**

Después vinieron los lúgubres días de desesperación. Lo había perdido todo, estaba rodeado de muertos.

Soledad y Brice me salvaron de ese desgarramiento. Desaparecido, Brice hizo por mí mucho más de lo que había hecho cuando estaba vivo. Su tenacidad, su indomable audacia incluso ante la eternidad me

obligaron a acopiar las pocas fuerzas que me quedaban. El amor de Soledad brilló en lo alto de mis tinieblas como una estrella hacia la cual tenía que caminar. Valía la pena batirme por mi amada contra el hambre, contra la muerte paciente y contra mí mismo. Estrangulé mi imaginación concentrándome en absorber de aquel suelo una vida vegetativa como la que de allí extraían los grandes manzanillos. Organicé minuciosamente mi existencia, a fin de no dejar ninguna rendija por donde eso que me acechaba pudiera meter su garra.

Ante todo, sirviéndome de unos gajos, excavé la tierra frente a lo que había sido nuestra gruta hasta abrir un hoyo de aproximadamente un pie de profundidad. En ese hueco enterré a mis muertos. Michel Pantaragat con su compañera india a su lado, alrededor de los cuales tendí a Michault Cul d'Oue, Will Whale, Georges Nightingale. Los desvestí, porque sus ropas podían ayudarme a vivir y ya no podían servirles a ellos. Pero para que no estuviesen desnudos en la tierra, al menos mientras conservaran su forma humana, derramé sobre ellos todo lo que podía ofrecerles a modo de sudario, una espesa capa de flores y helechos. Rogué al cielo que fuera clemente con los pecados de mis amigos, y sobre sus cuerpos eché la tierra a puñados. Día tras día amontonaba allí piedras, lascas de roca y cantos rodados que fueron formando un pequeño montículo sobre el cual clavé una tosca cruz confeccionada con dos gajos.

Mientras tanto, con los guijarros que yo afilaba sacándoles chispas, hice unas rústicas herramientas más o menos capaces de perforar, despedazar, aserrar. Con los cordones de las agujetas de mi jubón, trencé una cuerda de arco. Dejando caer unas chispas de sílex sobre el musgo seco, obtuve fuego. Por último, con unas ramas que a veces me llevaban un día entero cortar, improvisé una choza sobre la que amontané pegotes de césped con barro para defenderla de las lluvias y los ardores caniculares.

También tuve mis momentos de suerte: un temporal bastante violento sacó a flote algunos restos del *Estrella* que tenían herrajes, de los que saqué provecho. El viejo Michel había domesticado tan bien a sus cerdos que algunos volvieron adonde yo estaba; les construí un pequeño corral. Luego encontré, del otro lado del río, algunas posturas de frijoles colorados y de patatas, cuyas semillas habían sido

transportadas por el viento. A partir de entonces no sólo estuve seguro de que no moriría de hambre, sino que recuperaré las energías que sólo comiendo frutas no podía restablecer.

Una pieza de hierro limada con un pedernal me proporcionó una sierra, y elegí en cada desembocadura del Alguna (al noroeste, al sudeste y, al norte, en el punto más elevado del acantilado) tres árboles cuyas ramas serré dejando en pie solamente sus troncos desnudos. En lo alto de cada uno até una de las camisas de mis amigos muertos, a fin de indicarle a cualquier barco que pasara por allí la existencia de un naufrago. Todas las noches clavaba unas pequeñas estacas en la arena que me permitían contar los días. Había clavado ciento cincuenta y tres cuando, una tarde, mientras arañaba la tierra detrás de mi choza, oí un cañonazo en alta mar. Venía del norte.

Mientras subía al acantilado, se oyó un segundo estampido. Y al cabo de un rato, otro. Corrí hasta echar los bofes.

Cuando llegué a mi árbol-señal, divisé un bergantín que capeaba aproximadamente a una milla de la costa dejándose llevar por la corriente. Se acercó lentamente al promontorio por donde nosotros habíamos abordado el cayo la primera vez.

Me precipité a la orilla arrancándome la camisa, con la que empecé a hacerles señales. El barco disparó otro cañonazo y orientó su velacho bajo dejándose arrastrar un poco para entrar en la bahía.

Con una emoción loca vi bajar del pescante el bote de popa. Se separó del bergantín tan pronto como éste echó anclas. Pero mi corazón palpitó mucho más fuerte aún cuando distinguí en la proa a una mujer. Sobre todo cuando reconocí a Soledad.

Fue ella quien fletó ese bergantín en Trujillo cuando al cabo de dos meses vio que yo no regresaba. Como no sabía exactamente dónde estaba el cayo, el capitán, un valiente marinero provenzal, consintió en explorar todas las ínsulas desiertas de aquel mar. Hacía más de un mes que iban de isla en isla, fondeando y quemando su pólvora sin desanimarse.

Nos quedamos dos días en el cayo. Llevé a mi mujer a todos los sitios donde había vivido pensando en ella tan fervorosamente. Rezamos una última plegaría en memoria de mis amigos, un último

recuerdo a ese pasado que había muerto con ellos. Y al atardecer del segundo día, cuando la brisa fue favorable, largamos las velas.

La isla de los Papagayos desapareció para siempre de mi vista coronada por los rayos del ocaso y envuelta en una niebla muy tenue entre morada y rosácea.

La *Ville-de-Toulon*, el bergantín alquilado por Soledad, nos llevó a su puerto de origen. Después de visitar la bella Provenza, mi mujer me dijo que le gustaría quedarse a vivir allí. Durante un viaje que hice a Limousin supe que habían muerto mi madre y el amo Laribois. De modo que nada me ataba a aquella región.

Con el resto de mis gemas, a las que añadí las que mis amigos le confiaron a Soledad antes de partir hacia el cayo, compré cerca de Aix una finca, donde emprendí una cría de caballos que ahora es muy próspera.

Desde esa finca escribí a don Guzmán. Él había acertado, y yo se lo comunicaba expresándole mi agradecimiento. Esto último probablemente le dio lo mismo.

También en esa finca termino este relato. En el portafolio de cuero donde dentro de poco voy a guardar este manuscrito, mis hijos encontrarán más tarde uno de los diamantes de Morgan junto con el punzón de piedra que constituyó mi primera herramienta, el primer producto de mi obstinación por salvarme.

Espero que comprendan lo que esas dos piedras susurran al oído de un hombre.

**ESTA EDICIÓN DE *EL TESORO DE*  
MORGAN, DE ROBERT MARGERIT,  
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN  
HUROPE, S.L., EL DÍA 1 DE  
SEPTIEMBRE DE 1997**

This file was created with BookDesigner program  
bookdesigner@the-ebook.org

11/05/2009

LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)